INGER ENKVIST Y VICENTE RIBES IBORRA

La conquista de América

España y el Nuevo Mundo (1492-1580)

cátedra

INGER ENKVIST Y VICENTE RIBES IBORRA

La conquista de América

España y el Nuevo Mundo (1492-1580)

cátedra

Inger Enkvist y Vicente Ribes Iborra

La conquista de América

España y el Nuevo Mundo

(1492-1580)

CÁTEDRA

Índice

INTRODUCCIÓN

El estudio de la Historia

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

Los Reyes Católicos

Después de la unidad del territorio, unidad religiosa

Carlos V

Felipe II

La guerra naval

Investigación y exploración

La burocratización de la exploración

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Las islas del Caribe

Echarse al mar

El enigmático Colón

La llegada

La tripulación

Nuevos intentos de entender quién era Colón

Entender la primera fase de la conquista: Pedrarias y Balboa

LA CONQUISTA DE MÉXICO

Hernán Cortés

Moctezuma y Cortés

Teorías sobre la caída del Imperio de los mexicas

Las mujeres

Teorías sobre el descenso de la población

La encomienda

La esclavitud

Viajes de descubrimiento desde México

Los primeros misioneros

Leyes Nuevas de 1542 y del debate en Valladolid en 1550

Crónicas

Los virreyes

AMÉRICA DEL SUR Y EL PACÍFICO

América del Sur y la llegada de los españoles

La conquista del Perú

La minería

Fuentes de nuestros conocimientos del Imperio Inca y de la conquista

La conquista de Colombia

La conquista de Venezuela

La conquista de Chile

La conquista de la región del Río de la Plata

La vida diaria en los reinos sudamericanos

Viajes de exploración por el Pacífico y una base en Filipinas

La ruta de Indias

AMÉRICA, ESPAÑA Y LOS MITOS

¿Por qué no al revés?

La primera globalización

El ejemplo del colapso de los mayas

España como imperio

El oro y la plata de América

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Introducción

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Se ha dicho muchas veces que el pasado es un país extranjero y que las cosas se hacen de otro modo allí. Por eso, tiene un valor en sí hacer el esfuerzo mental de enterarse de cómo se vivía y pensaba en otra época histórica, es decir, «efectuar una estancia» en otra época. La Historia ofrece material para reflexionar sobre cómo las sociedades se crean, se mantienen y desaparecen, por lo que, ocupándonos de temas históricos, mejoramos nuestra capacidad de evaluar y ampliar nuestras propias referencias vitales.

Adentrarnos en el pasado, además, nos ayuda a escapar de cierto «provincialismo histórico». Por ejemplo, para entender el descubrimiento y la conquista española de América necesitamos saber lo que sucedía en otras partes del mundo y en primer lugar en Europa, y conocer lo esencial de la geografía europea y americana. Hemos de saber situar los acontecimientos en su contexto cronológico y geográfico.

Por otro lado, estudiar una disciplina supone hacerse con una técnica mental que mejora nuestro juicio y nos ayuda a matizar y a ver un mismo hecho desde varios puntos de vista, es decir, desarrolla nuestra flexibilidad mental. La comparación es el mecanismo fundamental del pensamiento, y cuanto más sabemos, tanto más material tenemos a nuestra disposición para sacar conclusiones. Tener conciencia de la cronología es un avance intelectual importante, y para comprobarlo baste observar cuánto le cuesta a un niño aprender lo que es el tiempo. Tener un eje cronológico en nuestra mente nos ayuda a entender qué sitio ocupamos nosotros mismos en el tiempo y en el espacio.

La Historia nos asombra, nos provoca, nos entretiene y nos recuerda que todo podía haber sido de otro modo. La Historia nos da acceso a conocimientos que van más allá de nuestra memoria personal, y por ello supone una ampliación enorme de nuestro marco de referencia. El que nada sabe es manipulable.

El territorio, la historia y la lengua principal de un país forman una unidad, y esa unidad siempre habría podido salir de otro modo. Un país es el resultado de un sinfín de acontecimientos y casualidades que se van acumulando durante centenares de años. Quizá se pueda establecer una especie de paralelismo con el concepto científico de sedimentación, es decir, los granos de arena y los organismos muertos bajan al fondo del mar para constituir con el tiempo una capa relativamente sólida. El proceso es lento, nada está decidido de antemano, pero, al final, la capa tiene cierta composición.

Pensemos en lo siguiente: en el siglo XV, un grupo de naves se hicieron a la mar. Llegaron a unas costas lejanas donde, según uno de los viajeros, «las aldeas estaban aisladas y alejadas las unas de las otras [...] los habitantes llevaban ropa muy sencilla y no crecían hierba ni árboles [...] tanto los hombres como las mujeres tenían un pelo crespo [...] las lomas no estaban cultivadas y el paisaje abierto». Durante un tiempo se creyó que el propósito del viaje era pacífico pero, según la gran autoridad sobre el tema, la finalidad oculta era «comprar mujeres para el harén del emperador», lo que no dejaba de representar cierto peligro. Sea como fuere, la flotilla debía de haber inspirado temor: un centenar de castillos flotantes que llevaba consigo entre 20.000 y 40.000 hombres, de los cuales la mayoría eran soldados, imponía respeto. Obviamente, exigían regalos y no perdían ocasión de demostrar su superioridad. Al final, las naves volvieron a su puerto de origen y no fueron vistas nunca más. No se repitió el intento: resultaba demasiado costoso viajar de este modo.

Claro está, estamos hablando del periplo efectuado por el eunuco musulmán Zheng He, almirante de la armada china, y de sus viajes a la costa oriental de África en 1417-1419 y 1421-1422. Lo traemos a colación para probar que los viajes largos de exploración atravesando mares podían organizarse sin tener que vencer dificultades inmensas. El saber técnico para hacerlo existía en varios lugares, y los propósitos no siempre eran morales ni limitados a la investigación científica.

Parece que todo hablaba a favor de que Zheng He hubiera tenido el honor de haber puesto en contacto los diferentes continentes, pero fue a tres naves mucho más pequeñas, con tripulaciones más

reducidas y con un armamento más ligero, a las que les correspondió ese honor —a pesar de haber llegado a un lugar muy diferente del que se habían imaginado.

La inserción de América en el resto del mundo, llevada a cabo por los españoles, puede considerarse una primera globalización, y esa es la importancia del descubrimiento para la posteridad. Habría sucedido tarde o temprano, aunque Colón como individuo no hubiera existido. Eso no disminuye nuestro asombro ante el hecho de que, entre 1492 y 1580, pequeños grupos de españoles hayan podido conquistar territorios quizá treinta veces más grandes que su madre patria. ¿Cómo fue posible y cómo sucedió? Estas son las preguntas a las que se quiere contestar en este libro, y con este fin se invita al lector a la aventura intelectual de adentrarse en otra época. La historiografía actual aconseja incluir las perspectivas de clase social, etnicidad y género. Hay pocas fuentes escritas por indígenas y por mujeres, y menos por mujeres indígenas, pero vamos a intentar ofrecer una idea amplia de lo que sucedió.

En esta época de rápidos viajes en avión, lo exótico ya no reside en el concepto geográfico sino en el histórico. El pasado se puede considerar un laboratorio de experiencias humanas que está a nuestra disposición. Nos asombra lo que sucedió, y nos pueden producir admiración algunos seres humanos por su resistencia, fortaleza o ingenio, y de otros nos puede horrorizar su maldad. Los conocimientos de historia permiten al lector entender mejor el mundo, y por eso negarse a aprender historia es como negarse a aprender a leer o a escribir. Existe hoy una tendencia a rechazar el estudio de lo propio por considerarlo etnocéntrico y nacionalista y a mencionar y subrayar solamente lo negativo del propio país. Al mismo tiempo, solo se da énfasis a lo admirable de otros países, algo que se puede llamar «xenofilia», es decir, el amor por lo forastero.

España es un ejemplo interesante de todo ello. Es uno de los países del mundo con más edificios calificados como «patrimonio de la humanidad», y posee innumerables calzadas y teatros romanos, palacios y baños árabes, iglesias y monasterios cristianos, y castillos y restos artísticos del Siglo de Oro. Los nombres de las plazas y las calles reflejan su larga historia, y los ochenta millones de turistas

que cada año visitan el país llegan por las playas, pero también se interesan por los monumentos históricos y artísticos. Aun así, hablar de la historia española en España se ha vuelto complicado. Ciertos intelectuales españoles ni siquiera quieren mencionar el país por su nombre, sino que dicen «este país» o «el Estado español». Y se utilizan poco las expresiones «mi país» o «nosotros, los de este país».

Una razón por la que se ha extendido tanto esta tendencia en España es la dificultad para saber qué actitud adoptar ante el descubrimiento y la conquista de América. No debe extrañarnos, ya que las consecuencias del fenómeno son tantas y tan variadas que a veces no resultan fáciles de identificar. Ya en la época misma del descubrimiento y conquista, y a instancias del mismo rey, los españoles empezaron a hacerse preguntas sobre qué actitud adoptar frente a los acontecimientos. Ese simple hecho en sí es asombroso, ya que ningún otro país conquistador se había mostrado tan autocrítico hasta entonces. Y ya en el siglo XVI se barajaban claramente dos actitudes opuestas.

Una de ellas afirmaba que los indígenas americanos llevaban una existencia bárbara y pagana, por lo cual les era beneficioso el aporte español de civilización y de misión. La actitud contraria presentaba la conquista como la destrucción de la forma de vida de unos seres pacíficos y nobles por una casta guerrera tiránica, codiciosa y sangrienta que mataba a los indígenas o los esclavizaba. Según la relación que tenían los diferentes países europeos con España, adoptaban una u otra versión. En la actualidad, lo que la mayoría de las personas ha oído de la conquista proviene de una de estas dos variantes, y son infinidad los que tienen una opinión sobre la conquista sin haberse informado ni haber reflexionado nunca sobre el tema. Este libro quiere seguir el consejo de la historiadora Bethany Aram cuando recomienda que se estudie a los conquistadores españoles y se analicen los acontecimientos que protagonizaron en vez de elogiarlos o condenarlos. Debemos «descubrir» a los descubridores.

Tampoco para los hispanoamericanos resulta fácil saber cómo hablar de la historia de su continente. Los países hispanoamericanos tienen mucho en común, y las huellas culturales hispánicas son tan claras que se puede hablar de que todos guardan un cierto «aire de

familia», según expresión lanzada por el ensayista mexicano Carlos Monsiváis. Extranjeros e hispanohablantes, todos reconocen inmediatamente un país hispanoamericano, pero esos mismos países dudan sobre cómo presentarse. ¿Son países más caracterizados por la huella indígena o por la cultura española?

Una revista mexicana de Historia, ISTOR, discutió en 2009 cómo se utiliza la Historia con fines espurios. Un primer paso es la llamada a no estudiar Historia sino a interesarse por «la memoria», lo cual suele ser un signo inequívoco de que la Historia se va a utilizar con fines ideológicos, es decir, al servicio de la política. Se busca obtener una ventaja política utilizando alguna referencia histórica, y los fines suelen ser nacionalistas y nada rigurosos a la hora de establecer lo que realmente sucedió. La revista pone ejemplos de Rusia, Corea del Sur y sobre todo Venezuela. El intelectual mexicano Enrique Krauze aporta el ejemplo de cómo construyó Hugo Chávez su «bolivarismo» sobre una pretendida verdad histórica y cómo utilizó su interesada versión particular para justificar su política. Para conseguir que esa versión fuese aceptada, no se basó en pruebas concluyentes ni en documentos probatorios sino en la repetición cansina y machacona.

En este libro, se ha puesto énfasis en España y en Hispanoamérica, mientras que se ha dejado fuera de la narración a Brasil y la América de habla inglesa o francesa. Hemos querido presentar algunos nombres menos conocidos tanto entre los personajes del siglo XVI como entre los investigadores internacionales de nuestro tiempo, esperando completar y contrastar la imagen que se tiene muchas veces del descubrimiento y de la conquista. Ciencias como la arqueología, la antropología, la ecología y la epidemiología ampliarán nuestra visión de los sucesos de 1492 y el siglo XVI. Se describirá que la administración española de los territorios recién descubiertos era similar a la administración «normal». Se hablará de lo que pasó con el oro y la plata de América. ¿Ganaron o perdieron América y España al quedar acopladas tal como sucedió?

Cuando se trata de algo que sucedió hace quinientos años, son muy importantes las fuentes. Sorprende el número de fuentes en forma de «crónicas», escritas por españoles que participaron en los viajes de descubrimiento y en las conquistas. El cronista al que más se

mencionará será a Bernal Díaz del Castillo, que acompañó a Cortés. También tenemos textos de Colón y de Cortés, documentos administrativos de todo tipo y relatos de frailes. Estos últimos se interesaron sobremanera por recoger datos sobre las culturas de los indígenas. Se establecieron escuelas que enseñaban a los indígenas a leer y a escribir, lo cual hace que haya testimonios escritos por los mismos indígenas una generación o dos después de la conquista. Y también se van a citar o comentar varias fuentes para que el lector esté en contacto directo con cómo se podía pensar en el siglo XVI.

Los relatos de descubridores y conquistadores se deben leer con espíritu crítico, preguntándose cuál es la finalidad del autor y si los textos se escriben justo después de los hechos o no. Suelen describir al «Otro» como extraño. El historiador francés François-Xavier Fauvelle-Aymar ha investigado a los musulmanes que colonizaron la costa oriental de África en la Edad Media. Sus escritos hablan de hostilidad, de paganos de piel negra, ojos rojos y dientes de color de azafrán. Cazan los elefantes envenenando sus abrevaderos, sus ritos religiosos incluyen sacrificios y borracheras y solo el islam puede salvarlos. Los portugueses que exploraban la costa occidental de África algunos siglos más tarde hablan de seres pobres, salvajes y desnudos que no tienen rey o jefe y que viven en selvas impenetrables. Del mismo modo, muchas crónicas españolas describen grupos étnicos hostiles que andan casi desnudos, carecen de ciudades y otro tipo de civilización y comen carne humana. Nos dan también una impresión de cómo diferentes grupos indígenas se veían los unos a los otros y cómo veían a los españoles. Está claro que el lector tiene que leer los textos con un gran sentido crítico.

Una de las grandes dificultades al tratar el tema que nos ocupa se presenta a la hora de describir los actos de violencia de una manera equilibrada, ya que no hay fuentes del mismo tipo de todos los grupos implicados. En tal caso, el lector contemporáneo suele aplicar una visión moralista, preguntándose quién fue el peor. Del lado español tenemos narraciones que describen hechos horribles escritas por fray Bartolomé de Las Casas, pero no disponemos de relatos escritos similares en los que los mexicas cuenten cómo trataban a los enemigos indígenas vencidos o a los españoles capturados. Al mismo tiempo, el lector estará esperando encontrar en estas páginas precisamente relatos de violencia, porque es uno

de los aspectos más subrayados y repetidos a propósito de la conquista. Sin embargo, no se suele dar cabida al uso de la violencia de los grupos indígenas en la historiografía actual. También se ha puesto últimamente en entredicho su canibalismo, a pesar de haber un gran número de observaciones de diferentes testigos españoles en tal sentido, y de que fue presenciado en diferentes lugares. Ya que es muy complicado pronunciarse fehacientemente sobre el uso de la violencia de los diferentes grupos, hemos elegido ser prudentes en ese tema.

También es difícil saber en qué orden contarlo todo. El descubrimiento y la conquista pertenecen a un contexto y tienen una prehistoria. Se podría seguir la cronología, pero se perdería que había varios procesos sucediendo al mismo tiempo. Si se toma la geografía como punto de partida, las narraciones se solapan. Se puede contar un tema a la vez, pero se corre el riesgo de que la impresión de tiempo y de lugar palidezca. La elección final ha sido organizar el material en tres fases:

— Durante los primeros lustros después de 1492, fueron descubiertas y conquistadas muchas islas en el Caribe y una parte de América Central. Durante esta fase, Cristóbal Colón fue el personaje central. En este período, el camino hacia América y los descubrimientos mismos forman el núcleo de los acontecimientos.

— La segunda fase se inicia entre 1519 y 1521 con el descubrimiento y la conquista de lo que hoy llamamos México, y el personaje central es Hernán Cortés. Es la más conocida y se puede ver como el ejemplo típico de lo que sucedió también en otros lugares. Por eso se describe con más detalle que las otras dos fases.

— La tercera y última engloba al descubriminento y la conquista del Perú entre 1532 y 1534 con Francisco Pizarro como personaje central. En ella se incluye también el descubrimiento y la conquista del resto de América del Sur (menos Brasil) y las islas Filipinas. Este período se describe de manera más resumida, poniendo énfasis en lo que lo diferencia de la conquista de México.

Por último, vamos a dejar que hablen algunos de los descubrimientos científicos de nuestros días que arrojan nuevas luces sobre los sucesos más importantes.

Se puede considerar que la época de los descubrimientos y conquistas termina con la conquista de Manila, en Filipinas, en 1571 y después la unión dinástica de España y Portugal en 1580. El año 1580 representa la cumbre del poder español. Después sigue un período de estabilización en el que se fue construyendo una vida social basada en las instituciones españolas, el poder del rey y la presencia de la Iglesia. Este período queda fuera del marco del presente estudio, pero duró hasta que la mayoría de los países hispanoamericanos se independizaron de España en la década entre 1810 y 1820.

Descubrimiento y conquista

LOS REYES CATÓLICOS

Un hombre nacido por ejemplo en 1470 en Sevilla iba a conocer durante su vida una serie de acontecimientos extraordinarios: el fin del último reino islámico en España, una idea aproximada del continente africano, el descubrimiento y conquista de un nuevo continente, América, la primera vuelta al mundo, la confirmación de la redondez de la Tierra y la llegada de los europeos a Asia. Todo era nuevo, grande e inmenso. Y el reto de los nuevos tiempos exigía nuevas respuestas políticas.

Los límites cronológicos que nos hemos impuesto en el presente estudio abarcan los reinados de los Reyes Católicos, de su nieto Carlos I de España y del hijo de este, Felipe II. Como emperador, Carlos I de España se designa como Carlos V, y así lo vamos a llamar en adelante. Cuando los Reyes Católicos, Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, accedieron al trono, la palabra «España», procedente del topónimo romano Hispania, abarcaba diferentes reinos independientes unos de otros, incluyendo Portugal. Al respecto, siempre se cita al poeta portugués por excelencia, Camoens, cuando afirmaba que hablando con propiedad debía decirse castellanos, portugueses, etc., porque españoles «lo somos todos». En nuestros días, un equivalente vendría a ser la denominación Península Ibérica.

Cuando se casaron Fernando e Isabel, la Corona de Castilla no solo abarcaba la Castilla actual sino también los antiguos reinos de León y Asturias, Galicia, la mayor parte de Andalucía y el señorío de Vizcaya. Era, sin duda, el reino más poblado y rico de España, aunque políticamente no pasaba por un buen momento. Reinaba Enrique IV, el hermanastro de Isabel, pero no supo o no pudo imponerse a la nobleza. Fue objeto de burlas, hasta el punto de que la paternidad de su hija Juana se atribuía a un noble, por lo que se la apodaba «la Beltraneja». No corrían mejores tiempos para la Corona de Aragón, que comprendía el reino de Aragón propiamente dicho, el de Valencia y el principado de Cataluña, en cuyas cortes se

integraban los diputados de las islas Baleares. La dinastía reinante era la misma que en Castilla, la de los Trastámara. Fernando e Isabel eran parientes lejanos. En tiempos del padre de Fernando, dos grupos nobiliarios se disputaban el control de la ciudad de Barcelona, una de las más importantes de su patrimonio. Ambas coronas, tanto Castilla como Aragón, se sustentaban en un complejo entramado político-administrativo, que hacía de cada uno de sus territorios una pieza singular que obligaba a los monarcas respectivos a respetar unos determinados comportamientos basados en antiguos fueros impuestos por la costumbre.

A la muerte de Enrique IV se desató una guerra civil en Castilla entre los partidarios de Juana y los de Isabel. Para entonces, esta última ya se había casado en secreto con el heredero de la Corona de Aragón, Fernando. Al hacerse público este matrimonio, Juana selló una alianza con Portugal. Sin embargo, los partidarios de Isabel se impusieron y se la declaró reina. Casi al mismo tiempo, Fernando sucedió a su padre. En este punto conviene recalcar que, aunque es evidente y lógico que marido y mujer se consultasen los asuntos de Estado, ambos reinaban por separado en sus territorios, ejerciendo en el del otro el papel de consorte. De cualquier forma, al menos ya no se producirían entre ambos reinos las guerras tan frecuentes en otros tiempos, y actuarían de consuno en los asuntos internacionales. Con un Portugal volcado en sus descubrimientos africanos y con una frontera sólida con Castilla, el primer enemigo a batir era Francia, el país más rico y poblado de Europa.

La lengua de Castilla se difundió más todavía en el siglo XV, porque desde aquí partió la conquista de los últimos reinos musulmanes, de las islas Canarias y después de América. El mismo año en que se descubrió América, la lengua castellana fue normativizada en la primera gramática de una lengua moderna europea, escrita por Antonio de Nebrija. Así se dio forma y estabilidad a la lengua, un proceso que las demás lenguas de la Península no experimentaron hasta mucho tiempo después.

DESPUÉS DE LA UNIDAD DEL TERRITORIO, UNIDAD RELIGIOSA

En el año 1492, España conquistó Granada, el último reino musulmán en la Península. El mismo año se expulsó a los judíos y se redoblaron las presiones sobre los musulmanes para intentar que se convirtieran al cristianismo. Isabel introdujo la forma moderna de la Inquisición en 1478, y en 1483 Fernando renovó la que ya existía en Aragón. El propósito era fortalecer al país y evitar las guerras de religión.

Con anterioridad, muchos judíos ya se habían ido convirtiendo al cristianismo, algunos sinceramente y otros no, y se les llamaba «conversos». A partir de 1492 oficialmente ya no hay judíos en España, sino únicamente conversos, sinceros o falsos, ya que los que no querían convertirse debían dejar el país. Podían llevarse un tipo de «pagarés», pero no oro y plata. Algunos emigraron a Portugal o los Países Bajos y otros a lo que son ahora Marruecos y Argelia y que pertenecían al Imperio Otomano. Algunos se fueron hasta Estambul, donde sus conocimientos de medicina o finanzas fueron apreciados. Sin embargo, esta ventaja del nivel de conocimientos desapareció en las generaciones siguientes, con lo cual la situación del grupo fue menos ventajosa. Algunos que no querían ni dejar España ni convertirse sinceramente pudieron pasar a América, algo que solo se permitía a católicos. Una vez allí, solían establecerse lo más lejos posible de los grandes centros poblacionales para huir de las autoridades. Sabemos que hubo emigración de este tipo porque la Inquisición condenó a unas cuantas personas por ser «judaizantes». Durante el primer período, la Inquisición tenía como principal cometido el de descubrir y castigar a los conversos falsos tanto en España como en América.

El historiador francés Jean Dumont ha realizado un estudio exhaustivo de la Inquisición, y constata que España tenía una población judía bastante grande en parte porque había recibido a judíos expulsados de otros países, a veces exigiendo un pago de derecho de acogida. Por dar mucha importancia a la educación, los

judíos habían llegado a pertenecer a la élite social y ocupar altos cargos estatales y eclesiásticos, cargos que a veces se podían comprar. Al mismo tiempo, había cierto recelo histórico contra los judíos por haber ayudado muchas veces a los musulmanes en contra de los católicos. Dumont calcula que había 150.000 judíos en Castilla y Aragón en 1492, de los que 50.000 se convirtieron para no tener que dejar España. Salieron 100.000, pero de ellos una tercera parte volvió después, tras aceptar convertirse. Dumont subraya dos aspectos. Ningún país europeo era menos racista que España, país en el que la élite social consistía en una mezcla de cristianos viejos y judíos convertidos más o menos recientemente. Además, presentar la opción de convertirse o salir del país era una manera de resolver el problema sin que se llegara a la violencia física, evitando las guerras de religión que caracterizaron el siglo XVI de Francia y Alemania.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, España tomó forma como Estado. Los reyes se apoyaron en las ciudades, en las universidades, en un ejército muy costoso al servicio de la Corona y en representantes de los monarcas que cumplían tareas diplomáticas. Con anterioridad, los reyes castellanos habían deambulado de una región a otra para hacer valer su poder ante los nobles, a veces reacios a reconocer la supremacía real. Ahora, los reyes se dieron cuenta de que era imposible dirigir solos los asuntos cada vez más complejos de sus reinos. Por eso crearon los primeros «consejos», predecesores de los actuales ministerios, para campos como la economía, la guerra, Italia y América. Al mismo tiempo, la corte, cada vez más numerosa, seguía trasladándose de ciudad en ciudad según las circunstancias o la voluntad de los reyes. Cada vez que se mudaba la corte, se tenían que cargar grandes recuas de mulas con los documentos necesarios de la administración. Felipe II decidió poner fin a esto fijando la corte en Madrid, un lugar no muy importante en el centro de Castilla que no tenía el mismo carácter de gran urbe del que sí gozaban Sevilla o Lisboa.

CARLOS V

Fernando e Isabel practicaron una compleja política de matrimonios reales que tuvo consecuencias que nadie había podido prever. Les sucedió su nieto, que a su vez heredó vastos territorios en lugares apartados los unos de los otros. Hacia finales del siglo XV, las regiones centroeuropeas de Bohemia, Estiria, Carintia y Carniola eran Estados patrimoniales de la familia Habsburgo. Allí empezaron a explotarse minas de plata. Dicho metal no solo convirtió su moneda, el tálero (palabra que, con el tiempo, sería el origen de la palabra «dólar»), en una de las más codiciadas del mundo por su alta ley o pureza, sino que también encumbró al linaje Habsburgo entre los príncipes alemanes. El Sacro Imperio Romano Germánico, con un nombre que recuerda la grandeza de Roma, estaba compuesto por multitud de Estados centroeuropeos independientes, sobre todo alemanes, cuyos señores o príncipes formaban parte de un parlamento o «dieta». Entre ellos elegían un «emperador» o primus inter pares, cuya autoridad dependía de su fuerza para imponerse a los demás por medio de sobornos, corruptelas y amenazas militares.

No hace falta añadir que los táleros desempeñaron un importante papel en la elección de un Habsburgo, Maximiliano I, como emperador. Maximiliano casó con María de Borgoña, señora de los Países Bajos. Los Estados patrimoniales de Maximiliano y de María, incluyendo los Países Bajos, serían heredados por uno de sus hijos, Felipe, alias «el Hermoso», que casó con Juana, hija de los Reyes Católicos. Quizá la «hermosura» de Felipe o quizá su falta de fidelidad matrimonial, común por lo demás entre las familias reales, llevó a Juana a perder la razón y ser conocida popularmente como «la Loca». Sin embargo, Felipe murió pronto, pero no antes de haber procreado varios hijos, de los cuales es importante que retengamos dos nombres, Carlos y Fernando. La reina Isabel murió en el año 1504, y su esposo Fernando asumió la regencia hasta su fallecimiento en 1516. La hija heredera, Juana, se recluyó en el castillo de Tordesillas, donde residiría hasta su muerte en 1555.

Carlos, el hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, nació el día de Navidad del año 1500, en Gante, Flandes, y estaba destinado a recibir una cuádruple herencia de sus abuelos, Maximiliano, María, Fernando e Isabel. Además de Castilla y Aragón, heredó en Italia los territorios de Sicilia, Nápoles y Milán; en Francia, Borgoña; en Alemania, varios territorios, y en Flandes, lo que hoy en día se llama Bélgica y los Países Bajos. Además, recibió esta herencia muy joven, dadas la desaparición prematura de su padre y la vida retirada de su madre. Desde el comienzo, Carlos se dedicó preferentemente a los asuntos europeos. Su abuelo Fernando había dejado la Corona de Castilla en manos del cardenal Cisneros, «regente» de Castilla, la máxima autoridad en ausencia del rey. Cisneros era franciscano, hijo de labradores pobres, encumbrado por los Reyes Católicos como príncipe de la Iglesia siguiendo la política de considerar la valía de las personas por encima de títulos y abolengos.

En 1520, a los 20 años de edad, Carlos se decidió a ir a España para recabar los recursos necesarios para ser nombrado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. El cardenal Cisneros partió hacia el puerto de Santander a recibirle, pero murió en el camino. Él le habría podido informar de la complejidad de los asuntos hispánicos y de la necesidad de prestar atención a los reinos de la Península, pero Carlos desembarcó sin hablar una palabra de cualquier lengua hispánica, rodeado de consejeros extranjeros y con prisas por recoger dinero para comprar el apoyo de los príncipes alemanes. Fue una manera poco elegante de iniciar el contacto con sus súbditos en la Península Ibérica.

Los desplantes de Carlos provocaron una reacción: la revuelta de las Comunidades de Castilla y, en menor medida, la de las Germanías en Valencia. Las dos tenían varias causas, pero contribuyó la falta de respeto de Carlos por las costumbres locales. Orgullosas ciudades castellanas como Segovia, Ávila y Toledo no soportaban la lejanía de un monarca a quien sabían poco o nada preocupado por los asuntos de la Península y obsesionado por los problemas europeos. Eran ciudades independientes, ricas en producción agrícola gracias a sus grandes alfoces o términos municipales y pletóricas en los campos ganadero y manufacturero gracias a la oveja merina. Esa raza de ovejas autóctona, que había sido favorecida por los Reyes

Católicos con diversos privilegios, era la base de una manufactura lanera sobresaliente. El llamado Honrado Concejo de la Mesta agrupaba a los ganaderos a la hora de reclamar privilegios como el del ramoneo —las ovejas podían comerse impunemente las ramas bajas de los árboles o cultivos agrícolas— o las amplias cañadas reales. Se trataba de un ganado trashumante que se alimentaba en verano en los pastos de Castilla la Vieja y en invierno se desplazaba hacia Extremadura. Más de dos millones de ovejas se movían dos veces al año por esas amplias autopistas ganaderas. La Mesta ha dado origen a la palabra «mesteño» o «mustang», que designa en América al ganado libre. Las ovejas merinas eran tan importantes que su exportación a países extranjeros estaba penada con la muerte.

Las ciudades nombraron unos representantes que se entrevistaron con la madre del rey, Juana la Loca, pero ella no quería enemistarse con su hijo. La rebelión continuó entre 1520 y 1522, pero todo fue inútil. Rebelarse contra el rey o señor natural estaba penado con la muerte. Tras ser derrotados los comuneros en la batalla de Villalar por la nobleza, los líderes fueron decapitados. Con sus cabezas caía la independencia castellana respecto a las decisiones de un monarca absoluto.

La revuelta de las Germanías de Valencia es difícil de resumir por su indefinición. Las causas eran diversas y nada tenían que ver unas con otras. Una de ellas fue que se sobreentendía que un rey, máxime tratándose de Carlos V, el emperador, cumpliría con el requisito de jurar los fueros o leyes del reino en la catedral de Valencia, pero Carlos no juró los fueros y además cometió otra imprudencia: nombró virrey de Valencia a un castellano, don Diego Hurtado de Mendoza, cuando las leyes insistían en que el virrey debía ser natural de la Corona de Aragón.

En Xàtiva, no muy lejos de Valencia, el planteamiento era muy diferente y asociado a la falta de seguridad. La población de todo el reino de Valencia, especialmente los habitantes de las zonas costeras, vivía amenazada de continuo por la piratería de los moros norteafricanos, que atacaban por sorpresa los pueblos del litoral en rápidos golpes de mano. Los cristianos valencianos sospechaban que los moriscos valencianos, descendientes de los musulmanes

vencidos en la reconquista, servían de informadores y quintacolumnistas. La región de Valencia se había reconquistado alrededor de 1240, pero el número de los moriscos fue, durante dos centurias al menos, mayor que el de los cristianos repobladores, que iban llegando con cuentagotas. Los intentos de convertir a los moriscos al cristianismo fueron infructuosos. Seguían viviendo como siempre, hablaban árabe y sus contactos con la población cristiana eran muy reducidos. Algunos moriscos llegaron a ser pudientes, en particular si regentaban baños árabes o carnicerías halal. Además, a ojos de los cristianos, eran aliados de los piratas, lo que nunca se probó. La rebelión de los cristianos pobres, los agermanados, terminó con una fuerte represión.

En tiempos del emperador Carlos V, el monje agustino Martín Lutero fijó en las puertas de la catedral de Wittemberg sus 95 tesis contra la venta de bulas de indulgencia. Como es sabido, el proceso de construcción del Vaticano requería inmensas sumas de dinero, y una forma de obtenerlo era la venta de indulgencias, donde en un documento o bula se reflejaba un tiempo determinado de perdón de los pecados proporcional al monto del dinero donado a la Iglesia. Los intermediarios en la venta, o bulderos, se quedaban con un porcentaje. Sin embargo, las protestas luteranas se enmarcaban en un panorama mucho más amplio de críticas hacia la Iglesia católica y propuestas de regeneración compartidas por amplios sectores de esa misma institución. En medio de la vorágine política suscitada por la elección de emperador, el luteranismo fue arraigando en los principados regidos por los enemigos de Carlos V.

El protestantismo se propagó por lo que es ahora Alemania, Suiza, Francia, los Países Bajos, Gran Bretaña y Escandinavia. Tras unos comienzos contemporizadores, la Dieta de Worms en 1521, los ánimos se fueron enconando hasta acabar en los campos de batalla en Mühlberg en 1547, donde vencieron las tropas de Carlos V. Se firmó una paz claudicante, la denominada Paz de Augsburgo, en 1555, en la que se adoptó el principio de cuius regio, eius religio como norma: cada príncipe era libre de imponer a sus súbditos la religión que quisiese. Paralelamente, desde 1545, el Concilio de Trento se encargó de fijar las líneas generales de la ortodoxia católica ante los nuevos retos suscitados por la aparición de iglesias protestantes como el luteranismo y el calvinismo.

FELIPE II

Felipe II era hijo de Carlos V y de Isabel de Portugal. Su padre, Carlos V, había sido un hombre de acción, exitoso en las guerras, pero Felipe era más administrador y no viajó mucho durante la segunda parte de su vida. Era profundamente religioso. Felipe II fue, sin duda alguna, el rey más poderoso de su tiempo, pero no heredó el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que era electivo, ni los Estados centroeuropeos de su padre. Su tío Fernando, que a diferencia de su hermano, el emperador Carlos V, se había criado en España, fue el llamado a ser el siguiente emperador de Alemania. Además de la relación familiar, ambas cortes compartían el interés por oponerse a Francia, a los turcos y a la expansión del protestantismo.

Felipe II añadió Portugal a sus ya de por sí vastos territorios en Europa, América y Asia. El rey portugués había muerto sin tener hijos, y Felipe II, hijo de una princesa portuguesa, tenía derechos al trono. Sin embargo, no esperó a ser llamado a ocupar el trono sino que entró en Portugal con tropas. Al comienzo, las clases superiores y medias no estaban mal dispuestas hacia él, porque habían aparecido protestantes holandeses como rivales de los portugueses en lo que es ahora Indonesia, y se pensaba que sería más fácil alejarlos formando parte de un imperio poderoso como el de España. Con la incorporación de Portugal, el Imperio Español llegó a su máxima extensión y se mantuvo así hasta el reinado del nieto de Felipe II, Felipe IV.

En los albores del siglo XVI, Francia era la gran potencia continental de Europa Occidental. Gracias a su riqueza agrícola, su demografía triplicaba la española, y los hombres y el dinero eran los dos requisitos indispensables para ganar las guerras. Sin embargo, Francia pronto se vería sometida a intestinas guerras de religión. Una diferencia en comparación con España era que sus reyes disponían de una autoridad ilimitada, muy lejos de experimentar la división en reinos excluyentes o tener que acatar leyes que

sujetaban el despliegue del autoritarismo regio. Italia era el tradicional campo de batalla entre la Corona de Aragón y la de Francia. En tiempos de los Reyes Católicos, Gonzalo Fernández de Córdoba, apodado «el Gran Capitán», venció repetidamente a los franceses, éxitos militares que continuarían en la época de Carlos V, en la que incluso el rey de Francia, Francisco I, cayó preso en la batalla de Pavía y pasó algún tiempo cautivo en España. El sur de Italia, los reinos de Nápoles y Sicilia, el Milanesado y la misma Roma —con su correspondiente saqueo a manos de las infanterías española y alemana— fueron el teatro de las operaciones bélicas. La unión del Sacro Imperio y de España era necesaria para vencer a Francia.

Además, a las puertas de Viena se presentaron los turcos, siendo el Imperio Otomano el enemigo tradicional de la casa de Habsburgo. La misma España se veía también amenazada por la piratería musulmana del norte de África, alentada por los turcos. Por ello, las repúblicas mercantiles italianas de Génova y Venecia, que también veían amenazadas sus rutas comerciales, y el mismo papado se unieron a la armada española para batir a los turcos en la batalla naval de Lepanto, cerca de las costas griegas. Miguel de Cervantes, futuro autor del Quijote, participó en la batalla y perdió allí la movilidad de un brazo. La victoria cristiana inauguró un breve período de paz entre el Mediterráneo norte y el sur.

LA GUERRA NAVAL

Las relaciones entre Inglaterra y España se enturbiaron en tiempos del rey Enrique VIII de Inglaterra. Casado con Catalina de Aragón, hija menor de los Reyes Católicos, el rey pidió la nulidad de su matrimonio al papa Clemente VII. El matrimonio había durado más de dos décadas y había tenido una hija, María, pero ningún heredero masculino. Ante la negativa papal, Enrique VIII creó su propia iglesia, anglicana, que colaboró con el luteranismo y el calvinismo.

Estas circunstancias hicieron que Inglaterra viera como enemigos tanto a España como al catolicismo. La reina Isabel I, la hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la sucesora de Catalina, encontró la forma de galvanizar las voluntades de sus súbditos patrocinando acciones que perjudicasen el poderío de España, protegiendo a corsarios como Francis Drake o John Hawkins y ayudando a los protestantes holandeses en su lucha contra España. Dichas acciones molestaban los intereses de España, y Felipe II decidió castigarlas. Para ello reunió una Gran Armada —que en Inglaterra recibió el nombre de «Invencible»— que sufrió muchos contratiempos. Murió el almirante destinado a mandarla, el experimentado marino Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, y tuvo que improvisarse un nuevo jefe, el inexperto y poco entusiasta duque de Medina Sidonia. A partir del momento de su partida desde el puerto de La Coruña en 1588, los 130 barcos con sus 27.000 hombres no hicieron más que soportar adversidades. En Holanda, donde tenían que embarcarse los tercios mandados por Alejandro Farnesio y destinados a invadir Inglaterra, la marea baja y los «brulotes», o barcas holandesas en llamas, impidieron completar la operación. Por último, una tremenda tempestad en el canal de la Mancha acabó dispersando las naves y hundiendo parte de ellas. Cuando Felipe II tuvo noticias del desastre, es tradición que afirmó que no había enviado sus barcos a luchar contra los elementos, y, pensando que era un castigo divino por sus pecados, se retiró a orar.

Holanda o Flandes representaba un caso aparte en el Imperio Español. Felipe II era su legítimo rey, y a él le repugnaba que uno de sus Estados hubiese caído en lo que él consideraba una grave herejía. A pesar de intentar atajar por todos los medios el proceso de independencia holandés, Felipe II no fue capaz de contenerlo. En 1567 nombró gobernador de los Países Bajos a Fernando Álvarez de Toledo, gran duque de Alba, partidario de utilizar la mano dura contra la expansión del protestantismo, pero tampoco tuvo éxito en sofocar la rebelión. A pesar de ajusticiar a los líderes del movimiento insurreccional, Egmont y Horn, no pudo restablecer la paz. Los sucesores del duque de Alba, Luis de Requesens, Juan de Austria y Alejandro Farnesio, empezaron a buscar una solución política. El proceso culminaría con la designación de Margarita de Austria como gobernadora y más tarde con la independencia del país.

España tenía varios rivales navales durante el siglo XVI. En el Mediterráneo, España se enfrentó al Imperio Otomano, y ninguno de los dos poderes pudo vencer definitivamente al otro. En el Mediterráneo, constituyeron también un gran problema los piratas del norte de África. España gobernaba el sur de Italia, y los piratas amenazaban la conexión entre ambos países al apoderarse de barcos y mercancía, además de secuestrar a tripulantes y pasajeros. Los secuestrados eran vendidos como esclavos o canjeados después de que sus familiares pagasen un rescate. Los piratas más famosos eran dos hermanos llamados Barbarroja que más tarde llegaron a ser almirantes otomanos.

En el Atlántico, España necesitaba tener una conexión naval con los Países Bajos, territorio que también gobernaba. Allí amenazaban también piratas musulmanes, pero sobre todo piratas hugonotes franceses, con base en La Rochelle. Durante la segunda parte del siglo XVI, aparecieron también piratas ingleses que amenazaban la ruta entre el Caribe y Sevilla que llevaba plata americana a Europa. Los piratas podían acechar cerca de las Azores o de la costa de Algarve. Por ejemplo en 1522, capturaron una nave que transportaba la plata que Cortés mandaba a la Corona, además de mapas valiosos. Todo esto obligó a los españoles a navegar en flotas con protección militar. A veces se hace distinción entre los términos «pirata» y «corsario». El corsario tenía un permiso, una «patente de

corso» de su gobierno para capturar naves extranjeras con tal de entregar parte del botín al Estado en cuestión. Los piratas ingleses y franceses tenían generalmente permisos de este tipo.

Uno de los corsarios más famosos de todos los tiempos fue un inglés, Francis Drake. Para los españoles, Drake fue el diablo mismo. Por ejemplo, durante los preparativos para organizar la llamada Armada Invencible, Drake apareció en Galicia y en Cádiz, robando unas naves e incendiando otras. Más tarde hizo estragos en el Caribe, saqueando e incendiando Puerto Rico, Cartagena y Santo Domingo. Hasta entonces, las ciudades costeras americanas no habían estado amenazadas desde el mar, y carecían de fortificación. Con la expansión de la piratería, los españoles tuvieron que invertir en la protección de las ciudades. Más tarde Drake apareció en la costa oeste de América del Sur dando golpes de mano en lo que es ahora Chile, Perú, Ecuador y Colombia, lo cual obligó a España a crear una cuarta flota militar en el Pacífico, además de las que tenía en el Mediterráneo, en el Atlántico y en el mar del Norte.

Entre Inglaterra y España no había una guerra declarada, pero sí escaramuzas continuas. Además de la piratería, directamente apoyada por la reina Isabel I, hubo apoyo inglés a los rebeldes holandeses. Felipe II, por su parte, apoyó a los católicos tanto en Inglaterra como en Irlanda. Para describir las relaciones entre España y Francia, se puede afirmar que los dos países estuvieron en guerra prácticamente siempre entre 1494 y 1559. El hecho de que los franceses y los ingleses no prohibieran la piratería sino que la alentaran se puede considerar una guerra naval de guerrillas contra España para debilitarla y hacerla incurrir en gastos.

Lo que es difícil de entender hoy en día es que los reyes españoles de los que estamos hablando y que eran probablemente los más capaces de la historia española no dedicaran más tiempo y más energía a América. Para Fernando e Isabel, España era lo primordial, y para Carlos V y Felipe II lo fueron los reinos de los Habsburgo y la política europea.

INVESTIGACIÓN Y EXPLORACIÓN

En la época del descubrimiento de América, España y los territorios administrados por ella en Europa estaban muy avanzados desde el punto de vista científico y tecnológico. Durante centenares de años, eruditos cristianos, musulmanes y judíos habían aportado sus conocimientos y comentado los textos clásicos, en particular los griegos. Ptolomeo, Azarquiel, Alfonso X y Averroes servirían de punto de partida para Copérnico, Galileo, Kepler y Newton. Y la Escuela de Traductores de Toledo fue el lugar desde donde se difundieron las grandes obras de la Antigüedad griega y latina.

En el siglo XVI hubo una intensa vida intelectual que se suele designar con el nombre de humanismo. Las publicaciones y las traducciones de los libros científicos hicieron que las ideas volaran rápidamente entre por ejemplo Italia, España, Francia e Inglaterra. Seguía la veneración por las autoridades de la Antigüedad, pero se combinaba con el entusiasmo que despertaban los nuevos conocimientos. El humanista Antonio de Nebrija es un ejemplo de sabio que se interesaba por todo. Escribió gramáticas y diccionarios de latín para españoles, la primera gramática de la lengua española, libros de Historia y una cosmografía, basándose en Ptolomeo.

España desplegó ya en el siglo XV, es decir, antes del año 1492, una intensa actividad en diferentes ámbitos como la navegación, el comercio y la ciencia. Esto significa que estaba bien preparada para el descubrimiento y la conquista de América. En particular, la conquista de las islas Canarias y la del reino de Granada fueron hitos en los que se basaron experiencias posteriores. Se puede decir que, ya antes del descubrimiento de América, España era una potencia naval y colonial.

La cosmografía era una disciplina que estudiaba la relación entre la Tierra y el espacio e incluía la astronomía. Portugal era un centro importante de cosmografía, y en la cartografía destacaba Mallorca. El enorme entusiasmo por la geografía se plasmó también en la

elaboración de mapas y descripciones más precisos de la propia Castilla. Había centros de cartografía como la escuela marítima de Sagres en Portugal, fundada por el rey portugués Enrique el Navegante, y la escuela de navegación de Mallorca, donde destacó el cosmógrafo Jafuda Cresques, también llamado Jaime Ribes. Este ambiente produjo el mapa más antiguo que se conoce del continente americano, diseñado por Juan de la Cosa, uno de los hombres que participaron en el primer viaje de Colón. Las cartas marinas que antes se concentraban en describir las costas, los «portulanos», ahora se convertían en cartas planas que incluían latitudes y longitudes y después pasaron a recoger la representación esférica. En 1508, el rey Fernando decidió crear el puesto de piloto mayor en Sevilla. El piloto mayor debía enseñar y examinar a los futuros pilotos, que tenían que dominar tanto la práctica como la teoría. En el documento fundador del puesto de piloto mayor se indicaba que un piloto debía saber servirse de la brújula, el cuadrante y el astrolabio. El piloto mayor ejercía también la supervisión sobre la calidad de los nuevos instrumentos de navegación y sobre los mapas utilizados. Esta intensa actividad formaba parte del interés español por las ciencias exactas en el siglo XVI. En la corte de Felipe II convivían cosmógrafos con arquitectos, ingenieros civiles, ingenieros militares y artilleros, es decir, profesionales que combinaban lo teórico con lo práctico.

Había una tradición de estudios astronómicos en España, y desde Alfonso el Sabio se habían publicado por ejemplo traducciones de Ptolomeo. La base de la enseñanza de astronomía seguía siendo la Antigüedad, pero la cosmografía estudiaba el sitio de la Tierra en el sistema solar, y en el siglo XVI se conocía y se difundía la visión heliocéntrica basada en Copérnico. Para fijar la posición de un barco en el mar, la astronomía era fundamental, y como resultado de ello las publicaciones sobre las observaciones astronómicas se multiplicaron y los instrumentos para calcular la posición de una embarcación mejoraron. También mejoró la construcción de los barcos de navegación de altura. En otras palabras, el gran avance en navegación fue posible gracias a una larga tradición de interés por las ciencias. Se dio un paso hacia atrás cuando la Iglesia, en 1616, prohibió que se enseñara la visión heliocéntrica. Varios historiadores de la ciencia han observado que los chinos también habían desarrollado la astronomía, conocían la brújula y habían

mejorado las técnicas de construcción de los barcos, pero estos adelantos no se tradujeron en un impulso de descubrimientos geográficos.

Había, pues, un interés científico muy vivo en España ya antes del descubrimiento de América, y este lo potenció todavía más. Niall Ferguson es uno de los historiadores que destacan que no es correcto decir que Europa llegó a ser lo que es porque se llevó oro y plata de América. No: Europa ya se había desarrollado más que otros continentes y por eso pudo llegar a América y conquistar tantos territorios. Ferguson enumera las «conquistas» importantes ya realizadas cuando se descubre América: escritura e imprenta; avances científicos; desarrollo del derecho, de la medicina, de la astronomía, de la navegación, del arte de construir naves, de las armas y de la minería; en 1500 ya había más de mil libros científicos impresos. Europa había empezado a perfilarse como un territorio basado en la ley y la garantía del derecho a la propiedad.

LA BUROCRATIZACIÓN DE LA EXPLORACIÓN

Sevilla se convirtió en un centro económico y científico. Allí la Corona instaló la Casa de Contratación en 1503. Desde allí se controló la emigración y la exportación de mercancías entre España y América y todo lo que tenía que ver con la navegación misma y con el descubrimiento de nuevos territorios. En Sevilla se desarrolló más la cartografía, que sustituyó el pergamino por el papel y abandonó la decoración con dibujos en favor de un diseño más funcional. Se creó también una escuela de navegación que llegó a ser modelo para escuelas similares en otros países, desarrollando todas las ciencias conectadas con la navegación. Dos tratadistas españoles de navegación llegaron a tener fama europea con sus escritos traducidos a varios idiomas y publicados en el siguiente siglo: Martín Cortés y Pedro Medina. En Sevilla fueron impresas crónicas de América, de allí salió la idea de crear jardines botánicos y museos de las maravillas de la naturaleza indiana. Los cronistas Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Cieza de León, que habían estado en América, detallaron en sus obras la flora y la fauna de ese continente, y sus informaciones y las de otros viajeros fueron recogidas y sistematizadas. Este período de avances científicos fue interrumpido en el siglo XVII, en parte porque los conocimientos de navegación, el acceso a los mapas y las informaciones recogidas por los capitanes empezaron a ser considerados secretos de Estado por ser tan valiosos.

Poco después del descubrimiento, la Corona creó el Consejo de Indias, que también tuvo su sede en Sevilla y se dedicó a la administración de las denominadas Indias. Se componía principalmente de hombres curtidos en el derecho, de juristas. El Consejo de Indias orientaba al rey sobre qué decisiones debía tomar, controlaba el desempeño de los funcionarios españoles en América y actuaba como un tribunal en todo lo que tenía que ver con América. También se recogían y cotejaban informaciones de diferentes viajeros o testigos, una mentalidad que sorprende por lo moderna.

España adquirió también estabilidad como Estado con una nueva casta de administradores o burócratas que llegaron a formar una estructura de gobierno al servicio de los reyes. Hubo a veces roces entre estos administradores y la nobleza, pero las familias nobles influyentes como los Toledo y los Mendoza sirvieron lealmente como gobernadores o virreyes. España se sirvió también de una serie de excelentes comandantes militares, como el Gran Capitán, el duque de Alba, Juan de Austria, Alejandro Farnesio...

Fue en el siglo XVI cuando los reyes empezaron a fijarse en la importancia política de la Historia. Por ejemplo, los Reyes Católicos eran plenamente conscientes de vivir en tiempos extraordinarios. Fernando encargó al gran humanista Antonio de Nebrija un manual de la historia del reino. En el siglo XVI, la Historia se escribía en latín, pero se empezaba a usar el castellano. Los relatos sobre América se tradujeron rápidamente a otras lenguas. Carlos vio la Historia como una manera de fortalecer su propia dinastía, los Habsburgo o Austria, y dar relieve a sus muchos éxitos personales. Hasta dictó sus memorias, aunque el texto se perdió. Sabía que había libros sobre la historia de Inglaterra y de Francia con relatos sobre los reyes más importantes y quería que se escribiera algo similar sobre él. Entró en contacto con el historiador italiano Giovio, pero no se pusieron de acuerdo sobre la remuneración. Finalmente, Sepúlveda sería el historiador oficial. Carlos V quiso dar énfasis a su dinastía y a sus territorios más que a la religión. Su actitud frente a la historia era «pro persona» más que «pro patria», quizá porque en su caso la patria podrían ser varios reinos. En 1520 nombró a Pedro Mártir de Anglería para que escribiera sobre la conquista de América.

En cuanto a Felipe II (1556-1598), estamos en una situación diferente. El rey era una persona culta que, además de español, hablaba latín y la lengua de su madre, portugués. Probablemente leía también en francés e italiano. Al comienzo de su reinado, desconfiaba de los libros de Historia porque no quería que se divulgara nada sobre los asuntos españoles. Sin embargo, cuando empezó a difundirse la llamada «leyenda negra» que atacaba al rey, cambió de actitud. Los ataques se basaban en los escritos de Las Casas, los del príncipe holandés de Orange y los del exsecretario de Felipe II, Antonio Pérez, que había huido de España. Estos ataques

decían que el rey era cruel, que había matado a su hijo don Carlos y que era un fanático religioso. De la conquista se decía que ser crueles era una característica fundamental de los españoles. Francia, Inglaterra y Holanda querían participar en la exploración y la conquista de nuevos territorios y decían que los españoles no tenían derecho a ocupar en exclusiva América, que el papa carecía de autoridad para adjudicar territorios y que el Tratado de Tordesillas de 1494 no era válido. La Inquisición fue otro elemento aprovechado en la propaganda antiespañola. Hacia el final del reinado, había también españoles descontentos. La derrota de la Armada Invencible y las incursiones de corsarios como Drake en Galicia y Portugal generaban una sensación de indefensión en el pueblo español, que además debía pagar muchos impuestos para sufragar unas guerras que no terminaban nunca.

Durante el reinado de Felipe II varios trabajos de Historia terminaron sepultados en los archivos porque no gustaron al monarca o a sus colaboradores. Los cronistas oficiales de la época partieron de la idea de que debían en primer lugar servir al rey, y Felipe quería una historia pro patria que dejara claro el derecho de España a sus territorios y a su Imperio tanto en Europa como en América y, además, que se venerara la monarquía como institución. En cuanto a América, no le gustaba que se hablara de conquista, y tampoco quería que se publicaran informaciones de las que otros reinos pudieran aprovecharse. Consideraba que la información sobre América era secreto de estado y no permitía el acceso a los archivos del Estado ni siquiera a sus propios historiadores. Las obras del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo encantaron al público europeo porque incluían datos sobre la flora, la fauna y las costumbres de los indígenas. Además, el autor había estado en América y podía dar testimonio de lo que había visto. Sin embargo, cuando en los siguientes tomos Fernández de Oviedo quiso incluir mapas y más detalles sobre lo descubierto, encontró resistencia por parte de la Corona. Tampoco se publicó por ejemplo todo lo escrito por Cieza de León sobre el Perú. Hacia el final del reinado, Felipe II nombró historiador oficial a Antonio Herrera y Tordesillas, quien escribió una serie de relatos que pertenecen a la leyenda dorada, es decir, una visión acrítica y exageradamente benevolente de los hechos. Los archivos estatales, muy abundantes, no fueron abiertos y aprovechados hasta mediados del siglo XIX, es decir, nosotros

sabemos más de lo que sabían los contemporáneos.

El descubrimiento de América

LAS ISLAS DEL CARIBE

Echarse al mar

El año 1453, la ciudad de Constantinopla caía en manos de los turcos otomanos. Se rompía de ese modo el nexo entre el Lejano Oriente y Europa, el eslabón necesario por el que llegaban las rutas de caravanas asiáticas transportando especias y desde donde las ciudades-repúblicas mercantiles italianas, particularmente Venecia y Génova, las redistribuían por todo el continente europeo. A partir de ese momento, el Mediterráneo se convirtió en un mar muerto, y Venecia quedó congelada en el tiempo. Las rutas del comercio mundial no tardarían en desplazarse hacia el océano Atlántico. En conclusión, es fácil deducir que las especias, cuando llegaban al consumidor, eran productos muy caros, que estaban solo al alcance de los sectores más encumbrados de la sociedad, nobles y eclesiásticos. Sin embargo, estos pagaban gustosamente precios desorbitados por los múltiples productos que amparaba la denominación genérica de «especias». Los países europeos cercanos al océano Atlántico como España y Portugal eran los mejor situados para intentar llegar de nuevo a los países de las especias trazando nuevas rutas hacia el sur o hacia el oeste. Cristóbal Colón fue el instrumento de esa gran aventura, y el encargo era, como acabamos de decir, llegar hasta el lugar de origen de los artículos de lujo asiáticos por la ruta hacia el oeste. El punto de partida era la comprensión de que el mundo era redondo.

Más de un siglo antes del descubrimiento colombino, ya se especulaba con la existencia de tierra en el interior del océano Atlántico. Además, hay que tener en cuenta que, en aquellos precisos momentos, el océano bullía con noticias de frecuentes descubrimientos como los de las Azores, Cabo Verde y las costas de África hasta culminar en la proeza de Bartolomé Díaz doblando el cabo de Buena Esperanza.

Antes de proseguir tenemos que comentar algunos nombres puestos en circulación por el descubrimiento de Colón, empezando por el del continente recién descubierto. «América» fue bautizada así en 1507 por un impresor alemán apellidado Waldzeemüller que, sin mayor conocimiento de causa, quiso honrar de ese modo al marino

italiano, al servicio de España, Américo Vespucio, que visitó en su expedición las costas de Venezuela. Con mayor motivo el nuevo continente se hubiese podido llamar «Colombia», en honor de Colón, o dedicarlo a muchos otros personajes con más méritos, como al cartógrafo cántabro Juan de la Cosa, que hizo el primer mapa del Nuevo Mundo en el año 1500.

Por esas fechas, y hasta finales del siglo XVIII, se le llamaba en España al Nuevo Mundo «Indias», por creer Colón que en su primer viaje había llegado a la India. Además, el nombre «Indias» encerraba en España un concepto diferente, que englobaba también los descubrimientos y posesiones asiáticas: Filipinas, Marianas y Guam. Por la misma razón y desde el primer momento, a los indígenas americanos se les llama «indios».

Otros términos que necesitan aclaración son «México» y «mexicanos». A la llegada de los españoles al continente americano, ya existía la ciudad de México-Tenochtitlan, capital del mundo mexica. Actualmente con ese nombre se conoce un país mucho más grande que la pura ciudad de México a la que nos estamos refiriendo. El México actual engloba a infinidad de antiguos pueblos y lugares que nunca se hubiesen sentido cómodos con que les llamasen así por ser precisamente enemigos de los «mexicas». En la época española, el conjunto del territorio se denominó Nueva España, y abarcaba la actual República Mexicana y buena parte de los Estados Unidos, muchos de cuyos estados llevan nombres españoles: California, Colorado, Nevada, Nuevo México, Florida, Oregón (en realidad «Orejón»), Montana (en realidad, la «Montaña») y Texas.

Una isla de la que se hablará a menudo a continuación es Haití, hoy dividida entre dos Estados, la República Dominicana y Haití. Para evitar la confusión entre Haití como isla y Haití como Estado se usará la denominación utilizada en el siglo XVI, que era Hispaniola o La Española.

EL ENIGMÁTICO COLÓN

El paso de los años, incluso de los siglos, no consigue disipar las muchas dudas existentes sobre la figura de Cristóbal Colón. Hay pocas fuentes de la niñez y juventud del explorador, y él solo contó que era originario de Génova. Lo afirmaba reiteradamente, por ejemplo, en su testamento. Lo afirma incluso con insistencia sospechosa. Sin embargo, nunca escribía en italiano, ni a los mismos italianos, y la lengua que utilizaba siempre era el castellano, con algunas palabras portuguesas. El cronista Pedro Mártir de Anglería, en carta al conde Juan Borromeo fechada el 14 de mayo de 1493, da cuenta de que «volvió de las antípodas occidentales cierto Colón, de Liguria». Pedro Mártir debía de conocerlo bien, pues, nacido en Arona, Italia, en el año 1457, pasó en 1487 a España al servicio del conde de Tendilla y participó en la toma de Granada. Ordenado sacerdote en 1492, fue nombrado capellán de la reina Isabel y es uno de los primeros cronistas de Indias cuya autoridad está fuera de toda duda. Por tanto, su origen y su cercanía al ambiente palaciego confieren importancia a su testimonio.

Se suele decir que el navegante nació en Génova hacia 1450, en el seno de una familia de tejedores poco pudientes. La estrechez económica familiar le impulsó a buscar el sustento lejos de su lugar de origen. Como escribió en 1501, «de muy pequeña hedad entré en la mar y lo he continuado fasta oy». En esas condiciones, adquirió una amplia experiencia marinera que suponemos básicamente mediterránea, aunque no resultaría extraño que hubiese navegado hasta Inglaterra o Flandes. Nada raro para un genovés de la época. También es posible que entrase en contacto con las muchas colonias de genoveses esparcidas por todas las ciudades comerciales europeas. De ese modo parece que visitó Marsella, Túnez y Lisboa y quizá también la isla de Porto Santo, por su casamiento con Felipa Perestrello, hija de Bartolomeo Perestrello, señor de la isla. Con su enlace, Colón obtuvo una cierta promoción social. Del matrimonio nació su único hijo legítimo, Diego, y sin duda, gracias a la

situación privilegiada de la isla portuguesa como avanzadilla atlántica, aumentaría sus conocimientos sobre la navegación y el comercio en dicho océano. Sin embargo, Felipa murió al poco tiempo. De todos modos, Colón fue acumulando una amplia experiencia como navegante de la que dejaba constancia en el año 1501 al escribir: «Todo lo que fasta oy se navega todo lo he andado». A esas alturas incluía ya, evidentemente, sus travesías indianas.

Además de ganar paulatinamente experiencia como navegante, Colón adquirió también una nada desdeñable erudición libresca. Autores como Ptolomeo, Plinio, Abraham Zacuto, Estrabón, Pierre d'Ailly o Marco Polo no eran ajenos a su bagaje cultural, aunque sembrasen el caos y muchas confusiones en su mente a la hora de armonizar sus teorías. Colón mezclaba desordenadamente la reconquista de Jerusalén atacando al islam por la retaguardia, la llegada a Catay y Cipango —China y Japón— viajando hacia el oeste, el descubrimiento de las Antípodas, la obtención de piedras y metales preciosos y de especias, la expansión del catolicismo y la confirmación de la existencia de las amazonas. Acentuaba una parte u otra de su confuso proyecto adaptándola a las prioridades del auditorio interesado.

Con ese bagaje empírico y científico, Colón se decidió a dar otro paso y empezó a buscar a algún monarca que patrocinase su proyecto. El rey Juan II de Portugal debió de ser el primero en el que pensase, por motivos tanto familiares —la familia de su esposa — como pragmáticos. Portugal se hallaba volcado en su expansión africana, que ya estaba dando excelentes resultados. Aunque el Estado portugués no desdeñaba ningún proyecto que pareciese provechoso, Colón no halló en Lisboa respuesta a sus intenciones. Quizá en el preciso momento pesó más la voluntad africanista del rey, quizá las razones expuestas por Colón no convenciesen a los portugueses por insuficientes o quizá las pretensiones colombinas a la hora de ser recompensado fuesen disparatadas.

Ninguno de estos tres impedimentos podía existir en Castilla, aunque por el momento los Reyes Católicos se hallaban centrados en su proyecto prioritario: la conquista de Granada. En 1485, Colón decidió pasar a Castilla, donde empezó a establecer una serie de

contactos con personajes de diverso fuste, como el duque de Medinaceli, que lo ayudó un tiempo; la aristócrata Beatriz Fernández de Bobadilla, cuya hermosura corría pareja con la dureza de su carácter y de la que Colón estuvo enamorado un tiempo, o la plebeya Beatriz Enríquez. En noviembre de 1488 nacía Fernando, el hijo que el descubridor tuvo con esta última. Fernando acompañaría a su padre en el último viaje que realizaría al Nuevo Mundo, y escribió su biografía.

Por esos años, Castilla culminó la primera de sus grandes empresas ultramarinas, la conquista de las islas Canarias, comandada por aventureros franceses. En 1496, puede darse por concluida la conquista de las islas Canarias en nombre de Castilla. Sus primitivos habitantes, los guanches, se opusieron a las armas castellanas con poco más que piedras y palos. A pesar de un excelente conocimiento del terreno, fueron vencidos y más tarde vendidos como esclavos. Las islas Canarias serían fundamentales como base para adentrarse en el océano siguiendo la ruta de los vientos alisios en las expediciones americanas, y la experiencia adquirida en el trato a los indígenas, también.

La mayor parte de los años 1486 y 1487 la dedicó Colón a preparar sus comparecencias ante los expertos de la comisión nombrada por los monarcas para juzgar sus proyectos. Los comisionados desestimaron los planes de Colón desde un punto de vista científico, pero las necesidades económicas siempre urgentes de la Corona hicieron que las promesas colombinas de oro y riquezas no cayesen en saco roto. Los responsables de la Hacienda real no despreciaron de forma tan categórica sus propuestas como la comisión de geógrafos. Así, Alonso de Quintanilla, en estrecho contacto con los banqueros genoveses Francisco Pinelli y Francisco da Rivarolo, junto con altos personajes de la corte, pasaron a ser los nuevos abogados del proyecto colombino. La obtención de riqueza pasaba a desempeñar un papel relevante, tanto como la expansión de la fe católica, en los machacones mensajes colombinos. Alguien ha contado las veces que menciona Colón el oro en el Diario de sus descubrimientos y son nada menos que 127.

Ante la mencionada asamblea de cosmógrafos y ante los mismos Reyes Católicos, parece que la base de su exposición desde el punto

de vista geográfico fueron las teorías ptolemaicas. Al menos, eso indica el siguiente dato. Desde que en 1474 se imprimiese el primer libro español en la ciudad de Valencia, la gran cantidad de impresos que salieron de los talleres valencianos convirtieron la ciudad en referencia obligada para cualquier tipo de resolución científica. El 20 de enero de 1486, Colón expuso a los Reyes Católicos sus teorías cosmográficas por primera vez. Sus tesis, y en concreto las teorías de Ptolomeo, despertaron la curiosidad del rey Fernando, que escribió de inmediato al baile general —una especie de gobernador — de Valencia, Diego de Torres, ordenándole que le comprase «un libro llamado Ptolomeo, hecho por un tal Palomar». El taller del alemán Lambert Palmart, uno de los primeros en establecerse en España, había impreso la Geografía, de Ptolomeo, cuyos mapas mostraban los extremos de Europa y Asia muy próximos. Este ejemplar sería remitido a Fernando de inmediato. Colón creía, como muchos en su época, y quizá por las enseñanzas ptolemaicas, en la redondez de la Tierra, pero subestimaba su tamaño. De ahí sus errores y vacilaciones, a pesar de su tozudez.

Sin el patrocinio del rey de Aragón, Fernando, que se erigió en el principal valedor del genovés, la expedición no habría sido posible. Apoyado en dos funcionarios de la Corona, el escribano Luis de Santángel y el tesorero Gabriel Sánchez, que trabajaron al unísono para proporcionar a su rey los caudales necesarios, el proyecto no se habría realizado. Esto no quita ningún mérito al papel de la reina. Una vieja leyenda afirma que la reina Isabel fue quien más decididamente respaldó a Colón, y que llegó incluso a empeñar sus joyas personales para pagar su expedición. No se tiene en cuenta que sus joyas ya hacía tiempo que estaban empeñadas en las catedrales de Valencia y Barcelona y que la cantidad presupuestada por el navegante para realizar su hazaña, 2.500 ducados, no era nada del otro mundo, máxime si se consideraban las ganancias que prometía.

Contribuyeron al éxito de Colón también los marineros que se embarcaron en Palos, la pequeña localidad de donde partieron las tres carabelas. El historiador Julio Izquierdo afirma que en 1508 se estimaba en 250 el número de marineros de Palos que se habían ahogado «en el descubrir de las Yndias».

Por indicaciones reales, el puerto de Palos aportó las tres embarcaciones con las que se iba a cruzar el Atlántico, la Santa María, la Pinta y la Niña. Todo apunta a que la carabela Santa María, única con cubierta corrida de proa a popa, podía desplazar unas ciento cincuenta toneladas, y en ella viajaban cuarenta o cincuenta hombres. La Pinta y la Niña ni siquiera tenían cubierta, y con cincuenta y cuarenta toneladas podían viajar en ellas alrededor de treinta y veinte hombres, respectivamente. Se conoce con bastante exactitud cómo era el camarote de Colón en la Santa María. Situado en la popa de la embarcación, era de muy reducidas dimensiones, tan pequeño que apenas cabrían en él cuatro personas. El mobiliario se componía de una mesa, una cama y un armario o arcón donde se guardaban la ropa, las alhajas y los papeles. Un crucifijo y una imagen de la Virgen completaban la decoración.

LA LLEGADA

A la llegada de los españoles, varios grupos indígenas se repartían los territorios antillanos y continentales sin establecer fronteras ni dominios estables, por lo que es más apropiado hablar de zonas de influencia de las diferentes culturas o lenguas que de reinos o imperios políticamente consistentes. En las Antillas existían tres grupos indígenas, los taínos, que habitaban las Antillas Mayores, las Bahamas y las islas de Sotavento, y entre los que se incluían de forma poco definida otras etnias, quizá más antiguas y más o menos asimiladas, como los guanatabeyes. Los caribes ocupaban las islas de Barlovento y dominaban militarmente la región. Eran antropófagos y parece que hacían cautivas a la fuerza a las mujeres taínas. Por último, los siboneyes, que habitaban el oeste de Cuba. El peso demográfico de todos ellos era escaso, y desaparecieron muy tempranamente, víctimas tanto de la crueldad de los españoles como de las nuevas enfermedades llevadas por estos.

Los taínos caribeños poco o nada tenían que ver con los mexicas, por ejemplo. Sus aldeas de veinte o treinta viviendas comunales en el claro de una selva no se podían comparar con la ciudad de México-Tenochtitlan de los mexicas, ni su grado de organización social tampoco. Sin embargo, fue importante para la relación entre los españoles y los indígenas que los primeros indígenas encontrados viviesen en un nivel primitivo de desarrollo. ¿Cómo se habrían desarrollado los acontecimientos si los españoles hubieran encontrado primero el Imperio Mexica, también llamado Azteca?

Colón siguió reconociendo las islas del Caribe, pero tenía que volver a España a dar cuenta a los reyes de su descubrimiento. Sin embargo, una de las naves encalló y Colón decidió utilizar su madera para construir un fuerte en Hispaniola. Le dio el nombre de Navidad por las fechas en que se construyó. Los tripulantes de tres naves no cabían en dos, así que dejó allí a 39 personas mientras los demás volvían a España para dar informaciones y buscar suministros.

El segundo viaje, que salió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493, con 17 navíos y 1.200 hombres, gozó del aura de lo novedoso. Cuarenta días después, Colón se hallaba explorando las islas de las Antillas, Cuba y Puerto Rico. Visitó La Española, donde comprobó que no había huella de los españoles dejados en la isla. Tampoco encontraron riquezas, y en este sentido el viaje fue un fracaso, prueba de lo cual es que cuando Colón quiso organizar el tercer viaje, cuyas seis naves zarparían en 1498 desde Sanlúcar de Barrameda, iban a escasear los voluntarios y tuvo que alistar a personas de más que dudosa rectitud. Los mismos Reyes Católicos, obligados por la manifiesta escasez de españoles en las tierras que se iban descubriendo, dictaron órdenes para conmutar penas de muerte o mutilación de miembros a delincuentes españoles a cambio de que viajasen a las Indias, pero el resultado de dichas provisiones fue nefasto. Gracias a personas como el cardenal Cisneros, Bartolomé de Las Casas, los monjes jerónimos en La Habana y la introducción paso a paso de la misma administración que en España, decisiones nocivas para los nuevos territorios pudieron rectificarse relativamente pronto.

En el tercer viaje, Colón exploró las costas de Venezuela, antes de dirigirse de nuevo a La Española, donde había dejado a sus hermanos Bartolomé y Diego. Cuando llegó, se encontró con una situación catastrófica. Los colonos españoles andaban revueltos y enfrentados porque sus expectativas económicas se habían visto defraudadas y culpaban de ello a los Colón. Se quejaban además a la Corona de los abusos y las arbitrariedades cometidas por los hermanos de Colón. En 1500, Francisco de Bobadilla fue enviado por los reyes a la isla Española para suspender a Colón en sus cargos de virrey y gobernador y remitirlo como arrestado a España. En agradecimiento por los servicios prestados, los reyes rehabilitaron más tarde socialmente a Colón, aunque no le restituyeron en sus cargos.

Una cuarta expedición dirigida por Colón tampoco iba a cumplir con las expectativas reales. Partió en 1502, compuesta por cuatro naves y 150 hombres. Esta vez las exploraciones se centraron en América Central y especialmente Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, pero un huracán, indígenas rebeldes y desgraciados naufragios le redujeron a la condición de tener que pedir auxilio en

La Española al gobernador Ovando. Derrotado, Colón llegó en 1504 a Sanlúcar de Barrameda. Año y medio después, el 20 de mayo de 1506, murió intentando rehabilitar su buen nombre.

Colón no cambió su idea de que las tierras descubiertas formaban parte de los míticos reinos asiáticos de Catay y Cipango (China y Japón). Aunque desde el punto de vista geográfico sus nuevos descubrimientos también revistieron importancia, resultó claro que no eran tierras paradisíacas y no contenían los tesoros codiciados. Desde el tercer viaje, cuando descubrió Venezuela, empezó a vislumbrar que estaba ante un nuevo continente, pero seguía pensando que Asia estaba cerca. Por eso, Colón —el individuo que más ha cambiado nuestras nociones sobre el mundo— no llegó a entender bien su propio papel en los acontecimientos. Quizá hasta se vio como un fracasado, ya que no había encontrado Catay ni Cipango.

LA TRIPULACIÓN

¿Quiénes fueron los primeros en viajar a América? Una característica del primer viaje es la diversidad de procedencias de sus integrantes, algo que a veces ha sido puesto en duda. Aunque la mayoría de los marineros eran originarios de la comarca de Palos, existía un pequeño grupo de vizcaínos y gente del Norte, además de un murciano, un portugués y un genovés. Otra característica de ese primer viaje fue el enfrentamiento entre los diversos grupos de españoles, patente en lo acontecido con los 39 o 40 hombres procedentes de la carabela Santa María, que naufragó. Acabaron peleándose por la posesión de las mujeres nativas y el poco oro existente. Antes de eso, los cinco vizcaínos se enemistaron con el resto y se apartaron de su compañía. Al final, como sabemos, morirían todos, peleándose entre ellos o asesinados por los indígenas.

Se suele afirmar también que hacia el Nuevo Mundo se embarcó la hez de la sociedad española y que los barcos estaban llenos de delincuentes, además de pobres de solemnidad. Sin embargo, si exceptuamos a los herederos de los mayorazgos, algún burócrata y los príncipes de la Iglesia española, el resto de la sociedad, la práctica totalidad, era susceptible de emigrar. Los estudiosos del primer viaje de Colón cifran entre 90 y 120 hombres la tripulación de las tres carabelas. Pues bien, almirante aparte, en los roles de las embarcaciones aparecen profesiones como piloto, carpintero, tonelero, platero, pintor, escribano, sastre, calafate, artillero, cirujano, y todos ellos trabajan a cambio de un sueldo. Hubo también armadores (Juan de la Cosa, dueño de la Santa María; Martín Alonso Pinzón, capitán de la Pinta; Vicente Yáñez Pinzón, capitán de la Niña), un delincuente y tres cómplices. El delincuente al que hacemos referencia era un tal Bartolomé de Torres, que había sido condenado por asesinar a un hombre en circunstancias poco claras. Había matado al pregonero del pueblo de Palos, pero los parientes del muerto decían que el pregonero también tuvo alguna culpa. Una vez en paz con la justicia, Torres acompañó a Colón a las

Indias.

También se hizo patente desde el comienzo otra constante, que fue la alianza de los españoles con unas tribus indígenas contra otras. El fuerte de Navidad fue posible gracias a la buena voluntad del cacique Guacanagarí, que dirigía una confederación enfrentada a otro cacique llamado Caonabo, quien muy posiblemente destruyese el fuerte y matase a sus habitantes. No se sabe lo que pasó, sino solo que no quedaba rastro de los españoles.

De los cuatro viajes que Colón realizó al Nuevo Mundo solo conocemos las listas de los tripulantes del primero y del cuarto, con algunas dudas, puntualizaciones y lagunas. Del tercero solo se ha conservado la nómina de cinco de las seis naos que componían la flotilla, y del segundo, compuesto por unos 1.200 tripulantes, solo conocemos los nombres de unos cuantos. El libro de Alicia B. Gould es la base de nuestras apreciaciones. Puestos a mencionar expresamente algún nombre de ese centenar de expedicionarios en el primer viaje del descubrimiento, podríamos subrayar el de Rodrigo de Triana, marinero de la Pinta, que fue el primero en divisar tierra americana; el de un tal Bermúdez, que dio nombre a las islas Bermudas, o los de Luis de Torres y Rodrigo de Jerez, que adoptaron la costumbre antillana de fumar tabaco, lo que les proporcionó a su vuelta serios problemas con la Inquisición. De cualquier forma, el hábito de fumar tabaco, considerado entonces terapéutico, se extendió como un reguero de pólvora. Algunos años después, el botánico Francisco Hernández Boncalo, comisionado por el rey Felipe II para que estudiase la flora y la fauna de la Nueva España, plantó en Toledo a su regreso la primera plantación de tabaco.

Aquí vamos a hacer una digresión para discutir la tesis que ha venido sosteniendo que los habitantes de la Corona de Aragón tenían prohibido legalmente mantener cualquier tipo de contacto con América. Las listas de las tripulaciones y de los pasajeros nos dicen que no fue así. Vamos a ver algún ejemplo. El fraile catalán Jerónimo Ramón Paner participó en el segundo viaje de Colón y llegó en 1493 a La Española, donde permaneció cinco años. Las Casas dice de él que no hablaba bien el castellano, y la causa era que su lengua nativa era el catalán. Es probablemente el primer

español que habló una lengua americana, la lengua de los taínos. Escribió un texto sobre los pueblos y las lenguas de las Antillas, un texto cuyo original ha desaparecido pero que conocemos en versiones posteriores y por las citas del texto. Varios cronistas mencionan el texto, considerado el primer libro en el sentido moderno escrito en América.

Otro ejemplo tiene que ver con Valencia y con los intereses políticos y comerciales americanos. Pocas familias españolas han tenido tanta relación con el continente americano como el linaje valenciano de los Borja o, escrito en su versión italianizada, Borgia. Para sus miembros, pertenecientes a la más alta nobleza, América ha sido siempre una realidad muy próxima. La proyección indiana del linaje comenzó cuando en el mismo año de la gesta colombina fue coronado papa Rodrigo de Borja con el nombre de Alejandro VI. La familia Borja estuvo estrechamente relacionada con los Reyes Católicos, que, al fin y al cabo, eran sus señores naturales en los reinos hispánicos. Alejandro VI desempeñó un papel muy importante en el reparto y posesión de las tierras americanas descubiertas por Cristóbal Colón. En 1493, los Reyes Católicos acudieron al papa para que mediara y pusiera fin a la controversia que se había generado, sobre todo con Portugal, y ese mismo año el papa dictó cinco bulas, conocidas como las Bulas de Donación o Bulas Alejandrinas, discutidas de inmediato por las demás potencias europeas. El historiador Richard Konetzke es uno de los que subrayan que el propósito fundamental era que no hubiera conflictos entre reinos cristianos. En dichos documentos papales, Alejandro VI confirmó a Fernando e Isabel la posesión de las tierras que acababan de ser descubiertas y la concesión de privilegios como los ostentados por los reyes portugueses en sus dominios africanos. Sobre todo mandaba que la partición de las zonas de influencia portuguesa y española se realizase por medio de una línea vertical a cien leguas al oeste de las Azores y Cabo Verde. Estas bulas, y especialmente la conocida como Inter Caetera, constituyeron, al mismo tiempo, el último gran acto de soberanía universal del pontificado romano. En el subsiguiente Tratado de Tordesillas de 1494, España y Portugal llegaron a confirmar la delimitación de sus zonas respectivas de influencia. A Portugal le correspondería el hemisferio oriental, y a España, el occidental, y la nueva línea de demarcación quedaría fijada a 370 leguas al oeste de Cabo Verde.

Insospechadamente, con ello, se concedía a Portugal el extremo del actual Brasil.

NUEVOS INTENTOS DE ENTENDER QUIÉN ERA COLÓN

¿Es posible llegar a conocer mejor quién era Cristóbal Colón? En cuanto a su aspecto físico, nos han llegado descripciones de su hijo Hernando y de fray Bartolomé de Las Casas. Dicen que Colón era

de gentil presencia, de bien formada y más que mediana estatura, las mejillas un poco altas; sin declinar a gordo o macilento; la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca de rojo encendido [...] [y en su mocedad tuvo] la barba y el cabello rubios, aunque pronto se le tornaron canos debido a sus múltiples dolencias y penalidades.

Era un gran nadador, modesto en el vestir y en el calzar, continente en el comer y en el beber, afable en la conversación con extraños y muy agradable, gracioso y alegre. Sin embargo, esta descripción no está confirmada por otras. La estudiosa de su figura Consuelo Varela aporta otras muchas características que ensombrecen el panorama descrito. Aparece una larga lista de defectos personales, como afán de protagonismo, falta de ética y egocentrismo.

Como se ha dicho, no hay una idea generalmente aceptada y compartida sobre quién era y de dónde venía, en parte porque fue extremadamente sigiloso en cuanto a su persona. Para ilustrar estas distintas versiones sobre su persona, vamos a partir de dos investigadores muy diferentes. El primero es un humanista típico, Felipe Fernández-Armesto, quien publicó un estudio en 1991 en Oxford University Press. Se basa en los escritos, cartas y notas guardados. Utiliza también la biografía escrita por Fernando, el hijo de Colón, y el libro de Las Casas sobre la conquista, que, a su vez, está fundamentado en unos textos de Colón que no han sobrevivido hasta nuestros días. En otras palabras, Fernández-Armesto lleva a cabo un estudio de textos para entender quién era Colón y cómo

pensaba.

El autor se une a los que piensan que Colón era originario de Génova e hijo de un tejedor pobre. Cree que apenas tuvo educación y que era un autodidacta. Lo ve como socialmente ambicioso, pero al mismo tiempo torpe. Cree que Colón fue un aventurero que terminó lleno de amargura a causa de las adversidades que sufrió.

En cuanto a la navegación, el autor transmite la idea de que Colón tenía mucha experiencia, sabía utilizar diferentes tablas y la posición del Sol y de las estrellas para saber dónde se encontraba y que descubrió la diferencia entre el polo norte y el polo norte magnético. A la vez, el autor subraya que Colón se equivocó en varios temas. Lo considera supersticioso y subraya su interés por las adivinaciones.

Dicho estudioso afirma que el primer descubrimiento de Colón fue cómo atravesar el Atlántico. Esta hazaña fue eclipsada por el descubrimiento de América. Antes, se había salido de las Azores o de Bristol y entonces las naves se habían topado con los vientos en contra. Colón empezó mucho más al sur y utilizó los vientos del norte para volver a Europa. Encontró una ruta casi perfecta en el primer intento. Algunos creen que solo tuvo suerte, mientras que otros piensan que fue obligado a zarpar de las islas Canarias porque navegaba por cuenta de Castilla y las Canarias eran las únicas islas atlánticas que esta poseía.

Fernández-Armesto evita las exageraciones, pero le impresionan las hazañas de Colón. Este llevó a cabo el viaje hasta el Caribe y logró navegar entre las islas caribeñas. Descubrió el sistema de los vientos en el Atlántico y la variación magnética en el hemisferio occidental. Mejoró los mapas del Atlántico y del Nuevo Mundo. Entendió que la Tierra no era totalmente esférica. Era un navegante extremadamente hábil.

Muy diferente es un libro que se publicó al mismo tiempo en Estados Unidos, escrito por Paul Chapman. Este autor, piloto durante la Segunda Guerra Mundial, había tenido que navegar sobre el Atlántico. Su estudio se basa en observaciones técnicas y prácticas y logra presentar una historia coherente de quién y cómo era Colón. Sin embargo, hay que advertir de inmediato que la

Academia Española de la Historia no ha adoptado esta versión como suya. Chapman examina todas las anotaciones de Colón y las compara con las suyas propias en los lugares en cuestión. Ofrece un retrato muy diferente de la persona de Colón, polemizando con otros biógrafos. Leyendo las anotaciones de Colón, observa que este no estaba en una situación muy diferente de la suya cuando sobrevolaba el Atlántico. Para la aviación también son importantes los vientos y el tiempo, y saber decidir la posición es cuestión de vida o muerte. Da a Colón el honor que le corresponde, comentando lo que considera afirmaciones erróneas hechas por otros estudiosos.

El primer punto es que Colón fue muy hábil tanto práctica como teóricamente. Era cartógrafo y entendió cómo interpretar los mapas de su época. Un problema era que se utilizaban diferentes medidas de longitud. Cada cartógrafo usaba la medida de su elección, y hasta podía usar distintas medidas para diferentes países en un mismo mapa. Chapman cree que cuando se han estudiado las mediciones de distancia realizadas por Colón, los comentaristas no siempre han entendido qué medida ha utilizado. Chapman apunta también que era usual «insertar» islas más cerca de la tierra firme de lo que realmente estaban para ahorrar papel disminuyendo los espacios «vacíos» de mar. Colón había adquirido conocimientos prácticos cuando navegaba. Chapman cree que podía haber llegado hacia el norte a Bristol y más allá hacia Islandia. Seguramente le habían hablado de Groenlandia. Posiblemente había estado en Irlanda. Hacia el sur, había llegado a la costa africana. Hacia el este, había navegado a las islas griegas. Hacia el oeste, había viajado a Madeira y posiblemente a las Azores. Es importante recordar que era a la vez cartógrafo y capitán de navío.

Colón había leído mucho para un hombre de su época. Conocía a las autoridades de la Antigüedad en el campo de la cosmografía y sabía debatir sobre las obras clásicas con hombres eruditos y sobre la Biblia con teólogos. Sabemos que tenía una colección importante de libros y que escribía comentarios en los márgenes de estos. Chapman cree que Colón debió de conocer una obra de un santo irlandés, san Brandán el Navegante o saint Brendan, quien navegó en 564-565. Navigatio Sancti Brendani fue una obra muy difundida en toda Europa. Colón no la menciona, pero esto se podría explicar porque pensaba que era importante no contar en qué consistía su

proyecto. San Brandán explica cómo soplan los vientos en el Atlántico, y su descripción del Caribe es tan exacta que debió de haber visto los lugares con sus propios ojos. El texto contiene la primera descripción de un iceberg, de un volcán debajo de la superficie del mar, de las islas Feroe, las Azores, las Antillas, las Bahamas y de un pomelo. Si Colón hubiese leído a san Brandán, eso explicaría por qué había decidido de antemano la ruta y por qué no la modificó. Sus razones eran las mismas que las de san Brandán, o sea, que son las únicas rutas posibles a causa de los vientos alisios. Colón era navegante y entendía a san Brandán, también navegante. Para Chapman, el viaje de san Brandán fue algo similar al viaje de Leif Eriksson a Norteamérica: un verdadero viaje de exploración aunque no tuvo consecuencias históricas.

Como hemos visto, Chapman parte de un pensamiento científico y técnico cuando estudia los diarios de a bordo de Colón. Observa cómo Colón calcula un rumbo tomando en cuenta las corrientes, los vientos y las cualidades de la nave. Se asombra de la precisión de Colón en cuanto a la medición y el cálculo de distancias. Subraya que Colón realizó tres grandes descubrimientos: la ruta para llegar a América, el descubrimiento mismo de América y la ruta para volver a Europa. Su plan de navegación era casi perfecto desde el comienzo y se basaba en cuatro rutas combinadas en un rectángulo: primero hacia el sur a las islas Canarias; después cruzando el Atlántico; luego hacia el norte hasta la Florida, y finalmente hacia el este atravesando otra vez el Atlántico.

Muchos han intentado identificar la isla a la que llegó Colón, y Chapman se traslada a los lugares y compara las observaciones de Colón con las suyas propias. ¿Hasta dónde se puede ver, qué profundidad tiene el agua entre las islas y puede pasar por allí un barco? Discute las medidas utilizadas por Colón y la posible significación de las abreviaciones que usó. Chapman encuentra muy exacta la descripción de las líneas de las costas de las islas. Volviendo a Europa, Colón logra dar con la isla Santa María en las Azores, una isla muy pequeña en medio del Atlántico. En resumen, Chapman considera que Colón fue extremadamente hábil en todas las técnicas de la época para determinar una posición. La navegación se basaba en la cosmografía y la matemática avanzada. Chapman no duda en decir que Colón era metódico científicamente

y que su cálculo sobre la circunferencia de la Tierra era casi perfecto. Colón también sabía utilizar los almanaques astronómicos, lo cual le sirvió para predecir un eclipse de sol ante un grupo indígena. Sabía suficiente meteorología para entender cuándo se acercaba una tormenta tropical y buscar puerto. ¿Cómo es posible que se haya planteado la idea de un Colón ignorante que encontró América por casualidad?

Chapman intenta explicarlo. Para empezar, fue importante que el rey portugués intentara engañar a Colón cuando este le presentó su proyecto. El rey escuchó en qué consistía pero envió a otros marineros a hacer el descubrimiento sin informar ni pagar a Colón. Esta experiencia es suficiente para explicar por qué Colón después no reveló la ruta que pensaba tomar. Tanto su hijo Fernando como Las Casas dicen que es probable que diera adrede unas informaciones falsas a la comisión científica y a los Reyes Católicos.

Chapman también se pregunta por qué Colón no reveló nada a propósito de su origen familiar. Establece una cronología de la vida de Colón basada en el libro de Fernando y en el de Las Casas. Se pregunta dónde podría haber aprendido Colón todo lo que sabía. ¿Por qué cambió de apellido y cómo se llamaba antes? ¿Cuál era su lengua materna? ¿Podría haber tenido otra religión antes del catolicismo? ¿Se puede entender a qué ambiente cultural pertenecía estudiando a los autores a los que se refiere? ¿Hay algo que explique su silencio?

Para contestar estas preguntas, Chapman procede como si fuera detective. Descarta que fuera italiano por dos motivos. El hijo de Colón, Fernando, viajó a Génova a buscar huellas de la familia del padre, pero no encontró ningún rastro. Además, Colón no ha escrito nada en italiano, ni siquiera cuando escribía a un italiano.

El apellido puede ser una pista, porque Colón en alguna ocasión al comienzo es llamado Colom, y su hijo Fernando da la información de que la palabra significa «paloma», lo cual es cierto en catalán. Si Colom se pronuncia en castellano, el resultado es Colón. Colón también escribió una carta en catalán a un financiero. Mallorca pertenece al ámbito de la lengua catalana, y fue un centro importante de cartografía, un saber que Colón había aprendido.

Colón cita la Biblia a menudo, pero solo el Antiguo Testamento. Esto puede indicar que había crecido en una familia de origen judío. Desde 1453, todos los judíos tenían que convertirse o dejar Mallorca, y la familia no había dejado la isla. Varias personas apellidadas Colom habían tenido problemas con la Inquisición. Si Colón era un converso, podría haber callado su historia familiar también delante de sus hijos para protegerse a sí mismo pero también para protegerlos a ellos. Si hubiera crecido en una familia de tradiciones judías en Mallorca, habría sido natural que cursara estudios y que aprendiera a usar números árabes y medidas árabes, ya que la isla había sido gobernada antes por musulmanes. Fernando decía que su padre había estudiado en Pavía, y Las Casas afirma que Colón era buen latinista, informaciones que no se avienen con haber sido hijo de un pobre tejedor de Génova.

Chapman da otra explicación más a la destreza de navegación de Colón, y es que podría haber sido de joven tripulante de un barco pirata francés, con base en el sur de Francia y que luchaba contra Aragón. Si fuera así, es lógico que Colón intentara primero acercarse al rey portugués. No antes de haber fracasado este intento, se dirige a los Reyes Católicos, y primero por un intermediario. Se entiende que no quiera desvelar que es súbdito aragonés, pues ha luchado contra Aragón. En una ocasión, hablando de los Reyes Católicos, Colón se refirió a ellos como «mis soberanos naturales», una expresión normal si fuera de Mallorca, pero no si nació en Italia. Chapman da una imagen coherente del enigma, pero, como se ha dicho, todavía no se sabe si su versión será aceptada generalmente.

ENTENDER LA PRIMERA FASE DE LA CONQUISTA: PEDRARIAS Y BALBOA

Una manera de entender la primera fase de la conquista, la más violenta, y a la vez saber cómo podemos llegar hoy a conocer lo que sucedió es internarse en el trabajo de la historiadora Bethany Aram. Estudiando a dos personajes importantes de esa primera época —el representante del rey, Pedrarias, y el conquistador al que debía controlar, Balboa—, nos muestra cómo las leyendas contrarias, la dorada y la negra, pueden haber influido en nuestras ideas al respecto. Con Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América. Pedrarias y Balboa, dicha autora nos muestra cómo se investiga sobre esa época y cuáles son las trampas en las que se puede caer con facilidad si se aceptan sin más las descripciones tradicionales. En el estudio de Aram hay una lección especial para países como Panamá y Nicaragua, que suelen ver a Balboa y a Córdoba como héroes, y hasta han bautizado a sus respectivas divisas con sus nombres. Según Aram, estos conquistadores no se merecen el elogio del que han sido objeto.

Un descendiente actual de Pedrarias Dávila escribe, en el prólogo del trabajo de Aram, que la injusticia que se ha hecho a la memoria de su antepasado le duele y le ha llevado a reflexionar sobre la Historia. Ha notado el efecto del desconocimiento de los historiadores, la pereza, las convicciones personales y la simpatía por ciertos protagonistas. La pereza ha hecho que se recojan datos de otras publicaciones sin comprobarlos. Además, en la descripción del descubrimiento y de la conquista de América se unen consideraciones políticas y filosóficas. Por un lado, es la gesta más importante en la que España ha participado, pero últimamente no se mencionan los rasgos admirables porque se considera inaceptable conquistar a otros pueblos. Los sucesos reflejan codicia y proezas, pero lo heroico no se menciona porque la conquista se condena desde el principio. En nuestros días se aplica una perspectiva moral que deriva en una condena global en vez de en un estudio de lo que pasó. Se debe poder lamentar el sufrimiento de los indígenas y, a la

vez, ser capaz de estudiar lo que pasó.

El estudio de Aram no adolece de las debilidades enumeradas sino que se basa en una exploración de diferentes archivos españoles que ha culminado en el «descubrimiento» de una verdad histórica diferente de los tópicos. La investigadora ha revisado entre 3.000 y 4.000 documentos y ha transcrito y publicado los más importantes. Como otros, empieza su relato con una alusión a las leyendas negra y dorada, porque en su trabajo se ha topado por un lado con Las Casas y, por otro, con Herrera, el historiador oficial de Felipe II. Aram muestra que empezaron a circular versiones inexactas de los hechos casi inmediatamente. Ha creado dificultades el hecho de que el texto más famoso, el de Las Casas, fuente principal de la leyenda negra, se expone como si el autor hubiera observado unos acontecimientos que no ha podido conocer personalmente y refleja las opiniones del autor más que relatar de manera objetiva lo que sucedió. Además, algunos cronistas eran amigos y casi todos consideraban legítimo copiar de otro.

Interesándose por Pedro Arias de Ávila y Vasco Núñez de Balboa, como rezan los nombres completos, la historiadora ha llegado a conocer en profundidad a las personas en cuestión. Como Pedrarias pertenecía a la élite administrativa del reino, se han conservado un sinfín de documentos relacionados con él, lo que permite conocer con bastante detalle lo que sucedió en Centroamérica entre 1513 y 1531, año en el que murió. La historia de Pedrarias y Balboa nos ilustra sobre lo que fueron los primeros años de la conquista y colonización. Los documentos más importantes en los que se basa la historiadora son los «juicios de residencia», el resultado de la investigación jurídica que siempre se llevaba a cabo cuando un alto funcionario dejaba un cargo. De Pedrarias se han conservado tres juicios completos, y de Balboa, el primero y fragmentos del segundo. Además tenemos cartas al rey, cartas entre Pedrarias y su esposa, testamentos y menciones de los dos en textos escritos por otros. Desde el principio de la conquista, se intercambiaron multitud de escritos entre España y Centroamérica.

Pedrarias había sido educado y formado en la corte castellana, y había participado como oficial en las guerras de Granada, Francia, Portugal y el norte de África antes de ser enviado a América en

1514. Allí permaneció hasta su muerte. Pertenecía a la alta nobleza y se casó con una dama de la buena sociedad. Fue uno de los funcionarios más importantes del reino, respetado y leal. Se ha descrito a Pedrarias y Balboa como ejemplos de contrastes, constata Aram: madurez-juventud; privilegio-mérito; avaricia-generosidad. Sin embargo, esa no es la conclusión a la que ha llegado la historiadora. Primero, Balboa solo tenía unos seis años menos de Pedrarias, y la diferencia más grande era que este último respetaba la ley, mientras que Balboa actuaba según sus impulsos y su deseo de hacerse independiente de cualquier autoridad. Balboa cometió una serie de actos ilegales: se fue de La Española sin pagar sus deudas; fue responsable de la muerte de un gobernador, Nicuesa; reunió tropa sin la autorización del rey, e intentó hacer creer que él era el próximo gobernador. Mandó cartas al rey con información incorrecta sobre la existencia de grandes cantidades de oro y unos indígenas pacíficos, y así dio origen a conflictos entre los españoles y contribuyó a la muerte de muchos compañeros. Balboa fue un rebelde que buscaba su propio provecho.

En conexión con Pedrarias y Balboa, es útil recordar que los reyes debían gobernar territorios que estaban a gran distancia de España y que no habían visto, y por eso era de vital importancia recibir informaciones exactas y tener a gobernadores de confianza en el lugar. Dependían de los conquistadores para aumentar las tierras y descubrir riquezas pero también querían controlarlos para que no usurparan la autoridad de los soberanos. Por eso, se mandó a Francisco de Bobadilla y Nicolás de Ovando para controlar a Colón en La Española; a Pedrarias para controlar a Balboa; a Antonio de Mendoza para controlar a Cortés, y a Blasco Núñez Vela y Pedro de La Gasca para controlar a Pizarro.

La situación de Pedrarias era muy complicada, porque el rey Fernando le mandaba instrucciones contradictorias. Exigía a la vez que mandara oro a España, que respetara el poder de la Corona, que tratara bien a los indígenas y que los evangelizara. Además, el rey exigía que funcionara un gobierno por consenso entre cinco altos funcionarios. Ese consenso fue casi imposible de obtener, ya que uno de los cinco, el obispo Juan de Quevedo, apoyaba constantemente al rebelde Balboa contra Pedrarias. Para acabar de arreglar la situación, el rey, basándose en las informaciones falsas

de Balboa, pensaba que había más riquezas de las que realmente existían. En esa situación no era fácil «servir al rey».

Se suele afirmar que los diferentes monarcas intentaron proteger a los indígenas, pero la historiadora cree que ese punto se ha exagerado y que se trata casi siempre de una protección retórica, porque las instrucciones eran contradictorias. Hasta 1530, la Corona permitía en realidad que se esclavizara a los indígenas si se oponían a la autoridad española. A propósito del problema Balboa, el rey también mandaba órdenes contradictorias. Unas veces decía que había que controlarlo porque estaba usurpando los derechos de la Corona y otras afirmaba que había que dejarle actuar a su manera para que consiguiera oro para España. Aram constata que ninguno de los tres —Balboa, Pedrarias y el rey— rechazaba la esclavitud de los indígenas, aunque Pedrarias protestaba contra ciertos abusos. La esclavitud hoy nos parece inaceptable y cruel, pero esa no era la noción prevaleciente en la época. No se dudaba del derecho de explotar a los indígenas, pero se discutía sobre cómo hacerlo para que fuera rentable y, si fuera posible, ético.

Pedrarias intentó pacificar a Balboa y, entre otras cosas, organizó una alianza entre su hija mayor y Balboa. Sin embargo, la hija permaneció en España y la boda no llegó a celebrarse. Balboa siguió resistiéndose a cualquier autoridad y hasta dio a entender a otros españoles que era él el nuevo gobernador. Pedrarias intervino y ordenó ejecutar a Balboa como traidor a la patria en 1519, y nadie cuestionó la condena. Pedrarias entendía su cargo como la misión de construir una sociedad y mostrar que no se aceptaba que no se acatara la ley.

Todos los conquistadores de la región rechazaban la autoridad de Pedrarias y lo acusaban de avaricia y crueldad. En lo que es ahora Nicaragua, surgieron problemas en parte porque varios conquistadores habían querido dominar el mismo territorio y el rey, de nuevo, había tomado decisiones contradictorias. Uno de los conquistadores, Francisco Hernández de Córdoba, actuó del mismo modo que Balboa. Escribió al monarca contando maravillas de Nicaragua y dándole una impresión equivocada de la situación. Después intentó erigirse en el dueño de un territorio independiente, y Pedrarias lo hizo ejecutar también a él. Tampoco esta decisión fue

criticada por los que estaban en el lugar.

Pedrarias estaba lejos del rey, pero no dejaba de servirle. Los españoles eran pocos y, además, estaban divididos, pero Pedrarias intentaba que se estableciera una sociedad española permanente primero en Panamá y después en Nicaragua. Intentaba que los españoles se casaran, atrayéndolos con encomiendas. Algunos ambiciosos se oponían a él, porque lo veían como obstáculo para medrar ellos, y lo calumniaban. Pedrarias habría querido volver a España después de haber servido dos turnos en Panamá, pero el rey lo reconfirmó en el cargo, añadiendo Nicaragua a sus responsabilidades. Cuando actuaba como juez, Pedrarias no mostraba favoritismos, y al morir quedó claro que no se había enriquecido personalmente. Así, Pedrarias fue uno de los gobernadores leales e inteligentes que hubo durante la conquista, como Antonio de Mendoza en México, Francisco de Toledo en Perú y Manuel López de Legazpi en Filipinas. Ninguno se hizo rico sirviendo al rey.

El estudio de Balboa y Pedrarias muestra que la conquista y colonización de un territorio fue una empresa de varias generaciones y se extendió más allá de las fronteras de cualquier Estado actual. Lo que sucedió en Panamá tuvo una influencia también en el Perú, porque los capitanes que llevaron a cabo la conquista de este territorio antes habían servido bajo Pedrarias. El relato sobre la conquista abarca campos historiográficos a veces separados, como el medieval y el moderno, y tanto la historia de España como la de Latinoamérica.

Tanto Cortés como Pizarro fueron nombrados marqueses y fueron por un tiempo ricos y poderosos. En ese sentido representan el sueño americano en el siglo XVI. Sin embargo, las imágenes de riqueza abundante e indígenas pacíficos, típicas de la leyenda dorada, no se corresponden con la realidad que vivieron Pedrarias y Balboa. La complejidad muestra que no son adecuadas como explicación ni la leyenda negra ni la dorada. Aram termina su estudio expresando la opinión de que los conquistadores se merecen análisis más que elogios o condenas y propone que, «más allá de las leyendas negras y doradas, la historia de la América española puede que merezca un nuevo proceso de “descubrimiento”».

La conquista de México

Vamos a estudiar en profundidad el descubrimiento y conquista de México porque resulta fundamental para conocer muchos acontecimientos relacionados. Hay también muchas fuentes. El protagonista, Hernán Cortés, tiene además un perfil mucho más nítido que Colón. Sabemos de dónde era, qué hizo y cómo terminó. Fue soldado, político y conquistador más que explorador. No fue como Colón una combinación de marinero, cartógrafo, cosmólogo, descubridor y organizador. Sobre él se ha escrito mucho, a favor y en contra, y las opiniones cambian según el punto de partida del comentarista. Algunos elogian su inteligencia y su valor, que le permitieron conquistar un reino muy grande con solo un puñado de soldados, mientras que otros condenan la crueldad que supone iniciar una conquista. Hay base para ambas actitudes.

Cortés estableció los fundamentos de lo que sería el virreinato de la Nueva España, el reino más poderoso y rico de todo el continente americano, hasta su independencia. Por el norte llegó a incluir buena parte de lo que es hoy el sur y el oeste de los Estados Unidos. Por el sur se extendía hasta Panamá. En la región vivían numerosos grupos étnicos de los que los más importantes eran los mexicas, también llamados aztecas. Hablar de demografía precortesiana es un juego de adivinanzas. ¿Cómo delimitar el área de la que se quiere hablar? Cualquier acercamiento moderno está destinado al fracaso, sobre todo porque la demografía mexica es un asunto sumamente politizado. Tampoco se ponen de acuerdo los que se dicen defensores de los indígenas por tener el corazón partido entre dos tesis. Cuanto mayor fuese el número de habitantes del valle de México a la llegada de Cortés, mayor sería la magnitud del genocidio que atribuyen a los españoles. Sin embargo, supondría un deshonor patrio que «cientos de miles» de guerreros hubieran sido derrotados por un grupo de «aventureros». Todos coinciden sin embargo en calificar la ciudad de Tenochtitlan de grandiosa, populosa e impresionante, comparable a las más grandes urbes

europeas.

Cuando llegaron los españoles al subcontinente de América del Norte, el centro del área mesoamericana estaba dominado por los mexicas en coalición con los habitantes de Texcoco y Tlacopan, con quienes formaban una Triple Alianza que dominaba una región que comprendía aproximadamente los actuales estados de México y Puebla y mantenía subyugados a los vecinos inmediatos. Entre estos, destacaban por su peso demográfico los tlaxcaltecas y los mayas, que no habían sido vencidos por los mexicas, aunque mantenían continuas hostilidades. Los tlaxcaltecas eran relativamente independientes, pero estaban obligados a proporcionar cautivos destinados a ser sacrificados en las llamadas Guerras Floridas, eufemismo con el que se designaban las matanzas rituales. Los mayas ocupaban y ocupan la península de Yucatán, Chiapas, parte de Tabasco, Guatemala, Belice y parte de El Salvador. Su cultura ya se hallaba en decadencia antes de la llegada de los españoles. Los mixtecas de Tututepec y los zapotecas de Tehuantepec se repartían el estado de Oaxaca, al suroeste de México, y siempre estuvieron en pugna con los mixes, lo cual era una razón para unirse a los españoles. Otras culturas menores completaban el panorama: Meztitlan al norte, Teotitlan al este y Yopitzinco en la costa del estado de Guerrero. También es importante el señorío purépecha. No hay que olvidar las remotas culturas del profundo sur, con influencia chibcha, existentes en Honduras, Nicaragua, Costa Rica y parte de El Salvador. Debemos mencionar también los pueblos del Gran Septentrión, denominados genéricamente chichimecas, nómadas paleolíticos. Además, había indígenas que vivían en los desiertos y las praderas de los actuales Estados Unidos, desde los pueblo, sedentarios, a los apaches o comanches, cazadores nómadas.

Una parte importante de la población mexica se componía de guerreros o sacerdotes, pero también había campesinos y artesanos que abastecían de mercancías el impresionante mercado de la capital. También había macehuales, un tipo de obreros que se podrían asemejar a los siervos en Europa y que continuaron trabajando más o menos del mismo modo después de la conquista. Los tlacotli eran esclavos que se podían vender y comprar en el mercado. Muchos autores no mencionan esta última categoría,

quizá para dar la impresión de que la esclavitud fue introducida por los españoles. Los esclavos eran prisioneros de guerra, delincuentes o personas que se habían vendido a sí mismas porque no podían pagar sus deudas. Todos los esclavos —hombres, mujeres o niños— podían ser utilizados para los sacrificios humanos. También se les podía engordar, matar y comer. Después de la conquista se puso fin a esta práctica.

HERNÁN CORTÉS

Hernán Cortés nació en Medellín en el año 1485, hijo de Martín Cortés y de Catalina Pizarro. Su padre era un militar veterano, un hidalgo pobre y cristiano viejo. De cualquier modo, la pobreza familiar debía ser relativa, puesto que no todos podían permitirse ir a estudiar a Salamanca, como hizo Hernán, aunque volvió al cabo de dos años sin que sepamos exactamente qué provecho había sacado de su paso por la prestigiosa universidad. Según el cronista Antonio de Solís,

era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza tenía otras de su propio natural, que le hacían amable; porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones y partía con sus compañeros cuanto adquiría con tal generosidad que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos.

Poco después, añadirá que Cortés «sabía granjear los ánimos con el agrado y las esperanzas, y ser superior, sin dejar de ser compañero».

En vez de estudiar derecho, Cortés dedicó su estancia en Salamanca a conocer las hazañas de Julio César, a leer los omnipresentes libros de caballerías, el famoso Espejo de cortesanos y príncipes y a inquirir por las andanzas de sus dos personajes preferidos: don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, y fray Nicolás de Ovando, gobernador de la isla La Española. A esas alturas, el joven Hernán ya era un excelente espadachín, un no menos magnífico jinete y un gran aficionado a la belleza femenina, lo cual le acarreó una serie de problemas. Alrededor de 1504, se embarcó y llegó al puerto de Santo Domingo, en La Española. De ahí pasó a Cuba.

En Cuba se vio envuelto otra vez en líos de faldas. Por no querer

cumplir la palabra de casamiento empeñada con una tal Catalina Juárez, se indispuso con el gobernador Velázquez, que le mandó a prisión, de donde escapó varias veces hasta que el gobernador pensó que hombres como Cortés hacían mucha falta para continuar explorando y conquistando América. Mientras Cortés se hallaba enzarzado en sus tejemanejes con el gobernador, llegaron a Cuba cuatro capitanes, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso Dávila y Juan de Grijalva. El soldado y cronista Bernal Díaz del Castillo y el padre Las Casas nos dan cumplida noticia de estos jóvenes treintañeros que pusieron de moda en la isla el nombre de una nueva región que prometía riquezas sin fin: Yucatán. El gobernador Velázquez les encargó la exploración y conquista de dicha región, y es obvio que la conquista del Yucatán no se presumía muy pacífica, pues todos los expedicionarios se raparon para que sus cabellos no les estorbasen en la pelea.

Mientras tanto, Cortés había sido nombrado en Cuba alcalde de Baracoa y se dedicó durante un tiempo a administrar su hacienda. Aprovechó el tiempo aprendiendo agricultura, administración, vida militar y las costumbres de guerrear de los indígenas. Sin embargo, las semanas pasaban y no llegaban noticias de la expedición a Yucatán. Por orden de Velázquez, una carabela mandada por Cristóbal de Olid que salió en su búsqueda regresó sin haber encontrado ni rastro. Fue entonces cuando Cortés recibió la comisión de organizar una pequeña armada compuesta por once carabelas y bergantines, en cuya construcción y equipamiento empleó gran parte de su fortuna, porque siete embarcaciones eran de Cortés. Pero cuando ya llegaba la hora de hacerse a la mar, regresó a Cuba Juan de Grijalva, que intentó que el gobernador paralizase la nueva expedición. Tras una serie de complejas maniobras políticas y disquisiciones legales, Cortés, provisto de un permiso expedido por los frailes jerónimos de La Habana, que tenían potestad real para organizar expediciones de exploración y redención de cautivos, se hizo a la mar. Sin embargo, Cortés no tenía capitulaciones firmadas por la Corona.

MOCTEZUMA Y CORTÉS

En 1519, la armada de Cortés zarpó, y en las naves se hacinaban 518 soldados, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 110 marineros, 16 jinetes, 32 caballos, 10 cañones de bronce y 4 falconetes. Al llegar a la isla de Cozumel, los expedicionarios se encontraron con un español, Jerónimo de Aguilar, náufrago de la expedición comandada por Diego de Nicuesa en 1511, que se había acostumbrado a vivir con los mayas y que sirvió a Cortés de intérprete por aquellas tierras. En la península de Yucatán tuvieron noticias de otro español apellidado Guerrero, con todo el cuerpo tatuado al estilo indígena, que había sido nombrado cacique de una parcialidad, se había casado con una indígena y tenía ya tres hijos. Se negó a ir con los españoles y, al contrario, los combatió con grupos de guerreros indígenas.

No tardaría, sin embargo, en producirse la primera batalla entre los españoles y los indígenas del actual estado de Tabasco. Los sucesivos ataques en tromba de los indígenas no lograron ser reducidos por la artillería, que pareció no impresionarles mucho aunque les causó muchas bajas. La suerte de la contienda la decidió la entrada en liza de 12 caballos con sus respectivos jinetes, que sembraron el pánico entre los indígenas. Se ponía de manifiesto que el caballo iba a ser el gran aliado en la conquista de América. De cualquier modo, no hay que exagerar la nota. Si en un principio alguien pudo quedar impresionado por el porte de los caballos de guerra, sus cabriolas y agilidad o pensar que caballo y jinete eran el mismo cuerpo, la sorpresa duró poco.

De cualquier modo, la impresión causada por la artillería y los caballos, inteligentemente explotada por Cortés, sirvió para que los tabasqueños se apresuraran a negociar la paz, volviendo con abundantes ofrendas. Todavía quedaron más impresionados cuando, invitados a la misa de celebración del Domingo de Ramos, vieron a aquellos guerreros postrarse ante la figura de una mujer, la Virgen, con un niño en brazos. A mayor abundamiento, los españoles no

celebraban la victoria ofreciendo a su dios la vida de los vencidos.

Del mismo modo que Cortés hablaba siempre a los caciques de que él era un representante o enviado del emperador Carlos V, los indígenas le contaban que, en realidad, el hombre más poderoso de aquellas tierras era el emperador Moctezuma, que habitaba tierra adentro. Desde que los españoles pisasen con Colón suelo americano hasta que Cortés acabó con el Imperio Mexica, reinaron sobre las tierras dominadas por Tenochtitlan cuatro emperadores: Ahuizotl gobernó de 1486 a 1502; Moctezuma, de 1502 a 1520; Cuitláhuac, en 1520, y Cuahutémoc, de 1520 a 1524. Al mismo tiempo, Cortés supo que no todo era paz y armonía entre las diferentes parcialidades de indios, sino que, por ejemplo, los totonacas de Zempoala eran enemigos de los mexicas de Moctezuma.

Mientras tanto, Cortés intercambiaba regalos con los emisarios del emperador mexica, esperando el momento de una entrevista que estos siempre querían posponer. Mucho se ha hablado de que los regalos de Cortés al emperador Moctezuma eran baratijas mientras que, en compensación, había recibido, por ejemplo, un casco lleno de pepitas de oro que no hacía más que fomentar la esperanza de los españoles de obtener grandes cantidades del preciado metal. El oro y la plata apenas tenían valor para los indígenas americanos, que concedían mucha más importancia a objetos tales como plumas de quetzal, primorosos tejidos de algodón, piedras semipreciosas o semillas de cacao, que eran utilizadas como monedas. Para los españoles, al contrario, todo lo que no fuesen metales preciosos eran objetos secundarios o poco apreciados. Los indígenas les hicieron saber que si solo buscaban eso, que no se preocupasen, que podían regalarles grandes cantidades de oro y también de mujeres, que parecía ser la otra gran afición de los europeos.

Moctezuma daba largas a una entrevista con Cortés, de cuyas andanzas se hallaba perfectamente informado. Hombre responsable y seriamente preocupado por el futuro de su pueblo, Moctezuma quería saber con quién, tarde o temprano, tendría que vérselas. Entre sus consejeros corría la especie de que uno de sus dioses principales, Quetzalcoatl, de una forma u otra, iba a regresar. Esa leyenda, común a todas las culturas superiores del continente

americano, afirmaba que un dios blanco y barbado, después de enseñar a los indígenas los rudimentos de la agricultura y la vida en sociedad, se había ido hacia su tierra, en Oriente, no sin antes anunciarles que un día volvería. Quizá ese día había llegado, y, previsoramente, los sacerdotes de Moctezuma se encargaban de anunciarle presagios que corroboraban el regreso. Había una tensión entre Moctezuma y los sacerdotes o astrólogos, que sabían que, si excitaban la irritabilidad del emperador, podían acabar desollados con toda su familia, como de hecho ocurrió en varias ocasiones con motivo de la llegada de los españoles. Es posible que Moctezuma no creyera en la leyenda y aun así no supiera qué decisión tomar. Desesperaba ante la disyuntiva de recibirles, abriendo las puertas de su ciudad a un posible enemigo, o mostrar su miedo, negándose a aceptar su visita en la ciudad de México-Tenochtitlan, capital de sus estados.

En el seno de las tropas españolas tampoco existía unanimidad respecto a la continuidad de la aventura. Al llegar a la tierra firme, había quienes pensaban que proseguir sin el visto bueno del gobernador Velázquez era una temeridad. Otros añoraban su vida pacífica y familiar en Cuba. La respuesta de Cortés no se hizo esperar. Se deshizo del primer problema mandando azotar a los partidarios de Velázquez, colgar a dos de ellos e incluso cortar los pies a otro. Para solucionar el segundo, mandó destruir o desmontar nueve de sus diez barcos, dejando uno para quien quisiese volver. Nadie quiso, y el navío siguió la suerte de sus compañeros de armada. Ya solo quedaba el camino de tierra adentro.

Cortés lo emprendió por tierras tlaxcaltecas dividiendo su pequeño ejército en tres secciones: la vanguardia, a las órdenes del capitán Cristóbal de Olid; el centro, bajo el mando de Pedro de Alvarado, y la retaguardia, comandada por Gonzalo de Sandoval. Cada sección iba acompañada de arcabuceros y dos cañones, mientras que el resto de las fuerzas y pertrechos se quedaban en Veracruz, protegiendo la retaguardia en caso de necesidad. Este dato se ha discutido, ya que el terreno es muy difícil y sería casi imposible transportar los cañones a través de las selvas y atravesando las montañas. Doce jinetes acompañaban a Cortés, que supervisaba todas las secciones. Los que conocen la complicada geografía del lugar, con montañas, valles profundos y ríos, dudan de que Cortés

hubiera podido transportar cañones y balas tal como dicen los cronistas. Doña Marina, de quien hablaremos después, y Aguilar acompañaban a Cortés en calidad de intérpretes. Las demás tropas y el resto del material fueron dejados en Veracruz para proteger a los españoles de un ataque por la espalda.

Los tlaxcaltecas, que habían resistido valientemente las acometidas de los mexicas, presentaron batalla a los españoles, que los vencieron en tres ocasiones sucesivas. Al día siguiente de la tercera derrota, la orgullosa república de Tlaxcala pedía una paz honrosa y la ciudad se preparaba para acoger a las tropas españolas. Cortés, que cifró en 150.000 el número de habitantes tlaxcaltecas, gente inteligente y razonable en su opinión, y alababa su capital, que comparaba con Granada, y donde «hay toda manera de buen orden y policía», hallaría en ellos unos aliados sin cuyo concurso no hubiese podido conquistar México. Tlaxcaltecas y españoles siempre fueron fieles a ese tratado de unión. Cortés no habría podido vencer a los mexicas sin ellos, y los tlaxcaltecas pudieron finalmente vencer a sus enemigos eternos los mexicas con la ayuda española.

Cuando Cortés decidió encaminarse hacia Tenochtitlan, fue avisado por sus aliados de que la siguiente ciudad, Cholula, formaba parte de la federación mexica y que sus habitantes intentarían vencerle con artimañas. Por eso, sin fiarse de las promesas de paz cholultecas, Cortés se adentró en la ciudad, dejando en las cercanías mil tlaxcaltecas que le acompañaban. El papel desempeñado por doña Marina fue en esta ocasión, como en tantas otras, fundamental, y la confianza depositada por el conquistador en una mujer, digna de todo elogio. Doña Marina denunció que mientras que los habitantes de Cholula ofrecían a Cortés la paz, preparaban la guerra a escondidas, y sus sacerdotes imploraban la protección de sus dioses realizando sin parar sacrificios humanos. Cortés, simulando que creía en las intenciones pacíficas de los cholultecas, reunió a sus caudillos y los hizo presos, mientras sus hombres y los tlaxcaltecas mataban, según su propio testimonio, a 3.000 guerreros, que, sin la presencia de sus jefes, no supieron reaccionar. Fue un audaz golpe de mano que le allanaría el camino hacia Tenochtitlan, hacia donde partió no sin antes avisar a cholultecas y tlaxcaltecas, enemigos irreconciliables hasta entonces, de que castigaría cualquier ofensa entre ellos. Díaz del Castillo constata

que Cortés convirtió a los de Tlaxcala en sus amigos, venciendo a los de Cholula. Tras sermonear a sus caciques acerca de la bondad de la religión católica y la maldad de los sacrificios humanos y sus ídolos, hizo levantar una cruz.

Díaz del Castillo escribe:

No puedo dejar de traer aquí a la memoria las redes de maderos gruesos que en ella [Cholula] hallamos que estaban llenas de indios y muchachos a cebo para sacrificar y comer sus carnes, las cuales redes quebramos y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen a donde eran naturales.

El cronista de Indias aprovecha para tildar de mentiroso al padre Las Casas. Este afirma, sin aportar prueba alguna y sin presenciar los hechos, que la matanza de cholultecas a manos de españoles y tlaxcaltecas fue gratuita. En otras palabras, hay diferentes versiones de lo que sucedió.

El camino hacia la capital del Imperio Mexica transcurrió sin demasiados incidentes. Las poblaciones por las que pasaban les ofrecían presentes, al igual que los mensajeros de Moctezuma que, junto a mantas e importantes cantidades de oro de parte del emperador, pedían a Cortés que no siguiese, prometiéndole que si regresaba a Veracruz le enviarían ricos cargamentos de oro. A medida que se acercaban a la capital del Imperio Mexica, crecía el asombro de los españoles por la grandiosidad de sus poblaciones, la belleza de sus paisajes, la riqueza de su agricultura y lo poblado de sus calles. Díaz del Castillo confiesa el temor que sentían los españoles por ser solo unos 400 soldados.

En noviembre de 1519, cerca de la ciudad de México tuvo lugar la entrevista con Moctezuma, que iba acompañado de los señores de Tezcoco, Iztapalapa, Tacuba, Coyoacán y otros reyezuelos menores, formando un impresionante y riquísimo cortejo. Iba bajo palio, y por donde pasaba, se le barría el suelo y se tendían mantas para que caminase sobre ellas. Nadie, excepto los cuatro señores, principales

familiares suyos, osaba mirarle a los ojos. Doña Marina hizo de intérprete en la entrevista entre Cortés y Moctezuma. Tanto en esta entrevista como en las siguientes, ambos prohombres fueron congeniando, Cortés insistiendo en aspectos religiosos, y Moctezuma confesando que «sus vasallos tenían temor, que les decían que [los españoles] echábamos rayos y relámpagos, y con los caballos matábamos muchos indios, y que éramos teules bravos y otras cosas de niñerías; y que ahora que ha visto nuestras personas y que somos de hueso y carne y de mucha razón, y sabe que somos muy esforzados», según Díaz del Castillo.

El emperador condujo a los españoles a los aposentos que se les habían asignado, y estos quedaron impresionados por lo que veían. No podían dejar de comparar lo que sus ojos observaban con sus ciudades conocidas y de reconocer sus magníficas particularidades, la grandeza de su plaza mayor, triple que la de Salamanca, la disposición de sus canales, como los de Venecia, sus palacios del centro y la casa de Moctezuma, con diez estanques de agua salada y dulce, zoológico (a cuyos animales se refiere Díaz del Castillo al escribir que «tuvimos por cierto que, cuando nos echaron de México —en la Noche Triste— y nos mataron sobre ochocientos de nuestros soldados —entre españoles e indios—, que de los muertos mantuvieron muchos días aquellas fieras alimañas) y jardines». En medio, la gigantesca y sombría pirámide truncada del templo de Huitzilopoctli, con sus sanguinarios sacerdotes cubiertos de sangre humana, de la cabeza a los pies, y con una especie de capilla que remataba la pirámide, para los corazones de los sacrificados aquel día, «y era tanto el hedor que no veíamos la hora de salirnos afuera».

En los mercados llamó la atención de los españoles la variedad de frutas, verduras, carnes, productos cerámicos y textiles que se vendían y su excepcional calidad. Cortés se dio prisa en remitir al emperador Carlos V 32.400 pesos de oro fundido, así como muchas joyas de oro y plata «que podrían valer cien mil ducados y más». De Moctezuma dice Díaz del Castillo:

Era de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado [...] y la color no muy moreno [...] los cabellos no

muy largos [...] era muy polido y limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas [...] era muy limpio de sodomías [...] en el comer le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados [...] oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad [...] mas sé que ciertamente desde que nuestro capitán le reprendía el sacrificio y comer de carne humana, que entonces mandó que no le guisasen tal manjar.

Después de varias semanas como invitados de Moctezuma, lo que provocaba no poca hostilidad y habladurías entre su pueblo, Cortés consideró que la situación no se podía prolongar más y decidió retener a Moctezuma en calidad de prisionero en la residencia de los españoles. A la lógica prevención española a causa de los avisos de sus aliados contra los mexicas, a la vista de que los tlaxcaltecas, confinados fuera de la ciudad, poco les podrían ayudar llegado el caso, la desproporción en el número de guerreros o los primeros desencuentros que ya se habían producido en la visita al Templo Mayor, vino a sumarse la noticia de que guerreros mexicas habían matado al alguacil mayor de Veracruz, a su caballo, a seis españoles y a muchos aliados totonacas. A pesar de ser considerado sagrado por sus súbditos, Moctezuma aceptó. Aunque era una especie de prisión atenuada, amistosa, situada al lado de los aposentos ocupados por Cortés, que vivía en ese momento maritalmente con varias de las hijas donadas por el emperador. La oposición de los mexicas hacia su emperador iba en aumento.

A principios de diciembre llegaron a Tenochtitlan guerreros mexicas a los que se les acusaba de la referida matanza de españoles en Veracruz. Moctezuma los entregó a Cortés y fueron ejecutados, no sin antes haber denunciado que habían sido enviados por el mismo emperador. Cortés perdonó a Moctezuma después de castigarlo a llevar grilletes un corto tiempo. Cuando se los quitó, Moctezuma, ya muy alejado de la voluntad de sus súbditos y cada día más cercano a los españoles, se fundió en un abrazo con Cortés. El siguiente paso fue pedir al emperador y una asamblea de sus notables que se declarasen vasallos del rey de España. Moctezuma y su aristocracia accedieron, pero no sin antes avisar al conquistador de que dicha circunstancia podría comportar muchos conflictos con el pueblo

mexica.

Desde las últimas semanas de 1519, por espacio de medio año, Cortés fue el verdadero amo y señor del Anáhuac —otro nombre del Imperio Mexica— y Moctezuma pasó a ser una especie de títere del español. Tanto es así que fue el mismo Moctezuma quien le comunicó la llegada de 18 naves españolas repletas de hombres de guerra al puerto de Veracruz. Ya no habría ningún impedimento para embarcar de regreso a España, según Moctezuma. Guardando las apariencias ante los mexicas, lo cierto es que la noticia preocupó a Cortés, que de inmediato comisionó a Andrés de Tapia para que fuese a Veracruz a toda prisa para conocer quiénes eran los recién llegados y cuáles eran sus intenciones.

Se trataba de una flota comandada por Pánfilo de Narváez y enviada por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, que veía cómo la figura de Cortés, sus éxitos y sus tesoros, remitidos directamente a Carlos V, anulaban su propio papel como autoridad. Las órdenes eran llevar a Cuba al conquistador en calidad de prisionero. Se componía la expedición de 1.400 hombres, entre los que había 80 jinetes, 70 arcabuceros y 90 ballesteros, una fuerza considerable a pesar de que en una tormenta se habían perdido 50 vidas. Existiendo partidarios de uno y otro capitán en ambas filas de españoles, había que extremar la diplomacia y la audacia, y los agentes de una y otra facción comenzaron a intrigar para ganarse adeptos.

Cortés tomó la iniciativa y se dirigió a encontrarse con Narváez al frente de 300 españoles y 400 indígenas. En la arenga final a sus soldados, según testimonio de Díaz del Castillo, Cortés declaró que había ido a fundar algo estable y duradero, no solo a hacerse rico. En una noche lluviosa, sorprendió a Narváez, que, desasistido de sus tropas, apenas pudo reaccionar y perdió un ojo en la refriega. Cortés, de nuevo, había triunfado, y los hombres de Narváez se incorporaron a sus huestes.

En la ciudad de Tenochtitlan, mientras tanto, Moctezuma había quedado al cuidado de Pedro de Alvarado, que lo despreciaba sin disimulo. Se acercaba el sagrado mes de Toxcatl según el calendario mexica y se redoblaban los sacrificios humanos y el concierto de gente de muchas procedencias que asistía a ellos. Alvarado, quizá

temiendo una sublevación general, quizá por la repugnancia que le producía la festividad, atacó a los indígenas congregados en el lugar de los sacrificios, y tuvo que retirarse y refugiarse en la casa que les servía de residencia, donde quedó cercado, no sin antes presenciar la muerte de varios españoles. 80 españoles resultaron heridos.

Cortés volvió enseguida a la ciudad y se encontró con la hostilidad general de sus pobladores. A instancias de Cortés, Moctezuma accedió a presentarse ante su pueblo con la intención de apaciguar los ánimos. No solo no lo consiguió sino que recibió una pedrada en la frente que acabó con su vida. Una calma tensa, que presagiaba próximos combates, presidió los funerales por el emperador caído. Era tan evidente el inmediato estallido de la violencia que Cortés decidió replegarse a Veracruz, fijando como fecha para salir de Tenochtitlan la noche del 10 de julio de 1520, la famosa Noche Triste.

Los españoles, cargados con pesadas mochilas repletas de oro y plata, se encontraron con las calzadas que unían la ciudad con tierra firme cortadas, y rodeados por miles de mexicas que les atacaban desde las canoas. En esas condiciones no se podían utilizar los caballos ni la artillería, que eran más un impedimento que una ayuda. Tan grande fue el desastre que la retaguardia española ya pudo pasar a pie enjuto por encima de los cadáveres de sus compatriotas y de indígenas tlaxcaltecas, que se mezclaban con los de los caballos y con desordenados montones de oro y plata, rellenando los huecos en las calzadas. Unos 500 españoles y 4.000 tlaxcaltecas perecieron o fueron hechos prisioneros por los mexicas en esa noche aciaga. Los 440 españoles supervivientes, incluido el mismo Cortés, quedaron malheridos.

Los que murieron tuvieron más suerte que los que fueron capturados, porque un número indeterminado de españoles quedó en poder de los indígenas, que empezaron a sacrificarlos a sus dioses. Fueron obligados a ascender a la gran pirámide, donde fueron tendidos sobre un ara de piedra que les abombaba el tórax. Allí, sujetas las extremidades por los sacerdotes, el oficiante, en una maniobra rápida, con un cuchillo de sílex o de obsidiana, les abría el pecho, metía en él la mano y les arrancaba el corazón. Se dice que algunas víctimas, durante décimas de segundo, todavía podían

contemplar su corazón latiendo en manos del sacerdote de turno. Después, el corazón se apilaba junto a los demás, y el cuerpo era despeñado por la empinada pirámide, por donde chorreaba la sangre de las víctimas. También a veces simplemente degollaban a sus víctimas.

No había concluido el peligro del resto de los españoles de sucumbir ante un ejército muy superior en número. En la retirada camino de Tlaxcala, en los llanos de Otumba, esperaban a los 440 hombres de Cortés, acompañados de un número indeterminado de fieles tlaxcaltecas, 200.000 mexicas. Las cifras pueden parecer exageradas y son, naturalmente, aproximadas. La vanguardia española cargó contra la vanguardia mexica, que emprendió su huida en medio de una gran confusión, chocando con el grueso de su mismo ejército. Esa primera acción fue determinante, pues permitió a Cortés distinguir, en medio del mar de guerreros mexicas, a un grupo de notables indígenas que rodeaban el estandarte de plumas y bordados que indicaba la capitanía general de su ejército. Señalando el estandarte como objetivo a un grupo de jinetes con la punta de la espada, se lanzó a su cabeza contra quien lo llevaba y lo atravesó de una estocada, arrebatándole el pendón. Ese fue el final del orden en el ejército mexica, que empezó a huir en desbandada, siendo masacrado por españoles y tlaxcaltecas, deseosos de vengar las muertes de la Noche Triste.

En este punto, hay que subrayar la fidelidad a toda prueba de los tlaxcaltecas, pues del mismo modo que los guerreros mexicas, de haber querido, habrían podido en ese momento acabar con los españoles sin mucho esfuerzo. Sin embargo, Cortés fue de nuevo muy bien recibido en Tlaxcala, donde preparó por espacio de un año el golpe final contra Tenochtitlan. Esta vez llevaría consigo 13 bergantines capaces de navegar por el lago de la ciudad, 550 infantes, 80 ballesteros y escopeteros, 9 cañones y 8.000 tlaxcaltecas. El nuevo emperador mexica, Cuitláhuac, no tardó en solicitar la paz con los tlaxcaltecas, pero una epidemia de viruela acabó con su vida y en su lugar fue nombrado Cuahutémoc, partidario de la resistencia.

El señor de Tezcoco, ciudad clave para acceder al lago, el príncipe Ixtilxochitl, facilitó a Cortés paso franco por sus tierras, pero aun así

la victoria final distó mucho de ser un paseo triunfal. Los mexicas habían clavado empalizadas en el fondo de la laguna para impedir las maniobras de los bergantines. Cortés mismo fue herido en una pierna y salvó la vida de milagro en una encerrona mexica. Con el ruido de fondo del lúgubre sonido de los tambores del Templo Mayor, que indicaban que los sacrificios de españoles habían comenzado, los gritos de los indígenas informando de que Cortés y sus capitanes habían muerto para causar desánimo entre los tlaxcaltecas, y los ataques en canoas a bergantines e infantes, a punto estuvieron los españoles de perecer.

En esta situación, Cortés ordenó a Sandoval que al frente de los bergantines fuese al palacio de Cuahutémoc y lo hiciese prisionero, sin derramar sangre, salvo en caso de necesidad. Cuahutémoc tenía listas 50 grandes canoas llenas de guerreros y tesoros, preparadas para la huida, pero el bergantín comandado por García Holguín le dio alcance y, bajo la amenaza de los ballesteros, Cuahutémoc, dándose a conocer como rey de los mexicas, se rindió. Las demás canoas siguieron su marcha. Holguín y Cuahutémoc se fundieron en un abrazo, y lo mismo ocurrió después con Cortés.

La batalla sobre Tenochtitlan había sido feroz y había durado 80 días. La mitad de la población había muerto, y la ciudad estaba en ruinas. El 13 de agosto de 1521 había sido hecho prisionero Cuahutémoc. Sucumbía el Imperio Mexica y nacía México, obra de Cortés. Otro tipo de retos a los que había que dar solución se presentaban ante el conquistador, transmutado en hombre de Estado. Reconstruir la ciudad, arruinada por la guerra, dictar las primeras normas de policía y obtener cuanto oro pudiese, presionado por el tesorero real, que le pedía con insistencia el quinto real, es decir, la quinta parte, para mandársela a Carlos V, eran las medidas más urgentes. Cortés sometió a tormento a Cuahutémoc para que confesase dónde se hallaba el tesoro de los emperadores mexicas. Aunque la tortura era común en la Europa y en la América de la época, debía haber respetado la indefensión del vencido.

Vale la pena detenerse a describir las armas de los guerreros indígenas, sus tácticas y el número de soldados. La mayor parte de las armas indígenas eran arcos y flechas, y suplían la falta de hierro

en las puntas con puntas de obsidiana. Usaban también una especie de espadas de madera con obsidiana incrustada en su filo, los macuahuitl, que se manejaban con las dos manos, así como mazas con puntas de pedernal en los extremos y hondas. En el aspecto defensivo, llevaban escudos de madera, chalecos de algodón o conchas de tortuga a modo de armadura. La mayor parte iban desnudos, con los rostros pintados, y en la cabeza llevaban penachos de plumas para aparentar ser más altos, según comenta Solís. Ha sido práctica habitual en todos los ejércitos del mundo. Cuenta el cronista:

Formaban sus escuadrones amontonando, más que distribuyendo la gente [...] embestían con ferocidad [...] y se dividían en compañías cuyos capitanes guiaban, pero apenas gobernaban su gente [...] batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que a la fuga.

Respecto a la desproporción de cifras que se observa siempre en el número de muertos en los combates —pocos españoles, miles de indígenas enemigos—, hay que tener en cuenta que pocas veces se menciona el número de indígenas amigos, que equilibraría mucho la balanza. De cualquier modo, la desproporción existió.

Un buen general sabe ahorrar vidas de sus soldados, tanto si gana como si pierde. Los tlaxcaltecas tenían buenos generales. Se enfrentaron a Cortés hasta comprobar que no había punto de comparación entre ambos ejércitos y entonces se unieron a los españoles. Xicotecatl, el bravo jefe tlaxcalteca vencido por Cortés, sería de inmediato asociado a la aristocracia española, y sus descendientes, ennoblecidos. Lo mismo ocurrió con los reyezuelos de los zapotecas y tehuanos, Cocijoeza, señor de Zaachila, y Cocijópil, señor de Tehuantepec, que enviaron embajadores con ricos presentes a Cortés, ofreciéndole no solo su amistad, sino también su obediencia, y abdicando ambos en favor del conquistador. Otro tanto hizo el señor de los mixtecas, excusándose en las predicciones nefastas de sus sacerdotes. En definitiva, utilizando las palabras del historiador mexicano Vicente Riva

Palacio: los reyes y sacerdotes indígenas veían «como una salvación la llegada de los españoles».

Otra explicación de las victorias de Cortés es que este no dejaba lugar a la improvisación. Sirvan los preparativos del ejército de Cortés antes de salir de Cuba para comprobar que nada se dejaba al azar en materia tan importante, de la que iba a depender la vida de sus integrantes. Cortés ordenó que se sacase a tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los artilleros el alcance de las balas:

Y por haber en aquella tierra copia de algodón, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamaban escaupiles, invención de la necesidad, que aprobó después la experiencia, dando a conocer que un poco de algodón flojamente punteado y sujeto entre dos lienzos era mejor defensa que el acero para resistir a las flechas y dardos arrojadizos que usaban los indios [...] al mismo tiempo hacía que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen a manejar la pica, a formar y desfilar en escuadrón, a dar una carga, y a ocupar un puesto, adiestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo.

Es decir, Cortés no tenía empacho en copiar de los indios sus chalecos protectores de algodón, los escaupiles. Los soldados de Cortés, por órdenes suyas, siempre estuvieron prevenidos durante todo el proceso de conquista, y ni aun en los tiempos más tranquilos bajaron la guardia.

Del mismo modo, hay que consignar el buen juicio y la sensatez que mostraban generalmente los capitanes españoles, que fueron la causa de que, incluso en momentos aciagos, pudiesen contar con la fidelidad y bienquerencia de sus aliados indígenas. Los indígenas consideraban que era provechoso seguir al lado de los españoles. La bravura de Cortés iba unida a una habilidad de mando y un saber diplomático fuera de lo común. «Vuestro caudillo soy; y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados», dijo

Cortés en Cozumel, según Solís. En dicha isla, vigilaba a sus soldados «porque no se desmandasen y recibiesen algún daño los naturales». También advirtió a sus soldados de que trataran bien a los indígenas, pues sostenía «que aquella era una pobre gente sin resistencia, cuya sinceridad pedía como deuda el buen tratamiento y cuya pobreza ataba las manos a la codicia».

Como hemos comentado, después de la caída de Tenochtitlan, cambió el papel de Cortés, que empezó a regular la vida en la ciudad refundada. Fijó las obligaciones de los españoles para con los indígenas, la delimitación de barrios de unos y otros, la aplicación de nuevas técnicas agrícolas y los precios de los víveres.

Sin embargo, debía someterse a un juicio de residencia por parte de un juez llegado de España, que iba a examinar con lupa todas sus acciones. El juez debía controlar si Cortés había seguido las instrucciones generales y hacer valer la autoridad del rey ante el conquistador. Considerando que debía defender su obra ante el emperador, Cortés decidió trasladarse a España para hacerlo personalmente. Dos años estuvo en la Península Ibérica, codeándose con la aristocracia, mientras el Consejo de Indias examinaba su historial. Oficialmente viudo, casó con doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar, y fue nombrado marqués del valle de Oaxaca y caballero de Santiago. De regreso a México, se estableció en su palacio de Cuernavaca, dedicado a la agricultura y la ganadería. Continuó su obra de descubridor y conquistador, explorando Centroamérica. Mandó a Saavedra a descubrir las Molucas y envió cinco expediciones para explorar la costa del Pacífico hacia el norte. Sin embargo, el rey quería limitar la autoridad de Cortés y entregó el poder político a un grupo de funcionarios, una «audiencia», y más tarde a un virrey, y el primero fue el incorruptible don Antonio de Mendoza.

En conexión con la actuación de los funcionarios, hay que comentar la famosa frase de «obedézcase y no se cumpla» con que se recibían las órdenes reales de difícil aplicación. Dicha fórmula no hacía más que evidenciar la imposibilidad de dar cumplimiento a todas las indicaciones dadas por el lejano monarca por parte de sus delegados en América, que veían las contradicciones, vacilaciones, choques de intereses, desconocimiento y los perjuicios para la misma Corona

que se podían derivar de la aplicación de unas normas dictadas a miles de leguas de distancia y que llegaban a sus manos pasado un largo tiempo —lo que suponía que las circunstancias podían haber cambiado radicalmente y que a menudo resultasen ineficaces o irreales. Por poner un ejemplo, en la conquista de la región del Pánuco, en la costa occidental de México, cuyos límites o extensión nadie conocía, se puso de manifiesto que los derechos de Hernán Cortés y de Francisco de Garay, ambos basados en concesiones firmadas por el monarca, eran contradictorios.

Sin embargo, el conquistador no se resignaba a permanecer en un segundo plano. Juzgando que la recompensa obtenida del rey, a quien tanto le había dado, era escasa, volvió a ir a España en 1540, dejando en México a su esposa doña Juana. Participó en la campaña de Argel contra los musulmanes, pero una tormenta inesperada, en la que zozobró el barco en el que viajaba, puso punto final a aquella campaña sin historia. En 1547, cerca de Sevilla, camino del reino que creó, le sorprendió la muerte. Fue enterrado primero cerca de Sevilla, aunque después sus restos mortales fueron llevados a México y también allí trasladados entre diferentes iglesias.

En el testamento de Cortés se pone de manifiesto que tenía muchos hijos de madres diferentes. Así, el mismo conquistador ilustra que el nuevo México era una mezcla desde el punto social y étnico. Tenía hijos con damas de la aristocracia española, con princesas mexicas y con mujeres del pueblo. En su testamento especificaba que quería ser enterrado en Coyoacán, y dejaba los caudales necesarios para fundar un hospital, un convento y un colegio universitario para indígenas. Preocupado por su alma y por el trato dado a los indígenas por los españoles que actuaban bajo su mando, y por él mismo, encargaba a su hijo Martín que hiciese todo lo posible por restituir a los indígenas las propiedades por él usurpadas y vigilar la legalidad de la situación de los que eran considerados esclavos. Con ocasión de los disturbios que rodearon la independencia en 1823, sus restos mortales estuvieron en peligro de ser profanados y fueron puestos a salvo.

TEORÍAS SOBRE LA CAÍDA DEL IMPERIO DE LOS MEXICAS

Riva Palacio, entre otros muchos, subraya que las guerras y divisiones entre los indígenas facilitaron la conquista, porque los indígenas buscaban alianzas con los españoles para saciar sus rencores mutuos. Sin los muchos aliados indígenas con que contó Cortés y su pequeña hueste, los españoles probablemente habrían sido aniquilados con facilidad. Conviene recordar que esos mismos aliados vivían atemorizados por los mexicas, que los derrotaban continuamente y que se servían de los vencidos para nutrir las filas de sacrificados en el Templo Mayor. En el México actual suele decirse que «la Conquista la hicieron los indios y la Independencia —tres siglos después— los españoles».

La desafección de los pueblos indígenas hacia todo lo que significase el mundo que habían conocido antes de la llegada de los españoles se puede rastrear en todos los sectores sociales, desde los señores, los tlatoanis, hasta el último guerrero, pasando por las mujeres. El poderoso Moctezuma, ya lo hemos visto, aceptó a los españoles. Cuahutémoc acabó colaborando con Cortés tras ser nombrado algo así como gobernador de una parte de la nueva ciudad de México. Cada grupo de la población local tenía sus intereses, y muchos consideraban que les favorecía colaborar con los españoles. Como hemos visto, varios reyezuelos viajaron a la ciudad de México para entregar sus reinos a Cortés y exhortaron a sus súbditos a que colaborasen con los conquistadores.

Para entender todo esto hay que recordar que Tenochtitlan estaba regida por una sanguinaria teocracia aliada al poder militar, que no interesaba a todos sostener. Los sacerdotes eliminaban con mano férrea cualquier disidencia o desafección. A este poder absoluto no escapaba ni el mismo Moctezuma, cuya actividad quedaba determinada por una serie de augurios y profecías que convertían a la casta sacerdotal en intérprete de la divinidad. No sabemos hasta qué punto creía en los augurios. Esta situación explica muchas cosas, como la amistad entre Cortés y Moctezuma, más allá del

respeto y la consideración.

Se podrían discutir las cifras o la profundidad de las «conversiones», pero en la Crónica de Michoacán se afirma que los frailes franciscanos bautizaron entre 1523 y 1540 a más de 1.600.000 personas. Unos 14.000 indígenas fueron bautizados por el padre Motolinía en Guatemala. Las «conversiones» eran tan masivas que los dirigentes eclesiásticos tuvieron que recordar a sus subordinados que el bautismo tenía que administrarse persona por persona, no asperjando al azar a la muchedumbre con agua bendita.

Por supuesto, a los españoles y a sus aliados indígenas no les importaba la pervivencia del Estado mexica, sino que luchaban por destruirlo, pero lo realmente extraño es que parece que los mismos mexicas no tenían ningún interés en defender «lo suyo». En Otumba, por ejemplo, Cortés, a caballo y con la espada por delante, se internó temerariamente entre miles de guerreros mexicas que, a su paso, abrían las filas del mismo modo que un cuchillo corta la mantequilla, según expresión gráfica de Díaz del Castillo. Cierto que un caballo a galope tendido impresiona, y también que un buen acero es un arma temible, pero el mismo Díaz del Castillo escribe, refiriéndose a otra batalla: «Digo que todas nuestras victorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios, que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba». ¿Entre tantos miles de guerreros no había ninguno capaz de darle un lanzazo a Cortés o a su caballo, o un flechazo, o una pedrada, o lanzar un madero a las patas del animal? El cronista Solís, refiriéndose a otros encuentros de la misma o parecida desproporción numérica, afirma que los mexicas eran tantos que incluso sin armas, solo utilizando las manos, habrían podido acabar fácilmente con los españoles. Cuando se cita lo que afirman los cronistas españoles, siempre hay que tener en cuenta que les interesa acrecentar sus méritos, pero la desproporción del número de combatientes es innegable.

De no pensar en ese desinterés generalizado de los mexicas por su propia causa, la conclusión puede ser peor. Tras la tumultuosa huida de los españoles en la llamada Noche Triste, cayeron en poder de los mexicas muchos de ellos, y un número indeterminado

de espadas, arcabuces, caballos, incluso cañones. A esas alturas, tras muchos meses de más o menos forzada convivencia, ningún mexica podía pensar ya que los españoles eran dioses, que dominaban el trueno, que caballo y jinete eran el mismo monstruo. Desde un punto de vista actual, lo razonable habría sido que sus generales aprovechasen la circunstancia para prepararse mejor militarmente, por si se presentaba de nuevo otra ocasión: aprender las maniobras de los ejércitos españoles, el uso de armas de fuego, el arte de la esgrima. Nada de eso se hizo, muy al contrario. Los españoles presos, los posibles maestros forzados, fueron rápidamente sacrificados a los dioses, y los cañones quedaron en el lago a escasa profundidad y allí esperarían a que el mismo Cortés a su regreso diese la orden de sacarlos.

Los arqueólogos Geoffrey Conrad y Arthur Demarest se han preguntado por qué cayó tan rápidamente el Imperio Mexica y señalan como un factor posible la pérdida de fe de los mexicas en su propio Estado. Señalan a la religión como un factor decisivo. Cuando llegaron al centro del valle de México, los mexicas eran una tribu sin importancia y más bien de bajo nivel cultural. En el año 1428, un rey, Itzcoatl, tomó el poder a través de un golpe militar y junto con el sumo sacerdote y consejero del rey, Tlacaelel, reorganizó el reino y le dio una religión también reorganizada, pero basada en los elementos anteriores. En la nueva versión del culto al Sol, este luchaba cada día contra las fuerzas del desorden. Recibir sacrificios humanos reforzaba al Sol, y era la obligación de los mexicas ayudarlo a través de tantos sacrificios como fuera posible. Eso explica que los mexicas no se interesaran por consolidar su ascendencia sobre las regiones vencidas, sino que solo buscaran prisioneros y botín y dejaran la administración en manos locales. A la vez, esperaban que los pueblos vencidos alimentaran a la capital mexica como tributo.

Los mexicas entendían su religión como un pacto con Huitzilpochtli, y este, en recompensa por los sacrificios, debía concederles la victoria en las campañas militares. Esa ideología llevó a los mexicas a vivir en una situación de guerra perpetua. Todos los hombres en edad de ser guerreros debían contribuir a conseguir prisioneros que pudieran ser sacrificados. Un noble debía destacar en el campo de batalla y tomar muchos prisioneros para elevarse en rango. Del

mismo modo, un hombre común podía ascender en la escala social tomando prisioneros. Después del sacrificio, el que había apresado a una víctima podía comer por ejemplo sus brazos y piernas para hacerse más fuerte.

Lo que es difícil de entender ahora es la magnitud de estos sacrificios. Había fiestas en las que se sacrificaba a miles de personas. Las cifras son tan altas que cuesta entender cómo se pudieron llevar a la práctica los sacrificios. En honor del dios Huitzilopochtli se celebraban tres fiestas anuales, acompañadas de grandes matanzas rituales, la más importante y sangrienta de las cuales era la última, que tenía lugar con la llegada del solsticio de invierno. En 1487, el señor mexica Auizotl, con motivo de la inauguración de la recién construida pirámide-templo, organizó una fiesta fastuosa a la que invitó a los gobernantes de sus señoríos vecinos con el objeto de que quedasen convencidos de que él era el amo del mundo. Él mismo, los señores de Texcoco y Tacuba, el sumo sacerdote Tlacaélel y una legión de sacerdotes ayudantes se encargaron de protagonizar el acto central del acontecimiento, que duró cuatro días, a lo largo de los cuales fueron sacrificados 80.400 hombres, según afirma fray Diego Durán en su Historia de los indios de la Nueva España. Otros creen que una cifra más verosímil sería 20.000, que también es tan enorme que es difícil de concebir. Es sabido que la población de Oaxaca había experimentado un fuerte descenso antes de la llegada de los españoles, y que el crecimiento demográfico de zapotecas, mixtecas y mixes se hallaba hipotecado tanto por sus luchas intestinas como por los grandes tributos humanos destinados a ser sacrificados que tenían que pagar a los señores de México. En otra ocasión se habla de 10.000 sacrificios a lo largo de cuatro días.

Conrad y Demarest subrayan que estas matanzas incomprensibles nos dicen algo sobre la cultura mexica, y es que se actuaba por razones no materiales. Con los sacrificios de los guerreros apresados, los mexicas se destruían a sí mismos, puesto que las regiones vencidas les proveían de alimentos. Ya que mataban a los varones en edad de trabajar, necesariamente bajaba la producción agrícola. Así, los mexicas destruían su propia supervivencia por razones religiosas.

Dicho de otro modo, los mexicas tenían una religión de Estado, ideada y propagada por interés propio del señor mexica y el asesor de este, una religión que al comienzo dio ánimo a los ejércitos mexicas frente a sus rivales y les permitió construir su imperio. Pero la religión los convirtió en un pueblo militarizado y sanguinario. Sin embargo, ese sistema estaba agotándose, porque para tomar prisioneros los mexicas tenían que ir cada vez más lejos. Habían encontrado serios obstáculos intentando vencer a los tarascos y a los mayas, que vivían en la selva. Sin embargo, sin expansión no había ni prisioneros ni tributo en forma de alimento, lo cual contribuyó a que aumentara el descontento en la capital y en particular entre los sacerdotes. Moctezuma lo sabía, y sabía que el imperio no podía seguir como antes, pero era impopular imponer reformas. Además, los mexicas empezaban a dudar del valor del acuerdo suscrito con su dios, ya que este ya no les aseguraba las victorias de antes. Moctezuma entendía que debía hacer algo, pero no tenía a la población consigo. Este trasfondo ayuda a explicar la rapidez con la que cayó el Imperio Mexica.

LAS MUJERES

Poco tiempo después de la conquista empezó a aparecer una población étnicamente mestiza en el antiguo Imperio Mexica. A ello contribuyeron varios factores. Uno es que muy pocas mujeres españolas emigraron al Nuevo Mundo, como afirma Eloísa Gómez-Lucena. Una breve lista puede dar una idea de que eran apenas un puñado. Las mujeres españolas de quienes se tiene noticia de que entraron en Tenochtitlan con el ejército de Cortés fueron: doña Marina, una indígena pero a quien asociamos como española y a quien prestaremos especial atención más adelante, mujer que fue después de Juan Jaramillo, capitán de los bergantines en el sitio de México; Beatriz Hernández, mujer de Tomás Ecíjoles, italiano, intérprete; Catarina Márquez, mujer de Martín Hernando, herrero; Beatriz Ordaz, mujer de Alonso Hernando, herrero, quemado por la Inquisición en 1528; otras mujeres mencionadas son: Francisca Ordaz, Elvira Hernández, Beatriz Hernández, su hija, María de Vera e Isabel Rodrigo. Las mujeres que llevaba la expedición de Pánfilo de Narváez fueron: Beatriz Palacios, mujer de Pedro Escobar; Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de Francisco Olmos; María de Estrada, mujer de Pedro Sánchez Farfán, que fue después a poblar a Toluca, y Juana Martín. Son 13 en total, aunque quizá llegase alguna otra no mencionada por los cronistas.

Los mestizos eran descendientes de españoles e indígenas, y para explicar su rápido aumento hemos de remontarnos al momento en que Cortés entró en Zempoala. Allí fue recibido con todos los honores posibles y obsequiado con algunas calabazas llenas de polvo de oro, tejidos de algodón y 20 mujeres indígenas jóvenes en calidad de esclavas. Lejos de tratarlas como tales, las jóvenes indígenas fueron casadas con otros tantos españoles, y sus familias fueron las primeras pobladoras de Veracruz. Sin embargo, mención aparte merece una de ellas, la hija del cacique del pueblo de Painalla, de nombre Malintzin, Malinche, o doña Marina, como pasó a llamarse tras su bautismo. De su triste historia hasta ser entregada a los españoles, valga el testimonio de Díaz del Castillo:

El padre de Malintzin murió siendo ella muy pequeña y la madre, vuelta a casar, vendió su hijita a unos indios de Chicalango, porque ella había tenido otro hijo de su segundo matrimonio y lo prefería. La dio a los indios una noche, para que no la viesen, e hizo correr la voz de que había muerto. Los de Chicalango la entregaron a los de Tabasco, y estos, como ya se sabe, a Cortés. Más tarde, esa madre desnaturalizada, y su hijo, fueron bautizados por los españoles y a ella la llamaron Marta, y a su hijo Lázaro.

La joven Malintzin, de 18 años, dotada de una inteligencia natural y especialmente agraciada físicamente, se convertiría en la amante de Cortés, que había dejado en Cuba a su esposa, Catalina Juárez. A causa de las difíciles circunstancias por las que pasó durante su niñez y juventud, doña Marina dominaba la lengua mexica, que era el náhuatl, y el maya. Jerónimo de Aguilar, el otro intérprete, conocía el maya. Por eso, en los primeros tiempos, Cortés hablaba con Aguilar en español, este lo traducía al maya para doña Marina y ella lo hacía al náhuatl. De cualquier modo, doña Marina aprendió pronto el español. Según Antonio de Solís, «en pocos días, porque tenía rara viveza de espíritu, y algunos dotes naturales que acordaban la calidad de su nacimiento». No era solo traductora sino también confidente de Cortés, tenía protagonismo político y era gran señora. El historiador Niceto de Zamacois la describe de la manera siguiente:

Fue siempre leal a los españoles, en los cuales encontró constantemente aprecio y deferencia, y nunca dejó de influir poderosamente en el bien de sus verdaderos compatriotas. Sacó varias veces a los primeros de situaciones muy comprometidas, dándoles aviso de conjuraciones contra ellos dispuestas, y salvó a los segundos de severos castigos dispuestos contra algunos pueblos donde se había dado muerte a varios españoles, y su memoria fue para los españoles altamente grata; que no lo fue menos para sus compatriotas, a quienes siempre consagró una invariable simpatía.

Así pues, doña Marina ejemplifica mejor que nadie la veloz adaptación de las mujeres a la nueva situación. Sirve también para poner de manifiesto el papel de la mujer en la nueva sociedad. Su comportamiento se asemejaba al de otras mujeres, pero fue una pionera a la que pronto se unirían otras indígenas que entraban en contacto con los españoles y fueron protegidas por ellos. El fulgurante proceso de asimilación empezó por las clases superiores, largamente recompensadas por su alianza. En la retirada de la Noche Triste, doña Marina y dos hijas de Moctezuma estuvieron protegidas por 30 españoles y 300 indígenas.

Otro ejemplo de cómo «navegaron» las mujeres en el nuevo paisaje social es el de Isabel, hija de Moctezuma. Cortés le concedió la encomienda de Tlacopan en 1526, la más grande del valle del Anáhuac, y casó con Alonso del Grado. A la muerte de su marido, Isabel volvió a casar con Pedro Gallego Andrade. Poco después de celebrarse el matrimonio, Isabel dio a luz una hija de Cortés, Leonor Cortés Moctezuma. Con su marido tuvo a Juan Andrade Moctezuma. A la muerte de Pedro, se casó con Juan Cano de Saavedra, con quien tuvo cinco hijos, de los cuales Isabel y Catalina fueron monjas fundadoras del convento de la Concepción en la ciudad de México. Con sus muchos casamientos, Isabel personifica como nadie el mestizaje en las altas esferas sociales y la rápida aclimatación de estas a las costumbres y a la religión importadas, y a la idea de que el mundo precortesiano había muerto para siempre. Era una realidad nueva.

La obtención de riquezas era importante, pero también lo era la obtención de placeres terrenales. Para hombres que habían dejado a sus mujeres en España o en Cuba, fue uno de los motores de la conquista, a considerable distancia de la expansión de la fe católica, a pesar de que esto no se admitiera nunca oficialmente. Seguramente se cometerían todo tipo de abusos y violaciones por parte de los españoles, al menos lejos de la vista de los capitanes y los curas. Es imposible saber qué porcentaje de accesos carnales eran consentidos y cuántos no, y nos limitaremos a poner algunos ejemplos que pueden ilustrar el caso. La única aproximación porcentual al problema de las relaciones más o menos voluntarias

de las indígenas con los españoles podemos obtenerla a partir de una queja que el señor mexica Cuahutémoc hizo directamente a Cortés en el sentido de que los españoles secuestraban a las indígenas. El detalle llama la atención por dos circunstancias. La primera es lo rápidamente que Cuahutémoc había adquirido el hábito democrático de quejarse, de escasa tradición en su cultura. La segunda, que es la que ahora nos importa, la solución que dio Cortés. Hizo público que la mujer que quisiese volver con su familia contaría con su protección y apoyo, dándoles opción a las que convivían con españoles a abandonarlos libremente. Tan solo tres, de más de un centenar, volvieron con sus familias.

Desde las mujeres de la familia de Moctezuma hasta las hijas de los caciques menores o, como hemos visto, las concubinas o esposas de los soldados españoles, las indígenas no pusieron reparo a su unión con los hispanos. Ni estos con ellas, aunque hubo algún que otro problema causado por la irrupción inesperada en escena de alguna esposa previa abandonada en España o en Cuba. Las diferencias culturales tampoco parecieron importar mucho. En la expedición que Hernando de Soto inició en Florida y que le llevaría a recorrer todo el cuadrante sureste de los actuales Estados Unidos, fue de una gran ayuda el guía Juan Ortiz, que había sido capturado por un grupo indígena. Su cacique, llamado Hirrihigua, lo condenó a ser quemado vivo, pero su hija intercedió por la vida del prisionero, y así sobrevivió. La convivencia con ella permitió al español aprender varias lenguas indígenas y servir de traductor a De Soto. Vasco Núñez de Balboa convivió con la hija de un cacique que no dudó en denunciar una conspiración de sus propios familiares contra el conquistador español. Un último ejemplo es el de Juan Ponce de León, adelantado de la Florida, que casó en 1502 con una indígena de Santo Domingo, que trabajaba de mesonera. Pasó a llamarse Leonor tras recibir el bautismo. Con ella Ponce de León tuvo tres hijas, Juana, Isabel y María, y un hijo llamado Luis.

Los conquistadores, hombres poco aficionados a elucubraciones metafísicas, llegaron pronto a una conclusión que a los intelectuales de la corte les costaría muchas discusiones y calentamientos de cabeza: los indígenas eran seres humanos, a los que había que tratar como aliados o enemigos según el caso. En cuanto a las mujeres indígenas y su papel en la conquista, hace varias décadas el profesor

alemán Richard Konetzke nos sorprendió apuntando un nuevo asunto polémico. Venía a decir, en síntesis, que las mujeres indígenas que tenían posibilidades de hacerlo preferían mantener relaciones sexuales con los españoles, o incluso con los esclavos negros, antes que con los indígenas. No se refería a la predecible preferencia por asociarse de algún modo con el sector social dominante en el caso de los primeros. El hispanista dejaba abierta la puerta a una hipótesis: quizá las mujeres indígenas no estuviesen muy satisfechas del trato recibido de sus connaturales. Dicho de otro modo, las mujeres indígenas eran, utilizando un término muy mexicano, «malinchistas», un término que se aplica a quienes prefieren sistemáticamente lo extranjero antes que lo mexicano. El término contiene el matiz de «traidor».

TEORÍAS SOBRE EL DESCENSO DE LA POBLACIÓN

Las estimaciones sobre la población del valle de México alrededor de 1520 varían entre uno y tres millones de habitantes, que se vieron rápidamente reducidos a continuación por las enfermedades llevadas inadvertidamente por los españoles y contra las que los indígenas no poseían ninguna inmunidad. Las enfermedades epidémicas aparecen hoy como la principal causa de la disminución de la población. Fueron especialmente trágicas en los años 1520, 1531, 1545-1548 y 1576-1581. Las estimaciones del desastre demográfico varían, pero puede haber muerto la mitad de la población o más. Alonso de Zorita hablaba en 1555 de dos terceras partes. Mendieta, en 1565, habla de dos tercios o cinco sextos. Los indígenas de Xochimilco, en 1563, calculaban que murieron las cuatro quintas partes.

Existen noticias de epidemias entre los indígenas americanos antes de la llegada de los españoles, pero no tan importantes. Ese equilibrio entre la población y el medio ambiente debido a la ausencia de virus patógenos se quebró de inmediato con la presencia de los españoles, los africanos y los animales que llegaron con ellos: caballos, ratas y piojos. A partir de ese momento, las epidemias se sucedieron rápidamente, aniquilando en pocos años a la población antillana y arrasando también muchas etnias continentales de escaso peso demográfico. Hasta en pueblos como mexicas y tlaxcaltecas, de mayor entidad demográfica, las epidemias diezmaron la población.

Ya en el segundo viaje de Colón en 1493, la gripe se cebó en los indígenas de las Antillas y en particular Santo Domingo. En 1502, con la expedición de Nicolás de Ovando a Santo Domingo, llegó el sarampión, que causaría estragos entre los indígenas de los pueblos meridionales novohispanos a partir de 1531. Los habitantes de las Antillas murieron y fueron reemplazados como mano de obra por esclavos africanos. En 1518 llegó a Santo Domingo un grupo de esclavos africanos procedentes del golfo de Guinea, y con ellos llegó

también la viruela, que al año siguiente viajaría con Cortés al continente causando estragos entre los indígenas. Es imposible saber el número de víctimas, siquiera de forma aproximada. En junio de 1526, junto con el juez de residencia de Cortés, Luis Ponce de León, llegaron a Veracruz ratas y piojos portadores del virus del tifus exantemático.

También hubo matanzas gratuitas ordenadas por conquistadores, y también víctimas de la guerra de conquista. Por ejemplo, Pánfilo de Narváez, adelantado de la Florida, masacró a cientos de indígenas que se habían acercado a recibirle y ofrecer alimentos a su tropa. Es la masacre conocida como «matanza de Caonao», de la que da cuenta Las Casas. Un vizcaíno, un tal Juan Bono, traicionó a los indios que le habían recibido en son de paz en la isla de la Trinidad y mató a muchos de ellos, llevándose al resto para venderlos como esclavos a la isla de San Juan. Algo parecido hicieron otros conquistadores como Nuño de Guzmán, que actuó por la zona de Nueva Galicia, en torno a la actual ciudad de Guadalajara, Vasco Núñez de Balboa y Pedro de Alvarado.

Los indígenas actuaron del mismo modo con los españoles, negros, mestizos e indígenas aliados que caían en sus manos. Lo contado por Jerónimo de Aguilar, el español al que encontró Cortés viviendo entre los indígenas y que le serviría de traductor, también es muy elocuente al respecto. Tras sufrir un naufragio en Yucatán, quince hombres y tres mujeres que iban con él fueron hechos cautivos por los indígenas. Los que estaban más gruesos y robustos fueron sacrificados de inmediato y devorados por los indígenas. Los que exhibían menos carnes fueron metidos en jaulas para proceder a su engorde, y el resto fueron repartidos como esclavos. Para ejemplificar casos llamativos de violencia, podemos mencionar al cacique de Florida llamado Hirrihigua, que capturó a cuatro españoles y les obligó a correr desnudos por el centro de la aldea mientras sus guerreros los asaeteaban procurando no hacer diana en sus órganos vitales para que el martirio fuese más prolongado.

El énfasis de los mexicas en los sacrificios humanos significa que la violencia estaba en el centro de esa sociedad, pero también se hacían sacrificios humanos en otros grupos indígenas. El uso de la violencia no empezó con la llegada de los españoles. Un ejemplo es

la expedición capitaneada por Juan de Grijalva en 1518, es decir, antes de la llegada de Cortés a México. El grupo de Grijalva vio por primera vez cinco personas sacrificadas a los dioses en una isla que bautizaron como isla de los Sacrificios. Desde allí Grijalva continuó rumbo a otra isla cercana, donde encontró a cuatro sacerdotes cubiertos de la sangre de dos niños que acababan de sacrificar.

Una ceremonia que marcaba el nuevo orden cuando los españoles tomaban el poder en un territorio era la lectura de un «requerimiento». Un escribano real tenía la responsabilidad de hacer constar en un documento que se habían dado todos los pasos posibles para evitar el derramamiento de sangre. Por medio de un traductor, «requería» a los indígenas, les exhortaba a evitar el enfrentamiento con los españoles, con todo lo que ello suponía. Se puede pensar que tal documento, redactado en latín o en español, a pesar del traductor, era ridículo, pero se trataba también de recordar al conquistador la soberanía del rey y poner freno a posibles caprichos.

Después de la conquista, los indígenas que estaban sujetos a los repartimientos y encomiendas llevaban una vida cercana a la esclavitud, como repetía Las Casas. Las tierras conquistadas no tenían valor para los españoles si no había mano de obra. Hablando en sentido estricto, el fenómeno de los repartimientos y las encomiendas se circunscribe al comienzo de la conquista y a la zona del Caribe, pero llegó a ser un instrumento para colonizar vastos territorios inexplorados, generalmente pobres, en constante peligro de ser arrasados por los indígenas no sedentarios en cuyas zonas se instalaban. Respondían al reto planteado por la existencia de una «frontera móvil», en continua expansión. Al principio, sobre todo, el encomendero, mitad conquistador, mitad empresario agrícola, arriesgaba su vida y su hacienda en una empresa patrocinada por la Corona y con unas reglas estrictas que autoridades y funcionarios se encargaban de que fuesen cumplidas a rajatabla.

En 1523, poco después de que le llegase a Cortés su nombramiento de gobernador y capitán general de la Nueva España, recibía el conquistador la orden real de prohibir las encomiendas en los territorios de su gobernación, lo que provocó un gran disgusto entre muchos conquistadores, que pensaban que tenían derecho a

sojuzgar a los indígenas en su provecho. Dicha práctica, que ya venía cuestionándose en la corte desde el año 1518, aunque nunca consiguió eliminarse del todo en la Nueva España, fue progresivamente sustituida por el pago de tributos en especie.

A todo ello habría que añadir otro motivo de la despoblación que nadie menciona, y es la impresión de pérdida y de tristeza. Los habitantes vieron morir a muchos familiares y conocidos por efecto de las enfermedades llegadas con los forasteros. Además, todo era nuevo y extraño. La organización social, política y religiosa cambió. Las costumbres también. No se puede excluir por tanto que muchos no encontrasen sentido a la nueva realidad y se adueñase de ellos un pesimismo existencial que pudiese haber contribuido también a la catástrofe demográfica.

LA ENCOMIENDA

Vamos a profundizar en el concepto de encomienda. En las islas del Caribe los españoles tuvieron experiencias negativas a propósito de la capacidad de disciplina de trabajo de los indígenas, lo que llevó a instituir los «repartimientos» y las «encomiendas», es decir, grupos de 200-300 indígenas se repartían y encomendaban a un español para que este les enseñase la doctrina cristiana a cambio de trabajar para él en sus plantaciones. Según el cronista Fernández de Oviedo, abundaron los debates en España al respecto:

Sobre este servicio de los indios ha habido muy grandes altercaciones con derecho entre famosos legistas y canonistas y teólogos, religiosos y prelados de mucha ciencia y conciencia; diciendo si deben servir o no estos indios, y si son capaces o no; y si esos a quien se encomiendan los tienen con buena conciencia o no, y con qué calidades y limitaciones se deben admitir o concederse tal tutela.

En la práctica, hubo abusos y, como dice el mismo cronista refiriéndose a los españoles, «han pasado acá algunos que no debieran venir». Añade: «y aunque algunos comedidos y católicos lo hiciesen bien, otros los disfrutaban y acosaban de manera, con excesos trabajos y de otras formas, que presto se morían». La mortandad de indígenas antillanos, por tal motivo, era enorme, máxime cuando, antes de la llegada de los españoles, no estaban acostumbrados a trabajar.

El primer marco de semejante desastre demográfico fueron las plantaciones de caña de azúcar, el mayor negocio antillano de aquellos tiempos. Aquí abrimos un breve paréntesis sobre los ingenios azucareros. Un ejemplo de la presencia valenciana en

América es que la palabra castellana «trapiche» derive directamente de la valenciana «trapig». El azúcar americano causó rápidamente la ruina de las plantaciones de caña existentes en comarcas valencianas como la de Gandía desde tiempo inmemorial. De hecho, fueron los mismos valencianos los que, al incorporarse a la empresa americana, exportaron allende los mares la tecnología necesaria para la explotación de la caña de azúcar. Por lo que respecta al continente americano, el padre Las Casas nos proporciona la primera noticia relacionada con el tema al afirmar:

Y se dijo cómo un vecino de la Vega [Concepción de la Vega, en la isla Española], llamado Aguillón —Aguiló o Agulló—, fue el que primeramente hizo azúcar en esta isla, y aun en estas Indias, con ciertos instrumentos de madera con que exprimía el zumo de las cañas, y aunque no bien hecha por no tener buen aparejo, pero todavía verdadera y cuasi buena azúcar. Sería esto por el año de 1505 o 1506... y hay hoy sobre 30 y 40 ingenios en esta sola isla, y algunos en la de San Juan y en otras partes destas Yndias, y no por eso vale el azúcar más barato; y esta es cosa de notar que antiguamente no había azúcar sino en Valencia, y después húbola en las islas de Canaria, donde puede haber hasta siete u ocho ingenios.

Con posterioridad, la encomienda pasó al continente, a pesar de sus grandes detractores. La encomienda más bien dificultó el papel de los misioneros, que tenían que desenvolverse entre la denuncia de los atropellos cometidos por los encomenderos y la indiferencia o abierta hostilidad de amplios sectores de los indígenas contra su labor de proselitismo.

LA ESCLAVITUD

Un cambio considerable en el Nuevo Mundo, tanto desde el punto de vista demográfico como psicológico, era la esclavitud en sus nuevas formas. Los esclavos eran, junto con el oro y las especias, las mercancías internacionales importantes. El historiador Dick Harrison ha escrito un estudio pormenorizado sobre la historia de la esclavitud, insertando la trata de esclavos de África a América dentro del contexto de la esclavitud como fenómeno universal en la historia. El autor prefiere la expresión «persona no libre» a la de «esclavo», porque había muchas variantes de esclavitud. Sabemos por los textos más antiguos como el Código de Hammurabi y por los textos de la Antigüedad griega y romana que se veía como algo normal que hubiera esclavos domésticos y agrícolas. Los esclavos habían sido capturados como prisioneros de guerra o habían sido reducidos a la esclavitud por haber sido incapaces de pagar sus deudas. Era posible ser liberado si alguien pagaba al amo o si el esclavo mismo compraba su libertad.

En el siglo XV existía una trata de esclavos y una utilización de esclavos en una escala importante al sur del Sáhara, desarrolladas por razones internas del ámbito centroafricano, pero también por la demanda del mundo musulmán en el norte de África y en Asia. La caña de azúcar fue cultivada y cosechada por una mano de obra esclava conseguida en parte en los mercados ya existentes en el África negra.

Dentro del mundo del islam existían, además de los esclavos domésticos y agrícolas, también esclavos soldados. El Imperio Otomano consiguió soldados esclavos comprándolos cuando eran niños y formándolos en la lealtad hacia sus nuevos amos. En el Imperio Otomano existía una costumbre llamada «devsirme» que consistía en que los cristianos de los Balcanes tenían que entregar cierto número de chicos pequeños como «impuesto», y estos se convertían en jenízaros, una palabra que significa «los recogidos». Los chicos debían aprender turco, convertirse al islam y someterse a

una educación que abarcaba tanto el entrenamiento militar como la cortesía. En Egipto, estos esclavos soldados otomanos llegaron a ser los amos del país durante mucho tiempo con el nombre de mamelucos.

Como en otros lugares, en África los esclavos eran prisioneros de guerra o personas que no habían podido pagar sus deudas y se habían entregado a sí mismos como esclavos o a otros miembros de su familia. Los mercaderes de esclavos vendían y compraban esclavos a otros africanos, a árabes o a europeos. Los reyes africanos vendían esclavos a los bereberes y a los mercaderes árabes que los conducían en caravanas a través del Sáhara al norte de África o al Medio Oriente. Se calcula que moría por lo menos un 25 por 100 de los esclavos durante ese trayecto, pero existen pocas fuentes escritas y se trata de estimaciones.

La caza de esclavos era uno de los factores que explican la piratería en el Mediterráneo que perduró hasta el siglo XIX. Los piratas islámicos abordaron barcos e hicieron razias en las costas por ejemplo del Levante español. Entre los piratas había «renegados», es decir, cristianos que se habían convertido al islam y participaron en estas actividades.

Cuando Colón llevó a Andalucía indígenas de la isla Española para ser vendidos como esclavos, la reina Isabel expresó su rechazo. No solo ordenó al almirante liberarlos de inmediato sino que le hizo pagar el coste de la repatriación a su lugar de origen, previniendo que bajo pena de muerte nadie osase esclavizar a los indígenas del Nuevo Mundo. En su testamento subrayó que sean «bien y justamente tratados, y si algún agravio han recibido, [las autoridades] lo remedien y provean».

En el asunto de la esclavitud también se dejaron sentir las vacilaciones de los primeros tiempos. Cortés redujo a la condición de esclavos a indígenas que se le opusieron en las guerras de conquista. Con la excusa de que eran rebeldes a la causa española, mandó marcar como esclavos a 300 indígenas en su expedición a la región del Pánuco. Se les marcaba con el hierro candente en el muslo o, más frecuentemente, en la cara, en un carrillo. En esa misma zona sobresalió por su crueldad otro conquistador, Nuño de Guzmán, que llegó a marcar para vender a 9.000 o 10.000 esclavos

indígenas. Sin embargo, la progresiva implantación en América de las instituciones metropolitanas, como la Real Audiencia, la llegada de los funcionarios del Estado español y los avisos reales a quienes contraviniesen sus órdenes de prohibición de esclavizar a los indígenas acabaron con esa práctica. La verdad es que pocos se atrevían a contravenir las órdenes reales, y más ante funcionarios probos como el virrey Antonio de Mendoza, hombre incorruptible y severo, poco dado a bromas y juegos de palabras.

Los españoles necesitaban mano de obra. Los indígenas eran reacios, y los europeos morían rápidamente en las zonas tropicales. Si se hubiera podido encontrar mano de obra europea o americana para las plantaciones, habría sido mejor también desde el punto de vista económico. En esta situación, el mismo Las Casas propuso importar esclavos africanos para proteger a los indígenas. Se trataba sobre todo de mano de obra para trabajar el azúcar. Los portugueses ya usaban a esclavos africanos como mano de obra en las plantaciones de azúcar en las islas atlánticas portuguesas como Madeira, es decir, había un modelo. Un tiempo más tarde, la palabra «esclavo» no se usaba ya para la población indígena sino para africanos, más acostumbrados al duro trabajo, el calor tropical y las enfermedades.

Era una solución extrema mandar barcos al África tropical y comprar africanos, quizá soldados capturados en una guerra y con entrenamiento militar, transportarlos en barcos sobrecargados sobre un océano y después buscar compradores que pudieran pagar el precio para tener a unos esclavos que no querían nada más que escapar o matar a sus amos. Había cimarrones en toda América, y las autoridades no sabían exactamente dónde, porque se mantenían apartados. En Brasil sabían cómo desaparecer en la selva, y hasta lograron construir ciudades enteras como Palmares, una especie de pequeño reino que opuso resistencia a varios ataques militares de las autoridades.

Es muy posible que la primera rebelión de africanos del continente americano se produjese en 1522, cuando 20 esclavos «de la lengua de los jolophes» —según Fernández de Oviedo— huyeron del ingenio azucarero y se unieron a otros tantos, matando a varios españoles en la zona de Ocoa en Santo Domingo. Un grupo de doce

jinetes españoles que salió a hacerles frente desbarató su resistencia, y los supervivientes huyeron por los cercanos riscos hasta que, al cabo de cinco o seis días, se les dio alcance, «y quedaron sembrados a trechos por aquel camino en muchas horcas». La relación entre los cimarrones y los indígenas variaba.

VIAJES DE DESCUBRIMIENTO DESDE MÉXICO

Cuando Cortés partió de La Habana, llevaba consigo a los siguientes capitanes: Juan Velázquez de León, Alonso Hernández Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Moral, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo y Diego de Ordaz, según el cronista Antonio de Solís. Con el paso del tiempo, algunos de estos hombres perdieron protagonismo, o simplemente desaparecieron, y otros capitanes se incorporaron a la nómina, como Alonso Dávila y Benavides. Terminada la conquista de México-Tenochtitlan, quiso Cortés que se emprendiera la exploración de territorios más remotos. Entre otros, los capitanes Juan Álvarez Chico, Alonso Dávila y Gonzalo de Sandoval penetraron en las regiones occidentales, actuales estados de Jalisco y Colima. Francisco de Orozco y Pedro de Alvarado viajaron hacia el este, al país de los zapotecas, actual estado de Oaxaca. Pedro de Alvarado fue enviado después a la conquista de Guatemala, y Cristóbal de Olid, por mar, a la de Honduras, entre un largo etcétera.

Pedro de Alvarado es uno de los más conocidos. Antes de la conquista de Tenochtitlan, Alvarado fue comisionado por Cortés para entrevistarse con Moctezuma, embajada que no se llevó a término. Habría sido, probablemente, la primera vez que el emperador mexica hubiese visto a un español. Picado por la curiosidad, Moctezuma pidió a sus propios enviados, que ya conocían a Alvarado, que se lo dibujasen. Desde entonces se le conoció como «Tonatihu», el Sol, seguramente por ser sus cabellos rubios. Díaz del Castillo dice que «era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, ansí en el rostro como en el hablar, en todo era agraciado, que parescía que se estaba riendo». No tenía tan buena opinión de Alvarado el cronista Antonio de Solís, que lo califica de «mozo de espíritu y valor, hecho a obedecer con resolución, pero nuevo en el mandar». Solís comenta los atropellos que permitió, dejando a la soldadesca avasallar a tres indígenas en Cozumel. Al llegar Cortés, dos días después, reprendió públicamente

a Alvarado, y restituyó a los indígenas lo que se les había robado.

Alvarado, lugarteniente de Cortés, debía de ser un personaje temible. Su vida fue un continuo viaje en pos de la riqueza: Badajoz, Sevilla, Santo Domingo, Cuba, México, Guatemala y Perú. Protagonizó dos matanzas de indígenas, la de la fiesta del mes de Toxcatl, de la que ya se ha hablado, en la que perecieron medio millar de mexicas, y la del Peñol de Nochistlán, en la que centenares de chichimecas prefirieron despeñarse antes de caer en manos de los españoles.

Alvarado está también asociado a la Noche Triste, cuando estuvo al mando de la retaguardia española. Salvó la vida a pesar de ser el último en retirarse, desmontado y herido, caminando y saltando por los canales repletos de cadáveres de compañeros ahogados y en medio de los horrísonos alaridos de los mexicas. Su valentía solo fue comparable a su codicia, y se sabe que más tarde envidiaba la riqueza obtenida por Pizarro en el Perú. Los cronistas cuentan que, en más de una ocasión, para arrancar a los caciques la riqueza que poseían, les martirizó con gran crueldad. A Cacamatzin, rey texcocano, le hizo echar pez ardiendo en el vientre. El tránsito definitivo le llegó en la denominada guerra del Mixtón, cuando tenía más o menos 50 años. En una retirada, en la barranca de Yahualica, en Jalisco, el escribano Baltasar de Montoya rodó con su cabalgadura, con tan mala fortuna que el caballo aplastó a Alvarado. Se cuenta que, al ir a socorrerle, sus hombres le preguntaron si le dolía algo, a lo que el capitán, moribundo, respondió enigmáticamente: «Me duele el alma».

Alfonso Dávila era valenciano, de Villarreal, y tuvo un papel protagonista en la conquista de Tabasco. En 1518, a los 37 años, tocó tierras de Yucatán con la expedición de Juan de Grijalva. Al año siguiente llegó a Veracruz con las fuerzas de Cortés y fue uno de los cinco capitanes, cada uno al mando de una compañía de cien hombres, que participaron en la conquista de México. El esforzado capitán, uno de los más exitosos de Cortés, estaba siempre en movimiento. Famoso por su manera franca de hablar y su arrogancia, tres años después Cortés le comisionó para que llevase unos presentes al emperador Carlos V, pero en el viaje, cerca de las islas Azores, fue apresado el navío en que viajaba por el corsario

francés Jean Florin, que lo llevó a la corte de Francisco I de Francia, país en el que permaneció encarcelado por espacio de tres años, hasta que fue canjeado por caballeros franceses hechos prisioneros en la batalla de Pavía. Regresó de nuevo a Yucatán en 1527, esta vez como lugarteniente de Francisco de Montejo, y en 1531 fundó la ciudad de Villarreal, rebautizada actualmente como Chetumal. En 1533, al no poder sostener esta plaza, marchó al puerto de Trujillo, en Honduras, y de allí a Campeche, para ayudar a Montejo en la conquista y pacificación de Tabasco. Al año siguiente, ambos fueron comisionados por el virrey Antonio de Mendoza para pacificar la Nueva Galicia. Sus últimos días se supone que los pasó en España.

El valenciano Dávila es un ejemplo de que el lugar de origen de los conquistadores y exploradores fue ampliándose con el paso del tiempo. El predominio de andaluces y extremeños fue casi absoluto en las primeras décadas, uniéndose a ellos los castellanos en el lapso de tiempo que nos ocupa, hasta el año 1600 aproximadamente. En siglos posteriores irrumpirían con fuerza los habitantes de la cornisa cantábrica, los canarios y los miembros de los reinos de Aragón. En América, a medida que los hijos de los primeros conquistadores fueron creciendo, aparecieron en escena nuevos descubridores nacidos en América, de madres españolas, indígenas o negras.

Pero antes de hablar de las exploraciones de los españoles por los territorios que actualmente forman parte de Estados Unidos, es conveniente abordar la difícil conquista de las tierras en la actual frontera entre México y Estados Unidos, ocupadas por pueblos de guerreros indómitos, llamados en su conjunto y con un nombre despectivo los chichimecas.

El gran grupo de indígenas conocidos por los mexicas como chichimecas, que significa literalmente «perro sin cuerda» o «perro suelto», merecen una atención especial. Ocupaban una vasta zona que corresponde en la actualidad a los estados mexicanos de Zacatecas, Jalisco, Aguascalientes y San Luis Potosí. Dicho de otro modo, los territorios que frecuentaban se extendían de forma indeterminada por los páramos inmensos y semidesérticos que se abrían hacia el Gran Norte a partir de la actual ciudad de Querétaro, donde concluía el mundo mexica. Aunque divididos en

innumerables parcialidades, a menudo enemigas entre sí, presentaban muchas características comunes.

Los chichimecas eran nómadas paleolíticos, duros, resistentes, ágiles, individualistas e irreductibles. Sus condiciones de vida eran durísimas. Los más primitivos de estos grupos comían lo que podían, roedores, raíces, frutos silvestres y bayas de mezquite. Andaban desnudos en pequeños grupos de 20 o 30 personas y eran nómadas. A los viejos, que no podían seguir el paso del grupo, se les abandonaba. Nadie pedía clemencia, ya que la supervivencia del grupo estaba en juego. Por lo mismo, las mujeres embarazadas, a la hora de parir, se rezagaban y lo hacían solas. Limpiaban al recién nacido lamiéndolo o con cualquier hierba a mano y corrían para alcanzar al grupo de nuevo. Desde el primer día, el recién nacido dormía en el suelo, desnudo, como todo el mundo, hiciese frío o calor, estuviese el suelo seco o con dos dedos de barro a causa de los aguaceros estivales. Las mujeres eran posesión común del grupo. No relacionaban el acto sexual con lo que ocurría nueve meses después, un nacimiento. Debido al alto índice de mortalidad, ninguna mujer podía quedar «improductiva». Había que sustituir cuanto antes a los guerreros muertos.

Las victorias de Cortés en Tenochtitlan fueron relativamente sencillas en comparación con otras protagonizadas por conquistadores de menos renombre. Impresiona el número de guerreros que Cortés tuvo enfrente, pero no siempre el ejército más numeroso es el más fiero. Mucho más lento y costoso fue el sometimiento de los chichimecas del norte de Tenochtitlan que el de los mexicas. Desconocían la organización política, de modo que cada guerrero era su propio jefe y peleaba por defender lo más inmediato. Las condiciones de su existencia eran mucho más duras que las de los indígenas que vivían en comunidad. En comparación, mexicas e incas parecían ejércitos «europeos» y, al igual que los españoles, no sabían cómo guerrear con sus correosos vecinos. La diplomacia y la astucia valieron a Cortés tanto como su dominio del arte de la guerra y la alianza de muchos pueblos indígenas para conseguir la derrota de sus opositores. Durante medio siglo, la «guerra chichimeca» ensangrentó los caminos del norte de la Nueva España y dificultó la colonización, el comercio y la extracción y conducción de la plata.

Las tácticas militares europeas poco podían contra esa guerra de guerrillas de un enemigo invisible. Esta guerra exigía nuevos «conquistadores» y nuevas tácticas y halló en el capitán mestizo Miguel Caldera su concreción. Hijo del capitán castellano Pedro Caldera y de una chichimeca llamada María, nació en 1548 por la zona de la ciudad de Zacatecas, y fue criado por los frailes franciscanos. Caldera entendía bien las razones de las dos partes en litigio, y empleando la diplomacia, la sagacidad y la mano dura, logró pacificar la región, que abría la puerta a futuras exploraciones en Texas, Nuevo México y California, es decir, el septentrión de la Nueva España quedaba abierto a futuras expediciones. Sus logros le valieron el nombramiento de justicia mayor y alcalde del valle de Tlaltenango y Jerez.

Poco antes de la pacificación de la frontera norte, los españoles tuvieron que hacer frente a una insurrección en las regiones del noroeste conocida como guerra del Mixtón. Fue una contienda que pudo haber llegado a alterar el orden virreinal por completo. De hecho, el mismo virrey Mendoza se vio obligado a abandonar la ciudad de México para hacer frente a los insurrectos. Después de la conquista sobre los purépechas y para pacificar la zona, se fundaron una serie de poblaciones como Valladolid y Zamora que servirían como centros de la cultura europea entre los tarascos o purépechas, al tiempo que aseguraban los caminos de la Nueva España. Pocos años después, el dominio de la costa pacífica del virreinato recibiría un impulso definitivo con las conquistas de Diego de Ibarra, que llegó a los estados de Sinaloa y Sonora. Mientras tanto, por el sur del desaparecido Imperio Mexica el adelantado Francisco de Montejo se impuso en una larga guerra a los mayas y yucatecos, en la península de Yucatán, contando con la colaboración de unos reyezuelos mayas, los Xius. Se llegaba de ese modo, por el sur, hasta Guatemala, y por el norte, hasta la frontera del río Bravo o Grande del Norte.

Tlaxcala, al este de Tenochtilan, es una región que ha suscitado un interés especial por su alianza con los españoles. Los tlaxcaltecas veían la alianza como una manera de aumentar la influencia de su territorio, y la caída del Imperio Mexica fue celebrada como una victoria por ellos. Cuando los españoles entraron en contacto con los tlaxcaltecas por primera vez, usaban a los enemigos vencidos

como esclavos o se los comían.

Hay muchos documentos sobre la región, y según la historiadora Andrea Martínez Baracs, había logrado defender su autonomía durante siglos. Después de una victoria, repartían los territorios ganados entre los nobles principales y construían grandes haciendas. Eran guerreros y colonizadores, y en su sociedad había una clara diferencia entre los nobles y los demás, es decir, se podría hablar de semejanzas entre ellos y los españoles antes de que los dos grupos se encontrasen. Los dos grupos daban un reconocimiento especial a los nobles del otro grupo.

A pesar de estas similitudes, la nueva religión supuso un debilitamiento de la estructura social de Tlaxcala. Fueron ejecutados unos caciques que no aceptaban dejar su religión, pero lo usual fue que los frailes enseñaran la nueva religión a los jóvenes al mismo tiempo que la lectura y la escritura. En general, los españoles no se metían con las costumbres si no significaban directamente idolatría. La capa dirigente de los tlaxcaltecas adoptó rápidamente las costumbres españolas.

La presencia de los españoles y su costumbre de pagar a los trabajadores con dinero socavaron el sistema de campesinos que pertenecían a cierto dueño; de esa manera se dio más libertad a los campesinos pero se debilitó a la capa dirigente indígena. Se empezaron a comprar y vender terrenos, lo cual favoreció una nueva movilidad social. Una viuda podía vender su finca, adquiriendo un capital, y una persona sin tierra podría comprarla. Cuando los españoles empezaron a casarse con mujeres de cierto estatus, comenzaron también a socavarse las costumbres ancestrales, y se suscitó la cuestión de si un español o una mujer podía ser nombrado cacique o ser designado para ciertos cargos honoríficos. Del mismo modo, surgió la duda por parte de los indígenas de si se podía aceptar que un indígena fuera nombrado gobernador, designado por los españoles. Martínez Baracs saca la conclusión de que la capa dirigente de Tlaxcala fue perdiendo su poder cuando los campesinos, antes «pegados a la gleba», los macehuales, pudieron liberarse, y la tierra, venderse. Sin embargo, Tlaxcala nunca abandonó la idea de ser diferente y políticamente independiente. Orgullosos, los tlaxcaltecas se consideraron

conquistadores y colonizadores.

Ahora sí, volvamos a prestar atención al norte, a Estados Unidos. Empezaremos con Florida. Otros conquistadores españoles como Juan Ponce de León, Pánfilo de Narváez, Vázquez de Ayllón, Tristán de Luna y Álvar Núñez Cabeza de Vaca habían intentado con anterioridad ocupar aquellas tierras pantanosas sin mucho éxito. Ya hemos mencionado a Menéndez de Avilés y su accidentada llegada a Florida. Poco antes de fundar la ciudad de San Agustín en el año 1565, la más antigua de los actuales Estados Unidos, Menéndez de Avilés recibió el encargo real de impedir que los protestantes franceses fundasen un establecimiento propio en la Florida. Menéndez de Avilés, en sucesivos y atrevidos golpes de mano, con una marcha ininterrumpida de cuatro días por los pantanos, sorprendió a los franceses y pasó a cuchillo a los hugonotes que ocupaban el fuerte denominado Fort Caroline. Un cartel mandado colgar por el conquistador en el patíbulo especificaba que los ajusticiaba «no por franceses, sino por luteranos». Tan solo se respetó la vida de las mujeres, de los niños y de una veintena de hombres que se declararon católicos. La Florida de esa época, que era una porción del sureste de Estados Unidos mucho mayor que el actual estado del mismo nombre, quedaba de ese modo anexada a España y comenzaba a mantener un estrecho contacto con La Habana.

La vida de Álvar Núñez Cabeza de Vaca contiene más peripecias que la mayoría de los libros de aventuras. Obviaremos sus muchas andanzas previas en las guerras de Europa porque resultan anodinas en comparación con su vida posterior. Partió hacia América en año 1527 en una expedición formada por cinco barcos y 600 hombres a los que una fuerte tormenta desvió de su ruta y estrelló contra la península de Florida. Las tempestades, las flechas de los indígenas, los inhóspitos pantanos y el hambre fueron diezmando las filas de los españoles, a los que servía de alimento la carne de los caballos que iban muriendo. A pie cruzaron los escasos supervivientes los actuales estados de Florida, Alabama, Misisipi, Luisiana, Texas, Nuevo México, Arizona y California. Núñez Cabeza de Vaca cruzó el río Misisipi y los terribles pantanos que lo rodean, fue esclavo de unos indígenas con los que convivió seis años y de los que aprendió diversas lenguas, se lo consideró brujo, fue mercader, puso nombre

a islas, poblados, ríos y montañas desconocidas y llegó junto a sus tres compañeros, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y el llamado mulato Estebanico, al actual estado mexicano de Sinaloa, abonando la leyenda de la existencia de una Fuente de la Eterna Juventud y de las denominadas Siete Ciudades de Oro de Cíbola y Quivira. En un libro titulado Naufragios, relató sus aventuras, que le valdrían el título de adelantado del Río de la Plata, en el cono meridional de América del Sur.

Hernando de Soto fue otro conquistador conocido también por haber atravesado el sur de los Estados Unidos a su pesar. Antes, en 1514, y con su espada y un escudo por todo capital, había desembarcado en Panamá y había recorrido ese país, Nicaragua, Honduras y Perú en busca de fortuna. Volvió rico a España, donde se casó, pero no llegó a estabilizar su vida. Influenciado por la lectura de los Naufragios de Cabeza de Vaca, solicitó volver a Indias, esta vez con el título de gobernador de Cuba, concedido por Carlos V. Vendió cuanto poseía para poder organizar una expedición de 600 hombres, 220 caballos y 9 naves. Llegó en 1539 a Florida, donde esperaba encontrar riquezas en abundancia. Sin embargo, sus desgracias comenzaron en el mismo momento de poner pie en tierra. De nuevo, pantanos, mosquitos, flechas y carne de caballo por todo alimento. Cruzó Florida, Georgia, Alabama, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Tennessee. Se enfrentó victoriosamente a los guerreros choctaw, que sumaban entre 2.000 y 6.000 hombres, dirigidos por el cacique Tascalusa y que quedaron también diezmados. A continuación tuvo que enfrentarse a los ataques de los chickasawen. En 1541, De Soto alcanzaba el Misisipi, que tardó un mes en cruzar, para vagar después por Arkansas, Oklahoma y Texas antes de volver al gran río, donde murió devorado por la fiebre.

Se puede empezar un breve recorrido de los exploradores del cuadrante suroeste de Estados Unidos con Juan de Oñate, español o criollo nacido en Zacatecas, hoy México. Oñate era descendiente de la noble casa de Haro, en Vizcaya, y, tras participar en las guerras contra los chichimecas, se casó con Isabel de Tolosa Cortés de Moctezuma, nieta de Hernán Cortés y la princesa Isabel Moctezuma, hija del emperador mexica. Felipe II le concedió en 1595 el permiso para explorar los territorios de los actuales estados de Nuevo

México y Texas, y la expedición partió tres años después. En tierras de los indígenas pueblo, en Nuevo México, fundó la misión de Santa Fe, primer templo cristiano de Estados Unidos. Continuó su búsqueda de oro por tierras de los acoma, hopi y zuñi, sin encontrar más que hambre y las inclemencias de un frío invierno. Esas circunstancias le valieron el desafecto de los españoles y la inquina de los indígenas visitados, que tenían que repartir con los españoles los ya de por sí escasos alimentos. Los indígenas atacaron a los españoles, pero Oñate castigó la insurrección con severidad, ordenando matanzas indiscriminadas de los acoma y amputaciones de un pie a sus guerreros. Sin saber muy bien hacia dónde dirigir sus pasos, en 1601 se decidió a vagar por las Grandes Llanuras, guiado por un tal Jusepe Gutiérrez, único superviviente de una expedición anterior en busca de las Siete Ciudades de Oro. Pasaron por territorios apaches, escanjaques y rayados, grandes enemigos estos últimos de los escanjaques. Oñate se apoyó en los escanjaques al principio, hasta que se enemistó con ellos porque les prohibió saquear y matar a los rayados. Poco después, los supervivientes de su expedición regresaron a Nuevo México, decepcionados por la pobreza y aridez encontradas en sus correrías. A continuación, Oñate se empeñó en recorrer los valles de los ríos Gila y Colorado, buscando su posible desembocadura hacia California. Pasó los últimos años de su vida en España, adonde fue llamado por el rey Felipe III para que respondiese a las acusaciones de crueldad a la hora de sofocar la rebelión de los acoma.

Llegamos así a la costa del Pacífico. Desde sus orígenes, la historia de California ha estado ligada a la idea de abundancia, de riqueza y de lugar paradisíaco, aunque ese mito se ajustara poco a la realidad hasta que se descubrió oro, en la década de los años cuarenta del siglo XIX, y después petróleo. Su mismo nombre, California, evocaba riqueza, como otros lugares bautizados como Puerto Rico, Costa Rica o Villa Rica, que, en definitiva, no lo eran tanto. También actuaban en el mismo sentido leyendas como la de las Siete Ciudades de Oro de Cíbola y Quivira. En cuanto a la búsqueda de placeres terrenales, nos podemos remitir a la campaña de Gonzalo de Sandoval en Colima. Los indígenas del lugar, seguramente al comprobar la afición de los españoles a las mujeres y quizá también para que se fuesen cuanto antes de su comarca, les dijeron que a 60 o 70 leguas de dicha población, a «diez soles»,

existía un reino de mujeres denominado Chihuatlan, que nunca se encontró. No por ello se perdieron las esperanzas de hallar algo parecido; de ahí que la búsqueda del reino de las «amazonas» fuese una constante, tanto en América del Norte como del Sur, con lo que el mito conlleva de obsesión masculina. Otro dato es que a los purépechas mexicanos se les conoce también por el gentilicio de «tarascos» (suegros). El nombre tiene su origen en que se presentaban de ese modo a los españoles al ofrecerles a sus hijas, y estos creyeron equivocadamente que así se denominaba el pueblo.

California fue bautizada así por los integrantes de las dos primeras expediciones que llegaron a sus costas, en tiempos de Cortés, en los años 1532 y 1533, capitaneadas por don Diego Hurtado de Mendoza y Diego Becerra y Hernando Grijalba, respectivamente. El año 1535 fue el mismo conquistador de México quien encabezó una expedición desastrosa que llegó a sus costas, al puerto de Santa Cruz que ahora se llama La Paz, Baja California. California era la mítica tierra concebida en la ciudad castellana de Medina del Campo por el escritor Garci Ordóñez de Montalbo en su novela basada en Amadís de Gaula titulada Las sergas de Esplandián, lectura obligatoria para todo personaje medianamente ilustrado —y Cortés lo era— de la época. En esa obra, el Imperio Bizantino asediado por el turco era atacado por la reina Calafia y sus amazonas, vestidas con corazas de oro y piedras preciosas, procedentes de la «ínsula de California», situada «a la diestra mano de las Indias, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal». Las amazonas californianas, decía la leyenda, se deshacían de los hombres al nacer, excepción hecha de unos cuantos destinados a la reproducción de la especie, y en sus rápidas razias cabalgaban mitológicos grifos alados que se alimentaban de hombres y anidaban en territorios ricos en oro.

En 1540, otra expedición marítima, mandada por Fernando de Alarcón, salió de Acapulco en las naves San Pedro, Santa Catalina y San Gabriel, con el objetivo de prestar apoyo a la expedición terrestre de Francisco Vázquez de Coronado por los territorios de Arizona, Nuevo México, Oklahoma y Kansas. Las inmensas distancias provocaron que las expediciones terrestre y marítima nunca se encontrasen, a pesar de que Alarcón remontó con lanchas el río Colorado buscando a Vázquez de Coronado y que este último

enviase al capitán Melchor Díaz en búsqueda de Alarcón. Díaz, que murió en su empresa, redondeó el primer viaje por tierra desde México hasta California. A estas expediciones pioneras siguió la de Juan Rodríguez Cabrillo, en 1542, que también murió en el intento, llegando a la altura de Monterrey.

A partir del año 1565, cuando Pedro de Urdaneta consiguió encontrar la ruta del tornaviaje de Asia, comenzó una nueva etapa en la historia de California. La monarquía hispánica tenía ahora renovados intereses en explorar las costas septentrionales del mar del Sur, el océano Pacífico, y proteger la ruta oceánica con las islas Filipinas. El tornaviaje posibilitaba la instauración del anual galeón de Manila o de China. Saliendo de Manila, el galeón navegaba hasta la altura del cabo Mendocino, en California, y allí viraba hacia el sur, navegando cerca de la costa hasta llegar a Acapulco. Es decir, una buena parte del viaje se hacía por aguas costeras americanas. Los españoles sabían que debían fundar ciudades en la costa californiana que pudiesen socorrer al galeón en caso de peligro.

A propósito de los grifos alados de las amazonas, los españoles fueron acompañados por caballos y perros que en algunas ocasiones pudieron parecer míticos a los indígenas. Los cronistas mencionan algunos de los animales que fueron fieles compañeros de aventuras. Si hablamos de caballos, sabemos el nombre de algunos de los de Cortés. Cordobés se llamaba el caballo que Cortés usó en la Noche Triste, que viajó con él a España con posterioridad y que murió, como el conquistador, en Castilleja de la Cuesta. Otro se llamaba Arriero, de color castaño oscuro, y, según Díaz del Castillo, era uno de los mejores que llegaron a las costas de México en las naves de Cortés. El conquistador tuvo que dejarlo herido en una pata en la actual Guatemala al cuidado de un cacique, pensando en recogerlo a su regreso, pero Cortés volvió a México por mar y el caballo quedó al cuidado de los indígenas hasta que murió. Los indígenas le levantaron más tarde una especie de «estatua», como si fuera el dios del trueno y el rayo.

Había perros en América, pero no se sabe si se utilizaban del mismo modo que en Europa. Los perros europeos llegaron a América en el segundo viaje de Colón, en 1493, siendo el sevillano Juan Rodríguez de Fonseca el encargado de llevar 20 mastines y galgos.

Los mastines se usaron en actos de guerra, participando ya en la campaña de La Española al año siguiente. El perro, como animal de guerra, era usado por las legiones romanas; los mastines con collares de púas ya existían en la época de Julio César y, desde entonces, en todos los ejércitos europeos. Bruto se llamaba el perro de Hernando de Soto. Otro de nombre Becerrillo murió en 1514 al recibir una flecha envenenada mientras defendía a su amo, el capitán Sancho de Arango. Según el cronista Fernández de Oviedo, en la conquista de Puerto Rico Becerrillo «se quedaba estático contemplando una indígena bella y le ladraba a las feas».

LOS PRIMEROS MISIONEROS

Apenas acabada la conquista, comenzó un proceso de aculturación de la población autóctona, de adopción de formas de vida semejantes a las europeas, aunque conservando siempre un sustrato prehispánico muy importante. Dicha tarea recayó de inmediato en manos de los eclesiásticos en general y de los misioneros en particular.

La primera misa en el continente americano se celebró en 1518 durante la expedición de Juan de Grijalva, y las misas y las procesiones tenían una doble función: invocar la protección divina para la causa española y servir de ejemplo incruento de adoración a los indígenas presentes. Si se podía realzar el oficio religioso con alguna muestra de la victoria de la religión cristiana sobre los dioses paganos, mejor.

En 1524 llegaron al puerto de Veracruz los primeros frailes franciscanos, los denominados «doce apóstoles», encabezados por fray Martín de Valencia. En cuanto bajaron del barco con el que habían cruzado el océano, sin equipaje alguno, comenzaron a caminar hacia la ciudad de México. Cruzaron selvas y montañas en medio de las miradas extrañadas de los indígenas. Ni su forma de comportarse ni sus costumbres tenían nada en común con las de los españoles que ellos conocían. Con sus hábitos raídos y hechos trizas, llegaron a la antigua Tenochtitlan, y el asombro de los indígenas alcanzó el paroxismo cuando contemplaron a Cortés arrodillarse ante unos pordioseros desarmados y besarles la orilla del hábito en señal de acatamiento. Los mexicas acababan de «descubrir» España y las complejidades propias de una sociedad moderna.

Los primeros frailes que llegaron a México eran misioneros viajeros, sin sede fija, pero la demanda de sacramentos, empezando por el bautismo, por parte de los indígenas hizo que pronto se repartiesen las zonas de influencia de cada orden religiosa. Los principales pueblos indígenas como Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco,

Tlalmanalco y Xochimilco fueron ocupados por los franciscanos. Los dominicos se establecieron en las comunidades dispersas de la provincia de Chalco y en las villas del Marquesado, Coyoacán y Tacubaya. Los agustinos, con menos sedes que los anteriores, establecieron iglesias y monasterios en Acolman, Culhuacan y Mixquic.

Se habla de los misioneros en general, sin mencionar las diferencias entre las distintas órdenes religiosas que hacen que, en la práctica, sus labores respectivas disten mucho unas de otras. Son la consecuencia de las reglas dadas por sus fundadores y las diferentes circunstancias que presidieron su nacimiento. Incluso entre las denominadas órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, existen grandes diferencias. Mucho más si hablamos de los jesuitas, que también participaron en la evangelización americana.

La religión mexica había incluido algunas prácticas semejantes a las del cristianismo, como el matrimonio, la penitencia, el bautismo y las ofrendas, lo que facilitó las prédicas de los misioneros, aunque en ningún caso las semejanzas eran fáciles de traducir sin tener en cuenta múltiples matices. Otros detalles, como los santos, fueron asimilados al numeroso panteón de deidades antropomórficas prehispánicas. La crucifixión fue vista como otra forma diferente de sacrificio, y el concepto del alma, como una variedad de panteísmo que abarcaba toda la naturaleza. Todo ello coexistiendo con antiguas formas paganas que persisten hasta nuestros días.

Junto a las prédicas, los misioneros de esos primeros tiempos tenían también potestad para imponer castigos puntuales a los indígenas reacios a seguir las nuevas normas. Normalmente no pasaban de algún golpe o prisión leve, pero también se dieron casos de mayor gravedad, como la ejecución de un indígena idólatra en Texcoco en 1530, y algún caso de tortura con agua y garrote. En esos primeros años, algunas órdenes religiosas también se beneficiaron del trabajo gratuito de los indígenas para la construcción de los primeros templos, un servicio similar al que los indígenas prestaban al Estado prehispánico. Este uso fue erradicado por las Leyes Nuevas del año 1542 que establecieron el principio del trabajo asalariado y libre.

Otras manifestaciones cristianas que arraigaron profundamente en fechas tempranas en la población autóctona, como las cofradías o

agrupaciones de devotos de una imagen religiosa, parece que se asociaban a funciones comunales también precortesianas, como las llevadas a cabo en el interior de los calpulli. Hay que tener en cuenta que las modernas cofradías, ligadas tradicionalmente a las instituciones gremiales, no se dan hasta después del Concilio de Trento, que supuso un gran esfuerzo regulador de lo que hasta entonces había sido un tanto caótico. En definitiva, el cristianismo fue una fuerza que no siempre desplazó los valores tradicionales de los indígenas, sino que en algunos casos coincidió con antiguas prácticas comunales prehispánicas. Del mismo modo, la progresiva hispanización en el lenguaje, lenta y muy limitada, fue llegando como un anexo de la educación cristiana y, por tanto, ligada a las labores del personal eclesiástico, únicos españoles con los que la mayor parte de los indígenas mantenía algún tipo de contacto. La hispanización lingüística se limitaba a una ligera capa de barniz sobre las lenguas nativas y se dio sobre todo entre los caciques e indígenas principales, que adoptaron pronto las costumbres españolas. Los frailes no siempre querían enseñar español a los indígenas. Muchas veces preferían que la prédica se hiciera en su lengua respectiva. Con esto los indígenas podían entender mejor el mensaje religioso y, por añadidura, los frailes conseguían ser los únicos españoles con los que los indígenas tuvieran contacto. Un ejemplo es que en la escuela Santa Cruz de Tlatelolco, ideada para formar un clero indígena, se enseñaba latín pero no español.

Algunos de los misioneros son recordados y queridos todavía en el México actual, como el franciscano fray Toribio de Benavente y fray Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán. El primero fue pionero de los cronistas de Nueva España y todavía tiene fama de humilde, caritativo, perseverante y gran andariego. Fue un profundo conocedor de las lenguas, las costumbres y la psicología de los aborígenes, y escribió unos Memoriales y una Historia de los indios de Nueva España. De los indígenas del valle de México recibió el sobrenombre de Motolinía, seudónimo que adoptó de por vida y que significa «pobre» o «humillado», lo que nos da una idea de su grado de humildad. En cuanto a fray Vasco de Quiroga, que al igual que Benavente desarrolló su misión en el México de mediados del siglo XVI, baste decir que los purépechas de Michoacán, por los que tanto se desvivió y a los que protegió de múltiples atropellos, lo llaman aún Tata Vasco, es decir, Padre Vasco, y continúan

manufacturando los objetos tal y como él les enseñó: guitarras, recipientes de cobre, sombreros y zapatos. Podríamos destacar también al jesuita, santo de la Iglesia católica, san Francisco Javier, introductor del catolicismo en Japón.

Uno de los mayores benefactores de Nueva España fue, sin duda, el obispo Juan de Zumárraga. Zumárraga llevó a México la primera imprenta, en 1536, de donde saldría tres años después el primer libro impreso en América. Veinte años después de la conquista, multitud de indígenas habían aprendido a leer y escribir en un libro que el prelado mandó imprimir en su propio idioma. Cada parroquia tenía su escuela anexa. Todo ello dio sus frutos y aparecieron las primeras crónicas escritas por gente del reino, como la Historia de Tlaxcala, de Diego Muñoz Camargo, y la Relación de Texcoco, de Juan Bautista Pomar.

La figura del misionero es, en algunos medios, polémica. En la balanza se ponen en su contra datos que apuntan hacia la imposición a los indígenas de formas culturales extrañas o ineficaces en sus medios naturales, e incluso su participación activa en las matanzas gratuitas llevadas a cabo por algunos conquistadores. A su favor está la protección que los misioneros dispensaron a los mismos indígenas, la mayoría de las veces a costa de enemistarse con los demás españoles, y el afán por salvar culturas destinadas a desaparecer por el proceso de globalización imparable. Salvo casos realmente excepcionales de misioneros que se excedieron en el celo represor de sus tutorados, los indígenas de los que se ocupaban veían mejorar sus condiciones de vida a cambio de soportar un leve paternalismo. Los misioneros fueron grandes constructores, fundadores de ciudades en páramos desiertos, impulsores de regadíos que alimentaron a miles de indígenas que antes morían de hambre, estudiosos de etnias, lenguas y territorios hasta entonces desconocidos. Además, las conversiones religiosas coinciden en general con el fin de los sacrificios humanos y el canibalismo.

Los misioneros no eran todos iguales, y el que más polémica ha originado es el dominico fray Bartolomé de Las Casas, que nació en Triana, al lado de Sevilla, en 1474. Es conocido sobre todo por su polémica con el historiador y latinista Juan Ginés de Sepúlveda,

quien había sido el preceptor de Carlos V, sobre la naturaleza de los indígenas. Tres obras suyas merecerían destacarse: la Historia de las Indias, una fuente de primera mano para los tiempos de la conquista; De unico vocationis modo, o del modo de atraer a los indígenas a la verdadera religión, y la Breve historia de la destrucción de las Indias, o Brevísima, que redactó en el convento de Santo Domingo de Valencia mientras esperaba ser llamado por el emperador para dar explicaciones de su incendiario sermón contra los encomenderos en la isla de Santo Domingo, siguiendo la línea marcada por fray Antón de Montesinos.

Las Casas empezó como encomendero y era residente en Cuba, en la villa de Sancti Spiritu, cuando en 1514 se produjo su «conversión» a la causa de la defensa de los indígenas y empezó a desplegar una gran actividad para apoyar esta causa. Después de la controversia de Valladolid en 1542, y al final de sus días, vivió apartado de la política y dedicado fundamentalmente a escribir. Murió en el convento de Atocha, en Madrid, en 1566.

Logró de inmediato una gran fama internacional, sobre todo gracias a la Brevísima, que tuvo una fortuna inesperada. Fue publicada en 1552 y divulgada por toda Europa en el siglo XVII, en más de 50 ediciones. Fue traducida al latín, holandés, francés, inglés, italiano y alemán, y sirvió a la causa de los detractores del Imperio Español en circunstancias como la independencia de Holanda y la subsiguiente Guerra de los Treinta Años, publicándose con títulos tan sugestivos como Tiranía y crueldad de los españoles o El papismo al desnudo. Los escritos de Las Casas son siempre apasionados y valientes, pero no siempre basados en datos comprobados, y hoy se sabe que se pronunció sobre asuntos que no había podido observar personalmente. Sus escritos se ven como panfletos más que como relatos históricos.

El padre Las Casas no tenía gran respeto por las virtudes de los españoles. Es así, por ejemplo, cuando habla del descubrimiento del océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, y dice que andaba con los suyos por la región del istmo, llamada entonces Darién, «extirpando y robando todo lo que hallaban», «matando y despedazando cuantos [indígenas] podían». Si un español, por ejemplo, se salvaba de un naufragio y los indígenas no lo

remataban, era porque los confundían «con basura que traía el agua». Si Núñez de Balboa vivía con una indígena «de quien hacía tanto caso y tenía tanta estima, como si su mujer fuera legítima», y esta denuncia una conspiración indígena, «porque amaba a Vasco Núñez, o de miedo, [resulta que la mujer está] olvidada de todo el bien y salud de su patria, nación y parentela».

En vísperas de llegar al nuevo océano, Balboa y los españoles se entretuvieron en atacar a unos guerreros indígenas en desbandada:

Van tras ellos, sueltos los perros, como tras una grey de ovejas o carneros, y a cuchilladas a unos cortaban las piernas y desjarretaban, a otros los brazos, a otros alcanzaban y cortaban las nalgas, a otros a estocadas pasaban de parte a parte, a otros desbarrigaban, y los perros, por su parte, desgarraban y hacían muchos pedazos.

Las Casas se pregunta:

¿Quién hizo juez a Vasco Núñez, o con qué autoridad se constituyó alcalde en señorío y jurisdicción ajena, siendo él súbdito de aquellos naturales señores por estar en su tierra, y que de justa justicia, por sus tiranías, invasiones y robos tan universales, y por toda ley natural, divina y humana, dañados, si fuerzas tuvieran, podían hacerlos cuartos y tajadas?

Las Casas ridiculiza a los españoles y, lleno de ironía, comenta que, el 25 de septiembre de 1513, Núñez de Balboa, al frente de su hueste, «tomaba posesión de aquella mar [el océano Pacífico] y de todo lo que en ella había», dando «consigo luego en tierra hincado de rodillas, y alzadas las manos al cielo da grandes alabanzas a Dios».

Brevísima es una larga enumeración de actos gratuitos de violencia. En

contraste, Las Casas insiste en presentar a los indígenas como pacíficos animalitos, felices en su paraíso y su bondad original, frente a los feroces españoles, de ninguno de los cuales menciona ninguna virtud, aunque fuese por excepción. Era lo que los enemigos de Felipe II querían leer, y los grabados del holandés Theodor De Bry pusieron de inmediato imágenes a los escritos de Las Casas.

La fama de Las Casas como defensor de los indígenas oculta el hecho de que también otros misioneros protestaran contra los abusos de algunos encomenderos. El propósito de Las Casas era bueno, pero sus exageraciones no resultaron una ayuda para su causa. No se puede entender la conquista de América viendo todo en blanco y negro. Tanto los indígenas como los españoles cometieron actos buenos y malos.

LEYES NUEVAS DE 1542 Y DEL DEBATE EN VALLADOLID EN 1550

Las injusticias y atropellos cometidos por los españoles con los indígenas fueron graves en muchas ocasiones hasta la mitad del siglo XVI, para desaparecer rápidamente a partir de entonces gracias al papel que desempeñaron los funcionarios reales, los eclesiásticos y, sobre todo, las leyes, que pusieron en vereda a la arrogante casta de primeros conquistadores. Sabemos que hubo casos de todo tipo, pero después de esas fechas se puede hablar de una pax hispanica durante tres siglos en el continente sin que se produjesen más altercados que los habituales en una sociedad relativamente civilizada. De cualquier modo, hay que atraer la atención sobre el inicial desconcierto producido en Europa entera por el descubrimiento del indígena americano.

Colón y sus expedicionarios se toparon con una realidad que no alcanzaban a comprender muy bien y a la que intentaban aplicar ideas racionales europeas. Su extrañeza empezaba por la desnudez física de los indígenas caribeños, que los españoles asociaban de manera más o menos consciente a una especie de desnudez civil, de falta de normas de conducta elaboradas. Su canibalismo fue el causante del segundo choque de civilizaciones. En tercer lugar, les produjo extrañeza que los indígenas desconociesen la propiedad privada y el valor de las cosas. Por otro lado, también observaban en ellos una serie de cualidades positivas y comprobaron que muchos eran hospitalarios, generosos, pacíficos y agradecidos.

Los hay que creen que la conquista se debe condenar y que, por eso, carece de interés entrar en detalles sobre cómo se llevó a cabo. Otros piensan que las muy avanzadas Leyes de Indias que ordenaban la relación entre españoles e indígenas también carecen de interés, porque probablemente solo tenían aplicación efectiva dentro de unos estrechos límites, en los centros del poder virreinal. Algunos admiran la valentía de los numerosos misioneros que arriesgaban sus vidas internándose por desiertos y selvas, mientras que también hay quienes creen que los misioneros tan solo eran la

avanzadilla, disfrazada de paternalismo, que preludiaba la total destrucción de la cultura autóctona. En cualquier caso, estamos ante la primera reflexión organizada sobre el Derecho de Gentes o el nacimiento del Derecho Internacional Público en el que España y los españoles, primeros también en toparse con realidades desconocidas, fueron los pioneros.

Como hemos apuntado, el emperador convocó las denominadas Juntas de Valladolid, que comenzaron en 1542. En ellas, Las Casas y Sepúlveda se enzarzaron en la discusión sobre la naturaleza de los indígenas americanos. Fruto de estas discusiones fueron las Leyes Nuevas del año 1542, en las que se reconocía la igualdad y libertad del indígena americano. Es preciso puntualizar que estas leyes fueron pioneras a nivel mundial por su precocidad y modernidad en todos los sentidos.

En España, el debate sobre los indígenas estaba polarizado. Cada campo se identificaba con un representante, y se tardó en llegar a una actitud de compromiso. Sin embargo, como resultado de las deliberaciones de los miembros de la Junta, el emperador firmó y promulgó en 1542 las llamadas Leyes Nuevas. En ellas se establecía la completa humanidad de los indígenas, lo que levantaría alguna protesta por parte de los conquistadores, que pidieron que las leyes se abolieran. Son leyes modernas, las primeras en aplicarse en un área geográfica tan amplia y entre tantas y tan diferentes personas. Evidentemente, dichas leyes no eliminaron los problemas de la noche a la mañana, pero reyes y autoridades continuaron vigilando su aplicación. Para los incrédulos, damos la voz a Felipe II cuando tronaba amenazador:

Yo he sido informado que los delitos que los españoles cometen contra los indios no se castigan con el rigor que se hacen los de unos españoles contra otros [...] os mando por ello que de aquí en adelante castiguéis con mayor rigor a los españoles que injuriaren, ofendieren o maltrataren a los indios, que si los mismos delitos se cometiesen contra españoles.

El historiador francés Jean Dumont ha hecho un estudio en profundidad sobre la controversia de Valladolid. Constata que Carlos V contemplaba seriamente dejar América porque tenía suficientes problemas con los protestantes en el norte de Europa y con los otomanos en el este. Había escuchado a Las Casas cuando promulgó las Leyes Nuevas, pero tuvo que retractarse por las fuertes protestas. En 1550 decidió reunir a los mejores consejeros del reino para debatir sobre si era más ético que España se quedara en América o que abandonara ese continente. Reunió a siete miembros del Consejo de Indias, dos del Consejo Real Supremo, uno del Consejo de las Órdenes Militares, tres teólogos dominicanos, un teólogo franciscano y un obispo. Debatieron en dos sesiones, primero una en Valladolid y después otra en Barcelona al año siguiente.

Los dos expertos principales a los que recurrió Carlos V eran Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas. Sepúlveda era un latinista muy respetado y consejero de reyes y papas. Había escrito sobre los temas más importantes del momento, como el protestantismo, los turcos y América. Venía de un pueblo pequeño y era hijo de cristianos viejos.

Podemos profundizar en lo que hemos dicho sobre Bartolomé de Las Casas para subrayar que tenía otro perfil y que presentaba contradicciones personales. No había hecho estudios profundos y su erudición humanista no se podía comparar con la de Sepúlveda. Venía de una familia de conversos que se había mudado a menudo y el propio Las Casas primero se fue a América como aventurero. Entre las contradicciones del personaje se puede mencionar que predicaba contra la esclavitud, pero tuvo esclavos durante un período. Quería que se evangelizara a los indígenas sin la presencia de soldados, pero no lo hacía él personalmente, y unos misioneros a los que envió sin protección fueron matados por los indígenas. En alguna ocasión, entró en tratos con caciques que querían alejar a los españoles para tener el poder él sin trabas sobre los indígenas. Las Casas insultó a Sepúlveda y logró retrasar la publicación de las obras de este en España, mientras que él mismo publicó sin tener los permisos correspondientes y fue traducido inmediatamente a otras lenguas. Tenía fama de irrespetuoso y exagerado. Ante la tarea en Valladolid, tanto Sepúlveda como Las Casas contaban con una

desventaja. La de Sepúlveda era no haber estado en América. Sin embargo, utilizó buenas fuentes, como las de Oviedo. La desventaja de Las Casas era su falta de erudición y su temperamento apasionado.

La tarea de los dos fue responder a preguntas que nadie se había formulado hasta entonces, exponiéndolas en un ambiente de libertad que también puede asombrar en nuestros tiempos. De la sabiduría de estos hombres hablan sus propios escritos, que citaremos, porque parafrasearlos desvirtuaría su calidad expositiva. Sepúlveda cree que los indígenas sufren de un retraso cultural en comparación con los españoles y que en la situación en la que están necesitan ser guiados. En su obra Demócrates segundo o de las justas causas de la guerra contra los indios, Sepúlveda afirma:

Reduciendo, pues, a breve suma toda la doctrina que has expuesto, cuatro son las causas en que fundas la justicia de la guerra hecha por los españoles a los bárbaros.

La primera es que siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos que ellos; dominación que les traería grandísimas utilidades, siendo además cosa justa, por derecho natural, que la materia obedezca a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, los brutos al hombre [...]. Este es el orden natural que la ley divina y eterna manda observar siempre...

La segunda causa que has alegado es desterrar las torpezas nefandas y el portentoso crimen de devorar carne humana, crímenes que ofenden a la naturaleza, para que no sigan dando culto a los demonios en vez de dárselo a Dios [...].

Y después añadiste una cosa que para mí tiene gran fuerza, y es de mucho peso para afirmar la justicia de esta guerra, es decir, el salvar de graves injurias a muchos inocentes mortales a quienes estos bárbaros inmolaban todos los años. Y tú probaste que la ley divina y el derecho natural obligan a todos los hombres a castigar y repeler, si pueden, las injurias hechas a otros hombres.

En cuarto lugar probaste con adecuadas razones que la religión cristiana debe ser propagada por medio de la predicación evangélica siempre que se presente ocasión para ello, y ahora está abierto y seguro el camino a los predicadores y maestros de las costumbres y de la religión.

Las Casas, en su Memorial al Consejo de Indias, replicaba:

A V.A. ya consta y a toda España y por todas las Indias es notorio, cómo los muchos años que ando en esta [real corte] y ante este Real Consejo de las Indias, negociando y procurando remedio de las gentes y naturales de las que llamamos Indias y que cesen los estragos y matanzas que en ellas se hacen contra toda razón y justicia [...].

Y porque los reyes son obligados en cuanto en sí fuere a quitar los impedimentos temporales que estorban la salvación de sus súbditos convenía se vean y examinen las conclusiones que yo tengo aparejadas para ello [...].

La primera, que todas las guerras que llamaron conquistas fueron y son injustísimas y de propios tiranos.

La segunda, que todos los reinos y señoríos de Indias tenemos usurpados.

La tercera, que las encomiendas o repartimientos de indios son iniquísimos y de per se malos, y así tiránicos y tal gobernación tiránica.

La cuarta, que todos los que las dan pecan mortalmente, y los que las tienen están siempre en pecado mortal, y si no los dejan no se podrán salvar.

La quinta, que el rey nuestro señor, que Dios prospere y guarde, con todo cuanto poder Dios le dio, no puede justificar las guerras y robos hechos a estas gentes ni los dichos repartimientos ni encomiendas, más que justificar las guerras y los robos que hacen

los turcos al pueblo cristiano.

La sexta es que todo cuanto oro y plata, perlas y otras riquezas que han venido a España y en las Indias se trata entre nuestros españoles, muy poquito sacado, es todo robado. Digo poquito sacado por lo que sea quizá de las islas y partes que ya habemos despoblado [...].

La octava, que las gentes, naturales de todas partes y cualquiera de ellas donde habremos entrado en las Indias tienen derecho adquirido de hacernos guerra justísima y raernos de la haz de la tierra.

Las opiniones que acabamos de apuntar fueron vertidas a instancias del emperador Carlos V, alarmado por la falta de un marco jurídico al que se tuviesen que atener los habitantes de las Indias. Se debe subrayar de nuevo la valentía de las exposiciones, la libertad de expresión de la que se gozaba en la España de la época, las claras advertencias al emperador, el rey más importante de la cristiandad, de que de seguir por ese camino se iba a condenar.

La guerra justa y el justo derecho a esclavizar a los indígenas proclamado por Sepúlveda encontraron críticas en las teorías de otro teólogo, Francisco de Vitoria, que aducía que los indígenas no eran bárbaros incapaces de utilizar la razón, puesto que muchos de ellos tenían una vida colectiva organizada y regida por instituciones y leyes. A la vez, Vitoria era consciente de que su cultura era inferior a la española y que, a mayor abundamiento, contenía prácticas y manifestaciones que era necesario cortar de raíz. Estas tesis eran muy importantes, pues en caso de que la Junta dictaminase la irracionalidad de los indígenas americanos, quedaba el camino expedito para su posible esclavización.

CRÓNICAS

Lo que sabemos hoy y lo que se sabía en España en el siglo XVI se basa en gran parte en las «crónicas» que se escribían y que son una mezcla de diarios, recuerdos, relatos de viajes, descripciones precisas y testimonios de sucesos históricos. Contienen informaciones sobre las costumbres de los indígenas y su historia anterior a la llegada de los españoles. A los autores como Mártir de Anglería y Las Casas se les da el título de cronistas de Indias. Son protagonistas de los hechos que narran, observadores de primera mano o coetáneos de aquellos acontecimientos. Aquí hemos citado en primer lugar a Bernal Díaz del Castillo, un soldado que acompañó a Cortés y escribió un relato muy directo y lleno de detalles de lo que había vivido. Sin embargo, la lista de cronistas sobresalientes es larga e incluye a misioneros como Juan de Olmedo, Motolinía, Diego Durán, Jerónimo de Mendieta y Bernadino de Sahagún. A través de ellos, conocemos no solo la historia de la conquista, sino también la de la época prehispánica, pues se preocuparon de aprender las diferentes lenguas, escribiendo sus primeras gramáticas, y de indagar las costumbres y los hechos pasados para poder acercarse a sus feligreses.

Podemos centrarnos en el madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de la monumental Historia general y natural de las Indias, como ejemplo de cronista. Fernández de Oviedo conoció en la campaña de Granada a Cristóbal Colón y también fue compañero de sus hijos Diego y Fernando Colón. Después de luchar en Italia contra los franceses, ligó su vida a América, yendo y viniendo continuamente de España al Nuevo Mundo y ocupando diversos cargos en México, Cuba, Cartagena, Nicaragua, Panamá y Santo Domingo. No es extraño que el historiador mexicano Edmundo O'Gorman, fijándose en su ajetreada vida, no solo afirme que «la historia de Europa de entonces es medularmente española», sino que, además, los españoles de ese tiempo

son hombres de actividad tan prodigiosa como contradictoria y que, cuando nos detenemos a considerarlos, desconciertan y abruman. En la galería de gente española de entonces, ensalada de obispos cortesanos, de cortesanos teólogos, de frailes gobernadores, licenciados guerreros y conquistadores leguleyos.

Fernández de Oviedo estaba convencido de que el pueblo español era el instrumento de Dios:

A España la dotó Dios de animosos y valerosos y altos e muchos varones ilustres y caballería, de tanta nobleza y multitud de hidalgos; y comúnmente a todos los naturales de ella los hizo Dios de tanta osadía, e los constituyó de tanta experiencia en la militar disciplina, y con tanta determinación y esfuerzo de virtuosa y natural inclinación como todos los auténticos e antiguos e modernos historiadores escriben y se ve palpable.

No solo eso, sino que también la bandera de España es la «celebrada por más victorias, acatada por la más gloriosa, temida por la más poderosa y amada por ser la más digna de ser querida en el universo». Evidentemente, Fernández de Oviedo y Las Casas no tenían la misma opinión de los españoles.

LOS VIRREYES

En sentido estricto, Cristóbal Colón fue el primer virrey de América, pues así le consagraban los documentos firmados con los Reyes Católicos, pero, dejando a un lado la situación especial de los primeros tiempos, pronto vieron los monarcas la necesidad de crear el virreinato de la Nueva España, y más tarde otros más. La figura del virrey, de larga y probada eficacia en la Corona de Aragón, por ejemplo en Nápoles, se mostró idónea para exportarla a América. El virrey era el alter ego del rey, su otro yo, y disponía de una autonomía inmensa, basada en la confianza real. Su autoridad únicamente quedaba totalmente anulada en presencia del rey, lo que nunca ocurrió en las Indias.

Durante el período inmediatamente posterior a la conquista reinó el caos, los conquistadores intentaban arrebatarse las tierras y hubo una salvaje explotación de los indígenas. Estos desmanes hicieron que el Consejo de Indias recomendara al emperador la introducción de la figura del virrey y de un sistema de tribunales en suelo americano. De ese modo, Antonio de Mendoza, descendiente de una de las casas más nobles de España, fue el elegido como primer virrey de la Nueva España y presidente de la Real Audiencia de México, sin inmiscuirse en problemas judiciales, pero con el poder de sancionar sus acuerdos. La cooperación del otro puntal de la expansión española en Indias, la Iglesia católica, ya estaba asegurada con anterioridad mediante el denominado «patronato regio», ya mencionado, por medio del cual el monarca se reservaba la última palabra en cuanto al nombramiento de los altos cargos eclesiásticos. A Hernán Cortés se le respetó el título de capitán general, que aunaron en su persona todos los virreyes posteriores a Mendoza.

De los 63 virreyes que gobernaron la Nueva España en los tres siglos en que estuvo ligada a España, siete virreyes gobernaron en el siglo XVI desde el primero, Antonio de Mendoza, nombrado por Carlos V, que llegó al reino en 1535. A ellos había que añadir tres

períodos en los que su cargo estuvo ocupado, interinamente, por la Real Audiencia de México. Fueron, en su mayoría, de una probidad y fidelidad dignas de elogio. Si tuviésemos que destacar a alguno, lo haríamos con Mendoza, los dos Velasco y Enríquez de Almansa. A ellos se debió la organización del reino y su rápido progreso en todos los campos. Una empresa acometida o continuada por todos los virreyes fue la del desagüe de la laguna sobre la que se asentaba la ciudad de México-Tenochtitlan. Se trataba de evitar las inundaciones que ponían en peligro a la población y sus recursos agrícolas. La construcción de diques de contención había ya comenzado antes de la conquista. La existencia de esos diques no pudo paliar la gran inundación producida en 1555-1556. A partir de entonces se sucedieron los planes para drenar el lago de Texcoco y desviar el río Cuauhtitlan.

A los virreyes les tocó lidiar con los conquistadores, hombres de acción poco aficionados a la burocracia, y listos para recordar sus méritos, juzgados por ellos mismos siempre superiores a la recompensa recibida. La rectitud de los virreyes, su severidad con los españoles y la protección de los conquistados, así como su intachable vida privada, les concedieron una autoridad que nadie se atrevió a discutir, ni conquistadores, ni encomenderos, ni mineros. Velasco decía: «Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo, y no es tal la naturaleza de las rentas reales que por ellas deban atropellarse las leyes divinas y humanas». Enríquez de Almansa, en la «instrucción» que cada virrey dejaba a su sucesor, un compendio de sabios consejos y normas de actuación, escribió:

[...] que para lo que principalmente Su Majestad nos envía acá es para lo tocante a los indios y su amparo, y es ello así que a esto se debe acudir con más cuidado como a parte más flaca, porque son los indios una gente tan miserable que obliga a cualquier pecho cristiano a condolerse mucho de ellos.

Paralelamente a su esfuerzo por meter en cintura a los conquistadores e impulsar las obras de desagüe del valle de México, sus esfuerzos se centraron en dotar al nuevo reino de hospitales, su

primera universidad, patrocinar nuevas expediciones y establecer rutas que uniesen las nuevas ciudades.

Dicho de otro modo, hacia mediados del siglo XVI, oficialmente Nueva España dejó de ser dominada por la violencia y el expolio y comenzó la época virreinal, en la que todos quedaron bajo el imperio de la ley. Para quien se acerque al estudio de la presencia española en América, resulta sorprendente que durante más de dos siglos de régimen virreinal en la Nueva España apenas se contabilicen menos de media docena de movimientos desestabilizadores de cierta proporción, y curiosamente, casi siempre protagonizados por los mismos españoles, nunca por los indígenas. En el siglo XVI, concretamente, únicamente es digna de mención la conspiración en 1565 del hijo de Cortés, un conquistador que no se conformaba con ser únicamente una figura decorativa. Hay que destacar también que la fuerza armada para conservar el orden y defender el sistema virreinal era muy reducida. Se limitaba a menos de un millar de hombres que permanecían de guarnición en la capital y cuyas labores consistían principalmente en montar guardia en el palacio de los virreyes. Se confiaba en vecinos y terratenientes para levantar cuerpos de voluntarios en caso de peligro.

Esa paz generalizada podría explicarse por tres factores. Primero, el respeto a los indígenas, aunque hubiera abusos. En segundo lugar, como escribió Lucas Alamán hace dos siglos, porque «a diferencia del que otras naciones han seguido en sus colonias, no se las consideró meramente como establecimientos productivos, sino que se las hizo partícipes de todo cuanto había en la metrópoli». En tercer lugar, por el acierto real en nombrar a bastantes sabios y realistas virreyes, aunque no todos lo eran.

Para ellos pudo servir de aviso el escrito de su más brillante antecesor en el cargo, don Antonio de Mendoza, en su Instrucción, camino de vuelta a España, después de tres lustros ejerciendo su función:

En dieciséis años ando que vine a esta tierra, y todos los que he gastado en mirar y procurar de entenderla, e podría jurar que me

hallo más nuevo y más confuso en el gobierno de ella que a los principios, porque demuestran inconvenientes que antes no veía ni entendía. Yo he hallado muchos que me aconsejan y me entienden, y pocos que me ayudan cuando los negocios no se hacen a su propósito, y puedo decir que quien gobierna es solo y que mire por sí, y si quiere no errar haga poco y muy despacio, porque los más de los negocios dan lugar a ello, y con esto no se engañará ni le engañarán.

Las huellas de la presencia española en Hispanoamérica son claras en cuanto a la planificación urbana y las carreteras. Los edificios de estilo colonial son una parte importante de la herencia, por lo que el tema merece una digresión. Los cronistas nos hablan frecuentemente de las primeras iglesias improvisadas levantadas por los españoles en América, una especie de cabañas de campaña, hechas con troncos y ramas, para cobijar alguna misa en alguna fecha especial. Una vez superados los primeros tiempos caóticos de la conquista de la Nueva España, empezó la construcción de ciudades. Sobre todo durante el último tercio del siglo XVI, se construyeron iglesias, conventos, palacios y residencias oficiales, muchas veces de inspiraciones platerescas. El plateresco había desplazado al gótico en el gusto de la nobleza y los eclesiásticos. Las fachadas de palacios e iglesias se decoraban con profusión, de una forma que recordaba vivamente el trabajo de los plateros, dejando a los lados grandes superficies desnudas.

A América llegaron arquitectos y planos españoles de inspiración plateresca, dando pie a la construcción de notables ejemplos de ese estilo antes de ser marginado por el omnipresente barroco. Platerescos son algunos edificios de carácter civil en Mérida y en Puebla. Se construyeron conventos grandiosos, como el de San Agustín de Acolman, el de San Pablo de Yuririapúndaro o el de San Nicolás de Tolentino en Actopan. Entre las iglesias destacan la de San Diego de Alcalá en Huejotzingo y la de San Bernardino en Xochimilco. Abundantes ejemplos se pueden encontrar en un gran número de poblaciones como Cuitzeo, Morelia, Uruapan, Nochistlán, Coyoacán y Eronguarícaro. Al plateresco sucedería el barroco, un estilo que se connaturalizó tan íntimamente con los

hispanoamericanos que uno llega a pensar que es lo que mejor define la cultura hispanoamericana.

América del Sur y el Pacífico

AMÉRICA DEL SUR Y LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Para hablar de la conquista española en América del Sur, hay varias razones para empezar por el Perú. Alrededor del año 1500, el Perú actual era la zona más poblada y desarrollada de América del Sur y se convirtió en el centro de la conquista. No solo fue la primera región conquistada sino que, desde el Perú, salieron otras expediciones de exploración y conquista.

Hay menos fuentes para los incas que para los mexicas. En Nueva España, los monjes pronto enseñaron a leer y a escribir a los grupos de indígenas, y tenemos manuscritos de mano indígena. Además, se han conservado algunos códices de escritura pictórica de antes de la conquista. Por eso tenemos cierto acceso a «la versión de los vencidos». En el Perú, después de la conquista, hubo varias décadas con guerras internas entre españoles y los primeros textos importantes con puntos de vista indígenas son de los mestizos Garcilaso de la Vega y Guamán Poma de Ayala, escritos bastante más tarde.

Para la región andina, la arqueología nos ha mostrado que, en el área que se extiende desde el Ecuador actual hasta el norte de Chile y tierra adentro hasta Bolivia, han vivido numerosos pueblos, en general sin tener mucho contacto entre sí. La razón de ello es que el territorio es inhóspito. La franja costera del Perú consiste en gran parte en desierto. Detrás del desierto están los Andes, que a su vez forman varias cordilleras altas con valles profundos entre ellas. El mejor terreno para cultivar está en el fondo de los valles. Detrás de las cordilleras empieza la selva, prácticamente impenetrable, que continúa en Brasil. En la selva vivían entonces y viven todavía grupos nómadas de cazadores-recolectores.

Las huellas de las culturas precolombinas en el Perú consisten en templos, muros, terrazas de cultivo, caminos, puentes y tumbas. En las tumbas se ha encontrado cerámica, y en especial vasos para beber en forma de estatuillas. Entre los objetos de metal destacan

los adornos para las orejas, la nariz, el cuello y la cabeza. Se han conservado también textiles, pero en menor medida. Los arqueólogos actuales suelen comparar la importancia de la cultura de los pueblos andinos con las culturas más conocidas del Oriente Medio y de Egipto.

En la costa norte del Perú se había desarrollado la cultura de los mochicas, también llamados moches, que fueron suplantados por los chimú. Los mochicas habían vivido en la misma zona durante unos 1.400 años cuando fueron conquistados por los chimú y después por los incas. Junto con los mayas en Centroamérica, destacan por su larga historia. Los mochicas enterraban a sus muertos junto con sus pertenencias y por eso sabemos mucho sobre ellos a pesar del saqueo de muchas tumbas llevado a cabo durante años. Los mochicas alcanzaron un nivel de vida alto y sus ciudades mostraban un buen desarrollo. Su comida era variada, algo que habían logrado gracias a cultivos de regadío abonados con guano. Producían objetos de oro con incrustaciones de piedras preciosas y una cerámica de estilo realista que también nos ayuda a entender cómo vivían y pensaban. No conocían la escritura, pero su cerámica es tan expresiva que ha sido llamada la escritura de los mochicas.

Los chimú que conquistaron a los mochicas fueron el último pueblo que a su vez fue conquistado por los incas, antes de que estos fueran conquistados, a su vez, por los españoles. Los incas tenían la costumbre de borrar la historia de los pueblos vencidos, pero en este caso no les dio tiempo, y por eso sabemos más de los mochicas y de los chimú que de los demás pueblos. Uno de los soldados españoles, Pedro Cieza de León, describió la región donde vivían los mochicas y los chimú como un paraíso terrenal. La población se componía de agricultores y guerreros, que tenían la costumbre de pintar sus caras y vestir ropa de algodón. Se divertían en fiestas con música, baile y alcohol, y los instrumentos típicos eran el tambor y la flauta. Sus costumbres sexuales, ilustradas en la cerámica, incluían la adoración del falo, la felatio y la sodomía. No se castigaban las relaciones sexuales prematrimoniales, pero sí los adulterios. La poligamia existía, pero solo entre las castas altas. Los chimú enterraban a sus reyes con mujeres vivas, y se mataba al infante si nacía con malformaciones o si se trataba de mellizos. Como castigo existían la pena de azotes y la pena de muerte para

crímenes graves. Los chimú poseían y trabajaban la tierra de manera colectiva, pero eran menos burocráticos que los incas en el reparto de tierras y de tareas. Cultivaban y usaban hojas de coca, y tenían minas de oro. Vivían prácticamente aislados en el desierto, pero existía cierto trueque con pueblos que vivían más al norte, y para transportar las mercancías usaban balsas de troncos. Su capital, Chan Chan, era la ciudad más grande de la costa de Sudamérica, con muchos edificios rodeados de una muralla gruesa. Las luchas entre los chimú y los incas habían sido muy sangrientas, y los incas solo habían gobernado la región unos cincuenta años cuando llegaron Pizarro y sus acompañantes en 1527.

Para conocer cómo vivían los incas, los investigadores han juntado informaciones de varios campos. Además de lo arqueológico, hay fuentes escritas españolas, y como siempre hay que leer este material con sentido crítico. Los españoles, como por ejemplo Pizarro, pueden no decir estrictamente la verdad. Los indígenas pueden dar intencionadamente una información falsa para defenderse. Puede haber malentendidos entre españoles e indígenas por hablar diferentes lenguas.

La rápida expansión del reino inca empezó con escaramuzas con otros reinos pequeños para obtener botín. Sin embargo, al vencer los incas a los chancas después de una guerra larga y sangrienta, se hicieron con un botín tan enorme que cambió el equilibrio de poder de la región. Llegaron a ser tan poderosos que podían vencer por intimidación, advirtiendo al adversario de que si no aceptaba la oferta de incorporarse al reino incaico, esto significaba la guerra, la destrucción de su reino y el cambio inmediato de gobernantes.

Los pueblos vencidos eran divididos en unidades, y de estos grupos los incas sacaban soldados, trabajadores, sirvientes y personas para sacrificar en las grandes fiestas. Una manera de presionar a los vencidos era trasladar su huaca, su ídolo, a Cuzco para mostrar que los incas controlaban el alma del pueblo vencido y así disminuir el riesgo de rebeliones contra ellos. En la sociedad inca, la tierra y la mano de obra pertenecían al Estado. Existían almacenes donde se guardaba ropa de algodón, pertrechos militares y comida. El poder no se heredaba, sino que se elegía a un candidato idóneo entre los miembros de las familias más destacadas, sistema que solía generar

conflictos.

Pizarro aprendió cómo funcionaba la sociedad inca y se aprovechó de la hostilidad entre los indígenas. A su llegada, dos hermanastros querían heredar el título de su padre, y también había un descontento general entre los pueblos vencidos contra los incas. Un 80 por 100 de los súbditos era de otra etnia, y la nueva lengua, el quechua, no era un lazo suficientemente fuerte como para mantener unido el reino. También contribuyó a la derrota de los incas su ignorancia del mundo exterior y los peligros que podía representar.

Como la conquista de México, la del Perú fue precedida por enfermedades como la rubeola, la viruela y el sarampión. Las enfermedades debilitaron el reino, porque murieron personas clave, como el mismo Inca Hayna Cápac, que había reinado largo tiempo. Había designado un sucesor, pero este murió también. La siguiente persona para sucederle era su hijo Huáscar, nacido de su hermana-esposa legítima. Sin embargo, otro hijo, Atahualpa, nacido de una concubina, también pretendía convertirse en Inca. Algunos investigadores presentan el conflicto en términos de una tensión entre el sur y el norte del reino, es decir, entre Cuzco en el sur y Quito en el norte. Cuando llegó Pizarro al Perú, Atahualpa acababa de vencer a su hermanastro después de luchas sangrientas.

El ascenso, la cumbre y el ocaso del reino de los incas corresponde más o menos a los años 1280-1534. Además de las conquistas militares, un método conocido en el mundo entero para ampliar el reino era casarse con las hijas de las familias poderosas de la vecindad, consiguiendo así alianzas. Las victorias militares y la proclamación de un nuevo Inca se celebraban con grandes fiestas. En esas celebraciones, se sacaban las momias sagradas de los ancestros, se bailaba con máscaras, había mucha comida y se consumía chicha, un tipo de cerveza, en grandes cantidades. Cuzco tenía problemas con los muchos familiares, las panacas, de los Incas anteriores, que no trabajaban y generaban gastos con sus numerosas fiestas. Estas agrupaciones solían ser ambiciosas y rivalizaban e intrigaban las unas contra las otras. Los orejones constituían una casta de oficiales, una especie de nobleza, y el nombre se refiere a la costumbre de hacerse un agujero en los lóbulos de las orejas y después insertar discos cada vez más grandes en ellos. Huáscar

intentó poner freno a las fiestas ruinosas y al desorden, pero encontró resistencia hasta dentro de su propia panaca.

En los reinos andinos, los cultos más importantes eran el culto al Sol y la adoración de los antecesores muertos. El pueblo inca había sido, como el mexica, una pequeña tribu marginal que no llegó al culmen de su poderío hasta más o menos el año 1450, cuando venció a los chancas y así aumentó su territorio y su riqueza. El Inca del momento, Pachacuti, logró aplastar toda oposición e instauró una nueva religión de Estado. Combinó la adoración al Sol con el culto a los antepasados y el culto al Inca, descendiente del Sol y por lo tanto divino, es decir, logró aunar la autoridad religiosa y política en su persona.

Los incas momificaban a los Incas muertos y permitían que conservaran su hacienda como si estuviesen vivos. Así, la familia y los allegados de un Inca muerto, su panaca, vivían ligados a su memoria y disponían de su hacienda, lo cual llevó a que hubiera auténticos «reinos dentro del reino». El nuevo Inca, que no heredaba nada de sus antecesores, tenía que conquistar nuevos reinos para obtener terrenos que cultivar y nuevos súbditos que le pagasen impuestos o tributos para constituir de ese modo su propia panaca.

Los arqueólogos Conrad y Demerest señalan que este sistema obligaba a los incas a realizar constantemente nuevas conquistas. Como los mexicas, los convertía en un pueblo militarizado. También, los incas habían llegado a un punto en que el sistema ya no rendía como al comienzo, porque tenían que conquistar etnias que vivían en zonas de difícil acceso, por ejemplo en la selva, y comenzaron a sufrir algunas derrotas. Para cultivar alimentos tenían que usar terrenos cada vez más marginales, y construir nuevas terrazas de cultivo y sistemas de riego. Huáscar pensaba que había que introducir modificaciones en el sistema, pero los beneficiarios del mismo, y en primer lugar las panacas, se opusieron y establecieron contactos con Atahualpa, prometiéndole su apoyo. Así, cuando Atahualpa atacó con sus tropas veteranas, Huáscar no podía contar con el apoyo de todas las capas superiores de la sociedad inca. Además, Atahualpa no fue leal con su hermano. A propósito de este punto, Garcilaso de la Vega cuenta que, cuando

era joven, un tío suyo le dijo que quien minó y destruyó desde el interior el Imperio Inca fue Atahualpa, a quien calificaba de «tirano» y «traidor». En otras palabras, como en el caso mexica, el régimen inca se encontraba en una situación de agotamiento, existía un vacío de poder y una crisis de legitimidad. Como en el caso mexica, eran las mismas creencias de los incas las que les impedían abandonar un camino que los llevaba a la autodestrucción.

Los incas transmitían la historia de manera oral. Repetían que su origen geográfico estaba cerca del lago Titicaca y que allí recibieron del Sol la misión de difundir su culto. Se repetía una lista de 19 Incas, una lista que cambiaba según con quién se hablara, y algunas variantes eran propagandísticas y destinadas a los pueblos sojuzgados. La tradición histórica mencionaba frecuentes luchas entre agrupaciones a favor de determinados candidatos, luchas que incluían venganzas de todo tipo y asesinatos.

En la sociedad inca, cada individuo tenía un papel asignado según su edad, según su sexo y según su capacidad de trabajo. Se recaudaban impuestos de manera eficaz, se llevaba una contabilidad precisa y se había introducido un sistema de corredores que entregaban noticias al Inca. Disponían de un sistema de hilos multicolores con nudos para llevar la contabilidad, los quipus. Los edificios públicos se construían con piedras perfectamente ensambladas y sin argamasa. Las puertas y ventanas solían tener una forma trapezoidal. En esa sociedad, infringir las leyes se castigaba duramente. En las grandes fiestas, se llevaban a cabo sacrificios humanos sobre todo de niños y mujeres jóvenes.

Los incas construían terrazas de cultivo en las laderas de las montañas y canales de riego, y para cruzar precipicios utilizaban unos puentes de sogas cuyas cuerdas se renovaban constantemente. Había pequeñas ventas en las carreteras principales y sobre todo en el Chapec Ñan, el camino principal entre Cuzco y Quito, un camino que solo podían utilizar el Inca y sus funcionarios. El sistema de información estaba organizado de tal manera que cada chasqui corría un trozo y después entregaba al próximo corredor el mensaje oral completado con unos quipus. Tenían prohibido mencionar el mensaje que les había sido confiado. Los jóvenes de clase alta tenían que dedicar bastante tiempo a aprender cómo interpretar los

quipus. Había un cargo especial y de mucho honor, llamado quipukamayoc, y quien lo ostentase tenía que ser experto en interpretar los quipus.

Otra institución importante era el mitmaq, o mita, un término que designaba el traslado de grupos enteros de población a otro lugar con la obligación de realizar un trabajo específico, que correspondía a cada ayullu, nombre dado a una unidad de población. Existían también sirvientes personales con un estatus de semiesclavos a los que se llamaba yanaconas, muchas veces prisioneros de guerra.

En las ceremonias para celebrar una victoria se caminaba sobre los vencidos antes de matar a los hombres y destinar a las mujeres y los niños a la esclavitud. La piel de los vencidos podía usarse para tambores y sus cabezas cortadas podían colocarse en las paredes. Durante el período de expansión del reino, los incas seguían siempre la misma rutina a la hora de ocupar un nuevo territorio; en primer lugar introducían el culto al Sol, es decir, la nueva religión; instauraban la obligación de pagar impuestos y de conocer la nueva lengua oficial, el quechua, y a la vez dejaban que los vencidos mantuvieran sus dioses durante algún tiempo. Mandaban espías a las comarcas vencidas para recoger información y exigían que las familias importantes enviaran a sus hijos a ser educados en Cuzco para que aprendieran a pensar como incas. Para participar en la construcción de una obra importante o para que hubiera población leal por todas partes, mandaban a gente lejos de su lugar de origen. En el nuevo destino, debían seguir llevando su ropa típica, lo cual facilitaba su control. Se ponía un énfasis especial en el deber de todos de trabajar, y todo trabajo se planificaba y controlaba.

«Se recogía» a las chicas especialmente hermosas para que se convirtieran en las concubinas del Inca, para ser sus sirvientas o para casarlas con algún funcionario importante. Cuando moría una persona de calidad, y sirva de ejemplo la muerte del Inca Huayna Capac, se sacrificaba a una serie de yanaconas y concubinas para que le acompañasen en el mundo del más allá. Los incas usaban oráculos o chamanes, pero era peligroso prever algo negativo. Había personas con la tarea de memorizar la historia de los incas de una manera positiva para el Inca de turno. Como castigo, se podía arrojar a alguien a una especie de pozo donde había animales

salvajes o entregarlo a caníbales.

Para muchos europeos y norteamericanos, el pueblo inca ha llegado a representar la imagen de cómo se vivía en América antes de la llegada de los españoles, e innumerables son los turistas que han subido a Machu Picchu, la ciudad inca descubierta en 1912 por un arqueólogo estadounidense, y que han comprado recuerdos «incaicos», muchas veces gorros de lana en colores vivos. Personas con un espíritu aventurero sueñan con andar el camino inca en Bolivia. La industria turística presenta a los incas como un pueblo simpático, vencido por un conquistador extranjero, lo cual es cierto, pero primero fueron conquistadores ellos. Se conoce el esplendor de su cultura gracias a que fueron el pueblo sudamericano con el que los españoles tuvieron más contacto y sobre el que más escribieron. Ningún pueblo sudamericano conocía la escritura, por lo que es especialmente valiosa la documentación escrita, española.

LA CONQUISTA DEL PERÚ

Ha despertado y sigue despertando asombro cómo un puñado de españoles pudo conquistar un reino de millones de habitantes. Sabemos bastante sobre la conquista del Perú, porque en el siglo XVI España era un reino de talante jurídico, archivos y burocracia. Se han guardado documentos, como las cartas al rey y del rey, contratos, testamentos, acuerdos notariales y crónicas. Más tarde aprendieron a escribir mestizos e indígenas, que produjeron relatos donde exponían su punto de vista, muchas veces en forma de pliegos de quejas dirigidas al rey. Otra fuente importante son los ya mencionados juicios de residencia, un tipo de juicio que se hacía a todo alto funcionario al dejar su cargo. También se han de tener en cuenta las «probanzas de méritos», escritos redactados por españoles que reclamaban una recompensa por las penalidades sufridas sirviendo al rey. Es natural que hubiera exageraciones en este tipo de testimonios, pero todos sabían que las informaciones se podían cotejar con las de otros documentos.

La mayoría de estos documentos se encuentran en el Archivo de Indias, en Sevilla, donde se guardaba todo lo que tenía que ver con América. La lengua española de la época no era muy diferente de la de hoy, y por eso tenemos un acceso relativamente directo a lo que se decía en el momento en el que sucedían los acontecimientos que venimos narrando. Los historiadores pueden comparar diferentes descripciones de un mismo evento y así ir armando un rompecabezas con lugares y fechas y saber quién dijo qué a quién. En el caso del Perú, se añade la circunstancia de que los primeros protagonistas eran analfabetos, y esto concierne tanto a Huáscar y Atahualpa como a Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Los dos españoles tenían secretarios que redactaban sus documentos y sus cartas.

Francisco Pizarro tenía 24 años cuando se conquistó Granada a los moros y España llegó a tener más o menos la extensión que tiene hoy, pero no se sabe si participó en esa batalla o no. Era hijo

extramatrimonial de un coronel de Trujillo en Extremadura, y Pizarro aparece en América en 1502, primero en Santo Domingo y después, en 1513, en Panamá, en el grupo que llegó al Pacífico con Vasco Núñez de Balboa. Probablemente la conquista de México encendió la ambición de Pizarro, pero, ya que no tenía recursos para barcos, soldados y pertrechos, estableció un acuerdo con Diego de Almagro y Hernando de Luque, obispo que solo participaba con su dinero. La meta era explorar la costa del Pacífico al sur de Panamá, y se decidió dividir a partes iguales los tesoros que se pudieran encontrar.

Pizarro se preparó a través de dos viajes de exploración. Los pueblos indígenas a los que encontró en lo que conocemos ahora como el suroeste de Colombia andaban casi desnudos y comían carne humana. Se trataba de regiones selváticas, difíciles de penetrar, y los peligros eran muchos y venían tanto de grupos humanos como de animales. En un combate, Pizarro fue herido, y su saga pudo haberse terminado allí. Después siguió al Ecuador actual y al norte del Perú y entró en contacto con los primeros incas. Pizarro y los demás españoles entendieron que estaban ante una sociedad bien organizada y rica. Algunos pobladores los recibieron amablemente y otros con suspicacia, y Pizarro se enteró de que había conflictos entre varios grupos étnicos y diferentes familias importantes. Al volver a Panamá, llevó consigo hermosos objetos de oro y plata y, sobre todo, a dos jóvenes indígenas que serían sus intérpretes. Hasta aquí Pizarro fue más explorador que conquistador.

Pizarro volvió a España en 1529 para dar cuenta de todo eso al rey Carlos V y pedirle unas capitulaciones, documentos que iban a dar derecho a Pizarro y a sus socios a disponer de lo descubierto y conquistado en nombre del monarca. El territorio se delimitó en forma de indicación de latitudes. Como los demás conquistadores, debía pagar el quinto, es decir, la quinta parte de todo el oro y la plata en forma de impuesto. En otras palabras, Pizarro se preparó minuciosamente para pasar de explorador a conquistador, y para que nadie pudiera quitarle lo ganado.

De vuelta en Panamá, Pizarro hizo equipar varias naves, y se embarcó junto con 85 hombres y 35 caballos. Almagro siguió un

poco más tarde con otros barcos, un dato que tendría mucha importancia. Una vez en el Perú, Pizarro adoptó muy pronto un papel de mediador y árbitro en los conflictos entre diferentes grupos indígenas. Se informó de los detalles de la lucha entre Huáscar, el heredero legítimo, y su hermanastro Atahualpa, quien acababa de obtener una victoria militar importante sobre Huáscar y se preparaba para ir a Cuzco con el fin de hacerse instalar formalmente como Inca. Parece ser que, por pura curiosidad, Atahualpa quería ver más de cerca a los extranjeros de los que hablaban sus espías. Los indígenas tomaban muy en serio los mitos y las adivinaciones, y en un mito se decía que iba a venir gente blanca con barbas, viracochas, de origen divino. Las armaduras de metal, los barcos y los caballos habían despertado asombro. Atahualpa estaba al tanto de todo esto, pero no se sentía amenazado, porque los españoles eran pocos, y su propio ejército, enorme. Además, como se ha dicho, acababa de vencer a su hermano.

El encuentro entre Pizarro y Atahualpa tuvo lugar en Cajamarca, adonde acudió el Inca rodeado de un ejército poderoso. Muchos soldados, quizá miles, se apretaban en la plaza central de Cajamarca, y Pizarro había decidido esconder los caballos, los cañones y los soldados con armadura que tenía preparados. Cuando sonó cierta señal, se abrieron las puertas con estruendo, tocaron los tambores y las trompetas, los cañones dispararon contra los soldados amontonados en la plaza y avanzaron los caballos. Los indígenas huyeron sobrecogidos de espanto y, por pura suerte, Pizarro logró apresar a Atahualpa. Con esto, Pizarro había ganado lo que sería una victoria decisiva, demostrando su astucia y su comprensión psicológica, pero también su brutalidad.

Durante los meses siguientes, se le permitió a Atahualpa moverse libremente como prisionero de los españoles, y Pizarro hizo saber que, si se llenaba de oro y plata cierta habitación, lo liberaría. Pizarro pudo conversar con Atahualpa a través de Felipillo, uno de los dos jóvenes que le habían acompañado a España, que hablaba quechua y ahora también español. Más tarde, Pizarro organizaría un juicio, pura farsa, condenando a Atahualpa por haber matado a Huáscar para poder hacerse con el trono de manera ilegítima, es decir, se presentó como un juez imparcial en los asuntos internos

del reino inca. Ejecutó a Atahualpa, dando otro paso hacia la conquista definitiva del Perú, reino estrictamente jerarquizado, al que privó de su líder. Al mismo tiempo conjuró otro peligro, pues les tenía respeto a los generales de Atahualpa.

En la ejecución de Atahualpa, Pizarro se mostró como un hombre traicionero y cruel, pero también como un político astuto. No solo renegó de su promesa de dejar libre a su prisionero sino que, además, amenazó con hacer quemar a Atahualpa en una hoguera, lo cual para los indígenas era el peor castigo, puesto que creían que el alma tenía vida eterna si el cuerpo se conservaba intacto. Le ofreció a Atahualpa la posibilidad de escapar de la hoguera si se convertía, algo que este aceptó.

Con Atahualpa muerto, Pizarro hizo nombrar Inca a un familiar muy joven de Atahualpa, Túpac Huallpa. La población pudo interpretar ese gesto como un paso hacia el restablecimiento del antiguo orden legítimo. Sin embargo, el joven murió repentinamente y Pizarro hizo nombrar a otro joven de familia noble, Manco Capac, de solo 16 años. Al comienzo, este tenía una actitud positiva hacia los españoles, pues creía que Pizarro lo instalaría en el trono. Mantener inicialmente las estructuras del reino inca era una muestra de la habilidad política de Pizarro. Con solo muy pocos españoles no habría podido organizar un vasto reino que desconocía.

Los españoles ganaron también varias batallas más, entre las que destaca la de Jauja, y entraron en 1533 en Cuzco, donde profanaron templos, robaron objetos de oro y plata y violaron mujeres. Pizarro repartió el botín entre sus hombres, incluyendo encomiendas con indígenas como mano de obra, ya que sin mano de obra la tierra no valía nada. Los indígenas no dejaron de oponerse, atacando a grupos pequeños de españoles, y algún año más tarde hubo dos rebeliones armadas contra estos.

En estas circunstancias llegó Almagro con sus tropas reclamando que se le entregara la tercera parte de las tierras conquistadas. Ahí empezó una lucha interna entre españoles, ya que Pizarro consideraba que tenía derecho a una parte más grande de las tierras conquistadas por haber vencido en Cajamarca y haber librado a los españoles de Atahualpa. Pizarro y Almagro compraron a Luque su

participación y quedaron como dos inversores que debían compartir las ganancias, pero esto no mejoró la relación entre ambos. A partir de entonces Pizarro se centró en la tarea de deshacerse paso a paso de su socio.

Para entender el drama de los años siguientes, es importante conocer la personalidad de los protagonistas. Pizarro era un líder nato, tenía buen aspecto, físicamente era fuerte y poseía una asombrosa capacidad para hacer varias cosas a la vez. Durante estos años manejaba simultáneamente a sus capitanes, los soldados, el rey, los indígenas, el Inca oficial y a Almagro. Había llevado consigo a América a sus hermanos, Juan, Gonzalo y Hernando, también ambiciosos. El más conflictivo de los hermanos era Hernando, descrito como vanidoso, violento y no fiable.

Como contraste, Almagro era físicamente débil y, además, creía en la buena voluntad de todos. Pizarro le engañó una y otra vez. Almagro ni siquiera escuchó a sus colaboradores más cercanos, que le advertían de las maniobras de Pizarro. Almagro era leal hacia el rey y quería evitar una guerra civil entre españoles, y esta actitud lo colocaba en una situación de inferioridad frente a Pizarro, que no tenía esos escrúpulos. Además, Pizarro utilizó el método de difamar a Almagro ante todos, y en particular ante el rey.

La ciudad de Cuzco fue el objeto principal de la tensión entre Almagro y Pizarro. Almagro entró en Cuzco reivindicando el título de gobernador. Probablemente para alejar a Almagro de Cuzco, Pizarro lo animó a explorar las regiones más meridionales, es decir, lo que se conoce ahora como el norte de Chile. Allí el frío, las condiciones adversas y los indígenas hostiles casi acabaron con la tropa de Almagro. Además, no había en la región riquezas a la vista. Al volver al Perú, Almagro notó que Pizarro intentaba establecerse a sí mismo como gobernador, fundando ciudades para cimentar su derecho a los nuevos territorios. Almagro decidió hacer lo mismo y, entre otras, fundó una ciudad en la costa al sur de Lima que le permitía estar en comunicación con el rey sin pasar por Pizarro.

Pizarro había instalado como gobernador de Cuzco a su hermano Hernando, que no quería dejar su puesto cuando Almagro se presentó para reclamar el cargo. Hasta se llegó a una lucha armada entre la tropa de Hernando y la de Almagro, en la que Hernando

resultó preso. Los consejeros de Almagro le recomendaron que se deshiciera de Hernando, origen de toda una serie de conflictos, pero Almagro se negó porque quería mantenerse en buenos términos con el rey y con Pizarro y creía que la manera de conseguirlo era no matar a Hernando. Aceptó la propuesta de Pizarro de establecer un nuevo acuerdo con la mediación de un fraile. Sin embargo, el eclesiástico era partidario de Pizarro, de modo que Almagro fue engañado otra vez. Uno de los puntos del nuevo acuerdo era que se debía dejar en libertad a Hernando. Tan pronto como este quedó libre, Pizarro y sus hermanos se vengaron de Almagro, despojando a sus seguidores de todo lo que habían obtenido en los repartos, y finalmente vencieron a los restos de la tropa de Almagro en Salinas en 1538. También humillaron y mataron a su general, un hombre hábil y leal.

Esa batalla fue fratricida en todos los sentidos de la palabra y enormemente cruel. Casi todos los españoles que participaron provenían de Extremadura y de la misma familia extensa. En la batalla, muchos murieron o resultaron heridos, y cuando se rindieron los últimos seguidores de Almagro, entregando sus armas, varios fueron matados a pesar de estar desarmados. Durante la noche, los indígenas fueron al campo de batalla para robar ropa y pertenencias a los muertos y heridos, con lo cual los pocos que todavía no habían fallecido murieron de frío.

Todo esto terminó con el asesinato del propio Almagro. Lo encerraron primero en la cárcel donde había estado prisionero Hernando, y a pesar de que era viejo y estaba enfermo, fue ejecutado por aquel con la excusa de que hubiera acaparado ilegítimamente la gobernación de Cuzco. El trato dispensado a Almagro recuerda el que sufrió Atahualpa.

Un puñado de seguidores de Almagro, desesperados, asesinaron poco tiempo después a Pizarro en Lima. Pizarro había recibido advertencias, pero no les había hecho caso, quizá porque empezaba a sentirse viejo y cansado. Las informaciones sobre los disturbios en el Perú llegaron entonces hasta el rey, que despachó a un representante suyo para investigar lo sucedido y restablecer el orden. Hernando Pizarro fue llevado a España para ser juzgado, y pasaría veinte años en prisión.

El personaje de Francisco Pizarro merece algunos comentarios más. Era mayor que los demás conquistadores, con sus 40 años. Además, es llamativo que un analfabeto fuese capaz de planificar a largo plazo, obtener financiación, conseguir capitulaciones del rey, vencer a un enorme imperio con la ayuda de muy pocas personas y crear alianzas con los frailes, los comerciantes, la Corona y grupos de indígenas. Pizarro enfocó la conquista desde la perspectiva de un negociante más que como descubrimiento o conquista política. Para él la conquista constituía una aventura con un claro trasfondo económico, porque durante las primeras décadas se había endeudado para conseguir los fondos necesarios para participar en ella.

Gonzalo Pizarro fue protagonista de varias aventuras y, entre otras cosas, quiso descubrir su propio reino. En 1541, salió de Quito en dirección al Brasil actual, atravesando los Andes y la selva. Había preparado la expedición durante meses y se trataba de una inversión importante. Con él salieron unos 200 españoles, más de 4.000 indígenas y, como «alacena», unos 4.000 cerdos. Las penalidades sufridas por el grupo fueron extremas, y ya en la selva amazónica, exhaustos, los españoles tuvieron que tomar la decisión de volver al Perú o no. En un último intento para salvar la expedición, Gonzalo Pizarro encargó al capitán Francisco de Orellana que construyera un bergantín para navegar por el río Amazonas en busca de provisiones y que volviera con informaciones. Orellana se embarcó con 57 hombres, entre ellos un religioso, Gaspar de Carvajal, que sería el cronista de la aventura. Orellana decidió no volver con Gonzalo Pizarro y seguir navegando. Llegaría a navegar unos 6.000 kilómetros por el Amazonas y después por la costa al norte hasta llegar a Venezuela. Sin querer, sería el descubridor del interior de Brasil y del sistema fluvial amazónico. El famoso texto de Carvajal describe la Amazonía como una zona bastante poblada de indígenas casi siempre hostiles, pero también añade toques de fantasía, como cuando habla de amazonas, mujeres guerreras. El autor intenta justificar la conducta de Orellana, que abandonó a Gonzalo Pizarro y al grupo de españoles que lo esperaban al pie de los Andes.

Una expedición suponía un riesgo muy grande. Los participantes no solo podían perder la vida sino también arruinarse para siempre si

no descubrían nada. Para Gonzalo Pizarro la expedición fue un fracaso total. El modelo de organización era que cada hombre compraba sus armas y su caballo y tenía derecho a una parte del botín. En general, los soldados participaban espoleados por la pobreza y por competir entre sí. Si encontraban un reino, podrían llegar a ser ricos y poderosos. En este caso, el resultado más significativo de la expedición resultó ser el viaje de Orellana, una de las proezas del descubrimiento.

Durante la expedición de Gonzalo Pizarro, murió una proporción más alta de indígenas que de españoles, porque eran más vulnerables que estos a los cambios de altura y de temperatura y, además, el esfuerzo físico les superaba a menudo. Debían caminar por vastos territorios, cargando fardos, expuestos a peligros y a falta de alimentación. Cuando se preparaba una expedición, se solía contar con diez indígenas por un español.

Durante los primeros años, los Pizarro podían hacer cualquier cosa en el Perú porque la Corona dependía de ellos tanto como ellos dependían de la Corona. Llegaron a ser las personas más ricas del país, con fincas, minas y plantaciones de coca. Sin embargo, este estado de cosas terminó después del asesinato en 1540 de Diego de Almagro y de Francisco Pizarro y de una rebelión por parte de los primeros conquistadores contra las Leyes Nuevas, que limitaban la tenencia de una encomienda a la vida del conquistador y no permitían que se transmitiera a sus hijos. La Corona decidió hacer sentir su autoridad, y finalmente, en 1548, se impuso a Gonzalo Pizarro y a otros sublevados. Así, de los cuatro hermanos Pizarro, Juan murió en combate; Gonzalo, ejecutado por rebelión; Francisco, asesinado, y Hernando pasó largo tiempo en prisión en España. La familia Pizarro luchó por mantener su propiedad, pero en la década de los 1570 se confiscó todo lo que todavía conservaban.

Como observación aparte, es interesante saber que los dos jóvenes indígenas que Francisco Pizarro se llevó a España después del primer viaje de exploración, Felipillo y Martinillo, tomaron caminos distintos y no se soportaban. Martinillo pertenecía a la nobleza incaica, pero Felipillo no. Este último participó en diferentes asuntos turbios y terminó ejecutado por traición. Martinillo siguió siendo seguidor de Pizarro, se casó con una española y acabó

convertido en un conquistador indígena, un grupo importante del que no se habla mucho. Como en México, miles de indígenas participaron del lado español en batallas y expediciones. En el Perú, por ejemplo las etnias hayla y cañari odiaban a los incas. Se conservan documentos en los que conquistadores indígenas o sus hijos exigen recompensas a la Corona por haber ayudado a los españoles.

Para controlar a los hermanos Pizarro y hacer respetar la soberanía real, Carlos V nombró a Francisco de Toledo virrey del Perú. Este reorganizó el gobierno, relanzó la actividad minera, concentró a las poblaciones dispersas, aniquiló el último baluarte independiente inca en Vilabamba y ejecutó al joven Inca Tupac Amaru. Toledo puso fin a la anarquía, colocando la provincia bajo la autoridad del rey.

LA MINERÍA

Tanto Colón como Cortés y Pizarro habían encontrado objetos de oro, y la fiebre del oro no era solo una quimera. Tenochtitlan, Cajamarca y Cuzco habían mostrado que había oro, y sin duda el nombre de El Dorado fue un estímulo para las expediciones y explica la rapidez con la que fue explorado y sometido el continente. En las capitulaciones firmadas con la Corona se especificaba que un quinto del oro y de la plata debía pagarse al rey, lo cual también puede formularse como que cuatro quintos eran para el conquistador. La fiebre del oro culminó en la década de 1530 a 1540, y después se pasó de la búsqueda del oro a la minería de plata. Se habían descubierto las minas de plata de Potosí y las de Zacatecas.

En el Perú, la plata se extraía del mítico cerro de Potosí, y en la Nueva España, de las minas de San Luis Potosí y Zacatecas, pero la obtención de plata no era tan sencilla. En primer lugar, se trataba de abrir profundas y peligrosas minas, con escalones minúsculos en pronunciadas pendientes por las que ascendían y descendían largas filas de indígenas cargando en sus frentes pesados cestos repletos de mineral. La mortandad era enorme. La excusa más frecuente para hacer trabajar a los indígenas en esas condiciones era que con anterioridad a la llegada de los españoles ya lo hacían gratuitamente como una especie de impuesto. Sin embargo, los indígenas «mitayos» de los incas debían servir al Estado solo durante unas semanas al año.

El mineral de plata se transportaba a las «haciendas de beneficio», donde caballerías trituraban el producto arrastrando pesados rodillos. Además, había que separar la mena de la ganga, la plata de las impurezas. Eso solo se obtenía mezclando el mineral con el mercurio en los patios de las haciendas de beneficio. Daba la casualidad de que el rey de España monopolizaba este metal, pues las dos minas de mercurio más importantes del mundo se hallaban en sus Estados. Se trata de la de Almadén, cerca de Ciudad Real en

España, explotada a cielo abierto de forma ininterrumpida desde tiempos de los romanos, y la de Huancavelica, en el Perú. La segunda abastecía de mercurio a la minería peruana, y la primera, a la de la Nueva España, adonde se transportaba en unos barcos especiales denominados «azogues», palabra con que en la época se designaba a este metal, en unos contenedores adaptados a su gran peso y la relativa liquidez. Los «azogues» eran los únicos barcos que navegaban ininterrumpidamente por el Atlántico, sin necesidad de esperar o integrarse en la flota de Indias. En consecuencia, quien dominase la producción de mercurio tenía en sus manos la llave de la producción de la plata. Por ello, los Austrias, siempre agobiados por las deudas que les imponían sus campañas europeas y apremiados por sus acreedores, no dudarían en ceder a los banqueros alemanes Fugger el monopolio de la mina de Almadén, un valor seguro, como pago de su deuda.

En los centros mineros, la obtención del preciado metal regía la vida cotidiana, relegando la agricultura a las comarcas aledañas cuyas haciendas iban a producir la comida necesaria para sustentar a miles de mineros. Por añadidura, era necesario construir caminos seguros y dotarlos de plazas fuertes y poblaciones que protegiesen los cargamentos de ataques de bandoleros o de indígenas cimarrones. Así surgió el famoso largo camino que iba de la ciudad de México al Real de Minas de Zacatecas, fundándose paulatinamente haciendas agrícolas y ganaderas y fuertes o presidios, embrión de futuras ciudades, como Lagos y Aguascalientes. El ciclo de la plata no podía improvisarse, sino que fue el resultado final de una serie de decisiones administrativas.

FUENTES DE NUESTROS CONOCIMIENTOS DEL IMPERIO INCA Y DE LA CONQUISTA

Existen varios documentos extraordinarios sobre el Perú del siglo XVI, y uno es Comentarios reales del imperio de los incas (1609). El autor, Garcilaso de la Vega o el Inca Garcilaso, era hijo de un capitán español y una princesa inca. De niño, aprendió tanto la cultura española como la incaica. Fue educado en Lima, pero a los 20 años viajó a España para no volver nunca más al Perú. Escribió tres crónicas que constituyen un complemento de otras fuentes, aunque hay partes de los textos de Garcilaso que contienen elementos de ficción para hacer más atractivo el texto para sus lectores europeos.

Para entender cómo leer el libro, hay que saber que el autor nació en 1540, dejó el Perú en 1560 y escribió su famoso texto sobre los incas más o menos entre 1603 y 1608, es decir, cuando llevaba viviendo fuera del Perú cuarenta o cuarenta y cinco años. Se basa en los recuerdos de su niñez y juventud, cuando el reino incaico ya había sucumbido. Como fuentes cita lo que oyó decir a algún familiar mayor, lo que había observado y lo afirmado por otros historiadores. Su actitud es benevolente tanto hacia los indígenas como hacia los españoles, porque se niega a elegir entre su padre y su madre. Considera primitivos a otros pueblos indígenas, haciéndose eco probablemente de la actitud de sus familiares, pertenecientes a la nobleza inca. Critica a los españoles por no mantener en buen estado los edificios, caminos, puentes y canales de irrigación de los incas. El mundo mental de Garcilaso es español, y cuando hace comparaciones echa mano de ciudades españolas y textos latinos.

La historia de los incas, según el autor, es una larga lista de guerras de conquista. Garcilaso de la Vega describe cómo usaban los incas la intimidación, porque su ejército era muy grande y los reinos vecinos podían dar la batalla por perdida de antemano. Sin embargo, había pueblos que no querían comprometer su libertad y

elegían la lucha. El Inca Garcilaso habla de enormes ejércitos de 30.000 o 40.000 soldados, de batallas sangrientas y de venganza contra los pueblos que no se habían sometido voluntariamente. Una venganza podía consistir en asesinar a todos los varones a pedradas y hachazos y mandar lejos a todas las mujeres y niños como esclavos.

El autor describe detalladamente cómo Atahualpa asesinó a toda la panaca de su hermanastro en Cuzco. La madre del Inca Garcilaso y algún tío fueron de los pocos que lograron escapar. Atahualpa odiaba a Huáscar, porque sabía que su contrincante era el heredero legal. Garcilaso sostiene que Huáscar no sospechaba las intenciones de su hermanastro y por eso no estaba preparado cuando empezó el ataque. Después el campo de batalla se convirtió en un lago de sangre, dice Garcilaso. Atahualpa apresó a Huáscar e hizo llamar a todos sus familiares masculinos, que eran varios centenares. Después los rodeó y los mató a todos. Cuando ya estaban sin protección las mujeres de la familia de Huáscar, obligó a este a asistir a la matanza de todas ellas, sin excepción, hermanas, tías, concubinas, y de todos los niños. Varió la manera de matar a las mujeres, suspendiéndolas por los brazos, de un brazo o de sus cabellos. A continuación hizo llamar a todos los notables de los pueblos vencidos, los curacas, y los dispuso en filas para que observaran cómo era conducido Huáscar entre ellos con un lazo al cuello. Después hubo otro baño de sangre, porque todos los curacas leales a Huáscar fueron matados también. Para terminar se asesinó a todos los sirvientes del palacio de Huáscar y a todos los habitantes de las aldeas de donde provenían los sirvientes, fueran aguadores, leñadores, panaderos o niñeras.

Es obvio que Garcilaso quiere que se recuerde la maldad de Atahualpa. Al leerlo, hay que recordar que Garcilaso escribe a muchos años de distancia de los hechos y que está implicado emocionalmente en lo que pasó.

Parece que Garcilaso teme que pueda resultar monótono para el lector europeo leer sobre tantas guerras de conquista, así que intercala descripciones de plantas y animales y de técnicas para construir templos, fortificaciones, puentes de sogas y terrazas de cultivo. Describe cómo funciona el sistema de trabajo colectivo y el

trueque de mercancías. El autor admira la organización inca, pero subraya que no conocían la escritura, el dinero, la rueda o el uso del hierro. La tierra se poseía de manera colectiva y lo producido se distribuía según la categoría de cada uno. Todos debían cultivar su tierra, la del Inca y la del templo. Los almacenes con ropa, comida y armas estaban controlados por guardias especiales, y en las regiones fronterizas servían para dar regalos a los curacas que querían someterse a los incas. Se organizaban bodas colectivas cuando las mujeres tenían unos 18-20 años y los varones 24. Como se ha dicho, las mujeres hermosas eran designadas para vivir en casas especiales para ellas, ocuparse de los templos, producir textiles o comida para el Inca o convertirse en concubinas. El trabajo colectivo se realizaba a menudo con alegría, pero no se aceptaba que no se trabajara, y los castigos podían ser crueles.

Se considera que Garcilaso ha contribuido al mito del buen salvaje en Europa. El mito transmite la idea de un reino lejano, hermoso, con montañas altas y ríos de agua clara, donde abundan el oro, la plata y los textiles de color vivo. Sin embargo, esta imagen no se corresponde con el contenido del libro de Garcilaso, ya que describe una historia de guerras de conquista, baños de sangre, traiciones, venganzas y desinterés general por el desarrollo intelectual. No describe al reino incaico como mejor que España, sino como diferente y digno de ser admirado en ciertos aspectos.

El texto de Garcilaso es de lejos el más conocido, pero más completo y más fidedigno es el de Pedro Cieza de León, quien estuvo en América y principalmente en el Perú entre 1535 y 1550. Llegó a América con unos 13 años y se quedó allí diecisiete años antes de volver a España. Logró obtener el encargo de escribir sobre el Imperio Inca. Este joven, con pocos años de educación académica, tenía una mente que podríamos calificar de científica. Observaba sin cegarse por los partidismos y mencionaba las fuentes de sus afirmaciones. Atravesó América del Sur, desplazándose desde Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, y Bolivia, hasta el norte de Chile. Describió paisajes, plantas, animales y pueblos, y cuando viajaba no dejaba de observar y preguntar para enterarse de cómo estaba organizado el Imperio de los incas y cuáles fueron las circunstancias particulares de la conquista. Una de sus observaciones es que el Imperio Inca combinaba tres rasgos

característicos: era una teocracia, una burocracia y una sociedad guerrera, algo parecido a lo que también caracterizaba la España del siglo XVI. Interesado en los incas y la conquista, el texto de Cieza de León es superior al de Garcilaso porque el primero ha participado directamente en muchos de los acontecimientos que cuenta y ha visto con sus propios ojos muchas regiones de América. Además, su texto se escribió antes que el de Garcilaso. Sin embargo, solo una parte de su obra fue publicada antes de su muerte y no logró la popularidad de Garcilaso.

Existe un documento que nos permite entender cómo podía ser vista la conquista del Perú por parte de un indígena culto y de la alta sociedad: Primer nueva crónica y buen gobierno, escrito por Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1615). Se trata de un manuscrito de unas 1.200 páginas, ilustrado con unos 400 dibujos, con muchas expresiones en quechua y que contiene una descripción del reino de los incas, de la conquista y de la situación al final del siglo XVI. El resto del libro son sugerencias para mejorar la situación, dirigidas al rey Felipe III. El autor se presenta como descendiente tanto de un caballero español como de la realeza inca, y orgulloso de su doble linaje. Ha viajado por el Perú y describe situaciones precisas y a personas con nombres y apellidos, a la vez que se pronuncia de manera general. Redactó su texto entre 1587 y el año de su muerte, pero el manuscrito nunca llegó a Felipe III. Por caminos algo tortuosos, terminó recalando en la Biblioteca Real de Copenhague, donde fue encontrado en 1907. No tuvo impacto en su época, pero hoy nos permite entender cómo pensaba un observador cualificado de la sociedad peruana del siglo XVI.

El autor es genuinamente cristiano e imbuido de la cultura española, pero le preocupan los signos de disolución social en el Perú de su tiempo. Ofrece ejemplos de abusos de los españoles, pero el tono y la presentación son menos agresivos que los de, por ejemplo, Las Casas. Su preocupación principal es la disolución de las estructuras familiares de los indígenas. Habla del despojo que sufren los indios de sus pertenencias, pero sobre todo de cómo los españoles corrompen la vida familiar, seduciendo o violando a las mujeres indígenas, que después ya no quieren vivir con su anterior marido. La acusación apunta a todos los españoles en general, incluso a los curas, que, con la excusa de la enseñanza de la

doctrina cristiana, convierten a las muchachas en sus «mancebas». Combina esa crítica con una protesta contra la mezcla de las categorías sociales, que conduce, a su entender, a una cierta promiscuidad. Una y otra vez vuelve a la idea de que están desapareciendo los indígenas como grupo, porque las mujeres indígenas dan a luz a niños de padres españoles o africanos, es decir, describe el Perú como una sociedad multicultural, pero no en un sentido positivo.

Para el lector de hoy es interesante que el autor acepte como mejoras el Estado español y la religión y que no cuestione la esclavitud ni tampoco la necesidad de pagar impuestos, pero sí denuncia los abusos de autoridad que se cometen, como hacer trabajar a los indígenas sin pagarles. Habla de la situación deplorable en las minas, pero apenas menciona las epidemias. No está en contra de la Iglesia, sino de los curas que no están cumpliendo con su deber, a la vez que enumera ejemplos de sacerdotes probos y de representantes no corruptos de la Corona. Tampoco presenta a los indígenas como ejemplos de virtud, y subraya vicios propios de estos, como el abuso de alcohol, al que califica de problema muy serio. El hecho de que escriba al rey es una muestra clara de que acepta su autoridad, pero está muy preocupado por la falta de orden social. Es fascinante poder «escuchar» a una persona que vive en una época muy distinta de la del lector.

LA CONQUISTA DE COLOMBIA

La expedición, la «entrada», que llevó a la conquista de lo que es hoy Colombia, fue financiada por Fernando de Lugo, gobernador de las islas Canarias, junto con comerciantes italianos. Lugo había obtenido del rey unas capitulaciones negociadas por su hijo Alonso, en las que quedaba patente cuál iba a ser su autoridad sobre los territorios conquistados. La Corona insistía en la obligación de llevar frailes para cristianizar a los indígenas. En 1536 todo estaba listo, y Lugo llegó con mil personas a Santa Marta. Necesitaba urgentemente descubrir algo y obtener ingresos para poder devolver el dinero prestado.

Sin embargo, la conquista de Colombia tiene como figura central a Gonzalo Jiménez de Quesada, un abogado de 27 años que salió desde lo que es ahora la ciudad de Santa Marta con 800 españoles, algunos esclavos africanos y muchos cargadores indígenas. Su plan era navegar por el río Magdalena para encontrar sus fuentes y, además, un camino hacia el Perú por el interior del continente. No encontró ninguna de las dos cosas, pero sí una zona densamente poblada y rica en oro. Después de los reinos de los mexicas y de los incas, esta era la tercera región más importante de indígenas sedentarios.

Al hablar de la conquista de Colombia vamos a dar énfasis a quiénes eran los conquistadores. Los que acompañaban a Jiménez de Quesada no tenían mucha experiencia de la vida en América, y su edad media rondaba los 25 años. El grupo llegó al río Magdalena después de sufrir tempestades en el mar y lo remontó lentamente durante siete meses, sin encontrar núcleos importantes de población y tampoco alimentos. A causa del hambre y las enfermedades, se establecieron unos meses en un lugar llamado La Tora, pero de los 800 que habían empezado el viaje solo quedaban 200 y un número que no conocemos de indígenas.

En esta situación, un pequeño grupo de españoles bajo el mando de

Jiménez de Quesada dejó a los demás junto al río para explorar el interior, entrando en contacto con otros pueblos indígenas. Gracias a la tenacidad de Jiménez de Quesada y su habilidad a la hora de percibir signos de que había un gran reino organizado en la cercanía, el grupo logró su meta. Contribuyó al éxito su resistencia física y mental, pero también la colaboración de los indígenas amigos, que mostraron a los españoles dónde había tesoros escondidos, dónde se encontraban minas y dónde se habían refugiado ciertos caciques.

Las penalidades de Jiménez de Quesada habían sido peores que las de Pizarro. Sabemos lo que sucedió porque varios capitanes escribieron probanzas de mérito para obtener beneficios del rey por haber servido a los intereses de España. No hay documentos de los chibchas o muiscas, un pueblo bastante desarrollado, ni de los panches, otro pueblo con el que los españoles tuvieron contacto y que luchaba tanto contra estos como contra los muiscas. Los textos españoles mencionan que el cacique Bogotá y su sobrino Sagipa murieron combatiendo a los españoles. Los europeos se establecieron alrededor de Tunja, Bogotá y Vélez y llegaron a enterarse de cómo funcionaba la extracción de esmeraldas. En sus probanzas de mérito, los españoles describen el clima y el paisaje, así como la vida de los indígenas y sus costumbres, entre las que destacan la poligamia, los sacrificios humanos y el canibalismo.

Como Francisco Pizarro, Jiménez de Quesada tenía un hermano que quería descubrir su propio reino. Salió de Bogotá en 1541 con 270 españoles, 5.000 indígenas, 150 caballos y muchos suministros en dirección a Venezuela, pero se perdieron y nunca se volvió a tener noticias de ellos.

Jiménez de Quesada se quedó durante dos años con los chibchas, y solo en 1539 entró otra vez en contacto con europeos. Sucedió de manera totalmente inesperada, porque tres grupos de conquistadores se encontraron por casualidad en la meseta cerca de Bogotá, sin saber nada de la existencia de los otros. Había salido de Quito un grupo de exploradores bajo el mando de Sebastián de Belalcázar, y el otro había partido de Venezuela bajo el mando de Nicolás Federmann. Belalcázar llegó 15 días después de Federmann. Hubo problemas porque todos pretendían ser los descubridores de

la región.

Jiménez de Quesada volvió a España, donde mantuvo una larga disputa legal con sus antiguos compañeros sobre el derecho a lo conquistado. Sus excompañeros decían que se les había prometido más de lo que habían recibido. Jiménez de Quesada fue acusado de fraude, tortura y asesinato; se defendió bien, pero tuvo que pagar multas.

Hay bastante información administrativa sobre el grupo de Jiménez de Quesada. Sabemos sus nombres, sus cargos, su edad y si sabían escribir. Además de los cargos militares, había dos capellanes, un cirujano, un veterinario, un escribano, un trompeta y un tambor. La mayoría venían de Andalucía, Castilla, Extremadura o Portugal, y su rango social en España era relativamente bajo. Entre los participantes había bastantes hermanos, medio hermanos y primos. Había un esclavo negro, y se ha especulado con un esclavo morisco y con que Jiménez de Quesada fuera converso. De ser así, habría representantes de la España entera excepto de su parte femenina. La edad variaba entre seis jóvenes de 17 años y un hombre de 47. Entre los que sobrevivieron a los terribles primeros meses, el 70 por 100 llegó a los 60 años, y el 40 por 100, a los 70. Un 25 por 100 del grupo era analfabeto y un 15 por 100 decía ser hidalgo. Cuando se organizaron las ciudades, se establecieron cargos de la administración local, y las listas de los nombrados o elegidos se han conservado.

Jiménez de Quesada volvió a Colombia en 1548 y destacó entre los conquistadores por su actividad intelectual. Había adquirido un alto nivel cultural antes de embarcarse hacia América la primera vez. Además de haber estudiado derecho, había aprendido latín, italiano, francés y árabe. Había pasado bastante tiempo en Flandes y en Italia en su juventud y conocía la situación política. Entre otras cosas, se había entrevistado varias veces con Carlos V. Cuando estaba de vuelta en Colombia, llegó a sus manos un libro escrito por el historiador y obispo italiano Giovio o Jovio, sobre la actualidad política, en el que se atacaba a España de una manera infundada según el parecer de Jiménez de Quesada, que decidió protestar contra las afirmaciones incorrectas de Giovio con El antijovio. Cuando escribió el texto, Jiménez de Quesada tenía unos 60 años,

vivía alejado de España, en Tunja, en Colombia, pero no quería dejar de reaccionar ante lo que consideraba mentiras puestas en circulación por el obispo italiano. Afirmaba que si el libro de Jovio únicamente se hubiera publicado en latín, no se habría molestado en contestarle, pero consideraba que debía hacerlo porque habían salido traducciones a varias lenguas y también al español.

Tenemos textos de Colón y de Cortés sobre la conquista misma, pero Jiménez de Quesada escribe sobre un tema intelectual, como si hubiera vivido en una ciudad en Europa. Empieza diciendo que a los españoles les ha ido muy bien y que esto ha despertado la envidia de los italianos. Acepta las críticas contra España, pero siempre que se basen en la verdad. Comenta los datos tergiversados en el mismo orden en que aparecen en las páginas del libro de Jovio. Subraya que su crítica se basa en lo que ha visto, en lo que le han contado testigos presenciales y en datos de otros libros. No habla de su propia actuación en América, pero sí de sus actividades en Europa antes de salir para las Indias. Jiménez de Quesada sorprende al lector por tener información muy actualizada sobre la política europea. Critica que Jovio escriba sobre temas que no conoce, que cambie el orden cronológico de los hechos y que presente datos fundamentales como si no tuvieran importancia y al revés. Protesta contra la selección de vocablos e insiste en que hay que usar las palabras con propiedad, porque una batalla no es igual que una rebelión. Además, tanto españoles como italianos participaron en el saqueo de Génova, pero Jovio solo menciona a los españoles. Para Jovio, solo hay buenos italianos y malos españoles. Jiménez de Quesada reivindica la honestidad intelectual, diciendo que se reiría si no fuera tan serio que se difundiese algo tan alejado de la verdad. Escribir sus comentarios le supuso cinco meses de trabajo duro, y se dio prisa porque quería mandar el manuscrito a Europa con la flota que estaba por salir.

Sin embargo, ese trabajo innovador no llegó a publicarse en aquel tiempo, sino que tuvo que esperar hasta 1952. Jiménez de Quesada sorprende por lo moderna que es su manera de entender la honestidad intelectual. Fascina al lector de hoy porque este tiene la impresión de «conversar» con una persona del siglo XVI que vivía en medio de sucesos políticos de gran importancia y llegamos a entender cómo pensaba y reaccionaba. Además, no tenía ningún

cargo oficial cuando escribía su texto y es probable que se sintiese libre para decir lo que quería.

LA CONQUISTA DE VENEZUELA

Durante las décadas de 1520, 1530 y 1540, aumentaron rápidamente los territorios españoles. Hernán Cortés conquistó el señorío mexica entre 1519 y 1521, Francisco Pizarro el señorío inca entre 1532 y 1533, Sebastián de Belalcázar fundó Quito en 1534, Pedro de Mendoza fundó Buenos Aires en 1536, Gonzalo Jiménez de Quesada conquistó el señorío chibcha en 1539 y Pedro de Valdivia fundó Santiago de Chile en 1541. Es menos conocida la historia de cómo se conquistó Venezuela, un relato que tiene todos los ingredientes de una novela de aventuras, con conquistadores, indígenas con flechas envenenadas, piratas de diferentes reinos, frailes, pescadores de perlas, esclavos y cimarrones. El nombre de Venezuela, es decir, pequeña Venecia, podría aludir a las casas indígenas construidas sobre pilares, palafitos.

En su tercer viaje, Colón llegó en 1498 a las islas de la costa venezolana, pero estaba enfermo y permaneció allí poco tiempo. Las siguientes expediciones para explorar y conquistar Venezuela salieron de lo que es ahora Haití y Colombia. Alonso de Ojeda fundó una primera ciudad en Venezuela en 1499, y después volvió a España para obtener del rey las capitulaciones correspondientes.

A pesar de varios intentos de fundar ciudades, estas sobrevivían poco tiempo, porque los españoles eran pocos, y los indígenas, hostiles, y además surgían conflictos entre los conquistadores. A mayor abundamiento, el territorio sufrió una serie de terremotos, huracanes y ataques de indígenas y corsarios ingleses y holandeses. Los primeros frailes misioneros fueron muertos por los indígenas. No había en Venezuela un reino indígena organizado, sino que allí vivían diferentes grupos étnicos que estaban en guerra continua los unos contra los otros. Los españoles se impusieron a veces con medios pacíficos, a veces a la fuerza. Despertó mucho entusiasmo la obtención de perlas en la isla Margarita. Sin embargo, los buceadores indígenas fueron obligados a trabajar en condiciones duras y muchos murieron. Además, disminuyó pronto el número de

ostras que contenían perlas.

Venezuela fue colonizada primero desde La Española, es decir, Haití, y si una ciudad venezolana había sido incendiada o destruida por un huracán, la población volvía a La Española durante un tiempo. Como hemos apuntado, varias ciudades fueron simplemente abandonadas como consecuencia de catástrofes naturales o de ataques de los indígenas o de los piratas. La conquista fue un proceso lento que duró unos 150 años.

Un nombre asociado a Venezuela es el de Lope de Aguirre, un vasco conocido por su excentricidad, por no decir enfermedad mental. Consideraba que el rey no le había otorgado todas las recompensas a las que tenía derecho por haberle servido, por lo cual, en una carta curiosa dirigida al monarca, se declaró en rebeldía. Terminó asesinado por uno de los suyos después de haber sembrado la muerte y la destrucción por donde pasaba. Esta «rebelión» subraya que la autoridad del rey no era cuestionada por el resto de los españoles, aunque no siempre completamente acatada. La rebelión de Gonzalo Pizarro contra las Leyes Nuevas sería otro ejemplo.

Curiosamente, Venezuela fue gobernada por alemanes entre 1529 y 1545. La explicación es que cuando Carlos V salió elegido como emperador del Sacro Imperio Romano en una votación en Fráncfort, había tenido que comprar los votos de algunos electores, como también lo había hecho su rival el rey francés Francisco I, pero con menos éxito. Carlos había vendido de antemano el derecho a explotar las riquezas de Venezuela a una casa de banqueros alemanes, y estos aparecieron en Venezuela sin la intención de colonizar sino solo de recuperar su inversión. Ya que Carlos V también era emperador de Alemania, decidió en 1526 que también sus súbditos no españoles tenían derecho a viajar a América.

La administración en Venezuela, como en el resto de América del Sur, seguía los patrones burocráticos españoles. Los nombramientos llegaban de España, y a veces se acertaba y a veces no. Se conservan listados con los nombres de los funcionarios de la Corona. Por estar lejos de México y Lima, y más lejos todavía de Madrid, podría ser tentador actuar fuera de la ley, pero había un freno importante. Al terminar el tiempo estipulado de un nombramiento, el gobernador tenía que someterse a un escrutinio público de sus gestiones, el

juicio de residencia.

Se intentó conquistar también la Guayana actual, y entre 1530 y 1590 salieron unas 30 expediciones con ese objetivo. Sin embargo, en Guayana la situación era tan fragmentada y había tantos conflictos que ningún grupo logró imponerse. Existían multitud de pueblos indígenas diferentes, cada uno con su lengua, faltaban fronteras naturales y se habían instalado en el territorio grupos de holandeses, ingleses y franceses. Desde muy temprano, había también venta de esclavos en la región. Hubo varias rebeliones de esclavos, como la de 1553, cuando un grupo de africanos huyó a la selva, fundó un reino y proclamó rey a uno de los suyos.

LA CONQUISTA DE CHILE

La conquista de Chile empezó desde el Perú y dependió de la situación en Lima y Cuzco. En la primera entrada, Diego de Almagro salió de Cuzco en 1535 con un grupo de 50 españoles y muchos indígenas. Compró armas y caballos y mandó un barco hacia el sur. A la expedición se fueron sumando más españoles hasta formar al final un grupo de 240 soldados y 1.500 indígenas. Encontraron una fuerte resistencia por parte de diferentes pueblos indios, y se cometieron actos de crueldad por los dos lados. Los españoles se quedaron un tiempo en Copiapó y después cerca de Aconcagua. Además de ser hostigados por los indígenas, les desanimó no encontrar ningún reino comparable al de los incas. Sufrieron frío y hambre, fueron hostigados por los naturales, y muchos murieron. El grupo regresó por la costa, teniendo que atravesar el desierto de Atacama, y llegó a Cuzco diezmado y en mal estado en 1537, justo cuando estaba produciéndose una rebelión indígena. Como se ha dicho, el conflicto con los hermanos Pizarro terminó con una batalla, Almagro fue encarcelado y ejecutado en 1538 y sus seguidores, «los de Chile», cayeron en desgracia en un Perú dominado por aquellos.

La segunda entrada se hizo a cargo de Pedro de Valdivia, un capitán de mucha experiencia. Había luchado en Flandes y en Italia, y en América fue primero a Venezuela y después al Perú para ayudar a los Pizarro contra Manco Capac. Valdivia participó también en la batalla de Salinas contra Almagro y fue recompensado por Pizarro. Tenía 35 años cuando se embarcó en el proyecto de conquistar Chile. Le costó bastante reunir suficientes soldados porque, después de la expedición de Almagro, se sabía que los indígenas eran hostiles y que no había tantas riquezas como en el Perú. Cuando Valdivia finalmente salió de Cuzco en 1540, tenía como mucho 20 soldados, pero más gente se juntó a él en el camino y finalmente había alrededor de 200 españoles y 1.000 indígenas. Llegaron en 1540 a lo que es ahora Santiago, y decidieron establecerse allí. El clima era agradable y apenas había enfermedades. Valdivia fundó la

ciudad en 1541 y nombró cargos para gobernarla, pero debía ser cauto para no ser acusado de haberse arrogado un privilegio que no le correspondía. Entre los españoles que acompañaron a Valdivia a Chile se encontraba una mujer, Inés Suárez, que participó activamente en la conquista además de convertirse en la amante de Valdivia. En diferentes textos se habla con respeto de ella.

Valdivia repartió encomiendas para recompensar a los que habían ido con él a Chile. Entre los españoles había muchas intrigas, en el centro de las cuales estaba Pero Sancho de Hoz, que hasta intentó matar a Valdivia para erigirse él en gobernador. En esta situación, les llegaron noticias de Lima sobre el asesinato de Pizarro y desórdenes de todo tipo, y en Chile los españoles entendieron que no iban a recibir los refuerzos con los que habían contado. Santiago fue atacado e incendiado por los indígenas, y la ciudad tuvo que ser fundada una segunda vez. Los españoles pidieron ayuda y finalmente llegó un barco a Valparaíso en 1543 con gente y mercancías.

Valdivia tenía prisa por explorar el territorio más al sur, y su gran sueño era llegar hasta el estrecho de Magallanes y establecer el contacto con el Atlántico. Sin embargo, el problema era que la Corona había dado capitulaciones también a Sancho de Hoz para Tierra de Fuego. Por eso se produjeron dudas y rivalidades acerca de a quién le correspondía explorar y conquistar el sur de Chile, Patagonia y la Tierra de Fuego.

Sin embargo, Valdivia volvió otra vez a Lima. Formaba parte de la tropa del virrey Pedro de la Gasca cuando este luchaba contra Gonzalo Pizarro, lucha que terminó con la victoria del primero y la ejecución del segundo en 1548. Al volver, Valdivia llevaba caballos y hombres, pero antes de pasar a Chile fue detenido. Sus enemigos le habían acusado ante el virrey de gobernar de manera injusta. Sin embargo, fue declarado libre de culpas mayores y pudo continuar hacia Chile. Una vez de vuelta en Santiago, se dio cuenta de que había repartido demasiadas encomiendas, porque no había mano de obra indígena para todas ellas. Decidió anular 32 de las 60 encomiendas, lo cual le creó enemigos a la vez que se iba afirmando en su decisión de explorar nuevos territorios hacia el sur, porque si conquistaba más terreno, podría compensar a los que habían

perdido sus encomiendas.

Al trasladarse más al sur, los españoles quedaron encantados con el paisaje y la fertilidad de la tierra. Fundaron las ciudades de Concepción y Valdivia, y de no ser por la hostilidad de los indígenas, quizá habrían trasladado la capital a Concepción. El gran problema de Valdivia era que sus ambiciones eran más grandes que sus medios. Le faltaban hombres para poblar y para defender las ciudades recién fundadas. En ese tiempo, una zona al este de los Andes alrededor de Tucumán y Mendoza se gobernaba desde Chile, algo que cambió cuando el Consejo de Indias entendió hasta qué punto los Andes dificultaban la comunicación.

El fin para Valdivia ocurrió en Tucapel en un ataque a gran escala de los araucanos coordinado por un joven expaje de Valdivia, Lautaro. Este supo aprovechar las decisiones imprudentes tomadas por Valdivia, que todavía no había entendido que los araucanos, también llamados mapuches, eran unos enemigos particularmente temibles. Valdivia había dividido a la tropa española y mandado a un grupo al este de los Andes, para intentar encontrar minas de sal, y a otro por mar hacia el sur, de modo que quedaban pocos soldados para proteger a su propio grupo, que se desplazaba por tierra hacia el sur. Lautaro se dio cuenta de que las tropas españolas estaban debilitadas por la dispersión y decidió atacar con los 30.000 araucanos que había logrado reunir y que actuaron de manera coordinada. Los araucanos habían aprendido rápidamente a utilizar los caballos y los mosquetes para defender su territorio.

Al morir, Valdivia había conquistado un territorio extraordinariamente grande. En lo personal, tenía 56 años de edad, mantenía una buena relación con los demás españoles, vestía bien, le gustaba comer y odiaba a los nobles, quizá por no ser noble él mismo. Al morir, acababa de escribir a su esposa en España para que se trasladase a Chile a establecerse allí, pero cuando la mujer llegó, él ya había muerto.

Después de Valdivia, la Corona nombró gobernador a Jerónimo de Alderete, quien murió antes de tomar posesión, y después al joven García Hurtado de Mendoza, de 21 años, que sería un excelente gobernador. Se dedicó a poner fin a los ataques de los indígenas y a establecer una conexión con el estrecho de Magallanes. En 1558,

mandó una expedición comandada por Juan Ladrillero para explorar y recorrer el estrecho desde el Pacífico hasta el Atlántico, lo cual se logró tras un viaje plagado de temporales y peligros de todo tipo. Hurtado de Mendoza mantuvo una relación estrecha con los españoles del Perú, gracias a lo cual los asentados en Chile se salvaron en varias ocasiones. Cuando los araucanos finalmente reconocieron el Estado chileno, en 1883, habían pasado 350 años.

LA CONQUISTA DE LA REGIÓN DEL RÍO DE LA PLATA

El descubrimiento y la colonización de la región del Río de la Plata fueron muy distintos de la conquista del Perú. No había un gran reino, sino muchos pueblos que vivían en un nivel de desarrollo elemental. No intervino solo un descubridor, sino una serie de personas, tanto de origen español como portugués, y todo se hizo paso a paso y con bastantes reveses.

Como descubridor del Río de la Plata se suele mencionar a Juan Díaz de Solís, nombrado piloto mayor por el rey Fernando. Dejó España en 1515 y fundó en 1516 una población más o menos donde está ahora Buenos Aires. Sin embargo, la población fue atacada por indígenas y destruida, y el propio Díaz de Solís murió en el ataque. El segundo explorador fue Sebastián Caboto, quien remontó el Paraná y el Paraguay. El rumor hablaba de una sierra de plata más allá del río Paraguay, y esta idea espoleó a los españoles, pero también a los portugueses.

En el siglo XVI, el territorio que hoy llamamos Argentina era visto como una unidad junto con Uruguay y Paraguay. La región que más interés suscitó fue el Paraguay actual, ya que era la más poblada, y allí se estableció la base española. Como en el caso de Venezuela, el aumento de asentamientos españoles fue lento a causa de repetidos ataques por parte de indígenas hostiles. Los poblados españoles fueron incendiados, y sus habitantes, muertos. Los indígenas estaban además en guerra los unos contra los otros, y como en Venezuela, hubo serios conflictos también entre españoles.

El primer adelantado fue Pedro de Mendoza, que ya estaba mal de salud cuando salió de España. Llegó con una armada de unos 11 buques, todos financiados por él mismo. Dos de sus altos oficiales, Juan de Ayrolas y Domingo Martínez de Irala, continuaron como encargados cuando Mendoza volvía a España, aunque murió en el mar antes de llegar.

El segundo adelantado fue Álvar Núñez Cabeza de Vaca, quien también financió él mismo su expedición, que llegó al Río de la Plata en 1540 con hombres, caballos y pertrechos de todo tipo. Insistió en trasladarse por tierra, estableciendo así una ruta paralela a los ríos Paraná y Paraguay hasta Asunción. El viaje fue documentado en sus Comentarios, con observaciones de todo tipo anotadas por su secretario. Al llegar a Asunción, intentó entablar buenas relaciones con los indígenas poniendo freno a los abusos de los españoles. Los capitanes habían actuado a sus anchas durante algunos años, y no todos se sentían a gusto con la llegada del representante del rey. Juan de Ayrolas acababa de ser matado por los indígenas, y Martínez de Irala, muy ambicioso, se había acostumbrado a tener el mando y le costaba entregarlo a otro. Entre los pueblos indígenas de los alrededores, Cabeza de Vaca logró establecer la paz a pesar de que varios de estos pueblos belicosos eran caníbales. Sin embargo, era más político que conquistador y no se llevó igual de bien con los capitanes y los soldados como Martínez de Irala, que era enérgico en su actuación y tolerante con las conductas personales irregulares. Martínez de Irala y los capitanes lograron hacerse con el mando de un grupo de soldados y detuvieron a Cabeza de Vaca, al que cargaron de grillos y mantuvieron aislado un año antes de mandarlo preso a España para ser juzgado. El juicio se prolongó durante ocho años, pero terminó absuelto de casi todos los cargos.

Martínez de Irala llegó a gobernar en Asunción hasta su muerte en 1556. Lo más notable durante ese tiempo es que condujo a un grupo de exploradores a través del Chaco hasta el Perú. A partir de ese momento, existió un contacto entre el Río de la Plata y el Perú. También había quedado claro que no había en esa región ningún reino indígena importante sino pequeños grupos diferentes, muchas veces en guerra los unos con los otros. Martínez de Irala realizó algunas incursiones en las tierras al norte de Asunción y fundó varias ciudades. Las guerras con los indígenas, por ejemplo los del valle de Calchaquí, continuaron durante mucho tiempo. Durante su gobierno y los años posteriores hubo una larga serie de sublevaciones indígenas.

Los españoles de la región del Río de la Plata se sentían decepcionados porque no habían hallado oro ni plata, y ni siquiera

había suficiente metal como para acuñar moneda. Ninguno se enriqueció mucho, y había poca presencia de autoridades españolas por ser lugares muy aislados dentro de los dominios imperiales. En esa región había bastante igualdad social entre los conquistadores. La zona llegó a ser conocida por la relajación de las costumbres sexuales y la rápida aparición de una capa demográfica de mestizos. Ya que estos se sentían españoles, se puede decir que fue un período positivo desde el punto de vista del crecimiento deseado de la población española.

Los españoles de Asunción miraban hacia el norte, y fundaron Santa Cruz de la Sierra, y en un primer momento todos los habitantes de Asunción se querían ir allá, porque se pensaba que había riquezas y que la tierra era más fértil. Además, estaba más cerca del Perú, y los habitantes de Asunción añoraban el contacto con otros españoles. También sabían que hacía falta fundar y poblar una ciudad en el estuario del Río de la Plata, aunque el primer intento hubiese terminado mal. Asimismo se quiso establecer ciudades a lo largo del río Paraná para hacer valer la soberanía española frente a las reivindicaciones portuguesas.

Las exploraciones desde Asunción se centraron en descubrir si se podía llegar desde Paraguay al Perú y si era posible encontrar más riquezas «peruanas». Salían también expediciones desde el Perú y Chile en dirección a Paraguay y Argentina que buscaban riquezas y también un camino alternativo para volver a España desde el Perú sin tener que pasar ni por el istmo de Panamá ni por el estrecho de Magallanes. Sin embargo, en Madrid había poco interés por la región.

Se volvió a fundar Buenos Aires bajo el mando de Juan de Garay, el último gobernador del Río de la Plata de talante conquistador. La región gozó de algún privilegio, como el de no tener que observar el monopolio comercial del Estado, y se permitía que hubiera un intercambio comercial con Brasil. La aparición de corsarios ingleses hizo necesario construir una fortaleza en el estuario. Durante esos años se fundaron varias de las grandes ciudades argentinas, como por ejemplo Santa Fe, Santiago del Estero, Córdoba y Tucumán, y es digno de reseñar que esta última fue conquistada desde el Perú y en condiciones muy difíciles por la hostilidad de los pueblos indígenas

de la región.

La zona de lo que es ahora Bolivia fue también explorada desde el Perú por expediciones que iban buscando otro reino como el de los incas. Sin embargo, se encontraron con una región inundada gran parte del año, con poca población y sin metales preciosos, llamada Los Mojos o Los Llanos. La exploración continuó, pero las expediciones llegaron a suponer un rosario de calamidades y originaron fuertes deudas para los organizadores, porque no se obtuvo ningún botín.

LA VIDA DIARIA EN LOS REINOS SUDAMERICANOS

Los primeros textos de los cronistas del Río de la Plata llaman la atención por muchos motivos. Se habla repetidamente de hambre, de ataques de los indígenas y de conflictos dentro del grupo. Se comenta a menudo que grupos de indígenas engañan y atacan a otros grupos de indígenas. Es llamativo que cuando se describe a un español, se suele mencionar de qué ciudad era originario, a pesar de que probablemente no iba a regresar nunca.

¿Cómo era la vida diaria en Sudamérica durante el siglo XVI? Se conservan bastantes documentos, por ejemplo relatos de un cura que viajaba por Argentina observando las características de las diferentes provincias y de su gente, de lo que se cultivaba y de si los indígenas eran rebeldes. Observaba tanto buenas como malas costumbres entre los indígenas. Otra fuente interesante son los testamentos. A los conquistadores no les importa enumerar a los hijos habidos de varias madres diferentes, sino que expresan cariño por ellos y la lógica voluntad de ayudarlos.

Los jesuitas se establecieron en Bolivia y en Paraguay hacia el final del siglo. En los archivos de los jesuitas en Roma se guardan textos con observaciones sobre cómo vivían los indígenas. Hombres y mujeres se juntaban y se separaban de manera informal y con mucha rapidez. Para disminuir el número de los nacimientos, las mujeres seguían amamantando a los niños durante varios años y también practicaban el infanticidio. La esperanza de vida entre los indígenas era de unos 25 años, y a los jesuitas les impresionaba su tranquila aceptación de la muerte. Los jesuitas intentaban proteger a los indígenas del contacto con los españoles, que, según ellos, ejercían una mala influencia sobre los naturales.

El establecimiento de colonias en la Patagonia, en el sur de Argentina, fue lento y muy difícil. Los primeros en intentar construir pequeñas aldeas fueron los marineros que querían pasar el invierno antes de intentar doblar el estrecho de Magallanes. Al

llegar a la Patagonia, generalmente estaban mal de salud a causa del largo viaje por el Atlántico y necesitaban descanso y alimentación. En bastantes casos, sufrían de escorbuto, la piel había adquirido un tono amarillento y muchos mostraban síntomas de depresión. Debilitados por el viaje, su corazón y sus pulmones estaban afectados, y en alguna ocasión simplemente caían muertos al tocar tierra. Los marineros, que sabían que el viaje iba a ser duro, habían escrito su testamento antes de salir de España, pero el sur de Argentina era peor de lo que suponían. La región llegó a ser conocida por sus muchas tempestades, y más de un barco se hundía o era dañado seriamente antes de pasar el estrecho. Al intentar acercarse a un puerto, podrían encontrarse o bien con un paisaje vacío de gente y de comestibles, o bien con indígenas hostiles. El invierno era frío y ventoso. Los intentos de establecerse en la costa fracasaban porque los pobladores españoles no sobrevivían al primer invierno.

Los capitanes españoles que habían logrado pasar el estrecho insistían ante el rey en que era de suma importancia establecer puntos de apoyo en la costa de la Patagonia para defender la soberanía española sobre el territorio. Observaban el interés por parte de ingleses y holandeses en establecer colonias en la región. Sin embargo, la Corona no les hizo caso, seguramente porque tenía otras preocupaciones.

Uno de los muchos capitanes que sirvieron a la Corona en la región del Río de la Plata fue Pedro Sarmiento de Gamboa. Era un capitán muy experimentado y de probada lealtad al rey. Salió en 1576 hacia el estrecho de Magallanes y realizó un estudio pormenorizado de él para ayudar a otros navegantes posteriores. Sin embargo, el relato de sus desventuras es tan largo que parece inventado: traiciones de otros oficiales, sublevaciones, ataques de indígenas, temporales y naufragios. Volviendo hacia Europa desde Brasil, fue capturado por piratas ingleses bajo el mando de Walter Raleigh y llevado a Inglaterra, donde estuvo encarcelado un año. Durante ese tiempo, la reina Isabel lo hizo llamar y Gamboa tuvo una larga conversación en latín con ella. Puesto en libertad, y de vuelta a España por Francia, fue capturado otra vez, ahora por maleantes franceses, y no fue liberado hasta que Felipe II pagó su rescate.

VIAJES DE EXPLORACIÓN POR EL PACÍFICO Y UNA BASE EN FILIPINAS

Lo que sucedió en México y en el Perú fue dramático y ha oscurecido la exploración del Pacífico. De modo parecido a los viajes de Colón, están en el centro del relato la navegación misma, los mapas y el liderazgo de la tripulación. Otra vez hay que hablar del viaje mismo y del descubrimiento, aventuras peligrosas de las que muchos no volvieron.

Las fuentes de nuestro conocimiento son los informes al rey, las crónicas, los diarios de a bordo y los diferentes documentos eclesiásticos. Como la mayoría de los indígenas americanos, los de las islas del Pacífico no conocían la escritura, y en consecuencia no disponemos de un acceso directo a su versión de los acontecimientos. Las Filipinas entran en la Historia escrita con la llegada de los españoles en 1521 y, desde el primer momento, los intereses de España y Portugal chocan en esa parte del mundo. El primer descubridor español era en realidad un portugués, Magallanes, quien había participado en viajes portugueses de exploración pero no estaba satisfecho con la remuneración y por eso ofreció sus servicios a España. Había estudiado cartografía y cosmografía en Lisboa y tenía un conocimiento profundo de esos temas. Junto con sus colaboradores, ofreció en 1517 al rey español encontrar el camino a las Islas de las Especias dando la vuelta a América del Sur. Carlos estaba más preocupado por la herencia del título de emperador en Alemania que por los viajes de exploración en el Pacífico, pero dio cierto apoyo a los que querían explorar y conquistar territorios al otro lado del mar.

Magallanes afirmó saber dónde estaban las islas en cuestión, pero se negó a dar los datos exactos. Tanto Colón como Juan de Solís, otro tránsfuga portugués, habían intentado encontrar ese camino, sin éxito. A pesar de esto, Carlos V aceptó financiar la expedición de Magallanes, y este dio inicio a su viaje alrededor del mundo, que duraría desde 1519 hasta 1522. El reparto de territorios entre

España y Portugal seguía siendo un problema porque el Tratado de Tordesillas no preveía que hubiera territorios más allá de América, y no estaba claro si la región alrededor del estrecho de Malaca iba a considerarse zona de influencia española o portuguesa.

Magallanes no consultaba con los oficiales y no discutía sus planes, y, llegados a la Patagonia, algunos de ellos se rebelaron. En el combate que siguió murieron varios españoles. Algunos de los tripulantes se hicieron con una de las naves de la flotilla y desertaron. Los indígenas de la Patagonia se mostraron hostiles, mataron a varios españoles que buscaban comida y poco faltó para que todos murieran de hambre. Cuando la nave de Magallanes finalmente salió del estrecho que lleva su nombre, desapareció otra nave. No quedaban apenas alimentos cuando Magallanes puso rumbo a las Molucas. El primer aspecto del mar era que se presentaba «pacífico», pero los tripulantes no tenían ni idea de lo que les esperaba ni tampoco de cuánto tiempo tardarían en llegar a las famosas Islas de las Especias. Navegarían tres meses y veinte días sin comida fresca.

Cuando finalmente encontraron islas pobladas, el contacto con los indígenas fue a veces amistoso y a veces hostil. Los españoles observaron que, en muchas islas, los indígenas andaban casi desnudos. Llegaron a la isla de Cebú, en Filipinas, donde permanecieron bastante tiempo, a pesar de la dificultad de obtener suficiente alimentación. En 1522, Magallanes murió en una emboscada, intentando salvar a sus hombres, y fue reemplazado como comandante por Juan Sebastián Elcano. Los españoles chocaron no solo con los portugueses sino también con los musulmanes establecidos en Borneo y en otras islas de los alrededores. Entraron en contacto con el sultán de Brunéi y fueron invitados a visitar su magnífico palacio, pero resultó ser una trampa para matarlos. Llegaron a un lugar que había visitado Magallanes cuando viajaba con los portugueses por la ruta del África del Sur a la India, y así entendieron que habían encontrado una manera de dar la vuelta al mundo. Compraron clavos para vender en Europa, pero el barco iba sobrecargado y se hundió, lo cual fue solo uno de los varios accidentes similares a los que tuvieron que hacer frente. Finalmente, la expedición llegó a España después de concluida la primera circunnavegación del mundo, pero solo quedaban 17 de los

tripulantes y varios de ellos estaban enfermos. Los demás se habían ahogado, habían muerto en combate, habían desertado, habían sido ejecutados o habían sucumbido a enfermedades, sobre todo el escorbuto. Otro barco de la expedición había intentado volver a España, pero había sido apresado por los portugueses, y los tripulantes habían sido vendidos como esclavos. Tanto los indígenas como los musulmanes, los chinos y los europeos tomaban esclavos y corrían el riesgo de verse reducidos ellos mismos a la esclavitud.

El segundo viaje de exploración a las Islas de las Especias partió en 1525 capitaneado por fray García Jofre de Loaisa, un apellido también escrito Loaysa. La finalidad de la expedición era doble: encontrar supervivientes de la expedición de Magallanes y descubrir la ruta por el Pacífico a las Molucas. Portugal y España competían para ver quién iba a ser el primero en conquistar esas islas. Seguía sin aclararse exactamente dónde estaba la línea de demarcación entre la influencia española y la portuguesa. Al mismo tiempo, en los dos reinos era difícil conseguir los recursos para una expedición, y los inversores eran muchas veces privados. Los mapas seguían siendo inexactos, y en el Pacífico la suerte de una expedición dependía de las corrientes y los vientos de los que no se sabía nada, además del peligro de los temporales.

Para la armada de Loaisa, la travesía del estrecho de Magallanes fue una pesadilla, con tempestades, un naufragio y una nave que desapareció y de la que nunca más se supo nada. El escorbuto hizo estragos. Cuando los expedicionarios intentaron buscar comida, se encontraron con unos indígenas hostiles, muy altos y fuertes, además de caníbales. Después de atravesar finalmente el estrecho, al cabo de siete semanas, al salir al Pacífico, les sorprendió otro temporal. El comandante Loaisa, muy respetado, murió de repente, y del mismo modo murió otro oficial respetado, el ya mencionado Juan Sebastián Elcano.

Al llegar a Guam, en las Marianas, descubrieron que los indígenas querían adquirir objetos de hierro. Apareció un superviviente de otra expedición, algo que llegaría a ser frecuente pero siempre era difícil saber por qué el superviviente se había separado de su grupo y si se trataba de un desertor, un rebelde o alguien que había sido castigado. Al llegar la nave a las Filipinas, los españoles se

encontraron con un ambiente conflictivo por los combates que acababan de librarse entre portugueses y musulmanes, además de los conflictos continuos entre los indígenas. La situación se complicaba más cuando de vez en cuando llegaban naves chinas con mercancías. Los españoles encontraron un joven que hablaba portugués y se enteraron de que los portugueses estaban establecidos no muy lejos y habían apresado a todos los españoles que habían sobrevivido a la expedición de Magallanes. En la región había una constante lucha de poder entre musulmanes y portugueses. Además, había luchas internas entre los portugueses, al igual que entre los españoles. Esa era la situación en 1528 cuando llegó a Filipinas una expedición bajo el mando de Álvaro de Saavedra, con la novedad de que había salido de México y no de Europa. Los barcos se habían construido en la Nueva España, y la tripulación tenía cierta experiencia de vivir en América.

La expedición de Saavedra era la primera en que se era consciente de que había mar abierto entre Nueva España y Filipinas. Quedaban otras dificultades, como establecer la posición exacta de un barco, conservar fresca la comida de a bordo, combatir el escorbuto y conseguir que los barcos de una armada no se perdieran de vista. Saavedra se encontró en una isla con una especie de Robinson Crusoe, un portugués casado con una española. Había pertenecido a los hombres de Loaisa y había sido vendido como esclavo, pero había logrado escaparse. Les contó a los españoles que los hombres de Magallanes habían sido vendidos como esclavos a mercaderes chinos. Saavedra pensó que no valía la pena buscar supervivientes de la expedición de Magallanes y empezó a buscar a los posibles supervivientes de la expedición de Loaisa. Los españoles se encontraron más tarde con un barco en el que los indígenas mostraban a dos de los hombres de Loaisa desnudos y atados y exigían un rescate para liberarlos. Los prisioneros contaron que habían estado presos durante cinco meses y que había habido combates entre españoles y portugueses. Sin embargo, también pareció quedar claro que los dos habían participado en un motín y quizá lo habían iniciado.

Cuando Saavedra les contó que la expedición había salido de Nueva España, no lo creían, porque no tenían ninguna noticia de la conquista de ese territorio. Los españoles en América y en el

Pacífico sabían poco o nada de lo que pasaba en otras partes del imperio. La noticia de un barco hundido o de una expedición que había vuelto a casa podía tardar medio año en conocerse. Estos marineros vivían como si fueran personajes de un libro de aventuras. Los relatos de unos y de otros contenían luchas por el poder, ataques sorpresivos, traiciones e información secreta. En un episodio casi de película, unos musulmanes se disfrazaron, entraron en la fortaleza de los portugueses y asesinaron a su comandante, que estaba durmiendo la siesta.

Saavedra emprendió dos intentos de volver a Nueva Españ que resultaron infructuosos, pero proporcionaron una información valiosa a otros navegantes. Primero intentó salir al norte de Papúa Nueva Guinea y después por las islas Carolinas. Sin embargo, las dos veces fue devuelto por las corrientes y los vientos al punto de partida. Poco después del segundo intento, Saavedra murió y los restantes españoles se entregaron a los portugueses, esperando poder volver a España. El importante conocimiento aportado por las experiencias de Saavedra fue que era imposible volver a América por latitudes por debajo del ecuador a causa de los vientos y las corrientes.

En 1529, en Zaragoza, Carlos V firmó un acuerdo con ocasión de su casamiento con una princesa portuguesa, vendiendo los derechos a la hegemonía en el sudeste asiático y las Molucas a los portugueses por cierto número de años. El rey necesitaba dinero para la guerra en los Países Bajos, y estaba más ocupado por lo que sucedía en Alemania que por lo que ocurría en Asia. Además, tanto España como Portugal querían terminar con los incesantes conflictos. Sin embargo, la pugna no terminó, porque tampoco se sabía exactamente dónde estaba el límite entre los intereses españoles y portugueses según este nuevo acuerdo, dado que no se conocían los territorios en cuestión. Cuando las Islas de las Especias fueron declaradas de hegemonía portuguesa, disminuyó el interés de España por la región del Río de la Plata y por la Patagonia.

Los españoles en Filipinas recibieron la noticia del acuerdo como una traición por parte del rey, y no entendieron por qué la Corona los abandonaba. La situación de rivalidad con los portugueses siguió, y si un navegante español tenía que entrar al puerto de

Lisboa antes de seguir a Sevilla, los portugueses eran capaces de quitarle sus anotaciones y sus mapas.

No hubo una política española de expediciones al Pacífico, sino que se organizaban al azar. Sin embargo, algo cambió con el tiempo, y es que a partir de la expedición de Saavedra, como quedó dicho, las naves para Filipinas fueron construidas en Nueva España. La expedición de Saavedra fue sufragada por Cortés, es decir, una persona privada, pero las siguientes fueron decididas y financiadas por la Corona. El primer virrey, Antonio de Mendoza, tenía mucho interés por esas expediciones y la exploración de la costa del Pacífico hacia el norte, y llegó hasta San Francisco en 1542. Otra expedición llegó hasta Oregón. Para ir hacia el norte, la navegación era difícil y hacían falta barcos fuertes y abundante alimentación para la tripulación. La idea del virrey era establecer una serie de puntos de apoyo en Asia y resolver de una vez para siempre la dificultad del regreso desde Asia hasta Nueva España. Los navegantes aprendieron paulatinamente cómo aprovecharse de las corrientes y los vientos. Una expedición importante fue la encabezada por Ruy López de Villalobos entre 1542 y 1546, un período en el que estaba prácticamente prohibido para barcos españoles navegar a Filipinas porque se consideraba territorio portugués según el acuerdo de Zaragoza. Villalobos llegó a la parte oriental de la isla de Mindanao con una tripulación hambrienta y afectada de escorbuto y había tenido que luchar con unas tempestades terribles. El trato que les dieron los indígenas fue hostil. Los indígenas llamaban portugueses a todos los europeos e intentaron apresarlos y venderlos como esclavos.

En una ocasión, estando los españoles debilitados por hambre y enfermedades, estalló un conflicto armado entre ellos para hacerse con un botín. En esa situación desesperada, el comandante decidió hacer caso omiso del acuerdo con Portugal e intentar llegar a las Molucas. Los españoles se vieron de nuevo envueltos en los mismos conflictos que antes con los portugueses, los musulmanes y los indígenas. Además, tuvieron que luchar con las muchas tempestades de la región.

Villalobos intentó volver a México desde las Molucas, al sur de Filipinas y al oeste de Papúa Nueva Guinea, pero fracasó dos veces,

una porque emprendió el viaje en una época del año demasiado tardía y la segunda porque su barco no era suficientemente fuerte. En el segundo viaje, llegó a la costa de Papúa Nueva Guinea. Allí se produjeron fuertes tensiones entre Villalobos y sus hombres, que le habían sido leales en todas las vicisitudes. Villalobos estaba intentando establecer puntos de apoyo españoles, como decían sus órdenes, pero su tripulación estaba harta y quería volver a España, llevándose un cargamento de especias para poder obtener alguna ganancia después de haber soportado tantas tribulaciones. Sin embargo, sobrevino una epidemia, probablemente de polio, y murieron muchos, entre ellos el propio Villalobos. De la expedición de Villalobos, tenemos el nombre mismo de Filipinas, en referencia al entonces príncipe heredero de España, que pronto sería Felipe II. El nombre de Nueva Guinea proviene de un tripulante que había estado en la Guinea africana.

Se pueden apreciar los peligros de los viajes de exploración mirando el número de supervivientes. Villalobos había salido con 370 hombres, de los que 117 llegaron a las Molucas. De ellos, 30 se quedaron en las Molucas por su propia voluntad, uno fue apresado en Filipinas, pero 200 murieron de hambre, enfermedades y actos violentos.

En 1556, Carlos V abdicó en favor de su hijo Felipe II, que entendió mejor que su padre la importancia para su reino de las exploraciones y conquistas pero tampoco dedicó mucho tiempo a América, porque tenía serios problemas más cerca de España. El Imperio Otomano suponía una amenaza en el este del Mediterráneo, los protestantes se rebelaban en los Países Bajos e Inglaterra ayudaba a los enemigos de España. Felipe aceptó mandar una expedición a Filipinas nombrando comandante a Miguel López de Legazpi, vasco, de unos 60 años, viudo, muy religioso y hombre de palabra. Tenía mucha experiencia como marinero y también era jurista. Felipe insistió en que participara también un oficial avezado que había sido miembro de otras expediciones a Filipinas, Andrés de Urdaneta, un soldado y marinero con sólidos conocimientos y buen juicio. Sin embargo, este había profesado como fraile agustino, ya no era tan joven y no tenía ganas de participar en otra expedición. El rey lo convenció con el argumento de que había que salvar a españoles dejados atrás por otras expediciones, además de

dar a conocer la fe cristiana.

Los barcos fueron construidos en Nueva España, pero justo cuando habían sido acabados, murió el virrey Luis de Velasco, que había apoyado la expedición, lo cual retrasó la salida. Como el virrey anterior, había insistido en que España debía disponer de una serie de puntos de apoyo para poder actuar cuando venciera el acuerdo de Zaragoza con Portugal sobre las Molucas. Ya que este acuerdo seguía vigente, el propósito de la expedición se presentó como de rescate.

Se decía que la expedición iría a Papúa Nueva Guinea, pero el rey insistió en que era una prioridad encontrar un camino seguro para volver de Filipinas a Nueva España y que por eso la expedición tenía que viajar al norte del ecuador. Entonces ya se sabía lo importante que era empezar el viaje en ciertas fechas para contar con vientos favorables. Urdaneta elaboró un plan sólido, pero el rey no entendía de vientos y corrientes y no lo aceptó. Al contrario, dio órdenes secretas a Legazpi de decir que iban a viajar en dirección a Papúa Nueva Guinea cuando en realidad recibió la orden de ir a Filipinas. Legazpi no pudo negarse, ya que la expedición estaba financiada por la Corona.

Legazpi dejó Acapulco en 1564 y puso rumbo al sureste para que todos pensaran que irían a Papúa Nueva Guinea. Después de más de cinco días en el mar, expuso la orden secreta y cambió el rumbo. Entre otros, Urdaneta se sintió engañado por el rey. Durante el viaje, se buscaban siempre islitas para obtener agua y comida fresca, pero los arrecifes de coral eran peligrosos, y los indígenas, hostiles. Más de una vez, los pilotos dudaban de dónde estaban. Solo al llegar a Guam, pudieron estar seguros de encontrarse en un lugar visitado por otras expediciones. Los indígenas de Guam tenían miedo a ser apresados como esclavos, pero aceptaban hacer trueque para conseguir objetos de hierro. La relación entre los españoles y los indígenas era aparentemente amistosa, pero cuando un grupo reducido de españoles estaba buscando agua, fue atacado, y un grumete fue matado a hachazos. Como venganza, y contra las órdenes del comandante, unos tripulantes desembarcaron, quemaron cabañas y mataron a varios hombres.

Finalmente llegaron a Filipinas, donde Legazpi se instalaría hasta el

final de su vida. Los diferentes pueblos con los que se encontraron los españoles vivían de manera muy sencilla, pero tenían acceso a una alimentación adecuada. Iban casi desnudos, se adornaban con tatuajes y vivían en constante conflicto bélico con otros grupos indígenas.

Todo lo acontecido al comienzo lleva la impronta de la personalidad de Legazpi. Siempre cortés con todos, se mostró magnánimo en varias ocasiones, liberando prisioneros e intentando conseguir acuerdos con jefes locales. Su problema constante fue conseguir alimentos para la tripulación y además un puerto seguro. No se dejó influir por la posibilidad de hacerse rico rápidamente ni por la compañía de jovencitas, porque era genuinamente religioso y consciente de su responsabilidad ante el rey.

Un problema grave fue la falta de intérprete. Por casualidad llegó un barco de Borneo con tripulación musulmana. Habían conseguido un cañón occidental y dispararon contra los españoles, matando a un hombre. Los españoles a su vez atacaron al barco enemigo, vencieron y apresaron a la tripulación. Entre los prisioneros había un piloto de Borneo que hablaba la lengua local filipina además de malayo, lengua que entendía Urdaneta. Así se enteró Legazpi de que el barco estaba en viaje de negocios. Legazpi liberó a la tripulación y permitió que se llevaran las mercancías, y este acto generoso creó una actitud positiva en especial en el piloto en cuestión. Había viajado mucho y conocía Java, Malaca, Brunéi y la India, tenía una personalidad atractiva y mantuvo con Legazpi largas conversaciones en las que las dos partes intentaban averiguar las intenciones del otro. El piloto informó a Legazpi sobre los conflictos locales y el comercio de oro y esclavos.

La dificultad para obtener buenos intérpretes siempre estuvo presente. Otro intérprete fue un malayo que hablaba español porque había sido sirviente de un español. Pero los españoles se dieron cuenta de que los indígenas a veces les daban informaciones vagas o contradictorias a propósito. En una ocasión sucedió que, a pesar de participar en una ceremonia de mezclar sangre con los indígenas en la que los españoles hablaron de obedecer al rey español, los indígenas no volvieron, tal como se había acordado, y tampoco el intérprete.

Legazpi tuvo que resolver una serie de problemas tanto con los indígenas como con los españoles. Un español que caminaba solo en la playa, a pesar de tener prohibido abandonar el campamento en solitario, fue asesinado, y su cabeza, puesta en una lanza. Al mismo tiempo, los oficiales de Legazpi se negaron a hacer guardias como los soldados rasos y alguien intentó quemar el campamento español. Como constató Legazpi, los españoles tenían enemigos también entre ellos mismos.

Legazpi logró reparar y equipar un barco, que mandó de vuelta a Nueva España con una parte de la tripulación, mientras que él mismo se quedó. Esta vuelta de Cebú a Acapulco se hizo bajo el mando de Urdaneta y fue el primer viaje plenamente exitoso desde Asia hasta América, el buscado «tornaviaje». Urdaneta encontró y aprovechó una corriente marina cerca del Japón actual. También utilizó las estimaciones de dos pilotos experimentados que calcularon la posición de la nave independientemente el uno del otro. Estos pilotos, Esteban Rodríguez y Rodrigo de Espinosa, merecen fama por su habilidad. Sin embargo, como en otros viajes, la tripulación sufrió los estragos del escorbuto y Rodríguez fue uno de los que murieron antes de llegar a Acapulco. El viaje duró del 1 de junio al 18 de septiembre de 1565. Entre la tripulación hubo dieciséis bajas durante el viaje y cuatro después de llegar a puerto. Acapulco iba a continuar siendo durante tres siglos el puerto americano del «galeón de Manila». Este siguió la misma ruta durante unos 200 años, con una puntualidad y constancia asombrosas.

Urdaneta y sus colaboradores más cercanos se fueron enseguida de Acapulco a la ciudad de México, donde se les recibió como héroes. Continuaron después a Veracruz para embarcarse hacia España. Una vez en España y entrevistándose con el rey, Urdaneta subrayó que seguía siendo poco clara la delimitación de los intereses portugueses y españoles y que estos necesitaban saber si se iban a quedar en Filipinas o no.

Durante ese tiempo, Legazpi siguió en Filipinas. Hizo construir barcos para poder conseguir alimentos en otras islas, y había logrado una relación de cierta confianza con un jefe local porque en una ocasión la esposa y las hijas de este habían quedado prisioneras

de los españoles y Legazpi las había liberado a cambio de una promesa de paz. Los españoles obtuvieron un terreno para establecer una base, y las dos partes prometieron devolver a esclavos escapados. Hubo contactos de todo tipo con la población local; por ejemplo, los españoles tomaban la cerveza local en grandes cantidades y las lugareñas interesadas en tener relaciones sexuales se acercaban a la base española.

Los indígenas intentaron conseguir una alianza ofreciéndole a Legazpi a una joven de la familia del jefe, pero él la hizo instruir en la catequesis. Algunos indígenas se convirtieron, pero la actividad misionera se encontraba frenada por la falta de intérpretes y porque no se sabía si se iba a mantener el establecimiento en Filipinas. Legazpi intentó que los indígenas abandonaran la costumbre local de matar a los esclavos cuando moría un hombre importante. Los indígenas presionaban a los españoles para que les ayudaran a combatir a sus enemigos tradicionales, y los musulmanes de Borneo hacían lo que podían para sembrar cizaña entre españoles e indígenas, insistiendo en que nadie vendiera alimentos a los españoles. En una ocasión, los españoles estaban al borde de la inanición cuando en el último momento llegaron indígenas a venderles comida.

Legazpi conocía perfectamente la existencia de Manila y sabía que era una ciudad grande y rica, pero también era consciente de que disponía de muy pocos soldados. Sin embargo, el tiempo pasaba y los soldados se impacientaban. Pasaban hambre y querían volver a casa. Un grupo de hombres empezó a hacer planes para robar un barco e irse con los tesoros acumulados, pero fueron descubiertos por casualidad y Legazpi pudo frenar la intentona. Esa fue otra ocasión en la que la historia pudo haber tomado otra dirección. El líder del grupo rebelde fue ahorcado y descuartizado.

Mientras tanto, los indígenas seguían viviendo en aldeas aisladas y teniendo conflictos bélicos con otros indígenas. No habían conseguido deshacerse de los españoles reduciéndoles por hambre, porque siempre había alguien dispuesto a venderles arroz. Durante ese tiempo, el buen juicio y la rectitud de Legazpi salvaron repetidamente a los españoles del desastre. Contribuyó también el hecho de que Legazpi pudiera contar con la ayuda de dos excelentes

oficiales.

Por fin llegó un barco de Nueva España con la noticia de que ahora se sabía cómo realizar la vuelta. Sin embargo, la tripulación del barco no era de fiar, y al mismo tiempo los españoles se enteraron de que los portugueses estaban planeando un ataque y habían reunido barcos y soldados. Esta vez los españoles se salvaron por una tempestad, que hizo que los portugueses desistieran de sus planes en el último momento.

A los españoles ya no les quedaban mercancías para vender o canjear. A pesar de la llegada de más barcos, se seguía sin saber si el rey pensaba mantener su presencia en Filipinas o no. Los portugueses, los españoles y los musulmanes de Borneo intentaban imponerse a los demás, pero ninguno de los tres grupos prevalecía claramente.

Felipe II estaba preparando la batalla de Lepanto y no le quedaba energía para interesarse por un puñado de españoles en el Pacífico, pero Legazpi contaba con un representante muy activo en Madrid, el oficial Juan de la Isla, que había vuelto a España y logró obtener financiación para otra expedición. Mientras tanto, los españoles mudaron su base de Cebú a Panay, donde era más fácil obtener comida. La situación se complicó cuando aparecieron piratas chinos que mataron a varios españoles y apresaron a otros para venderlos como esclavos en Borneo.

En 1570 empezó a cambiar la situación. Los españoles navegaron cada vez más cerca de Manila, y se tomó contacto con el sultán Solimán. El capitán De Goiti lo visitó en su residencia y pidió permiso para establecerse en la ciudad. En ese momento se oyeron cañonazos, sin que nadie supiera quién los había disparado, pero los soldados españoles entraron en la población y tomaron el control de la misma. En eso llegó una nueva expedición encabezada por De la Isla con la noticia de que el rey Felipe II había tomado la decisión de que los españoles se quedasen en Filipinas. Finalmente, todos los jefes locales y también Solimán aceptaron la soberanía española. Con esta última expedición de pronto el número de españoles ascendió a varios centenares, lo cual marcó un hito en el desarrollo de la ciudad. Se decidió prohibir la esclavitud con la excepción de los musulmanes que se negaran a aceptar el cristianismo. Con la

fundación de Manila como ciudad española, se considera terminada la fase principal de la conquista.

La conquista española de las Filipinas fue lenta. Los indígenas mostraron poco entusiasmo, y los conquistadores de diferente origen aparecieron y desaparecieron. Nadie pudo prever en 1571 que la soberanía española duraría 333 años. La actuación personal de Legapzi fue importante para que se pudiera establecer una base española. Legazpi tenía más planes. Según él, los españoles deberían intentar explorar la costa china. También quería desarrollar el comercio entre España y las islas, pero llegó a la conclusión de que España no podía ofrecer ninguna mercancía atractiva para el archipiélago. No había demanda de lana, y se podía conseguir hierro de China. Los españoles afincados en Filipinas tampoco tenían dinero para comprar mercancías españolas. Sin embargo, Manila podía servir de núcleo para el intercambio comercial entre América y Asia. Lo que necesitaban las islas era pobladores, y en particular personas que pudiesen establecerse allí para cultivar la tierra, más que soldados o mercaderes. Cuando Legazpi falleció en Manila en 1572, sin haberse enriquecido lo más mínimo, su muerte fue lamentada por muchos.

La lucha entre grupos indígenas continuó durante mucho tiempo, y también en Filipinas la población se vio diezmada por epidemias como la viruela. Con todo, la cristianización de Filipinas fue relativamente rápida, y la Iglesia supo ser en algunas ocasiones un contrapoder al gobierno para proteger a la población. Los jesuitas llegaron a desarrollar en Filipinas mucha actividad económica, haciendo las veces de un banco. Poco después de la proclamación de Filipinas como territorio bajo soberanía española, Manila fue atacada desde el mar por piratas chinos, que mataron a muchos españoles e intentaron tomar a otros como esclavos. Un nieto de Legazpi, Juan Salcedo, logró salvar la situación.

Las islas norteñas se cristianizaron y fueron hispanizadas. Se estableció un comercio con China. El galeón de Manila navegó entre esta ciudad y Acapulco llevando plata mexicana a Filipinas y especias, seda y porcelana chinas a México. Durante siglos, las islas fueron amenazadas por piratas chinos y holandeses y por los habitantes musulmanes de las islas del sur, apoyados por

correligionarios en Borneo.

Es conocido que los filipinos afirman haber vivido «trescientos años en un convento —refiriéndose a la dominación española— y cien en Hollywood» —bajo protectorado yanqui. Vivieron tres siglos bajo una levísima tutela española, pero, de ser eso cierto, la ciudad de Manila sería, por muchos motivos, la madre abadesa. La capital de las islas Filipinas fue el centro neurálgico de la administración española, que sin embargo resultó incapaz de imponerse en las innumerables islas del archipiélago. Las autoridades y ejércitos españoles estaban desbordados por las insurrecciones de los reyezuelos tagalos, los ataques de los piratas chinos, holandeses y malayos, por no hablar de los temblores de tierra y los incendios que asolaban con frecuencia la ciudad. Ni siquiera Manila era una ciudad totalmente española. En realidad, las 150 casas para españoles, más iglesias, conventos y edificios administrativos, se hallaban a la sombra protectora del fuerte de Santiago. Desde ese barrio se dirigía toda la política española en Asia: de allí partieron los primeros misioneros hacia China, Japón y el reino del Tunkin, se intervino militarmente en Borneo, en Siam y en las Molucas y se exploraron las islas Marquesas y las Salomón.

Como un post scriptum a la exploración española del Pacífico se puede mencionar la nave San Lesmes, que formaba parte de la flotilla de García Jofre de Loaisa que en 1526 dio la vuelta al cabo de Hornos y entró en el Pacífico. Una tormenta separó a las naves tan pronto como salieron del estrecho de Magallanes, y nunca más se volvió a saber nada de la tripulación de la San Lesmes. Sin embargo, se han encontrado en las costas de Nueva Zelanda y Australia oriental objetos españoles, como un morrión, unas llaves y una campana naval, que hacen pensar en una presencia española varios siglos antes de la llegada del capitán Cook alrededor de 1770. Esta presencia española se podría comparar a la otra más conocida de los vikingos en Norteamérica. Quizá los primeros descubridores europeos de la región no fueron los ingleses, sino los capitanes Francisco de Hoces y su sucesor Diego Alonso de Solís y su tripulación, que sin embargo no sobrevivieron para contarlo.

La historia recoge los actos que realmente llegaron a producirse y que tuvieron éxito, pero por lo que respecta a los viajes de

exploración y conquista, vale la pena recordar también a algunas personas que no lograron sus metas. A propósito de Australia, se puede mencionar a Pedro Fernández de Quirós, portugués pero súbdito español, ya que el rey de España gobernaba también en Portugal. Sirvió de piloto en una expedición que descubrió las islas Marquesas y desde entonces tenía dos sueños. El primero era seguir los viajes de exploración en dirección hacia donde está Australia. Estuvo cerca de descubrir Nueva Zelanda. Su otro sueño era evangelizar las islas del Pacífico. Para obtener financiación escribió al virrey del Perú, al rey de España y al papa, una y otra vez. En sus escritos se puede comprobar que no es acrítico frente a los desórdenes creados por las conquistas, pero propone mejorar la situación. Para él los pilares de la monarquía española son la navegación, las armas y las letras.

No recibió los fondos que solicitaba, y con sus escritos despertó cierta animadversión, porque se temía que atrajeran el interés de los extranjeros por los territorios que describía. Nunca pudo llevar a cabo la expedición de su vida. Un lector actual se da cuenta de que, en la España del siglo XVI, lo extraordinario se había vuelto cotidiano, como querer salir a navegar por un océano gigantesco y desconocido.

LA RUTA DE INDIAS

Hemos estudiado cómo los españoles descubrieron y conquistaron territorio tras territorio en América y ciertas islas del Pacífico. Sin embargo, eso no fue más que el comienzo, pues después le siguió el establecimiento de contactos regulares entre España y los territorios recién conquistados. ¿Cómo eran esos contactos? En la época que nos ocupa salían de Sevilla dos flotas anuales con destino a América, «los galeones de Indias» y «la flota de Indias». Los barcos no salían de Sevilla con toda su carga, pues la barra del río Guadalquivir, depósito de sedimentos donde el río choca con el mar, lo impedía, de modo que tenía que completarse después, generalmente en Cádiz. Se ha escrito que este hecho fomentaba el contrabando y la falta de control por parte de la Casa de Contratación. Esta circunstancia, apuntada siempre, es muy difícil de comprobar. Al cabo de unos diez días de navegación, los convoyes llegaban a las islas Canarias, donde reparaban desperfectos y hacían acopio de víveres y agua para la travesía atlántica. Seguían después la ruta marcada por los vientos alisios, que les conducía hacia las Pequeñas Antillas. Una vez allí, una parte de la flota destacaba sus navíos hacia Venezuela y hacia Santa Marta, haciendo escala en Cartagena de Indias y llegando al istmo de Panamá, donde en la feria de Portobelo coincidía con los mercaderes y productos procedentes del Perú y se dirigía después a La Habana. Otra parte de la flota efectuaba el mismo trayecto hasta las Pequeñas Antillas, donde una pequeña parte de ella se desviaba hacia Honduras y la inmensa mayoría de los barcos se dirigía a Veracruz. En el tornaviaje, ambas flotas coincidían en La Habana, desde donde emprendían juntas el regreso a España pasando por las Azores. Su llegada se esperaba con mucha atención en toda Europa.

Tanto los productos europeos como los viajeros a Indias se concentraban en la ciudad de Sevilla antes de embarcarse. En Sevilla, última etapa de su vida en la Península, los viajeros entraban por primera vez en contacto con alguna de las características definitorias del Nuevo Mundo. Allí cambiaban sus

calurosas ropas por otras de tela más liviana, apta para soportar mejor las temperaturas tropicales con las que se iban a enfrentar en breve tiempo. El ambiente andaluz se hallaba impregnado por aquellas fechas de resabios indianos, que no pasarían desapercibidos a ojos de los forasteros. Con todo, sería la próxima aventura marítima, todo lo concerniente a la travesía atlántica, lo que más interés despertaría entre ellos. También había viajeros nacidos en pueblos costeros que no salían de su asombro ante las proporciones de todo lo relacionado con América. Las dimensiones de los barcos que cruzaban el océano se mostraban inmensas ante sus asombrados ojos.

Una característica sobresaliente del período es la desmesurada consideración que los españoles peninsulares merecían en las Indias solo por el hecho de serlo. El largo viaje y el contacto con otras culturas les dieron un aura especial. Desde el virrey hasta el más humilde emigrante acuciado por el hambre pasaban por la penosa prueba del tránsito ultramarino. Después, llegados a La Habana, Veracruz, Cartagena de Indias o Manila, se veían arrebatados por la novedad de un nuevo mundo, curtidos por duras jornadas de viaje, enriquecidos por las nuevas experiencias americanas. Es decir, a sus conocimientos anteriores añadían lo aprendido, de grado o por la fuerza de las circunstancias. El resultado era un ser nuevo, con más visión, más cosmopolita.

La ciudad denominada «Trajana» por los romanos acabó llamándose Triana, y de allí no solo salieron los diversos topónimos homónimos de América, sino también los pasajeros. Allí vivieron sus últimos días en suelo español quienes se decidieron a pasar a Indias y acabaron recalando en cualquier región de América o Asia. En Triana, no en Sevilla, entonces ciudad aparte, situada al otro lado del río Guadalquivir. Sevilla era más cara que Triana, y los emigrantes no andaban sobrados de dinero. En las pensiones de la humilde Trajana, en sus sucios figones, apurarían las lentas horas de espera y los pobres platos de pescado. Con todo el día por delante, sin saber qué hacer, igual que el día anterior y el posterior. Después, la cotidiana procesión a la Casa de Contratación, a inquirir si se sabía ya algo de la partida de la flota. A continuación, un paseo por la orilla del río, a la altura de la Torre del Oro, para tropezarse con las mismas caras de siempre, otros pasajeros a Indias

que también esperaban el momento de dejar Triana y preparar un pequeño bulto con algo de ropa, herramientas del oficio, algún recuerdo familiar.

Entre los pasajeros a Indias ocupan un lugar destacado los eclesiásticos y los productos que transportaban. La institución a la que la monarquía hispánica debió la conquista y pacificación de sus dominios americanos, por encima de conquistadores y capitanes, de virreyes y oidores, fue la Iglesia católica. Grupos de frailes disciplinados en el rigor de sus reglas y la mortificación física, con la constancia de quien se considera un simple eslabón de una cadena y sabe que a su muerte otros continuarán su obra, la Corona española no pudo haber encontrado mejores exploradores, un ejército de ocupación más organizado y más tenaces colonizadores de los amplísimos páramos americanos que los frailes.

Si el papel evangelizador de la Iglesia en el Nuevo Mundo es de sobra conocido, no ocurre lo mismo con el aspecto económico y comercial de su misión, casi inédito. Sin embargo, es lógico que las relaciones comerciales mantenidas por los misioneros americanos con sus casas madre peninsulares fuesen continuas y relativamente importantes. Si sopesamos las mayores dificultades que el comercio indiano presentaba por lento e incierto, caeremos en la cuenta de que la situación de un comerciante y de un fraile no podía ser idéntica. El fraile pertenecía a una organización, la Iglesia, que disponía de la burocracia más efectiva de su tiempo. Contaba con proveedores de mercancías a ambos lados del Atlántico, proveedores fiables, conocidos, que eran sus antiguos compañeros de convento. Asimismo, disponía de gente de confianza que vigilaba estrechamente los fardos de sus remesas durante las largas travesías, desde el lugar de origen hasta el de destino: frailes de otras órdenes o de la propia que iban o venían de América o la Península continuamente. Por último, pero no menos importante, contaba con la principal virtud necesaria para encarar las tardanzas del comercio colonial: la proverbial paciencia frailuna. Los comerciantes burgueses nunca llegaron a disponer de semejantes ventajas. Además, las sociedades mercantiles que fundaron nunca perduraron en el tiempo tanto como la Iglesia católica. La Iglesia era la única compañía mercantil que disponía de la infraestructura necesaria y completa para tener éxito en la empresa americana. A su lado, la

organización de las casas de comercio más importantes quedó en esporádicas tentativas de asemejarse a lo que la Iglesia venía haciendo desde los primeros tiempos del descubrimiento. La conquista espiritual de los grandes espacios americanos es inseparable de un intercambio mercantil que nos parece lento, seguro y variado. Libros e imágenes cruzaron el Atlántico hacia las Indias a cambio de plata, tabaco o quina. Tampoco fueron envíos que destacasen por su magnitud, pero fueron continuos, en cada barco, en cada flota, durante tres siglos.

Una vez a bordo, la vida en el barco venía regulada por el toque de una campana. Cada barco tenía su campana, propia, distinta de las demás. Su peculiar sonido acompasaba la vida de los pasajeros a Indias, dirigía sus actividades cotidianas, rompía la monotonía de la existencia a bordo. La campana era como el alma del barco. Por eso, encontrar una vieja campana es como encontrar la esencia de un navío, adueñarse de su historia y revivir sus singladuras. La que se supone que llevaba la carabela Santa María, la nave capitana de Colón, era pequeña, una aleación de cobre y estaño de dos palmos de altura, uno de diámetro y alrededor de 14 kilos de peso. Cuando el 25 de diciembre de 1492 la nao embarrancó frente a la costa haitiana, la campana pasó a presidir las terribles y desesperadas horas del fuerte Navidad.

Las guardias de mar en la marina española siempre han sido cada cuatro horas. La peor, la que todos los marineros intentan evitar, es la que arranca de las cero horas, medianoche, hasta las cuatro de la madrugada, pues te impide conciliar el sueño en condiciones tanto antes como después. En los viajes a Indias, los marineros de guardia estaban acompañados por los grumetes o pajes, encargados de dar la vuelta, cada media hora, al reloj de arena y avisar a pasajeros y tripulación, con sus cánticos, de la hora que era. Cada hora tenía su recitación específica, y su cantinela familiar acompañaba los a menudo difíciles y peligrosos o, a lo menos, tediosos y largos momentos de la travesía. La cantinela correspondiente al inicio de la guardia de las ocho de la tarde rezaba como sigue: «Bendita la hora en que Dios nació, Santa María que le parió, San Juan que le bautizó. La guardia es tomada; la ampolleta muele; buen viaje haremos si Dios quiere». De este jaez eran todas las demás: continuas invocaciones a la divinidad y a todo el santoral,

engastadas en «poemas» sin demasiado sentido, intentando ahuyentar el mal fario. Aunque los marineros nunca se han distinguido por su piedad, al anochecer dos pajes acostumbraban a dirigir las oraciones del pasaje en cubierta y cantar la salve. Las plegarias concluían con un deseo, expresado por uno de los pajes: «Amén, y que Dios nos dé buenas noches». Después solo quedaba intentar dormir, cada uno en su rincón preferido del barco, contar y recontar los días de travesía concluidos y hacer previsiones sobre los que faltaban para finalizar el viaje. Aquellos a los que les costase más conciliar el sueño podían también hacer cábalas sobre lo que les depararía su nueva vida en Indias.

Al llegar a aguas americanas los peligros se redoblaban: islas pobladas por indígenas enemigos, bajos que hacían peligrosa la navegación y tormentas tropicales. Podemos poner algún ejemplo de cada uno de los peligros. Mucho se ha fantaseado en los últimos tiempos sobre el denominado Triángulo de las Bermudas, también conocido como canal de Bahamas. Lo único cierto es que la intemperancia de sus aguas ha causado no pocas tragedias desde tiempo inmemorial. Quizá la primera de la que tenemos conocimiento sea la ocurrida en el año 1553, en la que pereció el misionero dominico Juan Ferrer, natural de Valencia. El padre Ferrer atravesó el Atlántico en la desafortunada flota de Nueva España de ese año. Al tomar el canal de las Bahamas sobrevino un huracán, y los navíos de la flota quedaron a merced de las corrientes, que los lanzaron contra los escollos de la península de Florida. Tan solo 300 personas, en penosas condiciones, lograron sobrevivir a los naufragios y llegar a las entonces inhóspitas tierras de dicha península. Resultaron infructuosas las incursiones que se efectuaron en busca de víveres y cobijo. Fray Juan Ferrer practicó una entrada junto con dos legos y dos marineros, sin éxito. Mientras tanto, los indígenas hostiles habían atravesado con flechas a buena parte de los supervivientes, esparciéndose el resto por laberínticas selvas y marjales. Al llegar a un paraje denominado Tanipa, los indígenas agredieron a Ferrer y a dos frailes de su misma orden, fray Juan de Mena y fray Marcos de Mena. Fray Juan recibió un flechazo en la espalda, y expiró después de dar algunos pasos. Fray Marcos recibió siete flechazos, uno de ellos en la garganta. Fray Juan Ferrer desapareció y nunca más se supo de él. Quien narró todo lo sucedido fue fray Marcos, a quien los indígenas habían dado

por muerto pero que logró arrancarse las flechas y llegar exhausto y mudo a tierra de cristianos.

La costa meridional de la isla de Cuba presentaba no pocos peligros para la navegación. Pilotos y marineros debían estar atentos al paso por el cayo de Piedras, que era bajo y de poca extensión. También eran peligrosos los cayos y grupos de manglares anegadizos que existían entre la punta del Padre y la de Don Cristóbal, entre los que apenas se había navegado por la poca profundidad del agua, que hacía que los navíos embarrancasen o destrozasen sus cascos. El paso hacia los cayos Bonito, Cacao y Palanca, sembrados de cabezos o bajos de piedra y con tan solo una braza de agua, también era sumamente delicado. Llegados al cabo de San Antonio, el extremo más occidental de la isla de Cuba, el trayecto hasta La Habana no exigía mayor pericia. Las tierras de la costa septentrional de la isla, desde el cabo de San Antonio hasta La Habana, eran fáciles de reconocer por su poca altura, de la que sobresalían únicamente algunas sierras. Llegados a este punto, solo quedaba enfilar la boca del puerto de La Habana e intentar pasar por el medio de la bocana. A partir de ahí, la guarnición de la fortaleza del Morro decidía si la nave podía entrar o no.

Por fin, si había habido suerte, se llegaba a La Habana. Habana, para los pasajeros a Indias, era sinónimo de llegada al primer destino, de actividad febril y de incierto porvenir. No en balde la ciudad era principio y fin de toda aventura americana, compendio y recapitulación de toda vida que se preciase, plaza privilegiada por donde desfilaba el Imperio Español. Virreyes y aventureros, cueros de Buenos Aires y plata de Zacatecas, misioneros camino de Filipinas y africanos procedentes de Benín, todos recalaban en su bahía por tiempo indefinido.

A la tercera, se dice, va la vencida. La primera ciudad de La Habana, aquella remota población fundada por un grupo de 50 hombres en la costa sur de la región indígena denominada Abana, sucumbió pronto al embate combinado de las fiebres y la sangría de las expediciones de reconocimiento y conquista de nuevas tierras. Se le había puesto por nombre San Cristóbal, aunque de inmediato se perdió la memoria. La segunda fundación del poblado, esta vez en la costa norte de la isla, duró apenas un año. La tercera y

definitiva ciudad de La Habana echó sus raíces a la vera de una ceiba gigantesca. El descubrimiento del canal de Bahamas hizo el resto, y La Habana se convirtió en la ciudad clave de la navegación española con su imperio americano y asiático.

El castillo de la Real Fuerza, mastodonte anfibio coronado por su grácil Giraldilla, puso casi de inmediato la ciudad a resguardo de visitas inoportunas. Por si fuera poco, a su construcción seguiría la de los castillos, hermanados a un lado y otro de la bahía, de El Morro y de La Punta. A su abrigo, a partir de la legendaria ceiba que dio lugar a su primera plaza, se trazaron a escuadra calles comerciales e industriosas, la de los Oficios, la de Mercaderes y la Real. Calles que se convertían en el mayor garito del mundo con motivo de la llegada y salida de las flotas. Poner coto al caos y la demasía resultaba en esas fechas tarea ciclópea y al cabo imposible de ejecutar. Su caserío era un abigarrado conjunto de bohíos de tabla y guano. Algunas casas eran de piedra y cemento romano, y patios, galerías y colgadizos hermoseaban la ciudad. Con el paso del tiempo fue extendiéndose hacia el norte y el sur, donde surgieron con posterioridad los barrios de La Punta y de Campeche, respectivamente.

El mismo Cortés fue quien fundó la Villa Rica de la Veracruz, destinada a adquirir de inmediato suma importancia estratégica y económica. Si los vientos del norte no soplaban con fuerza, no requería mucha pericia llegar a Veracruz. En caso contrario, de nortes huracanados, lo mejor era capear el temporal en alta mar y esperar el tiempo delicioso que les seguía. Si el vendaval norteño, el denominado «chocolatero», era soportable, y dada su duración de alrededor de dos semanas, lo mejor era intentar llegar a puerto, siempre y cuando diese su venia el fuerte de San Juan de Ulúa, emplazado en una isla que dominaba su bahía abierta. Allí, a la Villa Rica de la Veracruz, donde Cortés quemó o desmontó sus naves, llegaba año tras año, durante trescientos años, la flota de Indias, con puntualidad. Cuando eso ocurría, durante unas semanas, la plaza cambiaba su fisonomía. El resto del año dormitaba entre calores, humedad, nubes de mosquitos y bandadas de zopilotes. Su caserío era escaso, apenas unas cuantas casas merecedoras de tal nombre, con balcones de madera, como en La Habana, como en las Canarias, que resistían la humedad del trópico, diseminadas entre

chabolas de palma, garitos y tugurios para marineros poco exigentes. Solo dos puntos presentaban cierta animación en esos meses insulsos: el mercado y la parroquia. La parroquia de Nuestra Señora de la Asunción no era espaciosa, ni de gran mérito arquitectónico, como si fuese una iglesia de paso en la que detenerse el tiempo justo para dar gracias por no haber perecido en la travesía del Atlántico y salir corriendo en busca de un clima más clemente. Sin embargo, era difícil resistirse al embrujo de Veracruz, donde te jugabas la vida a una carta.

De Veracruz, mediante un rosario de ferias, entre las que sobresalía la de Jalapa, los productos recién llegados se iban esparciendo hasta los confines septentrionales del virreinato, transportados por gigantescos y pesados carros por gente del oficio. Los caminos del septentrión tenían un destino claro, las minas de Zacatecas, que no eran ningún paraíso. Apenas habían pasado veinticinco años después de la conquista de Tenochtitlan cuando los españoles descubrieron la plata que encerraban las entrañas de los cerros zacatecanos, y allí firmaron sus capitulaciones con los chichimecas, que por muchos años habían resistido primero a los mexicas y después a los españoles.

La población minera no se interesaba apenas por las cuestiones religiosas, pero eso cambió cuando se declaró una fiebre contagiosa que hizo que la indiferencia anterior se trocase en piedad. Los nuevos ricos mineros efectuaban donaciones generosas a la Iglesia para ganar el cielo con su plata, y brotaron iglesias y conventos. Se comenzó a roturar la amplia zona del bajío de Guanajuato, construyéndose plazas fuertes como Lagos y Aguascalientes que defendiesen la ruta de los preciados minerales. Comenzaron a llegar frailes del recién creado colegio de la Santa Cruz de Querétaro y al cabo de poco tiempo se fundó en el poblado de Guadalupe, emplazado a la distancia de un tiro de arcabuz de Zacatecas, el embrión de lo que sería el nuevo centro de irradiación misionera del norte de Nueva España, el colegio de Guadalupe. Desde allí partirían grupos de frailes hacia la conquista espiritual del septentrión de Nueva España. Siguientes paradas eran el Saltillo y Monterrey, eso si no te desviabas por el Camino de Tierra Adentro, hacia Santa Fe en el Nuevo México.

Los pasajeros que no iban hacia el norte solían cruzar todo el virreinato de Nueva España hasta llegar al puerto de Acapulco, en el océano Pacífico, donde se embarcaban hacia Asia. Acapulco no era una ciudad, ni siquiera un pueblo, sino un mirador destartalado y amplio desde el que contemplar el océano Pacífico. Acapulco es una bahía abierta que podía albergar 500 barcos. Una ensenada geminada con dos grandes bocanas, Boca Chica y Boca Grande, separadas por la isla Roqueta, o Grifo. Por la tierra firme podían vivir, en chabolas diseminadas, 3.000 o 4.000 personas, que se duplicaban a la llegada del galeón de Manila. Tan solo una pequeña fortaleza, la de San Diego, que luego se amplió por miedo a los piratas y en la que residía el alcalde mayor, que era a la vez teniente general de las costas del mar del Sur y gobernador. También contaba con un pobre hospital y la capilla de San José. A partir de ese momento, Acapulco quedó ligado a Asia. El galeón o nao de Manila o de Acapulco se hacía a la mar en febrero o marzo y no volvía hasta julio o agosto del siguiente año, cargado de sedas chinas como los célebres mantones, porcelanas, marfiles, especias de las Molucas, frailes, soldados y gobernadores.

Hora es de volver a La Habana para acompañar a los galeones de Indias hacia el magnífico puerto de Cartagena de Indias, en América del Sur. Desde el cercano cerro de La Popa, que sirve de referencia a los navegantes y donde es fama que un desalmado pirata arrojó al mar a las monjas del convento de la Candelaria, una por una, se divisa el puerto, el más capaz de América del Sur. Desde allí se contemplan también los fuertes que lo defendían de los ataques de los filibusteros: San José y San Fernando, a la entrada de la bahía, y Pastelillo y San Felipe, al fondo de la ensenada, en tierra firme. Cuando se concluyeron sus bastiones, la ciudad pasó a ser casi inexpugnable, y sus ciclópeas paredes, con un grosor de 21 metros, 8 metros las más estrechas, resultaron inmunes a las balas de cañones y culebrinas piráticas. La humedad, el calor y la insalubridad del clima constituían un segundo cinturón de murallas para los atacantes. Cartagena de Indias siempre fue una ciudad muy codiciada, pues por la ruta del río Magdalena le llegaban los tesoros del virreinato del Perú, el mítico oro incaico. Por ese mismo camino, arriba y abajo, circulaban los pasajeros a Indias cuya llegada a Cartagena solo suponía una etapa más en su largo viaje.

Al final de tanto esfuerzo, Lima. En Lima se cruzaban sutiles líneas fronterizas continuamente. En Lima había centros de administración estatal y eclesiástica, y constituía un nudo para las comunicaciones. En Lima se fundó también la universidad más antigua de las Américas, la de San Marcos de Lima. La flor de la canela caminaba airosa por el puente de piedra sobre el río Rímac, mandado construir por el virrey Juan de Mendoza y Luna. Lima era el gran imán en América del Sur.

Los intentos de encontrar un camino terrestre a Lima, la capital del virreinato del Perú, habían costado muchos esfuerzos. Primero se intentó por el río Orinoco, que fue abordado por primera vez por Diego de Ordás, un veterano de Cuba y México que penetró en su cuenca en 1531, poseído por relatos de riquezas y tesoros, y llegó hasta más allá del Meta. El tesorero de su expedición, Jerónimo Dortal, heredó sus ambiciones. Desde 1531 se aprovechó de su cargo de gobernador en Paria para buscar una ruta hacia el sur desde la costa de Cumaná. Su subordinado Alonso de Herrera fue río arriba en 1535, en una expedición en la que sobrevivieron pocos componentes y que llegó también a los rápidos del Meta. Más allá de este punto los exploradores declararon el río infranqueable.

La cuestión se reanudó en la segunda mitad del siglo. La fundación de colonias en Venezuela y Nueva Granada, que incrementaron el interés por el Orinoco como ruta de acceso, y la frustración de la búsqueda de El Dorado en el noroeste hicieron que la exploración se centrara en la cuenca del Orinoco. El Orinoco se resistió a las posteriores exploraciones hasta la intervención de Antonio de Berrio, sobrino y heredero del conquistador de Bogotá. Las rutas de Berrio eran impracticables para el comercio. Finalmente, se consideró imposible penetrar selvas, humedales y los Andes, y el contacto con el Perú se mantuvo por vía marítima y en el Pacífico.

América, España y los mitos

En este último capítulo vamos a resumir lo contado y a la vez levantar la mirada de los acontecimientos concretos para intentar llegar a una comprensión más amplia de por qué fue posible la conquista y cuáles fueron las consecuencias para España e Hispanoamérica. Vamos a aprovechar resultados de varias ciencias para arrojar una nueva luz sobre el descubrimiento y la conquista. Finalmente vamos a mirar otra vez las consecuencias de la leyenda negra y el mito del buen salvaje que siguen dominando el panorama intelectual.

¿POR QUÉ NO AL REVÉS?

Existen diferentes teorías sobre cómo y cuándo fue poblada América, el último continente en que se asentaron seres humanos, más o menos en 11000 a.C., cuando una gran parte de América del Norte estaba cubierta de hielo. Los investigadores están de acuerdo en que los primeros pobladores vinieron de Asia. Pueden haber venido a pie por un puente de tierra o por el hielo en el estrecho de Bering para después seguir por el hielo o pueden haber llegado en canoas, bajando por la costa desde el norte de América hacia el sur. Existen indicios de que los humanos podrían haber llegado más temprano, pero las pruebas son débiles todavía. Los recién llegados no mantuvieron el contacto con Asia, lo cual trajo inconvenientes para el desarrollo humano en América. Se podría decir que América del Norte y América del Sur fueron «descubiertas» y colonizadas la primera vez por los indígenas. También para estos pobladores América constituía «el Nuevo Mundo», y también ellos se disputaron los mejores lugares para establecerse.

El biólogo Jared Diamond formula la pregunta de por qué los europeos conquistaron América y no los indígenas Europa, tomando como punto de partida el encuentro entre Pizarro y Atahualpa en Cajamarca en 1532. Se pregunta cómo fue posible que Pizarro con 62 soldados a caballo y 106 de a pie pudiese vencer a un ejército de quizá 80.000 hombres. La respuesta que da es que ciertos ámbitos biológicos facilitan el desarrollo y otros lo imposibilitan.

La cultura a la que pertenecía Pizarro usaba instrumentos y armas de hierro, había desarrollado el arte de construir barcos y de navegar, usaba como fuente de energía los animales, el agua y el viento, había desarrollado la lectoescritura y había logrado establecer un Estado con autoridad para coordinar los esfuerzos de sus habitantes. Detrás de estos factores hay dos circunstancias más generales. La primera es la producción de alimentos. Una zona y un grupo humano tienen que producir un excedente de alimentos para poder darse el lujo de desarrollar diferentes ocupaciones

complementarias. Solo un grupo humano en el que el agricultor produce más de lo que consumen él y su familia puede permitirse que ciertas personas se dediquen a la artesanía o al liderazgo del grupo. Un excedente de alimentos se puede crear si se logra domesticar suficientes plantas y animales. Según Diamond, solo existen 148 mamíferos relativamente grandes que viven en la tierra, y de ellos solo se han podido domesticar catorce, de los cuales únicamente dos, la llama y la alpaca, vivían en América, mientras que Asia y Europa tenían entre otros el caballo, la vaca, la oveja, la cabra y el cerdo. Los animales grandes han sido importantes para ser utilizados como animales de tracción (caballo, buey, asno), como medios de transporte (caballo, asno), como alimento (carne) y como productores de fertilizantes (estiércol).

De las 200.000 especies de plantas que existen, solo algunas se pueden utilizar como alimento humano, y solo algunas dan buen rendimiento al cultivarse y solo en ciertas condiciones climatológicas. De estos cultivos importantes, América tenía en primer lugar el maíz, que se tardó en domesticar, seguido por el frijol y la calabaza, mientras que la zona del Medio Oriente donde primero llegó a ser importante la agricultura contaba tanto con el trigo y el centeno como con varias leguminosas.

Diamond subraya que Asia y Europa además están conectadas de manera horizontal por estar situadas más o menos en las mismas latitudes, lo cual facilita la diseminación de ideas, plantas y animales. En contraste, América y África están caracterizadas por un eje norte-sur en el que la comunicación y los transportes encuentran obstáculos casi insalvables en forma de selvas, desiertos y cordilleras. Esto quiere decir que en Asia y Europa ha sido más fácil producir un exceso de alimentos y construir sociedades diversificadas.

Para volver una vez más al encuentro en Cajamarca y analizarlo desde el punto de vista militar, Pizarro sabía una serie de cosas porque vivía en una cultura en la que se leía y se escribía, aunque él mismo no supiera leer y escribir. Sabía que Cortés había vencido a los mexicas, mientras que, por su parte, Atahualpa tendría alguna noticia de la existencia de Mesoamérica, pero no de Europa, como tampoco los europeos tenían noticia de América anteriormente.

Pizarro pudo trasladarse rápidamente por mar, porque tenía acceso a barcos rápidos en comparación con las balsas usadas por los incas. Tener acceso a caballos era una enorme ventaja en comparación con ir a pie. Las espadas, los cuchillos, las lanzas y las armaduras de acero eran superiores a los cuchillos de piedra y los mazos de madera. Sin embargo, dadas las condiciones de humedad y calor y la tecnología de las armas de fuego del siglo XVI, los arcos y las flechas eran a menudo tan eficaces o más que las armas europeas. Pizarro disponía de un número de arcabuces y cañones, y los utilizó para el efecto psicológico de infundir terror al adversario. Pizarro venció a los incas no solo en Cajamarca sino en una serie de batallas y desbarató intentos bien preparados de rebelión durante los primeros años de la conquista.

LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN

No es infrecuente que alguien se acerque al tema de la conquista más para hacer una evaluación moral que para estudiar lo que sucedió. Asuntos que se discuten son el tamaño de la población indígena antes de la llegada de los españoles, si se debe llamar virgen a la naturaleza americana en 1492 y si se debe considerar a los indígenas como víctimas pasivas de la conquista. Un periodista especializado en ciencias naturales, Charles Mann, ha reunido lo que las ciencias actuales tienen que decir sobre cómo era América antes de Colón y cómo cambió el continente por el contacto con Europa. En 1491 y en 1493, Mann describe cómo llegó el mundo a ser una unidad y cómo las personas, los animales, las plantas y las enfermedades empezaron a circular entre los continentes. Mann se interesa a la vez por América del Norte, América del Sur y Asia y muestra cómo el descubrimiento incorpora a Asia en el nuevo intercambio internacional. En sus libros, la perspectiva ecológica y epidemiológica predomina, pero también hay observaciones económicas.

Como Diamond, Mann cree que los incas fueron vencidos por lo menos tanto por las enfermedades y sus luchas internas como por los caballos y las armas de fuego. Es probable que el Inca Huayna Capac muriera de viruela y que con su fallecimiento se creara un vacío, ya que el culto a la personalidad del Inca otorgaba a este todo el poder. En cuanto a la mortandad entre los indígenas, Mann repite las cifras que se suelen mencionar de un 80 o 90 por 100 de muertos como consecuencia de las epidemias sucesivas.

Los hay que afirman que los europeos son responsables moralmente del contagio de los indígenas, haciendo caso omiso del hecho de que los españoles no sabían que viajaran con ellos portadores de contagio como lombrices, mosquitos de malaria, cucarachas, abejas y ratas, y tampoco sabían que ellos mismos habían desarrollado anticuerpos contra algunas de estas enfermedades. Sin embargo, en la época de la conquista, las epidemias se veían generalmente como

un signo de la voluntad de Dios, fuera quien fuera el Dios en que se creía. Los españoles no se comportaron de manera diferente de otros grupos en ese tiempo, pero tuvieron más éxito. Mann menciona también la alta mortandad de los europeos por la malaria o la fiebre amarilla, enfermedades llevadas en las naves españolas a América desde África por personas contagiadas.

Mann se interesa por investigar si los indígenas tenían un modo de vivir sostenible y si se les puede ver como «paisajistas» activos. En Norteamérica, solían quemar los arbustos que dificultaban el paso, lo que creó un tipo de paisaje comparable a un parque. No construyeron caminos, ya que no disponían de carros ni animales de montar y podían cruzar el paisaje sin tener caminos especiales. No tenían animales domésticos, y en sus cultivos mezclaban diferentes especies, dos rasgos que pueden haber contribuido a que los europeos no entendieran que los indígenas consideraban ciertos terrenos como suyos. El cultivo típico mezclaba diferentes tipos de plantas, lo cual era sostenible como método pero daba un rendimiento muy bajo. En la Amazonía, los indígenas habían plantado frutales en la selva, es decir, no se trataba de una selva virgen sino de un paisaje modificado por los seres humanos.

Podemos insertar aquí un dato señalado por un pionero de la biohistoria, Alfred Crosby. Describe cómo no solo los seres humanos sino también las plantas y los animales europeos «emigraron», y en algunos casos llegaron a suplantar plantas y animales de América como también más tarde sucedió en Australia. Las plantas europeas muchas veces fueron más productivas en América o en Australia que en Europa, lo cual dio como resultado una mejor alimentación que en el Viejo Continente. El hecho de que los europeos pronto se vieran rodeados por plantas y animales que reconocían les ayudó a adaptarse al nuevo ambiente.

En su segundo libro, 1493, Mann enumera todas las enfermedades que atacaron a la tripulación del propio Colón. Es posible que los marineros fueran contagiados ya en el primer viaje por la shigelosis, una enfermedad tropical transmitida a través de los excrementos. A su vez, esta enfermedad puede convertirse en la enfermedad de Reiter, que se manifiesta como una hinchazón. Es posible que el propio Colón resultara contagiado. Mann evalúa brevemente a

Colón de una manera que reconocemos, diciendo que era a la vez mejor y peor de lo que se dice. Fue brutal según la valoración de nuestros días, pero no racista. Fue incompetente como administrador, pero no como marinero. Como cosmólogo se equivocó al creer que el mundo era más pequeño de lo que realmente es. Según una visión secularizada, era fanático en cuestiones de religión, pero no según las normas de su época. Es cierto que buscaba riquezas, pero era normal en los tiempos en los que vivía, y, para obtener financiación, había prometido a los reyes encontrar oro y plata.

Si pensamos en el impacto del descubrimiento en la economía, es conocido que se mandó mucha plata desde América hacia Europa, pero lo es menos que se exportaron grandes cantidades de plata de América a Asia y sobre todo a China. La exportación a Asia estaba mal vista por parte de la Corona española, que quería que la plata se mandara a Europa y que el exportador pagara el impuesto correspondiente, el quinto real.

La agricultura china cambió por el contacto con América a través de los españoles en las Filipinas. Se introdujeron nuevos cultivos, como la batata, el maíz, el cacahuete, el tabaco, el chile, la piña y la mandioca, lo que mejoró la alimentación y derivó en un aumento de población, lo cual a su vez creó la necesidad de más superficie cultivable. Se talaron árboles para obtener más terreno cultivable, la lluvia se llevó parte de la capa fértil del suelo y los ríos se desbordaron. Para la agricultura en Europa, la patata llegó a ser de enorme importancia como alimentación de base en Europa del norte.

En cuanto a la demografía, en la América hispánica se produjo desde el principio una mezcla étnica que empezó «desde arriba», ya que tanto Cortés como Pizarro mantuvieron relaciones con princesas indígenas y tuvieron hijos con ellas. El número de mestizos aumentó rápidamente, como sabemos por los testamentos, las cartas y las ordenanzas. A la mezcla étnica contribuyeron también los africanos, además de los asiáticos que llegaron a América con los galeones de Manila. Algunos de ellos se establecieron por ejemplo en Ciudad de México, ofreciendo su pericia en orfebrería y en el sector de la salud.

Las epidemias influyeron en el desarrollo en América de una manera determinante, porque se produjo una falta de mano de obra. La malaria y la fiebre amarilla hicieron estragos no solo entre los indígenas sino también entre los europeos. No tuvieron éxito los intentos de traer a sirvientes europeos, pagándoles el viaje, con la obligación de trabajar unos cuantos años, porque los recién llegados morían poco después de llegar. Hay cifras que nos ayudan a entender la situación. De las 7.000 personas de todas las categorías que llegaron a Virginia entre los años 1607 y 1624, un 80 por 100 murió casi inmediatamente. Esta fue una de las razones por las que se buscó a esclavos africanos. Ellos no murieron y ahora sabemos por qué: habían desarrollado anticuerpos. Las epidemias influyeron en la explosión de la demanda de esclavos, cuando el tabaco, el azúcar y el algodón se convirtieron en grandes cultivos de exportación a finales del siglo XVII. La malaria no era la causa de la esclavitud, pero contribuyó a su extensión.

Para entender lo que sucedió en América, la epidemiología nos permite establecer una comparación con lo ocurrido con la peste negra en Europa. El historiador Dick Harrison describe las causas, el desarrollo y las consecuencias para Europa de la peste que se abatió sobre el continente en primer lugar entre 1347 y 1352. La peste llegó a Europa por las rutas de negocios con Asia, por la llamada «ruta de la seda», y se difundió desde Crimea en el mar Negro. También hizo estragos en el este del Mediterráneo, en lo que es ahora Siria y Egipto, del mismo modo que en Europa. La enfermedad se difundió por las pulgas que parasitaban unas ratas negras que mordían a las personas. En la Edad Media, nadie entendía esa relación causal, sino que se hablaba de la ira de Dios. La enfermedad atacaba a todas las clases sociales y edades por igual. Los enfermos morían al cabo de unos días. Podía resultar contagiada el 80 por 100 de una población, pero no todos morían, sino «solo» un 50 o un 60 por 100. En otras palabras, moría a menudo más de la mitad de una población. Se cree que Europa tenía, antes de la peste, una población de alrededor de 80 millones, de los cuales pueden haber muerto entre 26 y 40 millones entre los años 1347 y 1352. Las consecuencias fueron enormes desde todos los puntos de vista. En un tiempo muy breve, la administración se colapsó en las zonas de contagio, y a medio plazo se vio alterada la economía por la falta de mano de obra y el aumento de los salarios.

El choque psicológico también influía en la conducta de la población, porque las epidemias producían en los supervivientes una impresión de falta de comprensión y de control de su mundo. Lo que sucedió en América no es un caso único.

EL EJEMPLO DEL COLAPSO DE LOS MAYAS

Además de las epidemias, existen también otras causas por las cuales una sociedad puede encontrarse en crisis. Hemos señalado que la religión de los mexicas y de los incas había contribuido a debilitar sus sociedades. Los mayas en la península de Yucatán estaban en decadencia ya antes de la llegada de los españoles y fueron vencidos con facilidad por estos. El pueblo maya estaba formado por varios grupos y había pasado por muy diferentes fases durante más de mil años en que habían dominado su región. Llegaron a la cumbre alrededor del año 800 d.C., pero después su sociedad decayó. Nos ayuda a entender la situación en América recordar que la decadencia de ciertas culturas no tiene siempre que ver con la llegada de los españoles.

En Collapse, Jared Diamond menciona que Cortés pasó cerca de lo que habían sido grandes ciudades mayas sin verlas porque estaban ocultas por la vegetación. Algunas no fueron encontradas hasta 1839 por un abogado estadounidense que había oído hablar de ciudades desaparecidas en la zona y salió a buscarlas. Como causas de la catástrofe, Diamond apunta a factores tanto climatológicos como humanos. Durante ciertos períodos, la zona había recibido mucha lluvia, había producido más alimentos y, como consecuencia, había aumentado la población. Sin embargo, cuando sobrevino un período seco, los alimentos de que se disponía no eran suficientes. Para obtener más tierra cultivable, se taló la selva, lo cual produjo erosión y terminó por dejar una capa menos profunda de suelo fértil. La lucha por la tierra cultivable se intensificó, y la población disminuyó. Además, los pequeños señoríos mayas estuvieron en guerra los unos contra los otros casi constantemente.

Diamond basa su explicación en una serie de pruebas. Los biólogos han analizado el barro del fondo de los lagos y pueden identificar períodos de lluvia y de sequía mediante análisis químicos. Se puede calcular la tala de árboles por el volumen de polen en el barro. Finalmente, se pueden sacar conclusiones sobre la erosión del suelo

por la presencia de fragmentos metálicos.

Los mayas y su manera de guerrear ilustran lo dicho sobre la producción de alimentos y la ausencia de animales de tracción y de transporte. Para hacer llegar alimentos a los soldados que estaban luchando en una guerra, los mayas tenían que usar portadores, y estos tenían que cargar el sustento que necesitaban los soldados y también lo que necesitaban ellos mismos, además de lo que pudiesen encontrar en la selva. Esto dificultó la organización de grandes campañas militares, y no se crearon grandes reinos sino que se perpetuaron unos reinos pequeños en conflicto constante los unos con los otros. Así, los mayas ofrecen un estudio de la relación entre la situación política y la ecología.

Diamond subraya también la importancia del factor humano para el colapso maya. Los reyes permitieron que creciera la población sin controlar el acceso a alimentos suficientes. Se dedicaron a hostigar a los reyes vecinos y a construir magníficos edificios con inscripciones en las que se presentaban a sí mismos como guerreros de éxito. Los mayas tenían una escritura, pero solo fue utilizada por una élite reducida. Diamond rechaza el mito de los mayas como un pueblo pacífico.

Cuando Diamond habla de cómo se trataba a los prisioneros, se basa en las decoraciones de los templos y de los palacios. Los prisioneros eran torturados, lo que queda claramente ilustrado en los monumentos y murales. Se les arrancaban los dedos, se les sacaban los dientes, se les cortaban los labios, la mandíbula y la punta de los dedos y un largo etcétera, todo lo cual culminaba, a veces varios años más tarde, con el sacrificio del prisionero, quizá atándolo, juntando los brazos y las piernas, para hacer rodar su cuerpo por la escalera de piedra de un templo, convertido en pelota. Se oyen afirmaciones de que el desarrollo de América Central sería igual que el de Europa, pero Diamond no cree que sea así. Menciona que hay imágenes en Mesoamérica de una rueda, pero utilizada para juguetes. Había escritura, pero no se utilizaba en la vida diaria. Había cierto uso de metales, pero con finalidades decorativas.

ESPAÑA COMO IMPERIO

Existe una serie de investigadores que han estudiado cómo la historiografía en por ejemplo Italia, Francia y Gran Bretaña ha tergiversado la historia española. La historia de España se presenta hasta hoy en día como algo negativo, según un esquema que se suele resumir como la leyenda negra. En 2015, la BBC emitió una serie con Simon Sebag Montefiori llamada Blood and Gold. The making of Spain, que retoma toda la leyenda negra transmitida durante siglos. También lo hace el muy difundido estudio La ruta de la seda escrito por el historiador inglés Peter Francopan, que dice querer dar una nueva imagen de la historia universal. María Elvira Roca Barea ha investigado las presentaciones exageradamente negativas de la historia española. Constata que en particular los europeos del norte se han formado una idea sesgada de la historia española. A la leyenda negra también han aportado material algunos españoles, apoyando una versión profundamente negativa de la historia de su país.

Para entender la actuación de España en los siglos XVI y XVII, Roca Barea discute el concepto de imperio. Calcula que ha habido unos 85 «megaimperios» en la historia del mundo, de los que el ejemplo más citado ahora es el Imperio Romano, pero ha habido también imperios chinos, japoneses, rusos, musulmanes e indígenas americanos como los de los mexicas y los incas. Roca Barea establece una diferencia entre una colonia y la provincia de un imperio, porque una colonia se organiza en primer lugar para abastecer a la madre patria de mercancías, mientras que un imperio organiza los territorios recién incorporados del mismo modo que las provincias y ciudades del país de origen. Los españoles veían a América como regiones españolas bajo el mismo rey y con la misma religión y la misma administración. Las ciudades fueron diseñadas según el mismo patrón, las catedrales construidas de manera similar, las escuelas y los hospitales organizados del mismo modo. La administración empezó a producir documentos como en Europa. Los súbditos en América tenían que pagar impuestos como los de

Europa, los indígenas en forma de trabajo y los españoles mediante el quinto, por ejemplo sobre la extracción de oro y plata.

Los imperios suelen crear largos períodos de paz, ya que cesan las guerras entre reinos vecinos. Los que se quejan de los imperios suelen ser las élites de los reinos vencidos, que han perdido poder y prestigio. Roca Barea conoce bien la situación en el Imperio Romano y ve muchas similitudes entre las quejas contra los romanos en la Antigüedad, y las contrarias a los españoles en los siglos XVI y XVII, y las que se oyen hoy contra Estados Unidos. Sin embargo, el hombre común quería ser ciudadano romano exactamente como muchos quieren ser hoy ciudadanos estadounidenses.

Los territorios españoles en Europa fueron gobernados también según el principio del imperio, es decir, como partes de una totalidad, unidos por el respeto al rey y a la religión. El imperio y el catolicismo son ideas multiétnicas, multiculturales, y pretenden ser universales. La imagen negativa de los españoles en Flandes está asociada al nacionalismo entonces recién despertado en los Países Bajos, que se combinó con la reforma protestante, reforzándose mutuamente. En los conflictos, era frecuente que los católicos quisieran seguir en el imperio y seguir siendo católicos, mientras que los protestantes querían desligarse del Imperio Español para constituirse en un Estado aparte, basado en la lengua local, el protestantismo y un príncipe autóctono.

Según Roca Barea, la imagen que se tiene hoy del conflicto en Flandes está basada casi enteramente en los panfletos antiespañoles publicados por la casa de Orange, empobrecida y sin influencia. Luchaba por obtener un poder que solo podía conseguir si el territorio se desvinculase del Imperio Español y se rigiese por el protestantismo. Para despertar el instinto nacionalista, los panfletos hablaban de imposición y humillación por parte de España. La situación se complicaba porque las continuas guerras hicieron que las arcas del Estado estuvieran vacías. En varias ocasiones no se pudo pagar a los soldados en Flandes, quienes, al no haber recibido su salario, se amotinaban, saqueando las ciudades. Es cierto que se cometieron horribles acciones del lado español, pero una historiografía equilibrada debería mencionar también los abusos de

los protestantes y el hecho de que el ejército español solo contenía un 10 o un 15 por 100 de españoles, el resto del cual lo conformaban holandeses.

Un punto principal en la propaganda antiespañola era la crueldad de la Inquisición, y del mismo modo que cuando se trata de la crueldad general de los españoles, la visión contiene un núcleo de verdad, pero ha sido tergiversada. Una fuente central suele ser los escritos de Las Casas, pero no se toma en cuenta que son un ejemplo de la tradición medieval de la «disputación», en la que se presentan diferentes argumentos para examinar un problema. No se dice tampoco que la Corona prestó atención a Las Casas a pesar de que era considerado un fanático.

También se critica a España por el «Índice», publicado por la Iglesia en 1559. El Índice era una lista de libros prohibidos. Hoy nos parece una medida opresora e ineficaz, pero se debe decir al mismo tiempo que muchos otros países europeos tenían listas similares y era general que se exigiera un permiso estatal para poder imprimir.

Roca Barea enumera tres importantes corrientes de ideas en Europa del norte que han visto a España como su adversario principal. La primera corriente es la combinación que surgió durante los siglos XVI y XVII del protestantismo y el nacionalismo. El nacionalismo se basaba, en particular en Alemania y en los Países Bajos, en la lengua local, y rompía con la idea de un imperio multiétnico de carácter católico. La segunda corriente es la Ilustración, fuerte durante la segunda parte del siglo XVIII y asociada a Francia; los ilustrados veían en España a su adversario principal, porque combatían a la Iglesia católica y a la monarquía absoluta. La tercera corriente es el liberalismo, asociado con Gran Bretaña, que veía a España como una sociedad cerrada y atrasada. Barea Roca resume:

Inquisición y leyenda negra americana han servido de repertorio ideológico, con versiones distintas y actualizadas ad hoc, al protestantismo, a la Ilustración dieciochesca, al liberalismo decimonónico, al expansionismo estadounidense, al criollismo independentista, a la izquierda revolucionaria o de salón, y, últimamente, al multiculturalismo indigenista. Esta capacidad

proteica del malo para mudar de piel y servir de antagonista en toda circunstancia es un fenómeno fascinante.

Otro dato negativo para España es que Montaigne y Rousseau se basaran en Las Casas y en una idea romántica de los indígenas americanos para lanzar el concepto del buen salvaje. Los autores en cuestión no tenían un conocimiento personal de las sociedades en las que vivían los indígenas. Así se difundió una imagen inventada de la manera de vivir de los indígenas.

España tuvo éxito en el siglo XVI, y no es infrecuente que el éxito levante envidias entre los menos afortunados, sus rivales. Por eso es interesante el dato de que la leyenda negra no tuvo eco en países como Rusia y Japón, países que no competían directamente con España. La fuerza del mito de la pacífica vida indígena y de la inocencia de sus habitantes ha sido tan fuerte que los arqueólogos no han entendido lo que veían durante las excavaciones. El problema no era que se basaran en ideas no probadas, sino que no acababan de ver lo que tenían materialmente delante de sus ojos. Las excavaciones demuestran que los pueblos prehistóricos tenían una historia violenta, y esto en grupos tan apartados el uno del otro como los esquimales y los indígenas en Australia y en el Pacífico. Arqueólogos como Lawrence Keely y Steven LeBlanc hablan de excavaciones de sitios prehistóricos con esqueletos con signos de haber sido mutilados o matados violentamente, de tumbas con hombres enterrados con armas y de centros poblacionales fortificados, preparados para la defensa, situados en lugares que permiten observar los entornos. No, la vida prehistórica no era pacífica sino todo lo contrario. El mito del buen salvaje es fuerte también entre antropólogos. El estadounidense Napoleon Chagnon llegó en 1964 al sur de Venezuela y entró en contacto con el grupo yanomami, y sus observaciones tienen puntos en común con las de los cronistas del siglo XVI.

En su estudio sobre la leyenda negra, el historiador Ricardo García Cárcel se detiene en especial en la mortandad de los indígenas en América y la cuestión de la culpabilidad de los españoles. Para él, hay que adoptar tres perspectivas diferentes. 1. En las muertes por epidemia, los españoles no tenían culpa. 2. En las muertes por

malos tratos, los españoles tenían culpa, pero se comportaban como todos en su época. 3. En las muertes por actos bélicos iniciados por los españoles, sí tenían culpa, como la tienen todos los que inician una guerra.

EL ORO Y LA PLATA DE AMÉRICA

¿Qué pasó al final con el oro y la plata de América? ¿Se enriqueció España? Sabemos que los Reyes Católicos financiaron los viajes de descubrimiento para obtener dinero. A finales del siglo XV, España y los diversos reinos que la conformaban era, sin duda alguna, uno de los reinos más avanzados de Europa en casi todos los campos: militar, artístico, económico... Cien años después, el rezago comenzaba a evidenciarse: crisis económica y militar, caída demográfica y picaresca. Parece una paradoja. ¿No fortaleció América a España? ¿Realmente retrocedió España a pesar de haber conquistado esos territorios tan enormes?

El descubrimiento de América dio un nuevo impulso a la investigación científica. Niall Ferguson es uno de los historiadores que destacan que no es correcto decir que Europa llegó a ser lo que es porque se llevó oro y plata de América. No, es al revés: Europa ya se había desarrollado más que otros continentes durante la Edad Media y mejoró sus técnicas agrícolas y su disponibilidad de víveres. Se habían inventado nuevas técnicas de contabilidad. Tuvo gran repercusión social la invención del reloj mecánico y su uso en la vida cotidiana.

Colón partió para encontrar especias y oro, pero, ya que por casualidad llegó primero a un lugar donde había algo de oro pero no especias, la atención se desvió hacia el oro y la plata. Más tarde, las circunstancias políticas en España contribuyeron a la concentración del interés en los metales preciosos. Las consecuencias, que nadie pudo prever, y menos al comienzo, fueron negativas para todos.

Los nativos caribeños tenían adornos de oro en forma de pendientes y zarcillos en labios o narices, y el oro venía de los pocos sitios donde existían arenas auríferas. Los españoles, de inmediato, se pusieron a ofrecer el cambio de esos pequeños objetos por espejos o cualquier otra cosa de poco valor. Colón, a pesar de su esfuerzo por

impresionar e interesar a los Reyes Católicos con la riqueza de sus descubrimientos, solo fue capaz de presentarse ante ellos con un capacito lleno de esos adornos. Podemos imaginar la desesperación del almirante por obtener más oro con el que presentarse ante sus patrocinadores. Quería cumplir una de sus promesas previas, la obtención de grandes riquezas para los monarcas. Para los hombres del siglo XV, el oro era un producto africano, de un África lejana a la que se accedía por Egipto o el Magreb, transportado por las caravanas desde lo más profundo del continente.

Se encontró poco oro, pero lo suficiente para que los Reyes Católicos pensasen que había que controlar de algún modo la riqueza que en un futuro pudiese llegar de América. Nombraron a un severo funcionario, Juan Rodríguez de Fonseca, para que cooperase con Colón en la organización del segundo viaje y para que mantuviese en sus manos la completa dirección de los negocios coloniales. Sus investigaciones y controles convirtieron en sus enemigos a Colón y Cortés.

Al cabo de una decena de años, la magnitud de los negocios indianos sobrepasaba con mucho la competencia de un solo hombre. Eso hizo crear a Carlos V la denominada Casa de Contratación sevillana, una institución que monopolizaba las relaciones del monarca con las Indias, desde el comercio y la emigración hasta las exportaciones de artículos militares. Nada podía enviarse a América sin el consentimiento de la Casa, ni de allí traerse o descargarse sin su autorización. La Casa fue también una escuela de náutica, la primera y más importante en la historia de la Europa moderna.

Ningún otro período de la historia del mundo ha experimentado tan gran incremento proporcional en la aparición de metales preciosos como el que sucedió a las conquistas de México y del Perú. Ni en sus mejores sueños, conquistadores y monarcas pudieron pensar nunca en disponer de tanta riqueza. Los bajeles procedentes de Veracruz en Nueva España, Cartagena en Nueva Granada, Amatique y Trujillo en Honduras y Nombre de Dios y Portobelo en Panamá, donde el metal peruano, llevado allí desde El Callao, era colocado en los galeones de Tierra Firme, transportaban continuamente hacia España tesoros inmensos, convirtiendo al reino en el centro de la

envidia de todo el mundo. Un investigador calcula que fueron enviadas a España 101 toneladas de oro entre 1503 y 1560, y mucha más plata. En aquella época todos pensaban que tener y atesorar monedas de oro y plata era algo bueno, positivo y envidiable, mientras que ahora se critica a los españoles por no haber sabido hacer nada provechoso con sus tesoros.

Los metales preciosos de las Indias servían al rey de España para pagar a sus ejércitos en Europa e intentar mantener a raya a los protestantes holandeses e ingleses, a los católicos franceses y a los turcos en los Balcanes, el Mediterráneo y el norte de África. A pesar del aporte de América, la carga económica llevó a España a la ruina, y pocas décadas después de la era de los conquistadores, el reino era ya el paraíso de los «pícaros», que intentaban sobrevivir en medio de la pobreza general.

En un libro de síntesis todavía no superado, el historiador francés Pierre Vilar esbozaba las grandes líneas de la historia económica relacionada con la llegada a Europa de los metales preciosos americanos. Vilar distinguía claramente el período dominado por el oro del ciclo de la plata. Los primeros 40 años después del descubrimiento de Colón, y coincidiendo con la finalización de la conquista de los grandes imperios indoamericanos, el oro dominaba las remesas de metales preciosos. Se trataba de un metal acumulado durante siglos, procedente sobre todo de las arenas auríferas de los ríos, pues hasta que siglos después, hacia 1840, se explotasen las minas californianas, no existían yacimientos de oro importantes en el continente americano. Ese oro lo obtenían los españoles mediante intercambio o saqueando los tesoros indígenas. En el Caribe no había mucho oro, pero los tesoros mexica y sobre todo inca dieron cantidades más importantes. A partir de 1530, aproximadamente, comienza el ciclo de la plata, metal que va desplazando al oro hasta monopolizar prácticamente las remesas de metales preciosos. El tránsito se hizo cuando se descubrieron minas de plata en el Perú, y también en México.

Hace varias décadas las entradas de metales preciosos en España fueron calculadas por el economista Earl E. Hamilton, que estableció la correlación entre su llegada a España y el desencadenamiento de la denominada revolución de los precios.

Antes del descubrimiento de América, la agricultura y las manufacturas españolas colmaban razonablemente la demanda de su población. Sin embargo, la demanda americana de toda clase de productos españoles, pagada a precios desorbitados, desequilibró la balanza. Al principio, la demanda americana fue un acicate para la producción española. Se extendieron los olivares andaluces y las superficies vitivinícolas. Los españoles en América necesitaban de todo, zapatos, arados y espadas, y pagaban bien. Surgió la idea de que los españoles podían exportar a América productos comprados en Europa en vez de producidos en España, y obtener así un buen margen de beneficios.

Los precios dependen de dónde está la mercancía y dónde el comprador. El comercio europeo de los tiempos posteriores a la conquista de América se estableció en torno a tres polos fundamentales: Amberes, Milán y Sevilla. La primera de las tres ciudades reunía los productos de los reinos escandinavos, los de la Hansa alemana, cuyos tentáculos llegaban al norte de Rusia, y los de los Países Bajos. Milán era el centro para los productos del norte de Italia, Centroeuropa y la Alemania continental. Mediante un rosario de ferias, entre las que cabría destacar las de Champaña y Lorena, ciudad tras ciudad, esas mercancías se iban aproximando a los reinos hispánicos. La ruta comercial tenía continuidad en las ferias castellanas: Villalón, Medina del Campo, Medina de Rioseco hasta Sevilla, antesala de Indias. Allí, mercancías y pasajeros quedaban minuciosamente registrados en la Casa de Contratación, que ostentó el monopolio para todo intercambio con América hasta principios del siglo XVIII.

¿Cómo funcionó el encuentro entre el oro y la plata americanos y las mercancías europeas? Reflexionaban sobre este tema los intelectuales españoles de aquel tiempo, que notaban que el país no se enriquecía. Se les conoce a menudo con el nombre de «arbitristas» por su afán de proponer «arbitrios» o medidas de las autoridades destinados a solucionar lo que estaban observando. En esa época, la teoría dominante era el mercantilismo, que abogaba por atesorar el dinero y controlar el comercio, es decir, lo que hacían los reyes españoles. Varios de estos arbitristas resultaron ser fundadores del pensamiento económico moderno, como fray Martín de Azpilicueta. Como confesor, se preocupaba por los casos de

conciencia provocados por la economía, como el préstamo y la usura, y llegó a concluir que la misma moneda también estaba sujeta a la ley de la oferta y la demanda, relacionando el aumento de los precios con el descubrimiento de las Indias.

Fray Tomás de Mercado publicó su obra Summa de tratos y contratos en la Salamanca de 1569. Se había percatado de que la misma moneda, según se aproximase o se alejase de las fuentes del oro y de la plata, valía menos o más, se estimaba menos o más y perdía o ganaba poder adquisitivo. El minero zacatecano, que vivía en la abundancia de plata pero en la escasez de productos europeos, pagaba cualquier cosa por una buena botella de vino o unas calzas de Amberes. En Sevilla el precio se equilibraba, y en Viena o en Pekín con una moneda de plata española se podía comprar cualquier cosa. El autor notó las consecuencias del fenómeno: en España ya no se podía producir barato y todo se compraba fuera, lo que generaba inquietud y pesimismo. Era consciente de que el oro y la plata huían del reino y que la ruina galopante de España venía dictada por su propia riqueza. El país se estaba convirtiendo a pasos agigantados en un país de rentistas.

Martín González de Cellorigo, en un admirable Memorial publicado en el año 1600, va un paso más allá, tomando conciencia de los mecanismos de la ruina y proponiendo como única solución la vuelta a una economía productiva. Luis Ortiz, abundando en lo mismo, escribió otro Memorial al Rey para que no salgan dineros de España, dedicado a Felipe II, en el que proponía diversas soluciones: vuelta al trabajo productivo, medidas para dificultar la exportación de materias primas y una especie de desamortización eclesiástica.

Historiadores y economistas tienen opiniones diferentes a propósito de si América fue una suerte o una desgracia para España. Si solo hablamos del dinero, los españoles se hicieron con grandes cantidades sobre todo de plata y pensaban que tenían derecho a actuar así porque las minas estaban situadas dentro de su reino. Ahora, los países hispanoamericanos son países independientes y creen que la plata les fue robada. ¿Benefició siquiera a España y adónde fue a parar?

Cuando España perdió sus «reinos de ultramar» al comienzo del siglo XIX era tan pobre como los países recién independizados. Al

comienzo del siglo XX, muchos españoles se fueron a Argentina, Venezuela y Cuba buscando un futuro mejor. El despegue económico de España llegó cuando ya había perdido sus territorios en América. El período en el que América le dio unos ingresos netos a España es la segunda mitad del siglo XVI, con un apogeo en 1580.

¿Por qué no se aprovechó más el oro y la plata? España estaba bien preparada para incorporar nuevos territorios, ya que constituía la vanguardia en cuanto a la navegación, el arte de la guerra y las técnicas de contabilidad. Tenía universidades, un sistema legal y una administración relativamente eficiente. Acababa de conquistar las islas Canarias y el reino de Granada, así que tenía una experiencia práctica y actualizada en utilizar las guerras y administrar los territorios ganados. La lengua española llegó a estar de moda, y los libros españoles se tradujeron al inglés, francés y alemán. Sevilla se convirtió en un centro no solo español sino europeo de finanzas, y allí se usaron instrumentos financieros innovadores, como cheques, préstamos, seguros, giros, cambio monetario e información económica. La debilidad española era la demografía. Solo tenía la mitad de los habitantes de Francia y las tres cuartas partes de los de Italia, y eso no dependía de las guerras porque estas se sostenían lejos de España. Las guerras influyeron negativamente en la economía, pero afectaron poco a la demografía.

En Hispanoamérica hay mitos que pretenden explicar la falta de desarrollo económico y social. Se esgrimen algunas razones, como la voluntad generalizada de ser «hidalgos» y evitar el trabajo físico. Se habla también de una falta de aptitud para los negocios y el desarrollo tecnológico. El historiador Antonio-Miguel Bernal subraya más bien las circunstancias históricas de la conquista como explicación. La conquista se llevó a cabo cuando la propia España se regía por un modelo semifeudal que no estimuló las iniciativas económicas ni la emigración de España a América. También es posible que el hecho de haber encontrado oro al comienzo de la conquista influyera para que la Corona se centrase en el control sobre la extracción de metales preciosos más que en el desarrollo de los nuevos reinos.

Una de las posibles razones de la falta de desarrollo, tanto en

España como en Hispanoamérica, era la necesidad de Carlos V y de Felipe II de buscar continuamente más ingresos económicos para costear las guerras en el norte de Europa. Para obtenerlos, la Corona se centró en la minería y estableció un monopolio sobre la exportación de mercancías a América. Más adelante se pusieron trabas a los americanos para fabricar lo que pudiera producirse en España, y tampoco se les permitía comerciar libremente. Esa fijación en el control absoluto de la economía, más que en la creación de actividades económicas, derivó en un estancamiento, visible para todos cuando empezó el siglo XVII. En otras palabras, no había incentivos para desarrollar nuevas actividades sino más bien para ocultar parte de las ganancias a los inspectores de Hacienda. Durante el reinado de Felipe II, la Corona llegó a depender de sus banqueros alemanes, genoveses y flamencos. Tanto a Carlos V como a Felipe II les importó más conservar el imperio en Europa que desarrollar España o América, es decir, anteponían los intereses de su propia dinastía a los de la nación.

El historiador Bartolomé Yun subraya el nexo entre el desarrollo político y el económico. Si los mercaderes españoles hubiesen tenido más influencia en los círculos políticos, España no habría continuado las guerras en los Países Bajos, ni el conflicto con Inglaterra. La Corona obtenía recursos de sus súbditos para destinarlos a actividades no prioritarias para la población. En vez de adjudicar la falta de desarrollo a la mentalidad de los españoles, Yun habla de la existencia de estructuras económicas poco flexibles: los gremios no admitían cambios, y la herencia medieval era un obstáculo para ese cambio, como también lo eran las costumbres señoriales de donaciones y patrocinios en vez de mecanismos de compra y venta.

¿Cómo pudo desaparecer la plata de América? España tenía muchos gastos estatales y debía pagar no solo a los soldados sino también a los funcionarios españoles que vivían en Italia, los Países Bajos o América. Los extranjeros que habían invertido en Sevilla mandaban sus ganancias a sus países de origen. La situación era tan mala que en la época de Felipe II se empezaron a vender cargos estatales de todo tipo, y al final del siglo España no producía lo que necesitaba sino que compraba barcos a Francia y a Holanda y textiles a Inglaterra. Los mecanismos financieros de Sevilla ya no estaban en

manos de españoles, sino de genoveses y flamencos, sobre todo.

La obsesión de Carlos V y de Felipe II por preservar su imperio en Europa los llevó a no prestar suficiente atención ni a América ni a la propia España. Quizá habría sido mejor para España que los reyes hubiesen prestado más atención a la integración de los reinos de la Península ya en el siglo XVI. El dinero no fue utilizado para el bien del país. La conclusión de Bernal es dura: «Durante tres siglos, España, sin llegar a culminar un Estado nacional unitario para la sociedad española en su conjunto, resultó ser un rehén de su propio imperio». El politólogo venezolano Carlos Rangel lamenta tanto para España como para América Latina que España, alrededor del año 1600, entrara en una fase menos racional y no tomara el camino hacia el desarrollo científico, la industrialización y la democracia. «Así, el nuevo mundo americano fue igual al viejo mundo español con algunos problemas más».

Bibliografía

ALAMÁN, Lucas, Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia, México, D. José Mariano Lara, 1844.

ÁLVAREZ, Antonio, Crónica de la Patagonia y tierras australes desde el descubrimiento hasta la colonización, Ushuaia, Zaguier-Urruty, 2000, 4.ª ed.

ARAM, Bethany, Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América, Pedrarias y Balboa, Madrid, Marcial Pons, 2008.

ARNOLDSSON, Sverker, La Conquista española según el juicio de la posteridad. Vestigios de la leyenda negra, Madrid, Ínsula, 1960.

ARRÁIZ LUCCA, Rafael, Venezuela: 1498-1728. Conquista y urbanización, Caracas, Alfan, 2013.

AVELLANEDA NAVAS, José Ignacio, La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al Mar del Sur y la creación del nuevo Reino de Granada, Cartagena de Indias, Banco de la República, 1995.

BENNASSAR, Bartolomé, Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

BERNAL, Antonio-Miguel, España, proyecto inacabado. Costes/ beneficios del imperio, Madrid, Marcial Pons, 2005.

BICHENO, Hugh, Elizabeth's Sea Dogs. How the English Became the Scourge of the Seas, Londres, Conway, 2012.

BRAUDEL, Fernand, The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II. I + II, Berkeley, University of

California Press, 1995.

CARDELÚS, Borja, Luces de la cultura hispana, Madrid, Polifemo, 2002.

CHAGNON, Napoleon, Noble Savages: My life among Two Dangerous Tribes – the Yanomamö and the Anthropologists, Nueva York, Simon & Schuster, 2013.

CHAPMAN, Paul H., Discovering Columbus, Columbus (GA), ISAC Press, 1992.

CIEZA DE LEÓN, Pedro, El señorío de los incas, Madrid, Dastin, 2000.

CLAVIJERO, Francisco Javier, Historia antigua de México y su conquista, México, Imp. De Lara, 1844.

The commentaries of Alvar Núñez Cabeza de Vaca. From the original Spanish edition 1555, Londres, Hakluyt, 1891.

The conquest of the River Plate (1535-1555). I. Voyage of Ulrich Schmidt to the rivers La Plata and Paraguay (from the original German edition 1567 II).

CONRAD, Geoffrey W., y DEMAREST, Arthur A., Religions and Empire. The dynamics of Aztec and Inca expansionism, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

CORTÉS, Hernán, Cartas de relación a Carlos V, Madrid, Cambio 16, 1992.

CROSBY, Alfred W., The Columbian Exchange: Biological and cultural consequences of 1492, Westport (CT), Greenwood, 1972.

— Ecological imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900, Cambridge, Cambridge University Press, [1986] 2004.

DIAMOND, Jared, Guns, Germs, and Steel: the Fates of Human Societies, Nueva York, Norton, 1999.

— «The Maya Collapse», Collapse. How societies choose to fail or

survive, Nuva York, Penguin, 2005.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, Edición Real Academia Española, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011.

DICCIONARIO BIOGRÁFICO ELECTRÓNICO, «Bartolomé de Las Casas», Real Academia de la Historia, 2018.

DICCIONARIO BIOGRÁFICO ELECTRÓNICO, «Cristóbal Colón», Real Academia de la Historia, 2018.

DIOS, Salustiano de, Estudios sobre la jurisprudencia y juristas en la Corona de Castilla (siglos XV y XVII), Valladolid, Junta de Castilla y León, 2016.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias, Madrid, Alianza Editorial, Alfaguara, 1979.

DUMONT, Jean, El amanecer de los derechos del hombre. La controversia en Valladolid, Madrid, Encuentro, 2009.

— Juicio a la Inquisición española, Madrid, Encuentro, 2009.

ELLINGSON, Ter, The myth of the noble savage, Berkeley, University of California Press, 2001.

FAUVELLE-AYMAR, François-Xavier, Le rhinocéros d'or, París, Alma, 2013.

FERGUSON, Niall, Civilization. The West and the Rest, Londres, Penguin, 2011.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, Columbus, Oxford, Oxford University Press, 1991.

FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, Pedro, Memoriales de las Indias australes, Madrid, Dasten, 2002.

FRANCIS, J. Michael, Invading Colombia. Spanish Accounts of the Gonzalo Jiménez de Quesada Expedition of Conquest, University Park (PA), Pennsylvania State University Press, 2007.

FUENTES MARES, José, Cortés, el hombre, México, Grijalbo, 1981.

GARCIA, Albert, La découverte et conquête du Pérou d'après les sources originales, Lille, Université de Lille III, 1976.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, La leyenda negra: historia y opinión, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

GERBI, Antonello, La naturaleza de las Indias Nuevas, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

GIBSON, Charles, Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810, México, Siglo XXI Editores, 1980.

GÓMEZ-LUCENA, Eloísa, Españolas del Nuevo Mundo, Madrid, Cátedra, 2013.

GONZÁLEZ CRUZ, David (ed.), Versiones, propaganda y repercusiones del Descubrimiento de América: Colón, los Pinzón y los Niño, Madrid, Sílex, 2016.

— (ed.), Gestación, perspectivas e historiografía del descubrimiento de América, Huelva, Sílex, 2018.

GOULD, Alicia B., Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492, Madrid, Real Academia de la Historia, 1984.

GREENLEAF, Richard E., Zumárraga and the Mexican Inquisition, 1536-1543, Washington, Academy of American Franciscan History, 1962.

GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe, El primer nueva coronica y buen gobierno, I-III, Lima, Talleres gráficas, 1966.

HAGEN, Victor von, Culturas preincaicas, Madrid, Guadarrama, 1976.

HAMILTON, Earl J., El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650, Barcelona, Ariel, 1975.

HARING, Clarence H., Comercio y navegación entre España y las Indias, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

HARRISON, Dick, Stora Döden. Den värsta katastrofen som har drabbat Europa, Estocolmo, Ordfront, 2000.

— Slaveriets historia, Lund, Historiska medier, 2016.

HUMBERT, Jules, Los orígenes venezolanos. Ensayo sobre la colonización española en Venezuela, Caracas, Academia Nacional de Historia, [1905] 1976.

IGLESIAS, Ramón, El hombre Colón y otros ensayos, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

ISTOR, núm. 37, verano de 2009.

JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo, El antijovio. Tomo 1 + 2, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1991.

KAGAN, Richard L., Los cronistas y la Corona. La política de la Historia en España en las edades medievales y modernas, Madrid, Marcial Pons, 2010.

KEELEY, Lawrence H., War before civilization, Oxford, Oxford University Press, 1996.

KONETZKE, Richard, El imperio español, Madrid, Nueva Época, 1946.

— Entdecker und Erobrer Amerikas, Von Christoph Columbus bis Hernán Cortés, Frankfurt, Fischer, 1983.

— Lateinamerika: Entdeckung, Eroberung, Kolonisation, Gesammelte Autsatze, Colonia, Böhlau, 1983.

LEBLANC, Steven A., Constant battles. Why we fight, Nueva York, St Martin's Press, 2003.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, Visión de los vencidos, México, UNAM, 1992.

LIVI BACCI, Massimo, El Dorado en el Pantano. Oro, esclavos y almas entre los Andes y la Amazonia, Madrid, Marcial Pons, 2012.

LÓPEZ PIÑERO, José María, El arte de navegar en la España del Renacimiento, Barcelona, Labor, 1979.

LORENZANA, Francisco Antonio, Historia de Nueva España, 4 vols., México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1981.

MAC GREGOR, Luis, El Plateresco en México, México, Porrúa, 1954.

MADARIAGA, Salvador de, Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón, México, Fernández editores, 1987.

MALTBY S., William, The Black Legend in England. The development of anti-Spanish sentiment 1558-1660, Durham, Duke University Press, 1971.

— The Rise and Fall of the Spanish Empire, Basingstoke, Palgrave & Macmillan, 2009.

MANN, Charles C., 1491: The Americas before Columbus, Londres, Granta, 2005.

— 1493: How Europe's Discovery of the Americas Revolutionized Trade, Ecology and Life on Earth, Londres, Granta, 2011.

MARTÍNEZ, José Luis, Hernán Cortés, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1992.

MARTÍNEZ BARACS, Andrea, Un gobierno de indios: Tlaxcala, 1519-1750, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, Décadas del Nuevo Mundo, México, Porrúa, 1964.

MIRALLES, Juan, Hernán Cortés. Inventor de México, Barcelona, Tusquets, 2001.

MONTORO, José, Virreyes españoles en América, Barcelona, Mitre, s.f.

MORENO, Doris, La invención de la Inquisición, Madrid, Marcial Pons, 2004.

MOTOLINÍA, fray Toribio de Benavente, Historia de los indios de la Nueva España, Madrid, Cátedra, 1985.

MUÑOZ, Juan Bautista, Historia del Nuevo Mundo, Madrid, Viuda de Ibarra, 1793.

NOONE, Martin J., The islands saw it. The discovery and conquest of the Philippines 1521-1581, Dublín, Helicon Press, 1982.

NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvar, Naufragios y comentarios, Madrid, Aguilar, 1987.

O'GORMAN, Edmundo, Cuatro historiadores de Indias, México, Sepsetentas, 1972.

POCOCK, H. R. S., The conquest of Chile, Nueva York, Stein-Day, 1967.

POWELL, Philip W., La guerra chichimeca (1550-1600), México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

PRESCOTT, William H., Historia de la conquista de México, México, Porrúa, 1976.

RANGEL, Carlos, Del buen salvaje al buen revolucionario, Caracas, Monte Ávila, 1977.

Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias meridionales. Textos del siglo XVI (ed. de Alberto M. Salas y Andrés Ramón Vázquez), Buenos Aires, Losada, 1963.

RENTZOG, Sten, Tänk i tid. Se framåt genom att blicka bakåt, Estocolmo, Carlssons, 2014.

RETAMAL ÁVILA, Julio, Descubrimiento y conquista de Chile, Santiago de Chile, Ed. Salesiana, 1980.

RIVA PALACIO, Vicente, México a través de los siglos. Tomo segundo: El virreinato, México, Cumbre, 1958.

ROCA BAREA, María Elvira, Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español, Madrid, Siruela, 2016.

ROJAS, Pedro, Historia general del arte mexicano. Época colonial, México- Buenos Aires, Hermes, 1963.

ROSTWOROWSKI, María, Historia del Tahuantinsuyu, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2014.

RUBIO, Julián María, Exploración y conquista del Río de la Plata. Siglos XVI y XVII, Madrid, Salvat, 1942.

RUBIO MAÑÉ, José Ignacio, El virreinato, 4 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

SAN AGUSTÍN, Gaspar, Conquista de las islas Filipinas 1565-1615, Manila, San Agustin Museum, 1998.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro, Los viajes al Estrecho de Magallanes, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio, Historia de la conquista de México, Madrid, Espasa-Calpe, 1970.

THOMAS, Hugh, La conquista de México, Barcelona, Planeta, 1994.

TIERNEY, Patrick, Darkness in El Dorado. How Scientists and Journalists Devastated the Amazon, Nueva York, Norton, 2000.

TORQUEMADA, Juan, Monarquía indiana, Sevilla, s.n., 1615.

TOUSSAINT, Antonio, El Plateresco en la Nueva España, México, Innovación, 1979.

URTON, Gary, y HAGEN, Adrianna von (eds.), Encyclopedia of the Incas, Lanham (MD), Rowman & Littlefield, 2015.

VARELA, Consuelo, Cristóbal Colón, retrato de un hombre, Barcelona, Altaya, 1992.

VARÓN GABAI, Rafael, Francisco Pizarro and His Brothers. The Illusion of Power in Sixteenth-Century Peru, Norman, University of Oklahoma Press, 1997.

VEGA, Garcilaso de la, Comentarios reales de los incas, México,

Fondo de Cultura Económica, 2000.

VÉLEZ, Iván, Sobre la leyenda negra, Madrid, Encuentro, 2014.

— El mito de Cortés, Madrid, Encuentro, 2016.

VILAR, Pierre, Oro y moneda en la Historia, 1450-1920, Barcelona, Ariel, 1972.

YUN, Bartolomé, Marte contra Minerva. El precio del imperio español, c. 1450-1600, Barcelona, Crítica, 2004.

ZAMACOIS, Niceto de, Historia de Méjico, Barcelona-México, Juan de la Fuente Parrés Editor, 1876-1882.

Edición en formato digital: 2021

Ilustración de cubierta: A. Brugada, Alba de América, Museo Naval, Madrid, 1856 (detalle) © Album / Oronoz

© Inger Enkvist y Vicente Ribes Iborra, 2021

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-4235-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com